

Revista de Educación

(OCTUBRE - DICIEMBRE 1958)

REVISTA DE EDUCACIÓN

ROMUALDO ARDISONE
ENRIQUE DE GANDÍA

La cromogeografía de la Argentina
Aráoz de La Madrid, caballero del heroísmo
y de la libertad

CIRO RENÉ LAFÓN

Arqueología de la Quebrada de Humahuaca

PAUL-HENRI MICHEL

Los números figurados en la aritmética pitagórica

LUCILO ORIZ

Las tradiciones en la literatura costumbrista americana

LUIS MARÍA RAVAGNAN

Acerca del esquema corporal

A. SANGUINETTI DE BÓRMIDA

Visita explicada a Museos

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

A. GUZZO, *La palabra y el divino Ulises*. RUBÉN MAC ADDEN, *El petróleo*. L. FEBVRE, *Una obra en su tiempo*. S. ALI JAFELLA, *Educación y sociología tolstoiana*. E. BORNE, *La sabiduría en cuestión*. R. KANTERS, *Entrada de los fantasmas*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

J. J. DICHIO, *La pedagogía correctiva y los adultos*. J. FERNÁNDEZ HUERTA, *Geometría espontánea en el niño*. A. SCOCCHERA, *El activismo "puro"*. F. FERRARA, *Enseñanza de las ciencias*. J. H. FISHER, *Colegios secundarios del futuro*.

LECTURAS

BALTASAR GRACIÁN (1601 - 1658), *Breve antología del "Oráculo Manual y Arte de Prudencia"*. A. MARASSO, *Baltasar Gracián*. RAFAEL A. ARRIETA, *Libros y lectores*. J. B. COROT, *La profesión de artista*.

LENGUAJE Y ESTILO

H. CIOCCHINI, *Notas sobre estilística*. S. GILI Y GAYA, *Oraciones impersonales*. A. ALONSO, *Los diminutivos*. V. GARCÍA DE DIEGO, *La propiedad lingüística*. M. ROMERA-NAVARRO, *Correcciones de Gracián*.

LIBROS Y REVISTAS

J. LUCCIONI, *El pensamiento político de Platón*. G. BALLY, *El juego como expresión de libertad*. MARCOS SASTRE, *El salón literario*. R. DE CRAECKER, *Los niños superdotados*. M. ROSE, *Los organismos vivientes*. REVISTAS: *La pronunciación en las escuelas*, *Las especies*.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

R. RUYER, *Valor positivo de la utopía*. G. GERMAIN, *Arqueología homérica*. H. REICHENBACH, *La filosofía científica*. WEBER Y HUISMAN, *Filosofía contemporánea*.

CRÓNICA

L. MUMFORD, *La fotografía*. ANA E. LAHITTE, *El silencio del niño*. A. PÉREZ YACOMOTTI, *Qué es el CIER*. J. M. MASSINI, *El primer médico criollo*. C. ORLANDI, *Diccionario Histórico de la Academia Española*. F. GARCÍA JIMÉNEZ, *Santos Vega y Juan Godoy*.



✓ GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Don ARTURO A. CROSETTI

✓ MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Octubre de 1958

Año III, Nº 10 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Un vistazo a la cromogeografía de la Argentina

Podemos hablar de cromogeografía o geografía del color. — La historia de la geografía registra variaciones de concepto que pueden haber adquirido intensidad ora insignificante, ora de primera magnitud. Dejo al margen la opinión negativa, nihilista, es decir, el parecer de quienes no admiten la existencia de la geografía y aún el de quienes la aceptan como simple y cómodo recurso pedagógico de hacer confluir una serie de conocimientos aproximadamente similares. Sólo hablo de quienes consideran que la geografía tiene su lugar propio y definido en el campo del saber y que se caracteriza entre los demás sectores.

Pero, los que sostienen tal cosa no demuestran sustentar el mismo concepto en cuanto a los hechos que haya de estudiar la geografía, pues se ha dado el caso extremo de asignar a nuestra ciencia una extensión estúpida, hasta abarcar poco menos que todo, algo como ser la ciencia del universo, de manera que el geógrafo debiera parecerse a Pico de la Mirándola. No hace falta decir que una concepción de tal naturaleza, más que exagerada, sin lugar a dudas, merece tacharse de plenamente errada. En el otro extremo, se sitúan quienes limitan el campo geográfico y lo reducen al estudio de la superficie terrestre en los hechos concretos, *fotografiables*. Entre las dos posturas extremas, la concepción más acertada no se encuentra en el justo medio; el enfoque preferente, sin exagerar por cierto, debe acercarse a la segunda concepción, a la que sólo admite fenómenos que inciden materialmente sobre la superficie del planeta. No se crea que esta manera de ver reduzca a una magnitud insignificante el horizonte geográfico y la va-

riedad de los hechos componentes se limite a una cantidad finita o algo por el estilo. La verdad es bien otra, por cuanto, en geografía se ofrece un campo amplísimo que encierra una riqueza abrumadora de hechos variadísimos.

De los aspectos que los hechos geográficos así encarados pueden poner en evidencia, el color resulta esencial y su importancia es de tal naturaleza que no debe relegarse a categoría secundaria y mucho menos es lícito olvidarlo. Sin embargo, en los manuales y tratados de geografía, a las manifestaciones cromáticas no se les da cabida al presentar varias facetas o elementos de los fenómenos estudiados, aunque la bibliografía de muy variada índole suministre numerosas noticias. Lo que falta es una visión amplia y de conjunto del tema. Lo que falta es tratar el asunto de manera sistemática, concentrar sobre él la atención.

Encontramos que el color constituye, precisamente, uno de los factores decisivos de la compleja, de la genuina realidad geográfica que se denomina paisaje, junto con las manifestaciones morfológicas, petrográficas, climáticas y biogeográficas.

Las muestras de la significación atribuida al color son frecuentes y variadísimas, hasta el punto de que, más de una vez, la faz cromática se adopta como exponente a fin de caracterizar el fenómeno bajo juicio. Cuando con el nombre de un color queremos designar el carácter de un partido, de una institución o de un estado de ánimo, nos hallamos en presencia de una actitud similar, porque se aplica la norma cromática para reconocer una realidad geográfica. Ese exponente no ha de ser la única faz y acaso tampoco sea la de mayor importancia; pero, su adopción debe interpretarse en el sentido de que el color es muy llamativo hasta el punto de que, a veces, este aspecto lo haga pasar al primer plano, aunque se trate de algo circunstancial.

Hay mares, montañas, ríos, países, Estados, cabos, caminos, estancias y una serie abundante de otros hechos geográficos cuya denominación se inspira directamente en la faz cromática. Así, acuden en seguida a nuestros labios los ejemplos de Groenlandia o país Verde, mar Blanco, mar Amarillo, mar Negro, mar Rojo, Eritrea o país Rojo, Chernagora o Montenegro, monte Blanco, monte Rosa, río

Colorado, río Azul, costa Azul, río Negro, laguna La Verde, mogote Los Rosillos, camino Blanco, barda Negra, etc.

Siendo los hechos geográficos genuinos perceptibles por los sentidos, siendo productores de imágenes, las manifestaciones cromáticas de la superficie terrestre no se apartan de esta categoría de fenómenos. Lo cromático también reviste caracteres geográficos, y a su vez, como las formas del terreno, como la dinámica atmosférica, como la distribución de las plantas, como los efectos de la actividad humana, engendra aspectos que legítimamente constituyen un capítulo de nuestra disciplina. Con lo esbozado en las líneas que anteceden, me parece que tenemos bastante para justificar la existencia de una *geografía del color o cromogeografía*.

La Argentina es policromática.—Dejo el amplio mundo y trato de concentrar la atención únicamente sobre el territorio argentino en las líneas que siguen, con la advertencia de que no podría tratarse de una *cromogeografía de la Argentina* sistemática, ni siquiera expuesta brevemente, sino que tendríamos apenas una charla que gire alrededor del tema. La síntesis no es posible por carencia de análisis previos. La exposición extensa del asunto tampoco es dable, pues hay tanto que decir del inmenso escenario argentino que su estudio exigiría aquí un número excesivo de páginas, aun optando por una descripción y su correspondiente explicación resumida. Por lo tanto, daré una serie de noticias, aunque no desahivadas, pero que no pueden ser expresión de un plan exhaustivo. Así, comenzaré formulando unas cuantas preguntas.

¿Tiene acaso la Argentina un color único cuyo nombre, si no se emplea para designar al país—como en los ejemplos antedichos y en otros que fácilmente podrían añadirse—, sirva por lo menos para decirnos cual sea uno de los aspectos fundamentales? No existe esa exclusividad. No es lícito hablar del color de la Argentina debido a la causa simple, pero decisiva, de que su geografía no se reduce a una absoluta uniformidad. Ello no sucede en porciones más limitadas de la superficie terrestre y mucho menos sería de esperar que sucediese en el dilatado territorio argentino que, además, encierra un sinnúmero de hechos variados que han de crear naturalmente un notable policromatismo en el conjunto. Por tan-

to, en vez de color de la Argentina, es más correcto hablar de colores de la Argentina.

¿Cuántos y cuáles son estos colores? ¿Son simplemente unos cuantos y se observan todos con la completa gradación de matices? Dentro del número reducido o elevado que se registra, ¿hay uno que, por frecuencia, extensión, intensidad o preferencia por este o aquel motivo, logre considerarse predominante, sobresaliente, hasta el punto de que —despreciando minucias— merezca adoptarse como exponente máximo o genuino del color nacional, de manera similar a la que nos lleva a la proclamación de la existencia de una flor nacional, de un árbol de la patria, de un animal representativo? Ya que no existe un solo color sino una multitud, ésta, ¿se presenta con el mismo orden o en forma irregular en cada parte del territorio argentino? ¿Se encuentra una distribución con marcados caracteres regionales o locales? ¿El color de una región se repite sensiblemente en otra?

Las consideraciones que formulo en las líneas anteriores no pretenden una contestación inmediata y cabal. En realidad, se trata de algo previo, de tanteos con visos de orientación general. La pretensión de resolver el problema con exactitud y en los menores detalles requerirá tiempo para alcanzar la cosecha del fruto del paciente esfuerzo de un investigador, mejor dicho, de una serie de estudiosos, por cuanto el país es tan amplio y ofrece tantas facetas que, de antemano, puedo afirmar que solicita la intervención de un gran número de colaboradores.

En efecto, pese a la gran uniformidad, a primera vista monotonía aplastante para muchos observadores, que suele encontrarse en grandes extensiones, la Argentina es multiforme en sumo grado y, en concomitancia, es asimismo multicolor. No obstante carecer de latitudes muy bajas, no obstante carecer de selvas del tipo amazónico o de ambientes desérticos de intensidad sahariana, a pesar de no contar con masas humanas tan numerosas y con ciertas actividades como sucede en el Viejo Mundo y en otras partes de América, debe convenirse que el sembiante geográfico de la Argentina es complicadísimo y sus rasgos cromogeográficos no pueden caracterizarse, de buenas a primeras, con observaciones parciales, fugaces, impresionalistas, realizadas sin método.

El tema es amplio, lleno de dificultades de variado orden. En estas líneas sólo deseo dar un resumen señalando aspectos más o menos completos que habrían de tenerse presentes en una investigación sistemática. A la par de esto, tengo redactado otro escrito que constituye un esbozo del asunto, de mayor amplitud y enriquecido con método diferente; en él se incluyen consideraciones generales, aunque las referencias corresponden especialmente a nuestro país, hasta alcanzar el grado de *ensayo de cromogeografía general y argentina*.

Algo de método. — Frente a la extensión del conjunto y a la variedad de ambientes, corresponde expresar que lo más conveniente pide que el todo se divida en un cierto número de partes, para que cada una sea elegida por un investigador que habrá de proceder de acuerdo con los demás estudiosos, desde el punto de vista del criterio adoptado y de los procedimientos a emplearse. La extensión de cada parte no será necesariamente igual, sino que dependerá de características intrínsecas y de posibilidad de trabajo del investigador. Además, la elección de la parte dependerá, asimismo, de circunstancias: preferencias personales, mayor capacitación, facilidad de observación, etc.

Por otro lado, tratándose de unas nociones de método, me parece que el indicado no es el único camino a seguir; estudio correlacionado de las partes que permita la síntesis completa o ideal del conjunto del país. Quizás pueda llevarse a cabo de otra manera, que al final servirá, a su vez, para lograr la visión total apetecida: investigación de color por color, de factor por factor cromático. Pero, si estos últimos procedimientos se usan en el orden general, soy de opinión que casi siempre serán de aconsejar los estudios regionales y aun los de poca extensión. Así, en cada región o zona de variada amplitud, habrá oportunidad favorable para investigar todos los colores y todos los factores que influyan de algún modo.

Diferencias cromáticas espaciales. — Desde el punto de vista de la frecuencia o de la extensión con que se presentan los colores, y sin hablar aquí del número de kilómetros cuadrados, la cromogeografía acusa la presentación de un color único en ciertos sitios que, en algunos casos, pueden alcanzar una extensión de apreciable mag-

nitud, como resulta en trechos de la Pampa, en otros de las salinas y algunos serranos con estratos de Paganzo.

Contrapuesto al monocromatismo —que es difícil cubra mucha extensión con exclusividad—, se nos ofrece la variedad, el policromatismo, que es lo más frecuente, y ello puede darnos unos colores predominantes o principales que no deben poner en olvido la observación de los secundarios y tampoco de los menores que parezcan insignificantes. Estos mismos variados colores tienen una disposición ora regular, ora irregular; aquí un color ocupa un área continua, allí se turna, se alterna, se mezcla con otros en una sucesión imposible de establecer con exactitud, como sucede en la policromía de los rodados que pueblan el lecho de tantos ríos secos del Noroeste argentino, como sucede en un trecho del fondo de valle de tantas zonas montañosas donde al metro, al centímetro, se alternan elementos petrográficos y vegetales, y éstos entremezclan hojas, tallos, flores y frutos multicolores. Ello tiene lugar en rápida sucesión horizontal y a tal disposición hay que añadir la vertical, que se efectúa en diferentes niveles, diría con estratificación, como se habrá podido observar con frecuencia en muchos lugares, especialmente donde el tapiz vegetal es continuo y cobra altura o espesor.

Diferencias cromáticas temporales.—Múltiples son los colores y, a menudo, complejas las relaciones con el ambiente. Al enfoque espacial corresponde añadir el enfoque temporal, por cuanto el color del país se halla expuesto a variaciones de mayor o menor cuantía, de momento a momento, en sucesión periódica o irregular. En el supuesto caso de que se hubiese llegado a captar la imagen cromática de la Argentina, ésta sería la imagen de un instante, por lo menos, en alguna intensidad y en manifestaciones de muy variados colores y extensiones. Es decir, hay factores y consecuencias permanentes que dan fuerza de colores: elementos petrográficos e hidrográficos, ciertas manifestaciones vegetales y obras humanas. Pero, si bien se observa, se nota que componentes del medio se hallan expuestos a cambios, que no tardan en hacernos visibles derivaciones cromáticas.

Vaya como ejemplo lo que cuenta Darwin referido a los primeros días de abril de 1835 y que corresponde a su

célebre viaje: "Al otro día por la tarde llegamos a la orilla del río de Las Vacas que se considera como el torrente de la cordillera más difícil de atravesar. Como son muy rápidos y muy cortos estos torrentes y formados por la fusión de las nieves, la hora del día ejerce mucha influencia sobre su volumen. Por la tarde están lodosos e impetuosos, pero al apuntar el día disminuye el agua en cantidad y está mucho más clara. Así sucede con el río de Las Vacas, que pasamos al rayar el día sin gran dificultad".

Si esto significa variación de caudal y de color, según las horas del día, piénsese en la observación común de que el paisaje cambia según la estación —y en general la Argentina es país de estaciones definidas, por encontrarse casi todo su territorio a mayor latitud que el trópico—, según la hora del día y hasta con el estado del tiempo, es decir, conforme a condiciones circunstanciales. Cabe mencionar la expresión artística que Fernando Fader supo dar a un asunto semejante al pintar la llamada *Historia de un día* en una serie de ocho cuadros sobre el mismo tema, enfocado en ocho diferentes horas del día.

Además de la variación en sí del color, debida a factores ambientales, resulta que se perciben diferencias que corresponden a sucesivas observaciones realizadas rápidamente cambiando el punto de mira. En efecto, desde la ventanilla del tren en marcha veloz, en muchas oportunidades, pude admirar cómo las mismas cosas no coincidían en la visión cromática si las miraba hacia el naciente o hacia el poniente, en favor o en contra del sol.

Muchas de las variaciones son lentas y otras rápidas, cuando no repentinas; algunas resultan leves, otras en cambio se manifiestan intensísimas. Aparte de la estación, de la hora, del estado del tiempo, influye la humedad, tanto la atmosférica como la de la superficie terrestre. Así, por ejemplo, muda de aspecto el loess pampeano o cobra mayor intensidad el color oscuro de la tierra negra. De igual manera, la faz petrográfica acusa esta o

1. Carlos Darwin, *El viaje alrededor del mundo*, Traducción de Constantino Piquer, Tomo segundo, cap. XV, págs. 98/9, Valencia, F. Sempere y Cía., editores.

aquella acentuación cromática, esta o aquella diferencia del matiz de los colores, comparando el momento anterior a la lluvia con el inmediato posterior, máxime si aún no llegó la sequedad completa del ambiente. Algo por el estilo sucede con el follaje de las plantas, especialmente si el período precedente a la precipitación se caracterizó por sequía en la que el viento deposita polvillo, como se observa en los caminos polvorientos.

Cromogenia petrográfica.—Desde el punto de vista del tiempo, los colores se denominan temporales y son susceptibles de clasificarse como rotativos o periódicos más o menos regulares, y circunstanciales o de momento, sin regularidad apreciable. El cielo, la tierra y el agua se vinculan con el clima en general y con los estados del tiempo en detalle. A poco que se observe se descubrirá que la faz cromática de la Argentina está plenamente en el campo geográfico y para conocerla debe acudirse poco menos que a toda la geografía o, cuando menos, a un buen número de sus hechos.

Hay indudablemente una serie de fenómenos inorgánicos que repercuten sobre el color del ambiente, que lo acompañan en la relación de causa a efecto. En primer término, menciono a los componentes petrográficos del medio que, donde no se hallan cubiertos o disfrazados por otros elementos, son los que dan el color. Las rocas suelen individualizarse gracias a varios aspectos, entre los cuales el color juega un papel de importancia, de modo que fijándose en él se distingue con frecuencia la naturaleza de los terrenos. Por ello, es lícito hablar del cromatismo petrográfico argentino que es muy variado en especies de colores, en tonalidades, en extensiones, en disposiciones. El mapa del cromatismo nos da en mucho el mapa petrográfico del país y viceversa.

Cito como ejemplo la coloración oscura del humus pampeano que, en algunas oportunidades, justifica la denominación popular de *tierra negra*, la arenisca roja de la zona mercedina de Corrientes, la tierra roja que caracteriza el suelo misionero, la nota de color fuerte del material de Paganzo, el fantasmagórico pollicromatismo de las areniscas abigarradas, el suelo brillante por las diminutas escamas de mica en las sierras pampeanas, los sedimentos arcillosos amarillentos en los restos de

depósitos lacustres de las quebradas de Jáchal, de San Juan y del bolsón de Ullón-Zonda, los amplios o pequeños barreales, el matiz terroso del terreno deleznable en la región pampeana, mordido por la gliptogénesis cólica o hídrica, los cerros blancuzcos de yeso de los Andes mendocinos meridionales, etc. Todo ello contribuye a darnos la imagen del paisaje que en numerosos lugares reviste caracteres inolvidables.

A esta mención tan fugaz e incompleta, puedo añadir la manifestación de los suelos salinos con elevada proporción de cloruro de sodio o con una verdadera capa de este cuerpo, de notable espesor; de ello hay múltiples ejemplos, sean diminutos, sean de enorme extensión, en la amplia zona árida o semiárida del territorio argentino. Allí, el suelo es completamente blanco por carencia de vegetación y los rayos solares del estío tornan encendedor semejante ambiente. Trátese de grandes o pequeñas áreas, de manifestaciones uni o multicoloreadas, acuden a la memoria las imágenes estupendas de los valles Calchaquies, de la quebrada de las Conchas y de Huaco, del pie oriental del cordón de Valle Fértil en Usno y las fantásticas del paisaje humahuagueño particularizado en Peña Blanca, en Malmará, en Purmamarca, en Huichaira, en Juella, en Yacoraite, etc. El color petrográfico logra darnos la noción patente de la distinta procedencia del depósito cuaternario de los materiales de acarreo que constituyen los accidentes donde se asentaron las instalaciones indígenas del *pucará* de Tilcara y del *antigal* de Huichaira que se enfrentan aguas abajo del pueblo moderno de Tilcara, el cual se emplaza sobre el grisáceo conoide deyectivo del Huasamayo.

Cromogenia hídrica.—El capítulo de las aguas contribuye, a su vez, a colorear el ambiente en sí, influyendo sobre el suelo o, en estado de vapor, afectando de algún modo la visibilidad y facilitando las manifestaciones cromáticas del cielo, especialmente en ciertas salidas o puestas del sol.

Si en la ciudad de Buenos Aires y en la zona noreste del país, la caída de nieve resulta completamente excepcional, es decir, se produce en fechas sumamente alejadas, no sucede lo mismo en otras zonas o localidades donde la precipitación nival puede observarse una o varias veces

por año o tal tipo constituye la norma hasta el punto que el manto blanco caracteriza total o parcialmente el paisaje. Esto último se realiza en alta montaña donde la nieve es perenne y origina la denominación genérica de *Nevado*, aplicada a una serie de cerros cordilleranos o de las sierras pampeanas del Oeste y Noroeste de la Argentina cuyo armazón es más amplio y sus bordes alcanzan menor nivel sobre el mar debido a las precipitaciones que, en esas latitudes, suelen ser estivales con prevalencia. Desde algunos sitios se goza de un espectáculo admirable con la visión de una serie de cerros cordilleranos que, a sus formas llamativas, añaden el color de las rocas y la blancura de la nieve.

Como sabemos, la nieve persistente engendra los glaciares, que son numerosos en la Cordillera, y contribuyen a su vez a colorear el ambiente con la blancura general o con tonos circunstanciales. El tipo alpino, que reina hasta altas latitudes, es substituido en los Andes meridionales santacruceños por el llamado *hielo continental*, de gran extensión en la zona fronteriza, y del cual avanzan lenguas glaciares hasta los lagos en cuyas aguas se desprenden témpanos que van a la deriva.

Más al Sur, en las latitudes extremas, está el sector polar argentino, que es parte bien extensa de lo que se llama con justicia *continente Blanco*, de cuyos bordes inician la marcha los numerosos y característicos témpanos antárticos, y se agrega la función cromática por la congelación del agua en amplísimas porciones marítimas.

También las aguas estancadas, de muy variados aspectos, pueden incluirse entre los factores cromáticos, como sucede con la laguna Frias, en la provincia rionegrina, que llama la atención por tener agua verde.

En cuanto a los cursos de agua de las zonas montañosas, en los rápidos y saltos, en los choques con las peñas, dan las consabidas aguas blancas o lechosas con abundancia de espuma y de gotitas de agua que pueden originar el arco iris. Valga como testimonio magno el Iguazú que constituye una de las maravillas del mundo.

Animados por la intención de puntualizar el fenómeno habría que hablar del color de las aguas de ríos, torrentes y arroyos que se caracterizan de modo transitorio o per-

manente. Las aguas traducen, por el color, condiciones ambientales derivadas de la composición petrográfica de la cuenca, de substancias orgánicas y de juegos de luces y de sombras. Las que llevan materiales en suspensión, en mayor o menor cantidad, son documento evidente del trabajo de morfogenia exógena de la superficie terrestre operado por el agente fluvial. Asimismo, ponen sobre el rastro de la procedencia de sedimentos que, en el color, dan un elemento de juicio ilustrativo.

En la quebrada de Humahuaca, el colector fluvial, el río Grande, cromáticamente señala la porción de la cuenca donde hubo precipitación o aporte principal en cierto momento. Así, la coloración de los cursos afluentes de Reyes, Lozano, León, Volcán, Hulchulra, Huasamayo, Juelia, Yacoraité, cobra indudables caracteres de exponente de las condiciones de ambiente que prevalecen en cada una de esas quebradas laterales.

Un ejemplo grandioso es el ofrecido por una buena porción de la cuenca del Plata en cuya amplísima desembocadura las aguas no son absolutamente *argéntas*, si no es en algunos momentos por efecto de la reflexión de los rayos luminosos. Es conocido el hecho de que estas aguas se presentan barrosas, *leonadas*, debido al aporte principal del afluente paranaense; éste recibe la contribución del caudal tan turbio del Paraguay, el cual, a su vez, reconoce la paternidad esencial de este fenómeno en las aguas del Bermejo, cuyo nombre debe incluirse en la categoría de los muy adecuados entre los topónimos que expresan una justa correspondencia entre la cosa y su denominación. El hecho fué conocido desde los días iniciales del primer contacto que tuvo el europeo con ese río y el testimonio pristino de ese conocimiento tiene además la virtud de hacernos saber que las aguas barrosas del Bermejo ya habían llamado la atención del aborigen. En efecto, en la carta de Luis Ramírez, enviada a España desde el puerto de San Salvador, en el río de Solís, el 10 de julio de 1528, encontramos estas noticias preciosas: "asta q allase la boca del *Rio epetin* q en *lenguaje de los yndios qere*. decir *Rio baRiento*, e segun. los yndios dicen viene de la Sierra. e q por el se acorta mucho el camino pa ella pero q no es nabegable por ser la coRiente mucha *este Rio viene muy*

baRiento según los indios dteén y nosotros bimos q no parece sino, en poco de barro dsleído con agua"2.

Cromogenia atmosférica.—Participan del capítulo del agua y del clima las granizadas de variada frecuencia e intensidad, según los lugares. En el estío, en el Noroeste, hay cerros que blanquean horas y, a veces, días. En la región pampeana, con la escarcha, en el invierno la superficie se presenta blanca, como si hubiese nevado.

De manera directa o indirecta los hechos meteorológicos y climáticos dan traducciones cromáticas en armonía con la intensidad luminosa, con el vapor de agua, con fenómenos conectados con las rocas y las manifestaciones orgánicas. La luz solar directa o la difusa, el ángulo de incidencia de los rayos, la duración del día y de la noche, que tantas diferencias presenta según lugares del dilatadísimo territorio argentino, repercuten sobre la faz cromática.

El cielo y la tierra se coloran de modo desigual, según el viento que domine. Así, en la zona de Buenos Aires, ¿qué diferencias substanciales o de matiz más o menos acentuado entre el viento norte con cielo despejado pero con mucha humedad atmosférica absoluta, y el viento del naciente con cielo cubierto y muy lluvioso; entre la sudestada con temporal definido y persistente, y el pampero de aire seco y transparente, con cielo limpio o con la marcha veloz hacia el Nordeste de hermosas nubes blancas como la nieve!

Cromogenia biogeográfica (Flora y Fauna).—Capítulo de riqueza cromática inagotable, es el vinculado con los organismos, es el que participa de la biogeografía. En él

sobresale lo concerniente a la vegetación. Esta se particulariza en el sector antártico por su pobreza, pues el clima le resulta adverso y sólo permite limitadas manifestaciones. Por cierto que en el territorio sudamericano la realidad es bien diferente, aunque también sea dable observar notables claros que se atribuyen al clima y a la petrografía (lugares secos, sitios fríos, afloramiento de piedras, barreales, salinas, etc.).

Pese a estas excepciones, en su máxima proporción, esta parte del territorio argentino se presenta cubierta por un tapiz vegetal con peculiaridades regionales y locales, aquí continuo y de gran espesor, allí delgado, cuando no raído, desgarrado, deshilachado, aquí con el verdor y desarrollo que acusa existencia de plantas higrófilas, allí el verde grisáceo, los órganos espinosos y los tallos retorcidos o torturados de las xerófilas y más allá la vegetación halófila, sin hablar de las manifestaciones debidas a la intervención de otros factores.

Los caracteres señalados, que son de orden general, y que corresponden a las diferencias de especie a especie, dan una traducción cromática que contribuye a formar el paisaje. El color es sensiblemente uniforme en trochos de la pradera pampeana y en extensiones ocupadas por bosques (algarrobal, chañaral, talar, etc.). En cambio, donde las especies se entremezcan aparece el policromatismo que llega hasta el mosaico más complicado. El mapa fitogeográfico del país, en sus grandes líneas, y aun más si se realiza en detalle y con suma precisión, guarda una estrecha relación con el mapa de los colores.

Con lo dicho ya hay bastante para insinuar la existencia de infinitos matices de verde bajo la acción de tantos factores que acondicionan la vegetación. A la coloración del follaje debe añadirse la derivada de otras partes de la planta: tallo, flor y fruto.

Una consideración a formularse consiste en que no es uniforme o continuo en todas partes, por cuanto, donde las estaciones son muy dispares, necesariamente el follaje ha de adaptarse y las diferencias entre el verano y el invierno deben ser substanciales. Diferencias se notan aún en la zona vecina al trópico de Capricornio, como ser en la selva oranesa donde la existencia de la estación seca invernal incide sobre el verde, mientras que no su-

2. Luis Ramírez, Carta en la que relata minuciosamente el viaje y las servicios de la expedición de Sebastián Cabello al río Paraná, hasta la fundación del fuerte que hizo en el Corcorán; exploraciones que se hicieron posteriormente; referencias sobre las costumbres de los naturales de la tierra, hallazgos de moluscos y tripulantes de las expediciones de Juan Díaz de Solís y del comendador Loaisa; arribo y encuentro de los naves de Diego García de Moguer, en CONSEJO OFICIAL DEL IV CENTENARIO DE LA PRIMERA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES, 1526-1926, Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatenses, Tercer tomo, Memorias y relaciones históricas y geográficas con introducción de José Torre Revelli, p. 102, Buenos Aires, 1941.

cede lo mismo en la selva misionera, pues en ella no se da estación sin lluvias.

Las plantas perennifolias ofrecen la permanencia del verde, salvo una leve tonalidad primaveral característica; en cambio, las caducifolias traducen los periodos estacionales separados por un lapso de mayor o menor duración, que puede intensificarse o acortarse según la intervención de factores temporales o espaciales, aunque haya una norma específica. Así, en el ombú (*Phytolacca dioica*) el follaje del año precedente suele llegar a combinarse casi con el nuevo, pero siempre se trata de renovación anual completa; la caída es más temprana, y generalmente entera, ya con los primeros frios en las ramas altas que son las más expuestas; hay años en que el ombú aparece deshojado casi todo el invierno; en otros el verdor no cesa, por lo menos parcialmente. El jacarandá o farco (*Jacaranda mimosifolia*) es árbol caducifolio tardío, pero, a su vez, se va cubriendo tardíamente con el nuevo follaje. En cuanto a las flores, juzgo que, teniendo en cuenta el desarrollo impuesto al tema, son más que suficientes unos cuantos casos tomados aquí y allá. De este modo el jacarandá, a semejanza de varias especies de frutales, se cubre de flores antes de presentar el follaje, flores que se admiran por su cantidad, su forma y su color. Pero, por espacio de varios meses, suele darnos algunos racimos que, entre el verde del follaje, parecen realzar aún más su belleza singular. De lo más decorativa es también la purpúrea flor del ceibo o seibo en las dos especies: *Erythrina crista-galli* muy conocida en la cuenca del Plata y la *Erythrina falcata* que en el Noroeste se llama *ceiba*. Acude a la memoria el elemento paisajístico cromático del *car naval* en Salta y Jujuy que con sus flores vistosas parece efectivamente un espectáculo de carnestolendas. La misma vegetación xerófila del monte presenta su fiesta de color en la época de la floración; sirva de ejemplo, al respecto, la brea (*Cercidium australe*) especialmente donde abunda, y varias especies de cactáceas que además caracterizan al paisaje aun con sus frutos, como sucede con el quimili.

Del ambiente vegetal riojano, Marasso supo expresarnos literariamente la faz cromática floral, como podemos cerciorarnos con la cita de las siguientes frases: "Las tucas se envuelven en una oleada de oro". "Sus flores —habla de la jarilla—, de un gualdo claro, amarillean en las

ramas oscuras o de verde intenso en sitios húmedos. De bronce viejo es el color de las retamas floridas". Tratando "las callejuelas de las viejas aldeas", nos dice que "en los cercos se emblanquece con su semilla de lengua barba el loconte, se abre húmedo del ródico el suspiro, la tripa de fraile da sus flores de albuva violácea"³.

También el reino animal resulta cromógeno, pero, sin lugar a dudas, sus manifestaciones son de menor significación que las del reino vegetal y, por consiguiente, aquí trataré el asunto con brevedad. Mencionaré apenas la coloración dada al ambiente por una colonia de pingüinos o las multitudes de patos silvestres, de flamencos o de gaviotas.

Cromogenia humana. — En todo lo expuesto o esbozado hasta aquí se ha vislumbrado la existencia de una cromogenia debida a un sin número de factores de orden físico o natural. Con ello no se agota la serie cuyo conjunto nos llevaría al planteo de la cromogeografía completa. En realidad, al cuadro de la cromogenia física es menester añadir el correspondiente a la cromogenia constituida, a su vez, por una multitud de factores que reconocen la presencia del hombre.

Así, es lógico que la cromogeografía del sector antártico sea puramente natural, pues hasta el presente el contacto humano no pasó prácticamente del ciclo explorativo. En cambio, el amplísimo territorio argentino sudamericano, pese a que en él lo antropogeográfico no ofrezca la intensidad del ambiente europeo, presenta numerosísimas facetas que se traducen en consecuencias cromogeográficas de muy variada naturaleza e intensidad.

Inmediatamente, se notan dos órdenes de cromogenia humana: a) La que corresponde a las modificaciones producidas al ambiente natural por obra del hombre; b) La que comprende los aportes o creaciones de la población al paisaje físico por la ocupación del suelo, respondiendo a la satisfacción de las múltiples necesidades perentorias o secundarias.

3. Arturo Marasso, *La mirada en el tiempo*, págs. 11, 14, Buenos Aires, 1946.

De este modo haré desfilar rápidamente unos cuantos ejemplos de cromogeografía en cuya existencia se reconocen la intervención humana. Una modificación consiste en el retoque registrado en el topiz vegetal que dista muchísimo de ofrecer el aspecto pristino natural; el cuadro fitogeográfico sufrió desgarraduras de gran significación en el territorio argentino; existen los efectos de tantas quemazones en los bosques cordilleranos patagónicos, se registran las consecuencias de tantas devastaciones arbóreas en la región chaqueña y en la formación del "monte". Necesariamente, todo ello debe representar diferencias de color.

Asimismo, la transformación vegetal del paisaje pampeano realizada por el hombre fué sumamente acentuada, pues la estepa primitiva se vió substituida, en gran parte, por las pasturas artificiales y, en vez del océano herbáceo, con variada frecuencia y disposición, tenemos árboles que corresponden generalmente a especies traídas desde el hemisferio oriental. Por otra parte, los sembradíos ocuparon grandes extensiones y, correspondiendo a varias especies americanas o procedentes del Antiguo Mundo, según sus condiciones propias y el momento de su ciclo vital, nos dan una coloración peculiar, como el maíz, el trigo, el lino, el girasol, etc.

En esta visión sumaria, cabe traer a colación unos casos más, que significan una contribución cromogénica humana en el orden local o que llegan a ocupar áreas muy amplias: los cultivos cítricos mesopotámicos y del Noroeste; los cañaverales tucumanos, jujeños y salteños; los olivares de varias provincias; los alfalfares, los viñedos y los huertos cuyanos y del río Negro; los algodones de la región chaqueña; las huertas próximas a la ciudad de Buenos Aires.

Se oye hablar a menudo de la influencia humana directa o indirecta sobre el suelo que, con prácticas agrícolas y ganaderas equivocadas o demasiado intensas, favorece la erosión hídrica y eólica. El resultado es el empobrecimiento de las posibilidades productivas y no deja de verse una traducción de color. Frente a tales hechos, encontramos los intentos de corrección y, como ejemplo, tenemos la fijación de médanos con plantíos en la región pampeana donde el color de la arena es substituido por

el verde del follaje. Excelentes testimonios de transformación se encuentran en la forestación dunícola de varios lugares del litoral bonaerense.

La misma crianza de animales es cromógena, sea de una manera algo indirecta, creando o modificando las pasturas, o con la reducción del manto vegetal por la alimentación excesiva debida a campos sobrecargados de animales; sea de una manera directa por el color que cada especie o variedad va añadiendo al paisaje, particularmente cuando se reúnen grandes cantidades de individuos: equinos, bovinos, caprinos, ovinos, porcinos, aves de corral, etc. Interesante es que esta nota cromática no tiene fijez de localización sino que es cambiante con mayor o menor rapidez y amplitud, pero es dable hallar lugares mesopotámicos, pampeanos, patagónicos o montañosos, donde los animales suelen acudir o concentrarse: bebederos, rodeos, corrales, ferias. Allí el influjo cromático llega al máximo grado.

Las marcas de la actividad humana sobre la superficie terrestre presentan otras manifestaciones dentro de las fronteras argentinas, como ser las explotaciones mineras, metalíferas o no. De ello son ejemplos las manchas blancas de las canteras de rocas calcáreas en las sierras pampeanas cordobesas, además del color grisáceo de las canteras de granito de allí mismo y de la Tandilia, donde este material va cobrando una tonalidad diferencial muy perceptible si se compara con el que presenta en los afloramientos intactos debido al largo proceso de degradación meteorica.

A ello debe añadirse el humo de fábricas agregadas a la extracción minera, a la vez que contribuyen a colorear el ambiente las viviendas. Vinculadas con la actividad agraria, que en la Argentina es espacialmente mucho mayor que la minera, las viviendas son factores antropógenos de color, aunque su importancia se gradúe de acuerdo con múltiples circunstancias. En efecto, hay un buen número de ejemplos de correlación cromática con el ambiente, un cierto mimetismo, así como es frecuente hallar un nexo estrecho, en cuanto a los materiales empleados, con lo que suministra el medio cercano. Acuden a la memoria las viviendas barrosas de la región mesopotámica, de la pampeana y de tantos lugares del Noroeste, en correspondencia con los fondos de valle o aún en los techos de

las quebradas donde la topografía se ensancha entre un angosto y otro. Se trata del uso de la tapia, del adobe, del chorizo, de la quincha embarrada, del estante y del tepe que, según lugares o momentos, se llama asimismo adobe, terrón, césped y champa. Algunas de estas manifestaciones se observan también en construcciones de corrales y cercos.

La adaptación cromática se registra en más de un caso donde las paredes se construyen de piedra procedente de los lugares inmediatos. Son de esta categoría las casas blancas de Peña Blanca situadas frente al pueblo de Humahuaca, las rojas de San Fernando, en Escalpe o alguna similar de Potrerillos, en Mendoza.

Aparte estas manifestaciones, hay innumerables otras en las que, de modo inconsciente o bien intencionalmente, la vivienda aislada y la agrupada, la rural y la pueblerina como la urbana, añaden un color al medio. Intervienen costumbres, modas, caprichos, necesidades o cálculos. En la lista asaz larga que pretendiese incluir todos los casos, menciono los techos rojos de tejas de las *salas* o casas de los dueños en muchos lugares del Noroeste, como asimismo los de viviendas urbanas en Jujuy, Salta y Catamarca donde el color prístino se ha venido disfrazando desde la fecha remota de la construcción. Pero tal uso no es exclusivo del pasado, por cuanto, también en nuestros días, los techos de tejas rojas visten el paisaje serrano cordobés con intención de embellecerlo o caracterizarlo con fines turísticos, y aparece también en barrios de la gran ciudad de Buenos Aires.

A la par de los techos, la coloración de las paredes, especialmente en ambientes urbanos, es un síntoma de la intervención de varios factores, y la ciudad de Buenos Aires proporciona también en esto una serie de ejemplos ilustrativos, aparte de que ya el conjunto de viviendas y de calles de todas las poblaciones agrupadas del país constituye un elemento importantísimo de cromatismo antropológico.

La serie de manifestaciones que vengo esbozando no se cierra aquí, es lícito añadir alguna más, ya que las calles, hacen pensar en las vías de circulación de todo orden, desde la senda hasta la ruta pavimentada y el canal, desde el camino polvoriento o barroso hasta la vía férrea.

Se trata de una incisión, de una marca, de un color aplicado a la superficie terrestre con mallá de dibujo que suele ser regular en la región pampeana e irregular en la zona montañosa, donde la serpentina se desenvuelve maravillosamente en la pendiente abrupta de los frentes de falla de las sierras pampeanas, con tejados, cortes del terreno, muros de contención, alcantarillas, escombros desmoronados.

A todo ello se agrega la construcción de tomas de agua y acequias para riego y la de diques con sus correspondientes lagos artificiales de que ya hay una multitud de ejemplos —varios de ellos de notable significación—, desde el Norte del país hasta la Patagonia inclusive. Estas obras de ingeniería no deben hacernos olvidar las aplicadas al desagüe y tampoco las de índole precaria consistente en almacenar agua con los *tajamares* mesopotámicos y con las *represas* del ambiente árido o semiárido del centro-oeste de la Argentina. Es indudable que la presencia o la ausencia del agua superficial contribuye a colorear el paisaje directa o indirectamente.

Debe convenirse que la manifestación cromática del paisaje reviste importancia científica; pero, no puede negarse que trasciende a lo práctico con derivaciones hacia la geografía sanitaria y a la satisfacción de necesidades estéticas, como bien se sabe por la atracción que ciertos ambientes ejercen sobre el turismo. De ello nace la conveniencia de no atentar contra algunos paisajes naturales y humanos y de contribuir al logro de ambientes agradables en otros casos con medidas adecuadas.

Cromotoponimia de la Argentina.—En la Argentina, ¿son también numerosos los cromotopónimos? Entrar a la dilucidación del tema es enfrentar inmediatamente la multiplicación, y bien grande, de los ejemplos, desde los correspondientes a hechos de mucha amplitud, como *ser provincia de río Negro, río Negro, río Bermejo y río Colorado*, hasta los de área más pequeña, secundaria, dándose también los diminutos, los puramente locales: *loma Baya, curva Negra, cerro Blanco, laguna Verde, alto Verde, casa Amarilla*, etc. La clasificación de estos topónimos por extensión del hecho geográfico es un tanto relativa, pues depende de algunas circunstancias asignar

un topónimo a la categoría de los *macrotopónimos*, de los *mesotopónimos* o de los *microtopónimos*.

No siempre la correspondencia es completa, no siempre el nombre documenta un atributo directo de la cosa, así *partido del Tordillo*, *partido de Bragado*, *arroyo Malacara* y *arroyo El Moro* se llaman de este modo por características del pelo de los caballos.

Ahora bien, ¿son más epónimos los colores u otras cosas? Para contestar adecuadamente sería menester que dispusiese de una investigación estadística llevada a cabo del mejor modo posible. A título simplemente ilustrativo y sin que, por varios motivos, se puedan extraer conclusiones valederas para todos los momentos, tomé la hoja 54 (Buenos Aires) de la *Carta provisional de la República Argentina*, en escala 1:500 000, del Instituto Geográfico Militar, y en ella encontré que los *biotopónimos* se elevan nada menos que a 218, divididos en 96 *zootopónimos* y 122 *fitotopónimos*, mientras que los *chromotopónimos* son únicamente 37. Como se ve, la diferencia resulta sorprendente.

A los efectos de entender mejor el problema, consulté otra hoja de la misma *Carta* —la 30 (Chilecito)— y el examen me señaló la existencia de 104 *chromotopónimos*. Debo advertir que los nombres de esta categoría corresponden exclusivamente a nuestro idioma. Tratándose de una zona de fuerte tradición aborígen, es probable que, con un conocimiento lingüístico completo, esas tierras riojanas acusen la existencia de una riqueza aun mayor de los topónimos de la categoría investigada. Lo cierto es que, comparando la hoja 54 con la 30, hallamos una evidente estridencia cuantitativa entre la *chromotoponimia* bonaerense y la riojana, patente documentación de que el influjo del color sobre la toponimia se manifiesta con diferencias de intensidad en una y otra zona, según ambiente físico y, asimismo, es de sospechar que los habitantes reaccionen de manera dispar de acuerdo con sus características. Los dos casos ponen en claro que la *chromotoponimia* en alguna medida resulta un exponente aceptable de la *chromogeografía*.

Con lo dicho, apenas menciono el punto, por cuanto es de aconsejar un estudio amplio y sistemático, si no exhaustivo, de *chromotoponomástica*, es decir, de los nombres de lugar vinculados al color, que constituye un ca-

pítulo de mucha significación en la *chromogeografía* del país.

A título de palabras finales, diré que la investigación geográfica de los colores de la Argentina requiere indudablemente tiempo y habilidad de parte de los estudiosos. Mucho tiempo será necesario debido a la amplitud y variedad del campo delimitado por las fronteras del Estado argentino. Mucha habilidad deberá tener el investigador para entender los colores. Diría que se necesita sensibilidad de artista para captar perfectamente los colores y sus matices más delicados; pero, tratándose de *chromogeografía*, esa sensibilidad no deberá empañar de ningún modo la clara visión del hombre de ciencia.

ROMUALDO ARDISSONE.

Aráoz de La Madrid, el caballero del heroísmo y de la libertad

Hay en la historia de América dos épocas extraordinarias. Ellas son los comienzos del siglo XVI y del siglo XIX. Sumadas, no alcanzan a cincuenta años de lucha. No obstante, estos pocos años que, en realidad, apenas representan la vida media de un hombre, tuvieron una innegable influencia en los destinos de la humanidad. Hoy puede decirse, sencillamente, que cambiaron, en infinitos sentidos, la marcha del pensamiento humano. El siglo de oro, con América, convierte el Renacimiento en un espíritu casi universal. El siglo de la independencia, trescientos años después, crea el equilibrio que hoy tiene el mundo. No obstante, los historiadores no han comparado el siglo de la conquista con el siglo de la libertad. En el siglo XVI, los conquistadores lucharon contra el misterio de lo desconocido: las selvas trágicas, de perfumes extraños; las llanuras ilimitadas, de ensueños inalcanzables; el indio incomprensible, todo un mundo de emociones nunca sentidas. El siglo XIX es el choque violento con una tradición que se desmorona. De pronto, un emperador, en Europa, cambia el ritmo de la historia. Hay nuevas pasiones humanas, ideales políticos en pugna feroz. Una guerra civil, de extensión enorme e infinitas consecuencias, enfrenta a miles de hombres. Todos combaten por fuerzas poderosas: ideas. El siglo XVI se distingue en la historia del mundo por la ilusión; el siglo XIX, por los ideales. En ambos siglos, los hombres fueron a la gloria y a la muerte arrastrados por sus pensamientos. En los dos siglos, los conquistadores y los libertadores tienen algo común: un afán de heroísmo incommensurable. Los sacrificios más duros, los esfuerzos más terribles, se repiten por igual con tres siglos de diferencia. Las memorias de los libertadores parecen páginas de cronistas. América, en verdad, era la misma. Los hombres se mataban en las mismas tierras, donde nada había cambiado, donde el viento movía los mismos

árboles. Y su fin era, también, el mismo, como hubiera dicho Bernal Díaz del Castillo: en muerte obscura, en la lucha bárbara o en el olvido y la miseria.

Un ejemplo, desmesurado y magnífico, de vida heroica e idealista, en la gran aventura de la independencia americana, es el del general Gregorio Aráoz de La Madrid. Nació en Tucumán, en 1795, y aprendió a leer en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Su destino parecía el de un empleado de una casa de comercio cuando, un día, "los periódicos que llegaban a Tucumán" le hicieron saber "la revolución de Francia y los progresos asombrosos del emperador Napoleón I".

Estas líneas de su autobiografía explican, luminosamente, lo que no dicen muchos libros de historia. Las noticias de Europa se extendían por toda América. La Madrid, en Tucumán, leyó periódicos que hablaban de Napoleón. La revolución de Francia, a la cual él se refiere, es la de Napoleón, no la de 1789, anterior a su nacimiento. Estos hechos exaltaron su amor a las armas. Por ello, cuando supo que en Buenos Aires se había instalado una Junta, en 1810, como las de España, y Castelli pasó por Tucumán, rumbo al Norte, a combatir a los partidarios del Consejo de Regencia, La Madrid quiso incorporarse a ese ejército, pero sus parientes no se lo permitieron. Lo hizo al año siguiente y aquí comienza la biografía más rica en encuentros de armas en la historia argentina.

La Madrid y sus hombres combatían con lanzas y cuchillos que colocaban amarrados en lugar de moharras. La orden para lanzarse sobre los enemigos era tocar a degüello. Se encontró en el ejército de Belgrano y en Tucumán, el 24 de setiembre de 1812, cuando las fuerzas que respondían a la Junta de Buenos Aires detuvieron a las de aquel otro criollo, don Pío Tristán, que obedecía al Consejo de Regencia de Cádiz y al virrey del Perú. La batalla de Tucumán puede decirse que salvó nuestra libertad. Sus detalles estratégicos y, en especial, los tácticos, han sido muy estudiados y analizados. Los relatos conocidos son oscuros y contradictorios. A ellos se agregan hoy dos nuevas fuentes: las memorias del virrey Abascal y una carta del ex jesuita Diego León de Villafañe. Lo único cierto es que se combatió con pasión y desesperación. La Madrid hizo prodigios de valor. El pueblo entero salió a la lucha. En Buenos Aires no se

creía en el éxito de esa posible resistencia. Las órdenes de retirarse a Córdoba habían sido terminantes; pero Belgrano quiso resistir el choque enemigo y su decisión salvó la futura patria argentina. El triunfo fué de Belgrano, de los habitantes de la provincia de Tucumán y del pueblo argentino. Hay que comprender las ideas de aquella guerra para comprender la historia. El criollo don Pío Tristán era un extraño por su política absolutista. En nuestra tierra dominaban las ideas liberales. La Madrid era, como es lógico, un gran liberal; todos los hombres que resistieron a los partidarios del Consejo de Cádiz eran liberales. No debe sorprender que Tristán no hallara amigos en el camino, que La Madrid incendiara los campos que pisaba y sólo tuviera en Tucumán un fiel adicto: el ex jesuita don Pedro León de Villafañe. Tristán estaba tan seguro de entrar tranquilamente en Tucumán que encargó a un aguatero que le llevara una pipa de agua a la casa de este jesuita para bañarse a las doce. Los cañonazos del barón de Holmberg, que desbarataron al ejército de Tristán, significaron el comienzo del triunfo de los liberales. Las obras históricas suelen olvidar su nombre. Sin su esfuerzo otra habría sido la suerte de la batalla. También olvidan o apenas mencionan el de Aráoz de La Madrid. En cambio presentan el encuentro como un duelo de criollos y españoles. Repetimos que los dos generales —Belgrano y Tristán— como gran parte de los ejércitos en lucha, habían nacido en la tierra. Cuenta Marcelino de la Rosa, en un artículo escrito en Tucumán, en octubre de 1890, que el mismo día de la derrota, el general Tristán escribió a Belgrano una carta en que le decía: "Mi querido Manuel: ¿Quién nos habría dicho, cuando estudiábamos en Salamanca, que, corridos los tiempos, habíamos de ser militares, mandar ejércitos, ser enemigos y batirnos? ¡Vicisitudes de la vida!". Junto con la carta fué una caja de cigarrillos habanos. La política y no las razas habían dividido a aquellos hombres y a quienes los seguían. Belgrano, que tanto amaba la libertad, murió suspirando por la patria en la anarquía del año 1820; Tristán, que defendía el Consejo de Regencia y la autoridad del virrey, llegó a altos puestos, años más tarde, en la República del Perú. Una vez más podría haber repetido: ¡Vicisitudes de la vida!

En aquella gran lucha de principios políticos, los partidarios de la libertad eran llamados porteños. Sus con-

trarios se denominaban a sí mismos cristianos. Estas denominaciones explican muchos hechos. Buenos Aires era considerada una ciudad madre de ideas anticatólicas. No olvidemos el *Contrato de Rousseau*, reimpreso por Moreno, ni la irreligiosidad de Monteaugado y de Castelli en su expedición al Norte. La guerra —hemos de insistir sobre ello— no era una revolución en contra de España, sino una lucha civil en que unos hombres defendían la libertad y otros la tiranía. Es el mismo Belgrano quien lo dice en su parte del 29 de septiembre de 1812 al Superior Gobierno de Buenos Aires: "...el jefe enemigo prefirió a toda amigable proposición, a todo medio de conciliación, que acaso habría concluido la guerra civil en que la tiranía nos tiene envueltos, el huir vergonzosamente...". Era la tiranía lo que entonces se combatía, en aquella inmensa guerra civil, como la llamaba Belgrano, más conocedor de aquellos hechos que los historiadores modernos. Aráoz de La Madrid había entregado su vida al bando que defendía la libertad. Por ello estaba al lado de hombres como Belgrano y San Martín.

Las ideas políticas no sólo dividían a los partidarios de la libertad y a los partidarios del absolutismo o tiranía, sino a los mismos hombres de cada bando. Conocidas son las disensiones que hubo en el ejército que respondía al virrey y al Consejo de Regencia. En cuanto a los jefes liberales, Aráoz de La Madrid presenció cómo Manuel Dorrego se burlaba de Belgrano, en presencia de San Martín, y cómo el mismo Dorrego, cuando Belgrano pasó por Santiago, lo envió a felicitar con un loco vestido de brigadier, para despreciarlo.

La Madrid tuvo que sufrir las consecuencias de las enemistades de muchos jefes. El sólo deseaba combatir por el triunfo de la libertad. Creó los Húsares de la Muerte, y tuvo que fusilar a Borges, por orden de Belgrano, que no concebía que Santiago del Estero se separase de Tucumán. Juan Francisco Borges hoy merece un monumento. En España había sido guardia de cuerpo y en Santiago quería la autonomía de una nueva provincia. Los mismos ideales que hacían combatir a Buenos Aires en contra del Consejo de Regencia de Cádiz, hacían luchar a Borges y a otros caudillos por las autonomías de sus provincias. Y así como el Consejo de Regencia trataba de aplastar a Buenos Aires con las fuerzas del Alto Perú y de Mon-

teideo, Buenos Aires trataba de dominar a los caudillos con los jefes que le eran fieles. Los derechos naturales del hombre, al reconocer a cada sociedad, por pequeña que fuese, su autogobierno, terminaban por conducir a una total desintegración. Por ello San Martín declaraba que se sentía morir cada vez que oía hablar de federalismo, y Belgrano ordenó a La Madrid que fusilara a Borges, que echó las bases de la actual provincia de Santiago del Estero.

Las marchas por los montes del Alto Perú tienen instantes que parecen arrancados a páginas de la conquista. Eran los mismos montes y eran los descendientes de los primeros conquistadores que andaban por ellos. No es extraño que no se sepa, al leer algunas páginas, si quien las escribe es un hombre del siglo XVI o del siglo XIX. He aquí una: "Era tal el sueño y cansancio que experimentábamos todos, que se vieron caer muchos hombres desnudos en la marcha, y yo mismo hube de despojarme a una profundidad, al descender una cuesta en la tercera noche. Era el camino en extremo peligroso, la noche muy oscura y bajábamos todos a pie, tirando sus caballos los que los tenían, cuando dormido, pierdo el pie, hacia el precipicio, salvando milagrosamente por la precaución que había tomado, al empezar a bajar, de darme dos vueltas en la mano derecha con fuertes riendas y llevar las cañas de ellas bien apretadas en la mano, pues al despojarme se sentó mi mula sobre las patas y el tirón que sentí me recordó e hizo sostenerme con uñas y dientes de las riendas, a favor también de un arbusto o rai-gón de tala que encontró el pie y sirvió para afirmarme; y el ayudante y ordenanza que estaban inmediatos pudieron ayudarme tomándose por las manos". Es Aráoz de la Madrid quien recuerda este episodio, uno de los infinitos y más sencillos que pasaron por su larga vida. Parecen palabras de las cartas de Valdivia, de la verdadera historia de Bernal Díaz o de algún otro cronista de trescientos años antes.

Y lo que es más sorprendente en este paralelo de la conquista y de la independencia es que en ambos siglos imperaban la misma disciplina, la misma ferocidad en los combates y la misma cortesía con las mujeres. Sabido es con qué rigor las Leyes de Indias castigaban a los conquistadores que abusaban de algún indio. Pues bien:

La Madrid dejó ordenado en su cuerpo "que el soldado que causara la menor extorsión al vecindario por donde transitara y tomase el más insignificante utensilio de cualquiera de éstos, sería castigado por primera vez con cincuenta palos y por la segunda con doble número...". En los encuentros, los combates eran individuales y cuerpo a cuerpo. En un choque con las fuerzas de Estanislao López, La Madrid vió un cadáver al cual le habían volado todo el cráneo a más de dos varas del cuerpo. Había jefes que mandaban matar a los heridos que no podían aguantar una marcha. Cuando la esposa del General San Martín se fué sola desde Mendoza hasta Buenos Aires, La Madrid la escoltó un breve trecho. Sus soldados tiraron de su coche hasta donde estaba el ejército y volvió a seguir viaje. En tan extenso trayecto no tuvo un solo inconveniente.

La Revolución de 1820, con la sublevación de Arequito, pareció a La Madrid un acto de insubordinación. El gran luchador no penetraba en la política ni en las ambiciones de los hombres. Hoy aquella revolución está justificada por los móviles que la inspiraron; pero La Madrid sólo sabía de combatir a Estanislao López, gobernador de Santa Fe, porque los santafesinos eran tan enemigos como los españoles. El problema de la independencia está íntimamente unido al de la anarquía y las consiguientes luchas civiles. Más aun: todo fué una inmensa guerra civil entre los partidarios de los derechos naturales del hombre y la autonomía de los pueblos, y los partidarios de los sistemas centralistas de gobierno que lo mismo querían gobernar desde Cádiz que desde Buenos Aires. Esta verdadera comprensión de la historia explica, por ejemplo, por qué un Artigas combatía mas a Buenos Aires que a España y por qué tantos caudillos, en los instantes en que era preciso asegurar la independencia, se lanzaban contra esa misma ciudad de Buenos Aires que hacía frente a las fuerzas llamadas españolas. En aquel inmenso caos el máximo ideal era el de la Libertad, y Aráoz de La Madrid, como otros muchos de nuestros héroes e idealistas, sólo vivía por la Libertad. Nuestras actuales fronteras aún no estaban fijadas de un modo definitivo; nuestras provincias podían, en cualquier instante, convertirse en naciones, como se convirtieron el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. El general Bus-

tos, en su revolución de 1820, quiso unir a todas las provincias en lucha para salvar la integridad de la Nación y terminar la guerra contra España; pero este noble propósito no le entendieron los caudillos y las duras rivalidades continuaron. Las fuerzas del Litoral llegaron a Buenos Aires. En el miedo y en la confusión se fué imponiendo Juan Manuel de Rosas.

El caso que podríamos llamar Rosas-La Madrid ha sido juzgado de distintas maneras. Unos autores han preferido olvidarlo o superarlo; otros lo han resuelto con declamaciones literarias, y no pocos, siguiendo a Esneosto Quesada, lo han presentado como una indiscutible traición de La Madrid. La historia de las ideas lo ve con nitidez. Rosas y La Madrid tenían una vieja y buena amistad. Era compadres y coincidían en muchos juicios e intereses políticos; pero sus concepciones de la libertad eran muy distintas. Rosas era un absolutista neto, instruido por su primo Tomás Manuel de Anchorena, que sólo creía en la bondad de los gobiernos despóticos. La Madrid, buen católico, que hacía los ejercicios espirituales con sus soldados, ofrecía su vida por la libertad que nace de Dios y los derechos naturales del hombre. Se trataba, en una palabra, de dos mentalidades políticas diametralmente opuestas. Estaban de acuerdo, por ejemplo, en censurar la falta de disciplina con que Dorrego manejaba a sus soldados. Estos mataban inútilmente grandes cantidades de animales y saqueaban las casas de los pueblos que conquistaban. La lucha entre gobernadores era transformada en lucha de pueblos. Rosas y La Madrid eran contrarios a esta manera de actuar. Ambos amaban el orden y la justicia; pero Rosas lo hacía con una dureza morbosa, y La Madrid, con extrema bondad. Cuando Rosas se impuso con sus colorados, La Madrid comprendió que "gustó desde aquel momento el placer de oprimir a las clases ilustradas del pueblo con los hombres de la campaña". La Madrid agrega que "desde sus primeros años, ya Rosas empezó a desplegar su carácter dominador y perseverante en sus mismos establecimientos de campo, pero cubierto de la hipócrita capa del respeto a la propiedad y elevándolo al más alto extremo...". Era cruel y rígido consigo mismo. Para dar un ejemplo a sus peones se hacía azotar y para divertirse no vacilaba en enlazar a un primo suyo y arrastrarlo media cuadra por el suelo riéndose a carcajadas.

ARÁOZ DE LA MADRID

La Madrid dejó a Rosas para combatir a Francisco Ramírez, el supremo de Entre Ríos y defender a Bustos, de Córdoba. Era la eterna guerra de las provincias que, en síntesis, sólo querían el derrumbe de Buenos Aires y, en este caso, la caída de Rivadavia. La Madrid veía con tristeza la conspiración, cada vez más extendida, en contra de Rivadavia. Además, aumentaba su dominio el caudillo Quiroga; personaje extraño que, por una parte, deseaba la constitución del país y acusaba a Rosas y a López de todos los desastres de la Argentina, y, por la otra, arrastraba a sus hombres con una bandera negra con dos cañillas, una calavera blanca y la inscripción Religión o Muerte.

En un combate famoso, contra Quiroga, La Madrid fué rodeado por unos dieciocho hombres, y dejado en el campo por muerto. La Madrid quedó desnudo y con quince heridas de sable. "En la cabeza, once; dos en la oreja derecha; una en la nariz que me la volteó sobre el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo, y más un bayonetazo en la paletilla y junto con el cual me habían disparado el tiro para despenarme, tendido ya en el suelo". Llevaba al cuello un escapulario de la Virgen de las Mercedes que le había dado su mujer.

La Madrid se salvó por milagro. Unos soldados lo llevaron a un rancho donde lo curó un curandero. Fué llevado a Tucumán donde pasó un mes sin sentido. En el pecho y las costillas tenía estampadas las pisadas de los caballos y las culatas de los fusiles. Cuando pudo reponerse, pidió pluma y un papel y escribió a Quiroga y a Ibarra una carta que decía: "El muerto del Tala desafía a los caciques Quiroga e Ibarra para que lo esperen mañana a darle cuenta de las atrocidades que han cometido en su pueblo; pues la Providencia le ha vuelto a la vida para que tenga la satisfacción de castigarlos como merecen". Contestó sólo Ibarra: "Me alegro mucho que estés ya mejorado para servir a tus amos los porteños; pero respecto al castigo con que nos amenazas, lo veremos". Así combatían aquellos hombres, como los caballeros medievales que, en los torneos, antes de cruzar lanzas cruzaban terribles bromas.

En 1826 llegó a Tucumán, para aumentar o confirmar la confusión de nacionalidades y de luchas, un grupo de ciento noventa colombianos mandados por el coronel

Matute. Estos hombres se pusieron del lado de los tucumano y en guerra con los santiagueños. Matute se encontró también en lucha con Quiroga. Es indudable que los hombres como Matute combatían como los *condottieri* de la Edad Media italiana.

Artos de La Madrid fué vencido por Quiroga y tuvo que refugiarse en Bolivia. Llegó exhausto a Chuquibambilla. En Buenos Aires, Rivadavia había caído. En Salta, Matute fué fusilado por el gobernador Gorríti. La Madrid, cada vez más enfermo, quiso volver a Buenos Aires y, para ello, escribió a su gran enemigo Quiroga que le permitiese hacer el viaje. Quiroga le contestó en el acto recomendándolo a los gobernadores de Tucumán, Santiago, Córdoba y Santa Fe, "para que le presten todas las consideraciones y asistencia que le son debidas, como a un antiguo defensor de la Patria". Así eran aquellos argentinos.

En Tucumán, los colombianos que habían salido de Salta, después del fusilamiento de Matute, querían proclamar a La Madrid gobernador; pero él no lo permitió, para no comprometer a la provincia en una nueva guerra. Es indudable que aquellas provincias, en aquellos años, vivían como estados enemigos, que se recelaban uno a otro. La Madrid tenía una fama de valiente y temerario como ningún otro hombre en aquel entonces. Cuando llegó a Buenos Aires, Dorrego le hizo un mal recibimiento. Dorrego seguía cometiendo errores políticos. En unas elecciones, hizo quitar listas y repartir las del Gobierno. Este hecho fué una de las causas de la revolución del primero de diciembre de 1828 en que Lavalle ocupó el poder. Esta revolución, según La Madrid y otros muchos contemporáneos de esos sucesos, como el general Tomás de Iriarte, fué causa de todos los males que sobrevinieron al país. Dorrego huyó de Buenos Aires y poco después fué fusilado por orden de Lavalle. La Madrid habló con Dorrego poco antes de morir e hizo por él lo indecible para evitar su muerte. Lavalle se mostró frío, insensible, inhumano. No quiso escuchar a su prisionero ni los pedidos de clemencia que le hizo La Madrid. Dorrego murió como un valiente. Era hombre entusiasta, a veces excesivo en sus manifestaciones de puras ideas federales, muy contrarias a las absolutistas de Rosas, con influencias norteamericanas y grandes proyectos democráticos. Los uni-

tarios supusieron que sería siempre un peligro para ellos y convencieron a Lavalle que lo matase. La historia no puede, por ningún concepto, justificar la muerte de Dorrego. Dice La Madrid, con respecto a Dorrego, que, "aunque tenía sus rasgos de locura y era de un carácter atropellado y anárquico", no se podía olvidar que era un jefe valiente, que había prestado grandes servicios en la guerra de la independencia. Hoy Dorrego merece compasión y admiración. La Madrid le hizo exacta justicia. La historia, con testimonios como los de La Madrid y Tomás de Iriarte, ve a Lavalle cada vez más pequeño. En el caso de Dorrego obró como un maniático o un caprichoso dominado por la morbosidad. Visto como general, se muestra inferior a sus campañas de la independencia, donde combatía bajo las órdenes de jefes como San Martín. No sabía imponer disciplina, permitía que su ejército se desmoralizase y que cometiese todo género de robos, saqueos y excesos. Acostumbraba a los soldados a hacer su voluntad, convencido de que la monotonía valía más que un ejército disciplinado y perdió muy pronto el talento de saber vencer en una batalla. Gauchos baqueanos le hicieron seguir nubes de polvo en el desierto, mientras los enemigos se alejaban por otro rumbo.

La Madrid siguió a Lavalle en su gran expedición. Iba triste, convencido de que la muerte de Dorrego había sido "el acto más arbitrario y antipolítico y quizás el que enardeció todos los ánimos y el que nos ha conducido a todos los argentinos al misero y degradante estado de ser pisoteados por el más bárbaro e inmoral de todos los tiranos". La sombra de Rosas crecía en el desierto; pero Lavalle no la temía. En Puente de Márquez pudo haber lanceado las fuerzas de Rosas y López unidas, pero como estaban dormidos, de puro caballero les hizo avisar que se levantarán y dispusieron para batirse. Así lo hicieron y Lavalle los puso en fuga; pero ellos le arrebataron la caballada.

En la batalla de Oncativo, donde el general Paz deshizo a Quiroga, La Madrid anduvo buscando a su eterno adversario para pelearlo cuerpo a cuerpo. "¡Digan a ese Quiroga que aquí está La Madrid a buscarlo, que se pare si es gente!", gritaba a los soldados enemigos. Quiroga logró esfumarse. En cambio cayó prisionero el fraile general Aldao. Para evitar una lanceada, se tendió sobre

el caballo y cayó al suelo. La Madrid confesó que él habría hecho matar al fraile general. En cuanto a Quiroga, si hubiera podido tomarlo preso, lo habría exhibido en una jaula "para hacerlo conocer de los pueblos que tanto había ultrajado, y hacer que cada uno de los individuos que él había azotado o abofeteado lo azotara y abofeteara también". En Córdoba, don Hilarión Plaza, que conducía a Aldao, lo hizo entrar montado en un burro, para que la chusma lo silbara.

En San Juan, La Madrid fué recibido con arcos de triunfo. El pueblo quería que renunciara a la gobernación de La Rioja y aceptara la de esa ciudad. Así lo hizo, en forma provisional. Allí vivía la mujer de Quiroga. Mucha gente exigía que La Madrid le embargara plata labrada, alhajas y dinero, pero el gran enemigo de su marido se negó y, por el contrario, tuvo con ella la más finas atenciones. Igual respeto tuvo con la madre de Quiroga poco tiempo después.

El destino de la historia argentina cambió cuando el general Paz fué boleado por un soldado del general López, de Santa Fe. La guerra estuvo, también, a punto de transformarse por completo. Había jefes dispuestos a unirse a Quiroga para combatir juntos contra López. Otros querían hacer una rápida paz. No faltaban quienes proponían una unión con López y Rosas para atacar a Quiroga. En todas partes surgían nuevos montoneros. El país estaba cubierto de jefes que combatían sin saber por qué. Todos hablaban de los derechos de los pueblos para gobernarse a sí mismos. Y frente a ellos estaba el gran absolutista Rosas que los engañaba con la palabra federalismo y en realidad los sometía a su despotismo. La Madrid fué uno de los pocos que comprendió claramente este gran problema y no se unió a Rosas para combatir a López, ni a López para combatir a Rosas, ni a unos y otros para combatir a Quiroga.

Esos hombres no perseguían la libertad, y La Madrid sólo luchaba por la libertad. Una prueba magnífica la hallamos en el mensaje que envió a Quiroga con dos de sus coroneles que tenía presos desde Oncativo. Hoy se sabe documentalmente que Quiroga ansiaba organizar la Nación, darle una Constitución, una presidencia y una capital. Como La Madrid no lo ignoraba, dijo a los emisarios que envió a Quiroga: "Vayan a decir a su general

que es tiempo de uniros para defender la libertad de las provincias. Que Rosas aspira a dominarlas del modo más bárbaro y no debemos los provincianos consentirlo. Asegúrenle ustedes de mi parte que no tengo contra él prevención alguna, ni menos aspiro al mando. Que trabajemos a una, para la paz y libertad de los pueblos, y por la constitución del país, sea cual fuere. Que si quiere prestarse a ésta mi indicación, no trepidaré en cederle el mando si lo desea, pues yo sólo aspiro a sacrificarme por sólo la libertad y felicidad de los pueblos".

Quiroga no aceptó la invitación de La Madrid. Estaba demasiado comprometido con Rosas o lo temía con exceso para dar un cambio tan violento en su política. La Madrid creyó conveniente entrar en la dirección del ejército al general Rudecindo Alvarado, gobernador de Salta; pero las ambiciones de otros jefes y la derrota sufrida en la batalla de Ciudadela, frente a Quiroga, deshicieron sus planes. Era el 4 de noviembre de 1831 y la batalla fué presenciada, desde la retaguardia, por los vecinos, eclesiásticos y comerciantes del pueblo. La Madrid pensó en una traición. Las tres bandas de música entusiasmaban a los soldados que iban a morir. Hubo derroche de heroísmo. El mismo Quiroga en un instante huyó, sintiéndose vencido; pero los deserticos de algunos jefes dejaron que la tropa se desbandara.

La Madrid se fué a Bolivia. Más tarde llegó su esposa. Quiroga le había dado dos caballos y cincuenta pesos para que se reuniera con su marido; pero le había quitado veinticinco marcos de plata labrada. Además le hizo la corte y le aconsejó que no se marchara tan lejos. Poco después escribió una carta a La Madrid en que elogiaba acciones pasadas, recriminaba otras y terminaba con estas palabras: "(Adiós, general! Hasta que nos podamos juntar para que uno de los dos desaparezca, porque ésta es la resolución inalterable de su enemigo Juan Facundo Quiroga". La Madrid contestó serenamente y terminó su carta con estas palabras: "Usted, General, podrá ser mi enemigo cuanto quiera, pero el paso que ha dado de mandarme a mi familia, a la cual espero con ansia, no podrá olvidarlo nunca Gregorio Araoz de La Madrid". Aquellos grandes luchadores, eran también, grandes caballeros.

En Bolivia, La Madrid fué socorrido por una subscripción que encabezó un comerciante llamado Soriano. En

otros tiempos había sido coronel y combatido contra las fuerzas en que se hallaba La Madrid. Era un español. Así pudo embarcar rumbo a Chile, con su familia, en un barco italiano. La pequeña embarcación llevaba gran cantidad de animales, un buey vivo, y un inglés que enseñaba a leer y escribir en veintitrés días. De Valparaíso siguieron hasta el Estrecho de Magallanes y luego hasta Montevideo. El viaje, larguísimo, había terminado con mucha hambre y aburrimiento.

Los odios políticos, no impidieron a la señora de La Madrid pasar de Montevideo a Buenos Aires para ver a su madre. No bien llegó se presentó en su casa Quiroga a ofrecerle sus servicios. La buena señora volvió enseñada a Montevideo. En esta ciudad, La Madrid se ganaba la vida con un pequeño horno, fabricando pan. La miseria no podía ser mayor. En 1836 envió a su hijo a Buenos Aires con una carta para Rosas, su padrino, a fin de que lo hiciera colocar en el Colegio de los jesuitas. Cuando Francia declaró el bloqueo pensó ofrecerse a Rosas "para defender la libertad e independencia de mi patria". Este rasgo, que recuerda el de San Martín, sólo demuestra el gran patriotismo que lo animaba, nunca una adhesión a la política de Rosas. Por fin, en agosto de 1838, se trasladó a Buenos Aires.

En esta ciudad, La Madrid siguió ganándose la vida como panadero. Visitaba a Manuelita Rosas y escribía cartas a su padre. El dictador al principio no le contestó. Un día, por intermedio del general Corbalán, le envió un sobre con diez o doce mil pesos. Muy pronto lo recibió e invitó a pasear por Palermo en compañía de su hijo Juan, y de su hija Manuelita y de dos locos o bufones. La adhesión personal a Rosas, que era su amigo y compadre, el aceptar su ayuda y frecuentar sus salones, fueron los más grandes errores políticos que cometió La Madrid. Los enemigos de Rosas lo creyeron un vendido. Los rosistas, poco más tarde, lo juzgaron un traidor. La Madrid explicó muy bien en sus memorias su posición y sus ideas. En aquel entonces no pertenecía a partido alguno. Jamás aprobó las barbaridades de la mazorca. La amistad con Rosas lo obligó a aceptar una misión: trasladarse al Norte para asegurar la adhesión de las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy, quitarles las armas, con la excusa de que eran necesarias para combatir

a los franceses y convertirse en gobernador de Tucumán. La Madrid desempeñó esta misión con toda sinceridad. No soñó que en Tucumán cambiaría rápidamente de ideas. Creía en la posibilidad de organizar el país sobre la base federal, como lo había imaginado Quiroga. Recordaba los desastres pasados y estaba convencido de que Rosas, por ser el caudillo más importante del país, podía también ser su organizador. Además, siendo el gobernador de Tucumán, podía colaborar en la pacificación y organización de la república. En una palabra, como él mismo dice, creía en la sinceridad de los planes de Rosas y estaba dispuesto a secundarlos; pero cuando llegó a Tucumán, el gobernador Piedrabuena, su primo, le manifestó claramente que el pueblo y el gobierno se oponían a la entrega a Rosas de las armas de la provincia y que, además, pensaban retirarle la representación de las relaciones exteriores. Rosas quería nombrar en las provincias gobernadores a su voluntad. El caso de La Madrid, que debía apoderarse del gobierno, es un buen ejemplo. Tucumán, como otras provincias, había elegido libremente a sus representantes. La Madrid era un buen argentino y era, además, un buen liberal. No debía prestarse a cumplir un acto que el pueblo tucumano, su patria, estaba dispuesto a resistir. Quienes han hablado de una traición de La Madrid a Rosas no han tenido en cuenta que, aplastando la voluntad del pueblo tucumano, La Madrid habría cometido una traición muchísimo mayor a su provincia y a su patria. La Madrid habría podido dominar la situación con sólo cincuenta veteranos que tenía en su escolta; habría podido hacerse nombrar gobernador y ser uno de los hombres de mayor influencia en el país entero, después de Rosas. Autores como Ernesto Quesada reconocen que La Madrid era el dueño del destino de Tucumán; pero que cambió de ideas cuando supo que el gobierno estaba de acuerdo con los de Salta y Catamarca, y que posiblemente se plegasen los de Jujuy y La Rioja. Todo ello es cierto. El mismo La Madrid confiesa que consintió que el pronunciamiento en contra de Rosas se hiciera, "estando en mi mano el evitarlo". Todo esto significaba algo muy grande y muy hermoso. Tucumán y otras provincias del Norte argentino estaban resueltas a levantarse contra la tiranía de Rosas. La Madrid, como un nuevo San Pablo, comprendió

lo injusto que habría sido impedir esa rebelión y, en vez de aplastarla, como habría podido hacer, con suma facilidad, se plegó a ella, abiertamente, sabiendo que, con ese acto, se atraía el odio eterno de Rosas y los rosistas e iba al encuentro de luchas interminables.

La conversión de La Madrid se explica aún más cuando se conoce el ambiente ideológico que existía en aquellos momentos en Tucumán. Marco Avellaneda y otros jóvenes habían recibido las enseñanzas de la libertad de la Asociación de Mayo. La prédica de Echeverría y otros grandes liberales había llegado a Tucumán y había transformado las ciencias. El despotismo de Rosas había sido desmascarado. El acto de La Madrid no fue una debilidad, como juzgó, tan equivocadamente, Paul Groussac, sino un acto de extraordinaria voluntad. Se necesitaba, en efecto, una gran fuerza espiritual para romper con una situación hecha y segura y lanzarse a otra que sólo tenía ideales y una cinta celeste en lugar de una punzo. La Madrid recuerda que no bien conoció la decisión de su pueblo se pronunció por la libertad. Siguió a la mayoría y así lo hizo saber a Rosas, noblemente, abiertamente. "Di cuenta al señor Rosas de cuanto había practicado para llenar debidamente mi comisión; de los obstáculos que había encontrado y por último del pronunciamiento de la sala y de haberme decidido después de esto a seguir la suerte de los pueblos, que sólo querían su libertad y la pronta constitución del país".

Empezar así la historia de la coalición de las cinco provincias del Norte en contra de Rosas, de su trágico fin y de la no menos trágica colaboración del general Lavalle. Jefe de la guerra fue nombrado el general Brihueza, de La Rioja, hombre curioso, del cual todos los cronistas, empezando por Tomás de Iriarte, cuentan detalles pintorescos. Vivía encerrado en un rancho, del cual rara vez salía, a tal punto que en la población mucha gente no lo conocía. Pasaba gran parte del día borracho y estaba siempre defendido por una tremenda cantidad de perros. Vestía muy extrañamente, andaba en mangas de camisa y causaba una pésima impresión. Tenía la virtud de seguir ciegamente todo cuanto indicaba La Madrid.

Los pobres soldados que en aquellas regiones defendían la libertad a menudo estaban hambrientos y pedían pan.

La Madrid les daba lo que podía y los alegraba haciéndoles cantar vilditas. Los versos, compuestos por el mismo La Madrid, decían el fin de aquellos combates: "Siga la guerra, / trueque el cañón; / pronto tendremos/ Constitución".

El pronunciamiento de Tucumán llegó a noticias de Lavalle por medio del famoso baqueano Allen. El espíritu de Lavalle, muy caído por su fracaso en Entre Ríos, renació lleno de esperanzas. Marchó sobre Buenos Aires, convencido de que la ciudad se sublevaría al saber que se acercaba a ella; pero el terror la mantuvo inmóvil y silenciosa. Lavalle, por causas que el mismo Iriarte nunca pudo explicarse, aunque supuso que fueran amenazas de Rosas de vengarse en su familia, suspendió su avance y dio vuelta hacia el Norte. El ejército se sintió defraudado, la decepción fue inmensa y la contramarcha de Lavalle se convirtió en una vía crucis, de desercciones continuas y derrotas famosas.

El país entero, por obra de La Madrid y del pronunciamiento de Tucumán, exaltado por la prédica de Echeverría, se hallaba en guerra contra la dictadura de Rosas. Fue el esfuerzo mayor que hizo la Argentina, antes de Urquiza, para recuperar su libertad. Lavalle fracasó por su orgullo y su carácter despótico, por la falta de disciplina en que abandonaba a sus hombres, por su creencia de que las montoneras podían tener un gran éxito y su afán de no recibir consejos ni admitir colaboradores. Es admirable su decisión de seguir luchando después del tratado de paz hecho por Rosas con el almirante Mackau y el retiro de los franceses; pero no puede negarse que los excesos de sus tropas, como las del puro Avellaneda y otros jefes, creaban resentimientos y odios en los pueblos que los sufrían. La guerra civil se estaba transformando en guerra de caudillos y jefes que andaban errantes por el desierto con sus soldados, carpas y muebles. Quebracho Herrado puso fin al aparente poder de Lavalle. Sus hombres se fueron dispersando; sus jefes pidieron licencia para irse a Chile, al Perú, a Bolivia. Miguel Otero, gobernador de Salta, trataba de poner de acuerdo a rosistas y anti rosistas, inútilmente. El coronel Peñaloza, el Chacho, hacía frente al fraile general Aldao en los llanos de La Rioja. La Madrid trataba de resistir a las fuerzas que habían vencido a Lavalle. El general Bri-

zuela se había ido con sus perros y sus botellas a Fama-tina, acompañando a Lavalle. La incapacidad de sus unitarios, su desorganización, las ambiciones de sus conductores, que no se toleraban recíprocamente, los desgarraron frente a las fuerzas organizadas de Oribe y Pacheco, sostenedores de Rosas. La Madrid fué el más grande héroe de aquella contienda, el que se consagró con más fervor, casi diríamos con verdadero delirio, a defender el sistema de la Constitución y de la libertad, sistema que había dado origen a la patria y continuaba las únicas tradiciones políticas que los argentinos, si quieren seguir llamándose argentinos, deben defender. La batalla de Rodeo del Medio fué otro rudo golpe para la causa de La Madrid. En ella, uno de los jefes que más se distinguieron, luchando por el sistema de la libertad, fué el español Juan Maza. El famoso coronel Peñaloza, llamado el Chacho, fué otro héroe; pero todo resultó inútil. Fué preciso emigrar desde Mendoza a Chile. También partieron otros argentinos. En uno de los grupos estaba don Domingo Faustino Sarmiento.

El cruce de la cordillera resultó largo y penoso. Hubo que abandonar casi todos los caballos y sólo tres llegaron a Chile. Los peligros fueron muchos y terribles. "Era la ascensión tan empinada que no podíamos dar un paso sin antes enterrar en la nieve el palo o la espada y asegurar bien el primer pie que se avanzaba". En un momento, La Madrid quedó medio helado y fué preciso hacer un poco de fuego con las culatas de dos fusiles, la única madera de que se disponía. Sarmiento, desde cierta distancia, hacía llegar a los expedicionarios pan, charqui, azúcar, hierba, cueros, cebollas y carbón. Sin estos socorros aquellos hombres probablemente habrían sucumbido. En los descensos, los soldados se sentaban en un pedazo de cuero y se dejaban resbalar por la nieve con la velocidad del viento. Los grupos que se habían retrasado estuvieron a punto de perecer. A muchos hombres hubo que cortarles los pies y las manos heladas. El célebre actor Casacuberta quedó enterrado en la nieve y fué salvado por milagro. Peor suerte tocó a quienes no habían podido salir de Mendoza, pues fueron degollados. En total se salvaron en Chile ciento treinta y ocho jefes y oficiales; doscientos ochenta y seis soldados y veintidós mujeres. Enfermos, tullidos y en la miseria se dis-

persaron en busca de trabajo. Esto costaba luchar por la libertad.

En Chile, La Madrid supo la muerte de Lavalle. Todo parecía perdido cuando también le llegó la noticia de la reacción del general Paz. La libertad seguía en pie. La Madrid pasó a Bolivia, siguió peregrinando y llegó a Copiapo. Aquí fué socorrido por dos argentinos y un español. Los argentinos le dieron seis onzas de oro cada uno y el español, como es natural, le dió doce. Con esta ayuda construyó un horno y se puso a vender pan. También supo la muerte de su hijo Ciríaco. El pobre joven había sido apresado por Benavides; pero como le tenía algún cariño, le dijo a su segundo: "Deje usted al hijo de La Madrid y demás presos al Gobernador para que los tenga seguros en su cuartel hasta mi vuelta y dígame usted que él le responde de ellos". El Comandante, temiendo que mataran al niño, le contestó: "Si no tiene cuartel, ¿dónde quiere usted que los acomode?" El General respondió: "Pues que los ponga en la cárcel y que allí los cuiden". El Comandante insistió: "Si no tiene cárcel, señor". "Pues que los tenga entonces en su casa", volvió a decir Benavides. "Si ni casa tiene el Gobernador, pues cuando marchamos nosotros se va para los Llanos". Benavides, incomodado por estas contestaciones del Comandante, ordenó: "Pues entonces que los fusilen ahora mismo", y cerró de golpe la puerta del cuarto en que estaba y le echó llave por dentro. Así fué fusilado a fines de junio de 1842, el hijo de La Madrid, a los diecinueve años de edad.

La guerra continuaba entre Benavides y el Chacho. Éste, derrotado en Tucumán, no encontró quien le diera mil quinientos pesos para continuar las campañas contra los seguidores de Rosas. Las gentes estaban hartas de tantas luchas y de tantos esfuerzos estériles por conseguir la libertad. La Madrid se fué a Chile. Un temblor había destruido la ciudad de Valparaíso. Un cometa alarmaba a la población. La Madrid tuvo que volver a fabricar pan y dulces para vivir. Nadie quería hacer el más mínimo sacrificio en favor de la libertad. La Madrid, el héroe de la independencia y de la guerra contra Rosas, vivió como el más humilde de los trabajadores hasta que una competencia desleal lo obligó a vender su horno e irse a Montevideo. Llegó el 9 de julio de 1846. Florencio Varela lo recibió fríamente. En cambio, el Presidente Joaquín Suárez empezó a ayudarlo.

En Montevideo las pastones hervían más que en otras partes. El general Rivera criticaba a Lavalle, a Paz, a Julián Segundo de Agüero, a Florencio Varela y a otros argentinos. Tampoco quiso que se le acercara demasiado La Madrid. Este tuvo que combatir a favor del Gobierno en contra de Servando Gómez. La guerra civil devoraba las pequeñas ciudades. En todas partes se mataba por matar. Los odios se dividían en partidos y en nombres. Y en medio de estas luchas, La Madrid se puso a escribir su vida, con mil recuerdos y detalles hermosos y simples en su grandeza y en su heroísmo. Terminó sus memorias en la fortaleza del Cerro el 7 de noviembre de 1850. Anteriormente las había redactado y perdido. Vendió los originales a Andrés Lamas, para comer. Y así siguió viviendo y luchando hasta que siguió a Urquiza y volvió a Rosas en la gran batalla de Caseros. Su ideal de devolver a la Argentina la Libertad se había cumplido.

La Madrid murió a los pocos años, en Buenos Aires, el 5 de enero de 1857. En 1895, cuando se exhumaron sus restos, se comprobaron todas sus heridas y, en el cráneo, formidables hachazos. También se encontró la bala de una onza que había estado alojada en el pulmón derecho.

La historia argentina tiene en La Madrid a uno de sus admirables campeones, ejemplo de héroes, que se halló en ciento cuarenta combates y luchó siempre por el triunfo de la libertad. Es un caso extraordinario de caballero romántico e idealista, que sintió los principios de la argentinidad con fuerza única y se consagró a enaltecerlos con los sacrificios más intensos y hasta inverosímiles. Debe ser considerado, por tanto, como uno de los forjadores de nuestra nacionalidad y argentinismo, al par que uno de los constructores de la Argentina, por segunda vez libre e independiente. Sus memorias son un pálido reflejo de su vida heroica y ensalzadora como muy pocas en nuestro pasado. Testimonio histórico de incalculable valor, no han sido rectificadas y constituyen, todas ellas, un documento comparable a las del general Paz, que corrigen en muchos puntos, y a las monumentales de Tomás de Iriarte.

Hoy la historia, a un siglo de su muerte, reverencia su memoria y le hace justicia. No es la primera vez que los argentinos reconocemos sus méritos. Ellos serán reconocidos cada vez más y mientras exista sobre la tierra el nombre de nuestra Patria.

ENRIQUE DE GANDÍA.

Sobre el estado actual de la arqueología de la Quebrada de Humahuaca

Con los párrafos que siguen intentamos proporcionar al lector una idea general de los resultados obtenidos después de medio siglo de investigaciones arqueológicas en la Quebrada de Humahuaca, lapso transcurrido desde que Juan B. Ambrosetti inició las excavaciones sistemáticas en el pucará de Tilcara, durante la campaña del año 1908. Nuestra presentación tiene por objeto solamente servir a modo de balance provisional, que permita apreciar la intensidad de la labor cumplida, y dar una idea cabal, al mismo tiempo, de todo lo que falta por hacer, sin entrar de ningún modo, en la crítica menuda, y menos, en la valoración de fuentes. Aspira, modestamente, a resumir en grandes líneas el estado actual del conocimiento arqueológico de una zona de nuestro país, para ponerlo al alcance de aquellos que, sin ser especialistas, se interesan por conocer la cultura de los primitivos habitantes del suelo argentino.

Es evidente que la Quebrada de Humahuaca ha sido una de las áreas arqueológicas más recorrida por los hombres de ciencia y que ha merecido con mayor dedicación la atención de los especialistas, ya fueran arqueólogos, geógrafos, etnólogos o folkloristas. Así lo demuestran las actividades llevadas a cabo durante el transcurso de las tres épocas en que suele dividirse la historia de la arqueología humahuaca.

El estudio de la Quebrada de Humahuaca nació, como hemos dicho alguna vez, bajo el signo de la Arqueología. Aunque otras ciencias como la Antropología física, la Geografía Humana, el Folklore, etc., las hayan hecho objeto de su interés, no han sido más que esfuerzos circunstanciales, subsidiarios de aquella, en la mayoría de los casos.

El desarrollo de los estudios arqueológicos en la Quebrada de Humahuaca, desde 1908 hasta nuestros días,

es un fiel reflejo del desarrollo de los estudios arqueológicos en el país. Están representados allí casi todos los estadios recorridos hasta el presente, como por ejemplo, el momento de los precursores y las intuiciones geniales que coinciden con la iniciación sistemática de los trabajos científicos (Ambrosetti); el momento de los primeros estudios monográficos integrales sobre yacimientos de importancia llevado a cabo por investigadores de escuela (Debenedetti); la presentación de numerosos materiales y descripción de nuevos yacimientos (M. Miranda, Gatto, Greslebin, Casanova, etc.); la acción discutida de coleccionistas particulares (Shuel); la contribución de las demás ciencias del hombre (Dillenius, Imbelloni, Vignati); la primera síntesis patrimonial (Casanova); las monografías exhaustivas (Salas); la intervención reciente de especialistas extranjeros (Bennett y otros) hasta llegar a nuestros días con un planteo de tareas futuras (M. Miranda).

La intensidad de los estudios arqueológicos ha permitido que tengamos un conocimiento bastante cabal de cuál era la cultura de los primitivos omaguas, sobre todo en lo que se refiere a la vida material, no así en los aspectos de la vida espiritual, que desconocemos casi por completo. Esta situación es consecuencia directa primero, de que la reconstrucción del patrimonio humahuaca descansa casi por completo en los estudios arqueológicos, y, segundo, que las fuentes históricas, que suelen ser las que completan aquellos conocimientos, son muy pocas y no muy abundantes.

La literatura arqueológica sobre la citada zona geográfica, con ser tan numerosa, no refleja totalmente la tarea realizada. Existen riquísimas series procedentes de yacimientos todavía inéditos, que son prácticamente desconocidos y constituyen verdaderas lagunas de información que resienten notablemente la posibilidad de intentar una obra de síntesis total, porque no se tiene de ellas la menor noticia. Basta recorrer los registros de inventario de cualquiera de los museos del país para tener la prueba de nuestras aseveraciones.

Sobre la base de la información conocida no hay dudas acerca de la homogeneidad cultural básica para todos los grandes yacimientos, tanto los situados en la Quebrada de Humahuaca propiamente dicha como los ubi-

cados en vallecitos y quebradas subsidiarias. Pero como se trata de una zona de tránsito obligado en la dirección de los meridianos y de no difícil acceso en sentido de los paralelos, resulta un poco arduo fijar los límites precisos de su área de influencia, que no está claramente delimitada.

Por el norte, aunque los yacimientos de La Cueva parecen ser los últimos de la serie, la influencia se ha extendido más arriba, a pleno suelo boliviano. Por el sur, si bien los yacimientos más típicos se cuentan a partir de Volcán, existen otros a las puertas de la misma ciudad capital; parecería, sin embargo, que por el sur, más que irradiar, recibió influjos la cultura quebradeña.

Por el oeste, la precisión de límites está lejos de ser satisfactoria; esta situación se debe más al poco conocimiento del patrimonio de los habitantes del altiplano que a otra cosa, porque los rasgos de origen humahuaca se reconocen, a veces, hasta en el norte de Chile. También contribuye a complicar el panorama la no agotada etnohistoria de la región y la disparidad de criterio en cuanto a la importancia de la acción de otros pueblos como chinchas y atacameños.

Finalmente, por el este, la delimitación no es menos complicada aunque tengamos algunos elementos de juicio bastante demostrativos, procedentes de la zona oriental que se extiende paralelamente a la Quebrada de Humahuaca. Estamos en condiciones de afirmar que los yacimientos conocidos en esa zona oriental pedemontana, en su sector meridional, como Chucupal, Chumical, Providencia, Pique, Agua Blanca, Totorilla, Alto de Giles y Palo a Pique, sobre el río San Francisco, y el conocido Arroyo del Medio, son ya un mundo distinto por completo del Quebradeño y no parece que haya existido relación entre ambos. En la zona intermedia, que cae hacia Valle Grande, las circunstancias varían. El patrimonio humahuaca típico aparece representado totalmente hasta en lugares como El Durazno, en plena vertiente oriental, según se desprende de los materiales inéditos conservados en el Museo del Pucará. Además, algunos elementos esporádicos, como el entierro secundario de adultos en urnas en La Isla, Tilcara y Alfarcito, sugiere tránsitos en sentido inverso. Por último, en el sector más septentrional de la zona oriental, aparece localizado

el llamado Complejo de Iruya-Santa Victoria o Iruya Complex, como lo denominó Bennett. El trabajo sobre Titiconta, de Casanova y Debenedetti, sólo fue la iniciación del conocimiento en la zona, completado después por M. Miranda con lujo de detalles. Pensamos que no se puede incluir como parte de la cultura humahuaca a este amplio sector, cuya importancia es enorme. Con todo, una relación entre ambas culturas existe, sin que podamos pronunciarnos sobre su intensidad. El hallazgo de Salas en Estancia Grande, ha complicado más las cosas.

Gracias a los numerosos trabajos que hemos revisado tenemos, pues, una idea bastante completa del patrimonio humahuaca y de su distribución en términos de arqueología horizontal, pero poco es, en cambio, lo que podemos entresacar de tanta publicación, que se refiera a la profundidad temporal que debe asignarse a la cultura humahuaca. Hay pruebas de que en algunos yacimientos, hubo población hasta bien avanzada la conquista, como en La Huerta o el Pucará de Tilcara, mientras que en otros se distingue con claridad la presencia del horizonte incaico que nos lleva un poco más atrás, aunque no mucho. Finalmente, existen también yacimientos en los cuales no se han identificado ni rastros de contacto con los españoles, ni trazas de origen incaico, lo que hace suponer, con ciertos visos de seguridad, que algunos yacimientos son pre-incaicos.

Conocemos exactamente el término "ad quem", pero por el momento ignoramos el término "a quo", que, sin embargo, algunos elementos de juicio permiten considerar como no muy alejado en el tiempo. En efecto, el análisis estilístico de la cerámica local no sugiere ninguna comparación ni semejanza con estilo preincaico alguno, salvo algún epígono muy posterior de Tiahuanaco. Además, ese mismo análisis estilístico pone en evidencia contactos con pueblos vecinos, como los chiriguano, cuya presencia en esos lugares es relativamente reciente.

Las reflexiones precedentes nos llevan a otro aspecto que no ha sido tampoco completamente dilucidado como es el de las vinculaciones de la cultura humahuaca con las demás culturas del noroeste argentino y con las del Antiguo Perú. Pocos son los datos conocidos y se refieren en su mayor parte a tiempos recientes, como por ejemplo, los informes que pueden extraerse de la documentación

histórica de la alianza de omaguacas con caichaques o los contactos con pueblos del sector oriental. En cuanto a la documentación arqueológica, comprueba ambos acontecimientos: se han hallado piezas de origen diaguita, específicamente, santamarianas, y nuestro análisis estilístico mencionado más arriba, demuestra algún parentesco estilístico con chiriguano. Por el límite occidental, ha habido también fuertes contactos con la Puna Argentina que son visibles con claridad en numerosos yacimientos de esa zona. En cuanto a las vinculaciones con el antiguo Perú, no van más allá de un origen común, el substratum panandino inicial. De ahí en adelante evolucionó la cultura en la Quebrada de Humahuaca aisladamente, por su posición tan marginal. Sólo llegaron los ecos de algún epígono tiahuanacuense y algunos elementos constitutivos del horizonte incaico, como ya hemos dicho.

Tal es, a grandes rasgos, el estado del conocimiento en Humahuaca después de cincuenta años de labor. El balance es alentador. Mucho se ha adelantado desde los primeros esfuerzos de Ambrosetti y si mucho falta todavía por hacer, no es desconociendo la obra cumplida que completaremos el cuadro. Es lógico que los avances de la Arqueología y el perfeccionamiento del conocimiento permitan descubrir nuevos aspectos, abran nuevas posibilidades o presten otro valor a elementos de juicio ya conocidos, pero todo este posible avance será en función de lo ya hecho, aunque sea, en última instancia, para discutirlo y hasta para negarlo. Que nuestra ciencia, como tal, es una lucha sin cuartel, pero sujeta a todas las reglas del honor militar, que rinde honores al enemigo y no se ensaña jamás con el vencido.

CIRO RENO LAPÓN.

Los números figurados en la aritmética pitagórica

Nuestros manuales de historia de las ciencias, en el capítulo de las matemáticas griegas, ponen el acento de preferencia sobre la geometría y sobre eso que llamamos corrientemente el "geometrismo heleno", pues sus autores estiman, y no sin razón, que la geometría ha sido el principal objeto de estudio de los matemáticos griegos, comenzando por Euclides y el campo de sus más notorios descubrimientos. Pero Euclides, a fines del siglo IV, al comienzo de la época alejandrina, es ya un autor muy tardío; antes que él, había habido en el mundo griego numerosas escuelas matemáticas, y entre otras la escuela pitagórica donde, por el contrario, la aritmética había tenido, si se puede decir, el paso sobre la geometría, y esto por razones históricas fáciles de comprender.

Los pitagóricos no separaban su matemática de su cosmología y de su física, y se hacían de las estructuras del universo material una concepción que se ostaría calificar de atomística si no fuera esto un anacronismo. Esto lo es, ya que el atomismo griego no es verdaderamente formulado sino a partir de Leucipo y Demócrito, pero no es menos cierto que los pitagóricos consideraban la materia como discontinua y los fenómenos físicos como cuantificables, de modo que para ellos todo debía poder traducirse en número. Su gran principio, su postulado fundamental era que "todas las cosas son números". Y por números hay que entender números enteros. El "arithmós" griego es el número discreto. Aristóteles resume las tesis pitagóricas en un capítulo célebre de su *Metafísica*, el Quinto del Primer Libro. Recuerda que los pitagóricos veían a la vez en el número el *arqué*, el principio del ser, es decir el elemento último de la naturaleza y el secreto del orden cósmico, es decir la explicación de todos los fenómenos, de todas las propiedades. Aristóteles no aprueba esta doctrina y la expone sólo para

refutarla ya que, por el contrario, considera a la materia como continua y a las propiedades como irreducibles. Pero en cuanto a los primeros pitagóricos, no es sorprendente, estando dado el contexto cosmológico y físico de su matemática, que hayan considerado a la geometría como una ciencia un poco sospechosa. Por cierto, no la han descuidado, hasta han fundado la geometría griega, en el sentido que han hecho de ella, según la opinión de Eudemo de Rodas, "una enseñanza liberal". Llamamos todavía, siguiendo a los antiguos, "teorema de Pitágoras" al teorema relativo al cuadrado de la hipotenusa, el cuadrágésimo séptimo del Primer Libro de Euclides; y sus investigaciones en el campo de la geometría debían llevarlos directamente a la consideración de las magnitudes irracionales. De hecho, son ellos los primeros que han demostrado la irracionalidad del número $\sqrt{2}$, es decir la irracionalidad de la diagonal de un cuadrado cuyo lado es tomado como unidad de longitud. Esfuerzo tanto más meritorio cuanto que esta demostración arruinaba su sistema en cierto modo, pero también esfuerzo tanto más explicable históricamente cuanto que es su meditación del número entero y de ciertas nociones muy simples como la del par y la del impar que los ha conducido a la prueba de esta irracionalidad. Esto no impide que aun después de este primer descubrimiento y de tantos otros, ya sean debidos a Teodoro de Cirene, a Teeteto o a Euclides, los pensadores, los sabios fieles a la tradición del pitagorismo primitivo hayan guardado durante mucho tiempo la secreta esperanza de reducir todo al número. Se han apegado con preferencia a los problemas susceptibles de una solución racional y se han quedado en este camino (otros dirían: en esta rodada) paralelamente a la corriente principal de la ciencia que seguía uno muy diferente. Ese pitagorismo retrasado se vuelve a encontrar en los neo-pitagóricos, como Nicómaco de Gerasa, a fines del siglo primero después de Jesucristo, y sus sucesores, Teón de Esmirna, Jámblico, etc. La tradición de él es transmitida por Boecio al occidente latino; se perpetúa en el transcurso de la Edad Media y se la reencuentra también en la época del Renacimiento. Hoy esas formas de pensamiento se nos han vuelto extrañas y nos es necesario un cierto esfuerzo para adaptarnos a ellas.

Para los primeros pitagóricos, el número debía explicar todo, dar cuenta de todo y en particular de las propiedades. Pues no podían eliminar las propiedades, hacer abstracción de su existencia, como tales. Aun si se reducen las diferencias cualitativas a términos de cantidades, no existen por ello menos: los colores, los sonidos, las notas de la escala podían ser traducidos —o se podía esperar traducirlos— en construcciones aritméticas, pero la vista y el oído las perciben como propiedades diferentes de las cuales había que encontrar la fuente. A esta fuente, su doctrina les prohibía buscarla fuera del número; de modo que, para cuantificar el real, eran llevados a calificar el número, a considerar los números como llevando en germen las propiedades y cada número como teniendo sus cualidades propias, sus virtudes propias, su fisonomía particular. Uno, dos, tres, cuatro son para nosotros abstracciones, pero para ellos la mónada, la diada, la triada, la tétrada eran entidades y de cierto modo coloreadas.

Otra observación preliminar y que se relaciona directamente con la cuestión de los números figurados, concierne a la numeración escrita. En la época clásica, los griegos utilizaban como símbolos numéricos las letras de su alfabeto (A que significa 1; B, 2; etc.). Pero este uso no era el de los primeros pitagóricos que lo ignoraban todavía, o lo descartaban deliberadamente. En su estado primitivo, su aritmética es una aritmética sin símbolos; no tiene signos para indicar las operaciones, no hay signos para traducir los números, no hay cifras. ¿Cómo hacían pues para transmitir su enseñanza, para conservar el recuerdo de los problemas enunciados o resueltos? La respuesta es muy simple: los números no estaban escritos, sino verdaderamente "figurados": 1 por un punto, 2 por dos puntos, 3 por tres puntos, etc. Es evidente que por ese procedimiento debía ser difícil escribir grandes números. Por eso no se los escribía. Una de las reglas de uso de esta aritmética primitiva (y aun de la aritmética griega posterior) es evitar tanto como sea posible servirse de grandes números. Los calculadores, llamados "logísticos", eran técnicos especializados a los cuales se llamaba cuando era necesario (para resolver cuestiones de contabilidad, de reparto de tierras, etc.); pero los matemáticos que se interesaban por la teoría de

los números y no por esta técnica un poco desdeñada que era la "logística", cuidaban mucho de enunciar sus teorías utilizando pequeños números y aun de los más pequeños números satisfaciendo una condición dada. Si se quiere encontrar, por ejemplo, dos números de los cuales uno sea el triple del otro ($y = 3 \times x$), las soluciones serán tan numerosas como se quiera, pero hay una de ellas que los griegos consideraban como privilegiada, a saber 1 y 3, porque 1 y 3 son los más pequeños números que satisfacen la condición enunciada. Los antiguos buscaban siempre esos números, a propósito de toda ley matemática o de todo problema, y les daban un nombre especial, el de "números fundamentales" (*numeri fundamentales*) en la lengua de Boecio y en griego números pitménos).

Así, la figuración de los números por puntos implica:

1º Que sólo se considerarán los números enteros, el punto figurando la unidad, especie de átomo aritmético, no susceptible de ser dividido.

2º Que se utilizarán tanto como sea posible pequeños números; y en fin,

3º Que se hará del número una concepción espacial. Es evidente, en efecto, que cuanto más elevado sea un número, más lugar tendrá. Si se disponen los puntos en línea, la línea será tanto más larga cuanto que el número sea más grande. Vamos a ver por otra parte que los puntos no están simplemente alineados sino agrupados en diversas figuras y que ese procedimiento de figuración por puntos da nacimiento a una aritmética visual, dirigiéndose a la vista, y a una primera búsqueda, a veces torpe pero siempre interesante, de un sistema de concordancia entre el número y la extensión, entre el número y la forma.

Después de estas observaciones preliminares, abordamos la cuestión del número figurado tal como la encontramos expuesta en los escritos de los antiguos. En esta aritmética donde los números están representados por puntos, unidades insecables que no admiten ningún fraccionamiento, era necesario que las unidades puntuales estuvieran separadas, colocadas a una cierta distancia una de la otra. En efecto, al no tener el punto dimensión (es la definición que dará de él Euclides), dos puntos no sabrían tocarse sin confundirse. Es pues necesario

que cada punto esté rodeado, cercado de un cierto vacío, de un "campo" que los griegos llamaban *coros* o *cora*. En fin no perdamos de vista que los puntos cuyo conjunto representa un número no deben estar colocados sin orden, arrojados al azar, sino agrupados según ciertas reglas, componer ciertas figuras. Es bien evidente que si, para representar el número 25, por ejemplo, tomo 25 piedras y las arrojo al suelo, obtendré ciertamente una figuración del número 25, estrictamente hablando, pero esa figuración no será instructiva, no revelará nada de la estructura de ese número. Por el contrario, si dispongo mis piedras en 5 filas de 5, en cuadrado, me aparecerá que 25 es un número cuadrado. La figura se hará reveladora de una propiedad del número.

Por otra parte, que un número no deba estar representado por puntos dejados en desorden, no significa que a un número dado debe corresponder una figura determinada y sólo una. Entre el desorden y un constreñimiento absoluto el margen es grande: deja lugar a la elección que se puede hacer entre varias figuras igualmente valdeas, es decir igualmente instructivas y reveladoras. Dicho de otro modo, un mismo número es susceptible de varias figuraciones, tantas figuraciones como hay operaciones posibles para producirlo. Por ejemplo, el número 6 puede ser considerado como la suma de $1 + 2 + 3$ o como el producto de 2 por 3. En el primer caso, las unidades puntos estarán dispuestas en triángulo, en el segundo caso en rectángulo (figura 1).

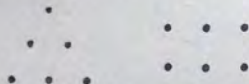


Fig. 1. Dos "figuras" del número 6, resultado de la adición $1 + 2 + 3$ y del producto de la multiplicación de 2 por 3.

Esto nos conduce a una distinción de gran importancia en esta aritmética antigua: la de los números-sumas y números-productos, que pueden por otra parte ser los mismos como acabamos de verlo. Números-sumas y

números-productos son expresiones que se aplican a todos los números y que significan simplemente números considerados como sumas o como productos.

Los números-productos.—Si encaramos, como producto, números cualesquiera, no tardaremos en comprobar que algunos de ellos no son susceptibles de ser representados por puntos dispuestos en rectángulo (productos de 2 factores enteros y mayores que 1). Son los números que llamamos primos, y que los griegos ya llamaban así. Por ejemplo 7. Si deseo figurar el número 7 como producto, sólo puedo figurar el producto 7×1 , ó 1×7 , es decir, disponer 7 puntos en línea. Por eso los números primos eran designados con preferencia bajo el nombre de "lineales" o "rectilíneos". Si un número puede ser el producto de dos factores diferentes de la unidad (como $6 = 2 \times 3$) es "plano"; si puede ser un producto de tres factores, es sólido. Así 8, igual a $2 \times 2 \times 2$, entra en la categoría de los números sólidos, números de tres dimensiones. No es menos evidente que 8 es susceptible de las tres figuraciones: lineal, plana y sólida: 3 veces 1, 2 veces 4 ó $2 \times 2 \times 2$; pero la forma "sólida" lo caracteriza mejor, ya que hace aparecer una propiedad nueva que no tienen todos los demás números lineales o planos.

Los números-sumas.—Mientras que los números-productos—sólidos, planos o lineales (es decir primos)—han sido retenidos por Euclides y han quedado vivos en la aritmética euclidiana, los números-sumas han desaparecido, si bien con ellos entramos en un dominio extraño a las matemáticas clásicas, y por eso mismo, particularmente interesante para el historiador.

Retomemos nuestro ejemplo del número 6. Lo hemos figurado bajo dos formas, de suma y de producto: $1 + 2 + 3$ y 2×3 . Ahora bien, la multiplicación, como la figura lo sugiere, puede reducirse a una adición: $3 + 3$. Pero se trata, en este caso, de una adición de términos iguales; y sólo estaremos en presencia de un verdadero número-suma, en el sentido que lo entendían los pitagóricos, es decir siempre distinto de un número-producto, si ese número es el resultado, y si nuestra figura lo hace aparecer como el resultado, de una adición de términos desiguales. Es necesario, además, que esos términos no sean cualesquiera, si no volveríamos a caer en la arbi-

triedad, o en el desorden de los puntos arrojados al azar. En definitiva, lo que interesa al teórico del número-suma, son las sumas de series.

Entre todas las series que se pueden considerar, la más simple es, sin ninguna duda, la de los números enteros a partir de la unidad. Enunciamos primero el primer término: 1, luego sumamos los dos primeros: $1 + 2 = 3$, luego los 3 primeros, luego los 4 primeros y así sucesivamente.

La serie 1, 3, 6, 10, 15... que obtenemos de este modo (serie de las sumas de los n primeros números) es, en la lengua de los pitagóricos, la de los *números-triángulos*, o *triangulares*, denominación justificada por la disposición de las unidades-puntos. Los aritmo-geómetras de la escuela pitagórica atribuían a esta serie una importancia capital. Es en efecto sobre los números-triángulos que descansa todo el edificio de los números poligonales y poliédricos, como lo veremos más adelante.

Consideremos ahora la serie de los cuadrados y su modo de crecimiento. El primer cuadrado es 1. (La unidad que contiene todo "en potencia" es el cuadrado en potencia, así como el triángulo, el pentágono o cualquier otra figura). En segundo cuadrado (o cuadrado de 2) es $1 + 3 = 4$; el tercer cuadrado es $1 + 3 + 5 = 9$; el cuarto: $1 + 3 + 5 + 7 = 16$, y así sucesivamente. A la serie de los n primeros números enteros, utilizada para la formación de los números triángulos, la hemos substituido por la serie de los n primeros números impares, la suma de los n primeros números impares dando el n^2 cuadrado. Dicho de otra forma, a la progresión aritmética de razón 1, a partir de la unidad, la hemos substituido por la progresión aritmética de razón 2.

Por el mismo método, vamos a formar los números-pentágonos. Nos bastará pasar de la progresión aritmética de razón 2 a una progresión aritmética de razón 3, siempre conservando la unidad por origen. Obtenemos así la serie 1, 4, 7, 10... y, por suma de los términos de esta serie, una serie nueva: 1, 5, 12, 22... que es la de los números pentagonales (figura 2).

De la misma manera, la progresión aritmética de razón 4, sea: 1, 5, 9, 13... dará la serie de los números-hexágonos: 1, 6, 15, 28...

Es inútil proseguir. Tomamos en adelante la ley de formación de los números-poligonales. Se la puede enun-

ciar así: a todo polígono corresponde una serie de números obtenidos por la suma de los términos de una progresión aritmética que tiene la unidad por origen. La razón de esta progresión es 1 para los triángulos, 2 para los cuadrados, 3 para los pentágonos, etc. Esta razón es pues igual al número de los lados del polígono menos 2. Si a es el número de los lados del polígono y d la razón



Fig. 2. Generación de los números-pentágonos.

de la progresión, $d = a - 2$ y si designamos por n al número de los términos de la progresión, una fórmula simple nos permitirá calcular el número S correspondiente a cualquier polígono dado:

$$S = n^2 + \left(\frac{d-2}{2} \times n(n-1) \right)$$

Números-poliédros o piramidales.— Como los números-poligonales que son números planos, los poliédros que son números sólidos, van a ser obtenidos, no por multiplicaciones (método que nos parecería el más simple), sino por suma de series. Serán considerados no como números-productos sino como números-sumas.

A cada polígono corresponde un poliédro, el cual es siempre una pirámide que tiene ese polígono por base (de donde la expresión de "números piramidales" corrientemente usada para designar los números-poliédros). El poliédro tendrá pues una cara de más que el polígono correspondiente tiene de lados, o sea tantas caras triangulares como el polígono de base tiene de lados, más

esta base misma. Al triángulo corresponderá el tetraedro (pirámide de base triangular); al cuadrado el pentaedro (pirámide de base cuadrada); al pentágono el hexaedro, etc. (figura 3).



Fig. 3. Figuraciones de un número-tetraedro (20) y de un número-pentaedro (30).

Importa evitar una confusión que sólo es muy corriente entre el hexaedro que se trata aquí —y que es una pirámide de base pentagonal— y el hexaedro regular, es decir el cubo. Los números-poliédros, en la teoría de los números figurados, son números sólidos, pero no en el sentido más general de la expresión. Euclides designa con estas palabras todos los productos de tres factores, mientras que la teoría que exponemos establece números que corresponden a una serie de figuras bien determinadas, a saber las pirámides de bases poligonales, desde el tetraedro hasta una pirámide sensiblemente cónica cuya base sería un polígono de un número infinito de lados.

La formación o, como decían los antiguos, la generación de los números-poliédros por vía de suma es muy simple: cada serie de números-poliédros es obtenida por suma de la serie de los números-polígonos correspondientes. Tomemos el ejemplo del tetraedro, el más simple

de todos, pero suficiente para hacer comprender la formación de cualquier otro número poliédrico. Siendo los números-triángulos 1, 3, 6, 10..., los tetraedros serán 1; 1 + 3; 1 + 3 + 6; 1 + 3 + 6 + 10, etc., o sea 1, 4, 10, 20 (figura 3). El mismo procedimiento permitirá obtener los pentaedros a partir de los cuadrados, los hexaedros a partir de los pentágonos, etc.

El cuadro siguiente pondrá en evidencia el mecanismo de esas formaciones.

Serie de los números enteros	
(progresión aritmética de razón 1)	1 2 3 4 5...
Números-triángulos	
(polígonos de 1 + 2 lados)	1 3 6 10 15...
Números-tetraedros	
(políedros de 1 + 3 caras)	1 4 10 20 35...
Serie de los impares	
(progresión de razón 2)	1 3 5 7 9...
Cuadrados	
(polígonos de 1 + 3 lados)	1 4 9 16 25...
Pentaedros	
(políedros de 1 + 4 caras)	1 5 14 30 55...
Progresión de razón 3	1 4 7 10 13...
Pentágonos	
(polígonos de 1 + 4 lados)	1 5 12 22 35...
Hexaedros	
(políedros de 1 + 5 caras)	1 6 18 40 75...

El examen de este cuadro no dejará de sugerir dos observaciones. La primera es la gran simplicidad de esas construcciones de números poligonales y poliédricos; la segunda es la inserción, en esas series sucesivas, de la de los cuadrados. Los cuadrados nos interesan particularmente, por dos conceptos: primero en razón de su importancia en la aritmética-geometría pitagórica que le otorga un valor simbólico muy alto, y luego por el hecho que, contrariamente a los otros números figurados (polígonos o poliédros) los cuadrados han quedado vivos. Aparecen en la matemática euclidiana y nos son todavía familiares (así como los cubos de los cuales nos ocuparemos más adelante). Pero no debemos olvidar que, en esta aritmética de los pitagóricos, los cuadrados que, para Euclides y para nosotros, son productos (resultados de la multi-

plicación de un número por sí mismo), quedan "números-sumas", números engendrados por la suma de los impares sucesivos. Para dar una imagen visible de esta ley de formación, basta figurar el número por unidades-puntos separando el número impar cuya agregación nos hace pasar de la unidad al cuadrado de 2 y de todo cuadrado al cuadrado siguiente (figura 4).



Fig. 4.

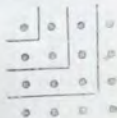


Fig. 5.

La fortuna de los números cuadrados en la evolución ulterior de las matemáticas, fortuna que a menudo se ha opuesto al abandono y al olvido de los otros números poligonales, se debe a lo que se podrá llegar gracias a ellos, a cálculos de áreas. La aritmo-geometría abría así un paso hacia la geometría propiamente dicha. Basta en efecto reemplazar las unidades-puntos por unidades-campos para hacer aparecer que la suma de los n primeros impares es igual a lo que llamamos todavía el cuadrado de n (da la medida de un cuadrado de lado n) (figura 5) ¹.

No ocurre lo mismo en el caso de los números triangulares o pentagonales. La suma de sus unidades-campos no es más que una aproximación de la superficie de los polígonos regulares correspondientes. (Continuad)

PAUL-HENRI MICHEL.

Traducción de M. Alfonsa Cuenca Salinas de Wail.

Las tradiciones en la literatura costumbrista y las Tradiciones Peruanas de Ricardo Palma

Ricardo Palma nació en Lima, la antigua ciudad de los Reyes, el 7 de febrero de 1833. Su padre, don Pedro Palma, se contó entre los partidarios del general alto-peruano Andrés Santa Cruz. Se llamaba Manuel Ricardo y así suscribió sus primeras composiciones literarias. Estudió en el famoso Colegio de San Carlos, baluarte de doctrinas conservadoras, que más tarde evocaría maliciosamente en la leve y chusca tradición *Los escrúpulos de Hollicarnazo*. Frente a San Carlos, regido por Bartolomé Herrera, el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, que dirigían Sebastián Lorente y Pedro Gálvez, encarnaba el espíritu liberal.

Palma era casi un niño cuando se inició en la carrera literaria. Sus primeros versos "a la memoria de doña Petronilla Romero", publicados en *El Comercio*, el 31 de agosto de 1848, los escribió a los quince años. El 25 de noviembre del mismo año aparecieron en el periódico mencionado sus versos laudatorios en memoria del general Agustín Gamarra, ex presidente (1829-1833, 1839-1841), y jefe de la *Restauración peruana*, quien, aliado a los chilenos, venció al general Andrés Santa Cruz, fundador de la Confederación Perúboliviana (1836-1839). A los dieciocho años ya colaboraba en periódicos radicales como el *Correo de Lima*; la turbulenta lucha política lo reclamó entonces: perteneció al partido liberal doctrinario de José Gálvez, y su militancia le trajo persecuciones y destierros. En 1860 tuvo que abandonar el Perú después del frustrado asalto que contra la casa del presidente Ramón Castilla (1845-1851, 1855-1858, 1858-1862) llevaron los partidarios de José Gálvez. En Chile, donde se había aislado, trabó amistad con los hombres de letras que participaban de sus ideas románticas y de sus doctrinas liberales. *La Revista del Pacífico*, dirigida por el poeta y novelista Guillermo Blest Gana (1829-1905), publicó algunas de sus primeras tradiciones como *El Vi-*

1. El grupo de puntos que nos hace pasar de un cuadrado al cuadrado superior, se llama un *gnomon*. Este término tuvo varias acepciones en la lengua científica de los griegos. En la teoría que nos ocupa, el *gnomon* es una figura que, agregándose a otra figura, la hace crecer sin alterar la forma de ella; y un número "gnomónico" es un número tal que agregado a un número dado da un número superior y de la misma especie.

rrey de la Advinanza y poesías que más tarde reuniría con el título de *Armonías*.

En 1863 retornó al Perú, al año siguiente marchó al Brasil en calidad de cónsul, y luego de un rápido viaje por Francia y Estados Unidos regresó a su patria.

Disgustado con el rumbo del liberalismo, se plegó a la revolución que llevó al coronel José Balta a la presidencia de la República (1868-1872); su breve gobierno significaría un modo de transición entre el caudillaje y el civilismo. Entró al parlamento y tuvo una actuación muy destacada por la serenidad de sus juicios y el tino conciliatorio con que consideró cuestiones de política interna e internacional. A pesar de la importancia de los cargos que desempeñaba —fué también secretario de la Presidencia y secretario adjunto del Senado—, Palma se retiró desilusionado; y en muchas de sus *tradiciones* dejó deslizar su ironía o su amargura por la política de su tiempo. Prefirió "vivir en el pasado", y así se lo manifestó en carta, fechada en 1878, a su gran amigo Manuel Tamayo y Baus, secretario de la Real Academia Española: "me convencí de que perdí lastimosamente mi tiempo y me retiré a cuarteles de invierno, es decir, busqué refugio y solaz en la historia y la literatura".

La Guerra del Pacífico (1879-1883) entre Chile, por una parte, y Perú y Bolivia, por otra, tuvo distintos escenarios. El 15 de enero de 1881 se libró la sangrienta batalla de Miraflores, en las afueras de Lima. Allí tenía Ricardo Palma su casa, sus manuscritos, libros reunidos en años de afanes. Todo lo perdió entonces, inclusive, la novela histórica inédita *Los Maraños*, que relataba la vida aventurera y hazañosa del famoso Lope de Aguirre.

Terminó la guerra y el diario argentino *La Prens*e le ofreció una ventajosa situación como colaborador. Se preparaba para venir a Buenos Aires, cuando su querido amigo de los años juveniles, José Antonio de Lavalle, ministro de Relaciones Exteriores, lo convenció de que se hiciera cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional, que debía ser reconstruida, pues durante la guerra había seguido la misma suerte que su casa de Miraflores.

Casi treinta años pasó Palma en la impropia tarea (1883-1912) de devolver al Perú su biblioteca. Centenares de cartas envió a intelectuales y escritores del mundo para que le ayudaran a reparar los tesoros perdidos. Fué el

"bibliotecario mendigo" golpeando en todas las puertas, y todas se abrieron para el ilustre peruano. El presidente de Chile Domingo Santa María (1831-1886), los amigos españoles, hispanoamericanos, brasileños, hasta el Smithsonian Institute de Washington, acudieron al llamado del colega.

Cuando en 1912 abandonó su puesto a raíz de un conflicto con el presidente Augusto B. Leguía (1919-1924), la Biblioteca Nacional quedó enriquecida con cientos de miles de valiosos volúmenes. Y la juventud peruana le ofreció en el Teatro Municipal, en carácter de desagravio, el homenaje más fervoroso que una generación puede tributar a su maestro. En aquella velada se puso de manifiesto la gran popularidad de Palma en el Perú, ya que en el exterior las múltiples ediciones de sus *Tradiciones peruanas*, divulgadas por todos los países de habla española, habían hecho que se lo considerara el escritor más leído del mundo hispanico.

El 6 de octubre de 1919 murió en su residencia de Miraflores, rodeado por el cariño de los suyos y la veneración de su pueblo.

Ricardo Palma, que en política militó en el liberalismo, en literatura fué, como correspondía, un romántico. Su larga existencia le permitió alternar en la vida literaria con dos generaciones: la romántica de su juventud, y la que después de la Guerra del Pacífico irrumpió rodeando a Manuel González Prada (1848-1918).

El romanticismo se inició tardíamente en el Perú, con la llegada del poeta santanderino Fernando Velarde (1821-1880), y se desarrolló sin polémicas con la literatura anterior, durante el periodo comprendido entre los años 1850-1880. Los dos escritores que sobresalían entonces en el campo de las letras peruanas eran Felipe Pardo y Aliaga (1806-1886) y Manuel Ascencio Segura (1805-1871), costumbristas que conciliaban la lectura de Moratin y Larra. Pero en seguida, la literatura peruana absorbe las influencias europeas más diversas: Espronceda junto a Campoamor, Arolas y Bécquer además de Zorrilla, y entre los franceses, Lamartine y Victor Hugo.

Entre los románticos más representativos se contaron: Carlos Augusto Salaverry (1831-1890), Luis Benjamín Cisneros (1837-1904), Ricardo Palma (1833-1919), José Arnaldo Márquez (1836-1904), Clemente Althaus (1832-

1881) y Pedro Paz Soldán y Unanue "Juan de Arona" (1839-1895). Escribían en *El Comercio*, *El Zurriago*, *El Diablo* y *Talismán* de Fernando Velarde.

Casi adolescente, Palma, como todos los escritores románticos peruanos comenzó por el teatro: *La hermana del verdugo* (1851), que más tarde calificó de "abominación patibularia en cuatro actos"; *La muerte o la libertad*, drama romántico en prosa y verso; *Rodil* (1851), drama histórico; la leyenda romántica *Oderoy o La muerte en un beso*, a semejanza del poema *Gonzalo de Oyón* del colombiano Julio Arboleda (1817-1862). En su madurez, Palma juzgaba severamente el éxito de aquellas producciones juveniles y las calificaba de "disparatados abortos de mi nimen".

Sus primeras composiciones en verso aparecieron reunidas en *Poesías* (1855), y las siguientes en *Armonías. Libro de un desterrado* (1865), y *Pasionarias* (1870). En *Verbo y gerundio* (1877), escrito en la plenitud de su experiencia literaria, al mismo tiempo que creaba las *Tradiciones*, su tono no es ya sentimental sino el irónico del romanticismo posterior. Su obra poética la reunió finalmente en un volumen, *Poesías* (Lima 1887), [*Juvenilía - Armonías - Cantarillos - Pasionarias - Nieblas*], precedidas de un animadísimo panorama literario que tituló *La Bohemia limeña de 1848 a 1860*.

El lírico alemán Enrique Heine, que el poeta brasileño Antonio Gonçalves Dias (1823-1864) le hizo conocer en París, era por entonces, en 1865, uno de sus autores predilectos. Años después publicaría sus traducciones (1886). Su entusiasmo lo manifestó en carta a Manuel González Prada: "no se emplea el tiempo en traducir a un autor por quien no se siente uno encariñado".

Del teatro y la poesía pasó a la historia. En 1883 publicó los *Anales de la Inquisición en Lima*, que sólo estimaba como armazón para el libro filosófico-social que otro escritor realizara. "Este libro —consideraría después— hizo brotar en mi cerebro el propósito de escribir *Tradiciones*". Carácter polémico tuvo su *Refutación a un compendio de Historia del Perú* del padre R. Cappa, que traería graves consecuencias, pues fue uno de los motivos de la efervescencia popular que culminó con la expulsión de los jesuitas en los últimos meses de 1886.

El 3 de junio de 1878 recibió en Lima el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Colaboró con la institución en el envío periódico de voces peruanas y americanas, que, tras larga lucha, consiguió hacer incorporar en buena parte al *Diccionario. Prueba* de esta constante inquietud son *Neologismos y americanismos* (1896) y *Papeletas lexicográficas*, dos mil setecientas voces que hacen falta en el *Diccionario* (1903).

La gloria de Ricardo Palma, empero, no se funda en sus versos, de cuya caducidad él mismo ha escrito, ni en sus páginas de crítica literaria, ni en sus juveniles incursiones históricas o lexicográficas, sino en la creación de sus perdurables *Tradiciones peruanas*, cuya primera serie se reunió en 1872, aunque ya se venían publicando hacia unos quince años en *La República*, *El Liberal*, *La Revista de Lima*. En *El Correo del Perú* aparecieron alrededor de cincuenta, y simultáneamente se reproducían en otros periódicos americanos.

Lector de Cervantes, Quevedo, Timoneda, Vélez de Guevara, de los románticos franceses y españoles, conocer de los cronistas del Perú, enamorado de las costumbres y del pasado de su pueblo, Ricardo Palma, en un esfuerzo sostenido, de más de cuarenta años, fué elaborando artísticamente la historia de su patria, e impuso una especie literaria suya, la tradición, inconfundiblemente suya en la lengua y en el espíritu.

La de Palma fué labor de síntesis, recogiendo y aprovechando las tentativas del romanticismo costumbrista, y combinando la evocación idealizada con la realista, y vivificando ambas con una aguda intuición histórica.

El costumbrismo peruano se manifiesta muy vigoroso y original en la primera mitad del siglo XIX: las obras maestras del género eran los famosos artículos en los que Felipe Pardo y Aliaga satirizaba la vida limeña, y las comedias de Manuel Ascencio Segura, mestizo juguetero, que creó tres o cuatro personajes de la calle que hicieron las delicias de los lectores de su tiempo.

Los poetas peruanos románticos de la generación de Palma imitaron a los modelos españoles, franceses e ingleses, pero a esos ejemplos de los libros les dieron vida con materia tomada del ambiente. Lima con sus campanarios, sus monasterios, sus historiales, sus embo-

zadas mujeres, fué material riquísimo de decoración para memorias del pasado.

Fueron, pues, europeas las fuentes del romanticismo peruano; pero en seguida una nueva literatura cobró originalidad en el escenario americano con las historias de las luchas anárquicas, de tiranos y caudillos, donde se exaltaba sinceramente el sentimiento de la libertad individual, que había crecido en las contingencias de esos años.

Con el romanticismo europeo vinieron las evocaciones históricas, cuyo modelo lejano fueron las traducciones de las novelas históricas de Walter Scott, que se leían avidamente. Con ellas el folklore se tornaba material artístico para los narradores peruanos.

Y así, las más antiguas tradiciones de Palma fueron leyendas románticas, de asuntos populares y reconstrucción arqueológica como *Oderay* o *La muerte en un beso*. Pero en *Don Dimas de la Tijereta* (1864), a pesar de su fecha temprana, advertimos los rasgos inconfundibles que distinguirán la tradición de Palma de formas similares de narración. En algunas anteriores: *El Nazareno* (1859), *Palla-huarcuna* (1860), *Mujer y tigre* (1860), *Justos y pecadores* (1861), se siente muy fuerte la influencia romántica. Lamentamente Palma se fué desprendiendo de la leyenda romántica; y en cambio, los cuentos con sabor a consejas de brujas, anécdotas festivas vertidas en una parla maliciosa y arcaizante, configuran el esquema definitivo de la tradición, género único en la historia de las letras de lengua española. El mismo Palma la definió así:

"En el fondo, la Tradición no es más que una de las formas que puede revestir la Historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la Historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a la gala de la fantasía, y apreciarlos desde el punto de vista filosófico-social, con la imparcialidad de juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto Lafuente. La historia que desfigura, que omite o aprecia sólo los hechos que convienen o cómo convienen; la historia que se ajusta al espíritu de escuela o bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar

un castillo. El tradicionalista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades".

En carta que le envió a Juan María Gutiérrez el 5 de julio de 1875, se afirmaba como el iniciador del género. Pero el guatemalteco José Batres y Montúfar (1809-1844) puede considerarse su antecesor, puesto que es el creador de la tradición colonial en verso, que compuso a imitación de los *Animali Parlanti* de Juan Bautista Casti (1724-1803). Entre *El reloj* de Batres y *Un diligio original* de Palma, José de la Riva Agüero ve "similitud y aire de familia". Y también es cierto que en ocasiones, Palma recogió temas de la tradición de los "novellieri" italianos y del *Decamerón*.

Aunque la tradición de Palma resulta de la confluencia del artículo de costumbres, de la leyenda romántica, y de la literatura histórica, era tan original y exclusiva la forma, que en adelante quedó consagrada una nueva especie literaria, particularmente abundante en América. Porque fué enorme la influencia de Ricardo Palma, y numerosos los escritores hispanoamericanos que forjaron leyendas y tradiciones históricas. En el Perú las escribieron Clorinda Matto de Turner (1854-1909), José Antonio de Lavalle (1833-1893) y José Gálvez; en México, el general Vicente Riva Palacio (1832-1896); en Guatemala, Manuel Diéguez (1821-1881), Fermín Aycinena (1838-1898) y Antonio Batres Jáuregui (1847-—); en Puerto Rico, Cayetano Coll y Toste (1850-1930); en la Argentina, Pastor Obligado (1841-1924); en Chile, Vicente Pérez Rosales (1807-1886) y Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886).

Estructura y Estilo de la Tradición.—El Inca Garcilaso y Ricardo Palma son los escritores más representativos de las letras peruanas, porque lograron expresar como pocos el alma de su pueblo. El primero encontró sus temas en el Incario y en la Conquista; el segundo buscó la materia narrativa en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, y fué uno de los más notables prosistas hispanoamericanos del segundo período romántico (1860-1880). Supo interpretar la vida de su país en todas las épocas, evocó con simpatía todas las clases sociales, dió un cuadro unitario del Perú. "Mis tradiciones —manifes-

tó— más que mías son de ese cronista que se llama el pueblo”.

Inmenso friso es la obra del tradicionalista. Unas pocas *tradiciones* se refieren a los Incas; muchas más a la Conquista y al siglo XVII. Sin embargo, como escritor zumbón, chispeante, regocijado narrador de anécdotas, y sabroso decidor, le placía sobre todo el ambiente cortesano y escéptico del Virreinato en el siglo XVIII. Los donaires y los dichos de las limeñas, las cómicas controversias de pescadoras y camarónicas, los retruécanos maliciosos, los refranes que enhebran unos tras otros viejas chuscas, la gracia de las coplas, constituyen algunos de los pretextos que le sirven para presentar cuatro siglos de vida peruana, y al acudir a esas fuentes coincide con los escritores españoles de todas las épocas. Palma utilizó las crónicas, las memorias y los manuscritos de la Biblioteca Nacional. Buscó con gusto y fruición de pesquisidor todo lo que se relacionara con las costumbres de su pueblo y los rasgos que pintaran los caracteres de sus hombres.

Una anécdota cualquiera, y menos todavía, un refrán, a veces, es el estímulo que le sugiere una *tradición*, ya comentario breve, ya regocijada amplificación. La coherencia se la da el autor, que a menudo interpola otro cuento, para luego concluir la intención originaria, interrumpida por numerosas digresiones.

Nuestro Pastor Obligado aprendió en Palma la técnica de sus *Tradiciones argentinas*. En una carta, que es valioso documento, el limeño le mostró los procedimientos:

“La tradición es romance y no es romance, es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y regocijada; la narración rápida y humorística. Me vino en mientes platear píldoras y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme con escrúpulos de monja boba. Algo, y aún algo de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal que sea; mucho de esmero y pulimiento en el lenguaje; cata la receta para escribir tradiciones”.

Los escritores de su tiempo desde Fermín Caballero hasta Marcelino Menéndez y Pelayo usaban una lengua ampulosa y elocuente, en cambio Palma elaboró una prosa de período amplio, variada, suelta, ágil, fluida y encadenada. No padeció las limitaciones del purismo y engarzó en una sintaxis castiza peruanismos que apre-

ciaba, forjando además palabras según el humor del momento.

Agudo e ingenioso, el travieso abuelo no abusó de su ironía bondadosa. Las caricaturas de sus personajes son exponentes de humorismo sano, no mordaz ni sarcástico. A menudo, alguna reflexión inserta en su relato, sobre una situación contemporánea, pone una nota de amargura, de la que se repone inmediatamente.

Creó su estilo mezclando la lengua literaria más genuinamente española con la sabrosa lengua coloquial suya de limeño. Introdujo arcaísmos, exhumó refranes y dió vida a la sintaxis. “Nunca critico el uso de neologismos, —dijo— porque siempre tuve el Diccionario de cartabón demasiado estrecho. Si para expresar un pensamiento necesito crear un vocablo, no ando con chupaderitas ni con escrúpulos: lo estampo y santas pascuas. Para mí el alma de la lengua está en su sintaxis y no en su vocabulario, y tengo por acción meritoria y de grande loa la que realizan los que con nuevas voces, siempre que no sean arbitrariamente formadas, contribuyen al enriquecimiento de aquél”.

LUCILO ORIZ.

Acercas del esquema corporal

Cuando la problemática psicológica se orienta según la dirección denominada fenomenológica, afirmando como determinación básica el criterio de *unidad psicofísica en situación* para caracterizar nuestra contextura original y su inmersión plena en el mundo, pretende sostener la vigencia de un sistema solidario y sin fronteras entre nuestra real constitución y el ámbito que nos circunda. La negación de esta efectiva comunión invalida, o por lo menos dificulta, el intento que aspira a la comprensión de las conductas humanas en las que dicha fusión está manifiesta integralmente.

Desde esa perspectiva el cuerpo ya no constituye una instancia al margen de la totalidad psíquica sino que ingresa en el sistema mismo y reclama, por consiguiente, no sólo una consideración meramente biológica sino de integración y compromiso en las distintas formas de expresión psicológica, en los múltiples aspectos en que es agente o paciente, en suma, en las permanentes oscilaciones y valvenes de la existencia. Ello resulta como corolario de la imposibilidad de separar lo psíquico de lo orgánico, por cuanto el criterio opuesto anularía la naturaleza de lo psíquico como tal, aniquilando su verdadera significación y reduciendo el cuerpo, cuerpo esencialmente vivo, a una serie de procesos automáticos, ciegos y topográficos.

No obstante, aún en nuestro tiempo perduran anacrónicas teorías sobre el hombre basadas en enfoques unilaterales y artificiales que constituyen las últimas tentativas en favor de un dualismo que agoniza ante los aportes de una Biología humana y las adquisiciones de la Psicología contemporánea.

Queremos asistir ahora —si bien sumariamente— a una nueva visión del esquema corporal que se aparta de las concepciones corrientes. Esta visión acusa una orientación fenomenológica en la medida que se ajusta a las

tesis de un pensador e investigador de nuestros días, Maurice Merleau-Ponty, quien caracteriza de tal modo la unidad indisoluble que hemos señalado, que el cuerpo, prescindiendo de toda interpretación dualista e intelectualista, se instituye como "cuerpo propio" en la corriente de nuestro existir.

Indudablemente, el acercamiento a esta posición exige modificar nuestros viejos hábitos de pensar. Exige, además, superar la interpretación del cuerpo como objeto, como cuerpo conceptualizado, por cuanto tal consideración supone reducirlo a instancias universales que invalidan lo que posee de individual y genuino, de concreto e intransferible en tanto constituye nuestro propio cuerpo.

Tener un cuerpo es mantener un compromiso con el mundo y en virtud de este compromiso se consolida la recíproca relación de un cuerpo que se acredita por el mundo y un mundo, el mundo del momento, que se instituye por el trámite del cuerpo.

Este compromiso se pone de manifiesto en la medida que se configura un esquema corporal, el cual, según la caracterización que nos brinda la dirección fenomenológica, no es sólo un ensamblaje de sistemas propioceptivos, vestibulares, kinestésicos, táctiles, etc., ni sólo una serie de representaciones vinculadas al sentimiento sino una entidad psicofísica fundada en el mundo, ensamblada en una situación compuesta por objetos y prójimos con los cuales mantiene específicas relaciones. Se trata de una "forma" (*gestalt*) esencialmente dinámica, solidariamente estructurada y dispuesta a cada instante para la tarea actual.

Este cuerpo, impensable fuera de nuestra configuración total, puede ser considerado de un modo objetivo, si bien es preciso interpretarlo en todas sus dimensiones según una consideración fenomenal. En el primer caso se trata de un cuerpo intelectualizado, de un cuerpo pensado y según se ofrece a los otros; en el segundo, es el cuerpo como conjunto de significaciones vividas, es el cuerpo para mí, mi propio cuerpo. Si el cuerpo fuera un objeto —aclara Merleau-Ponty—, podría ser explorado en totalidad como es posible explorar los objetos del mundo. Pero, en realidad, del cuerpo sólo poseemos puntos de vista, perspectivas limitadas, mas nunca una percepción

de conjunto. No obstante, el cuerpo, que no es objeto, es el que posibilita nuestra percepción de los objetos.

Un examen atento del proceso perceptivo pone en evidencia que únicamente por mediación del cuerpo podemos manipular y observar los objetos, hacernos cargo de sus caras no presentes abrazando con plenitud y hasta donde nos sea posible sus perfiles ocultos ante una perspectiva única. Y aún más, por mediación del cuerpo llegamos a determinar las relaciones entre los objetos del mundo, del mundo que nos rodea aquí y ahora, ordenación que establezco con referencia a mi esquema corporal, a la posición que él mantiene al situarse entre la constelación de objetos que ingresan en la experiencia inmediata.

El cuerpo se constituye así como vehículo del mundo, él nos otorga la posibilidad de la exploración y determina los límites y relaciones en el horizonte de objetos que nos circundan. Por mediación del cuerpo se organiza nuestra situación (arriba, abajo, izquierda, derecha, adelante, atrás, aquí, allá, etc.), y así tal cuerpo, inmerso en un sistema de objetos y no siendo el objeto, forja una conexión viva, núcleo desde el cual instituímos las variables dimensiones del mundo.

Dicho cuerpo, cuerpo habitual, resume la adecuación de sus partes según una proyección intencional, es decir, que en virtud de su funcionalidad organiza sinérgicamente sus distintos miembros de manera que se establezca una correspondencia entre ellos para realizar una tarea única. De tal modo, los ojos, que constituyen de órganos sensoriales que recogen similares constelaciones de estímulos, nos dan la visión única del objeto único. Cuando proyecto mi mirada al infinito —señala Merleau-Ponty— y tengo un objeto muy próximo a mis ojos, lo veo como doble. En cuanto vuelvo la mirada a dicho objeto ambas imágenes se funden y unifican. Las síntesis de los objetos parecen así cumplirse por una operación de naturaleza intencional que realiza el cuerpo por sí mismo. Si se tratara de una acción intelectual, la fusión de las dos imágenes en una se operaría de inmediato; en cambio el ensamblaje se hace esperar. De ello se desprende que las partes de nuestro cuerpo no están yuxtapuestas sino que integran un sistema funcional correspondiéndose de modo solidario en la original relación cuerpo-mundo. Todo ello constituye una superación de

EL ESQUEMA CORPORAL

las concepciones mecanicistas y de los artificios abstractos de la fisiología tradicional, afirmación ésta no gratuita ni vagamente sustentada sino que surge como fruto de una severa labor experimental en la que se señalan los procesos de autodistribución, compensación y dinamismo que procuran alcanzar el equilibrio orgánico y su "comportamiento privilegiado".

Llegamos de tal modo a la idea de un monismo funcional en nuestro campo psicológico inmediato, amplia estructura que supone la conjunción de una neuroconciencia vinculada a la organización nerviosa cortical que conforma y configura las excitaciones del mundo, mundo en el cual estamos fundidos sin fronteras en el ejercicio de nuestro existir.

Ahora bien, la organización corporal no se agota en este esquema, que caracterizamos en sus líneas más generales, y que Merleau-Ponty designa como "cuna habitual", anónima e impersonal, sino que existe también una "cuna actual", manifiesta como espontaneidad y libertad. En tal circunstancia, se establece una mediatización del mundo por el trámite de un cuerpo que se torna —por ende— objetivo y que incluye distancias y fronteras. Ahora, las experiencias del mundo, vividas antes en una atmósfera común, se perfilan como representaciones conscientes del organismo y del mundo.

Peró en el primer caso el cuerpo que vivimos y movemos, el cuerpo que se antepone y sustenta los múltiples compromisos de la existencia, velando por su equilibrio y perseveración, procurando superar sus dramas y catástrofes, incorporando significaciones motrices, facilitando percepciones e instituyendo relaciones, es un cuerpo fenomenal que reserva un esquema genuino amalgamado con el mundo en un solidario circuito existencial.

De tal modo transcurre concretamente nuestra organización psicofísica en la incessante oscilación de dos instancias, sin solución de continuidad, que puede inclinarse alternativamente a lo corporal o a lo personal.

1. Véase, entre otros, K. Koffka, *Growth of the Mind*; K. Goldstein, *La estructura de la experiencia*; Merleau-Ponty, citado por M. Merleau-Ponty en *La estructura del comportamiento*; Von Witzschacker, *La vida de la estructura*.



Esta concepción, en cuya virtud nuestro esquema corporal cobra una nueva significación que exige arrojar de sí sedimentos y patrones excesivamente intelectualistas, ofrece la posibilidad de una revisión de los planteos formulados acerca de las conductas humanas y de los sistemas funcionales de la personalidad, prometiendo nuevos lineamientos y enfoques quizá más lúcidos que aquellos a los que nos ha acostumbrado el dualismo tradicional.

LUIS MARÍA RAVAGNAN.

La visita explicada a museos antropológicos por parte de no videntes

Aspectos teóricos. — Que un museo no debe ser simple reservorio más o menos organizado de piezas en el que el visitante sea librado entre un mudo desfile de vitrinas con el único auxilio de una guía, es cosa que ya ha entrado definitivamente, tanto en la concepción moderna de la museología como en la opinión pública en general. El primero y tal vez el más definitivo de los pasos hacia la ruptura de los moldes antiguos de la rutina museológica fué sin duda la visita explicada. Por ella se brinda al público el conocimiento teórico básico para que el material mudo e inerte vuelva a adquirir, a través de la palabra, la vida y el sentido que tuvo como expresión de la naturaleza o de la actividad humana.

Un tipo de museo que más se presta para esta actividad es, sin duda, el museo antropológico, entendiendo con esta denominación las instituciones que conservan las manifestaciones materiales de las diferentes culturas humanas, tanto actuales como extinguidas. Y decimos que más se presta, no tanto por ser sus materiales de fácil comprensión para el público de mediana cultura que suele frecuentarlos, sino justamente por lo contrario; es decir, por las dificultades inherentes a la correcta interpretación y auténtica valorización de elementos culturales alejados de nuestra civilización occidental en el espacio, en el tiempo y en el espíritu. Que las visitas explicadas representan casi una necesidad para los museos antropológicos lo comprueba el hecho de que numerosas instituciones de este tipo las han adoptado como complemento de sus programas de actividades; cabe destacar como ejemplo el Museo del Hombre, en París, cuyo esfuerzo para llevar a un amplio público los conocimientos reservados en un tiempo a una reducida élite de especialistas, constituye un verdadero modelo en su tipo.

Las visitas explicadas en los museos antropológicos varían en sus características según los sectores de público que pretendan interesar. La técnica explicativa, los conocimientos básicos a impartirse, la selección de materiales y secciones, varían, por supuesto, según los casos, y aún no está sistematizada satisfactoriamente desde un punto de vista diferencial. Por ejemplo, sería de sumo interés estudiar a fondo las posibles técnicas de visitas explicadas en sectores concretos y frecuentes de visitantes de los museos argentinos, tales como los estudiantes primarios, secundarios y universitarios; estudio que incluiría todas las posibles vinculaciones enseñanza-museo, como la coordinación de las visitas explicadas con el desarrollo de determinados puntos del programa de estudios, con clases preliminares "standard", etc.

Es nuestra intención presentar un breve estudio de uno de estos aspectos diferenciales de la actividad museológica que se concreta en visitas explicadas; quizá de uno de los aspectos más especializados de la misma: la visita explicada a un museo antropológico por parte de un grupo de no videntes. Un problema a nuestro parecer de notable interés tanto en su faz humana e inmediata como en su faz teórica; un problema nuevo, del que o sea una experiencia directa y para cuya solución hemos contado con el asesoramiento de personas especializadas en los aspectos didácticos.

Es claro que todo éxito en una visita a un museo, explicada o no, reside en la integración armónica de dos factores: el material humano y el material museológico. Comenzaremos por lo tanto a detallar los aspectos de uno y otro en nuestro caso particular.

El Material Humano.— Es un hecho conocido por los especialistas que la condición de no vidente no es, en absoluto, un obstáculo para las inquietudes culturales. El cauce hacia el que se dirigen y formalizan estas inquietudes, es mucho más vasto de lo que comúnmente se cree. Si bien es cierto que determinadas actividades les están prácticamente vedadas, y otras encuentran en ellos una inmediata aceptación, como la música, las ciencias abstractas, etc., existe un sinnúmero de manifestaciones culturales hacia las cuales los no videntes demuestran o podrían demostrar inclinaciones; si éstas

no siempre cristalizan se debe principalmente a falta de oportunidades concretas, es decir, a una presentación de determinada problemática y de los medios para aprehender los elementos indispensables para su comprensión. Hay que destacar que muchas veces, aunque el no vidente se halle en condiciones de infirioridad para trabajar activamente en una determinada ciencia (por ejemplo, la arqueología) puede manifestar hacia ella un interés, debido a un simple afán de conocimientos, o bien a la importancia que ésta reviste para sus propias actividades intelectuales (por ejemplo, historia o filosofía). Tanto en uno como en otro caso, los museos no pueden permanecer insensibles al problema y deben realizar todos los esfuerzos para llevar sus materiales y los conocimientos que a ellos se asocian, más allá de la barrera oscura.

La base, por así decir, psicológica del éxito en una "visita" de no videntes a un museo antropológico, reside en el interés por ellos demostrado hacia las formas plásticas, perceptibles mediante el tacto.

El Material Museológico.— El resultado óptimo de una visita explicada para no videntes en un museo antropológico, sería el colocarlos frente a los materiales en condiciones de percepción lo más cercanas posible a las que gozan los visitantes habituales. Si consideramos la unidad museológica de la exhibición, la vitrina didáctica y científicamente constituida, vemos que en ella se hallan representados cuatro diferentes elementos de información visual. En primer lugar, los objetos en sí, tales como armas, utensilios, piezas de cerámica, tejidos, etc. En segundo lugar, los objetos como conjunto, que constituyen la expresión sintética de un determinado contexto cultural. En tercer lugar, los elementos ilustrativos gráficos (mapas, croquis, etc.) que permiten su ubicación en el espacio. Finalmente, hecho limitado generalmente a los conjuntos arqueológicos, la ubicación de los mismos en el tiempo, que se obtiene mediante oportunos gráficos.

En cuanto a los objetos en sí, la vista permite la apreciación de un sinnúmero de caracteres propios y diferenciales de cada uno. Algunos de éstos, tratándose de objetos de tamaño relativamente reducido, son perceptibles

tanto por la vista como por el tacto; así por ejemplo: *la forma en su conjunto, determinados detalles de la misma, v. gr., tratándose de ceramios, el borde, la textura de la superficie, el reborde, la unión de las asas con el cuerpo, la morfología de las mismas; los adornos de la superficie, cuando son en relieve, aplicados, incisos o excisos; las dimensiones relativas de las piezas, etc.* Otros son perceptibles directamente tan sólo por la vista, tales como las decoraciones pintadas en su aspecto de dibujo y de colores, aunque en determinados casos un tacto muy desarrollado se halla en condiciones de poder seguir el delicado relieve constituido por los márgenes de una figura pintada.

En cuanto a los aspectos funcionales de las piezas, éste es en algunos casos intuitivo y se desprende con facilidad de la forma del objeto; en otros casos, la exacta comprensión de la función implica una *experiencia manual directa* por parte del visitante (por ejemplo, las diferentes maneras de tender la cuerda de un arco).

La adaptación de Museo a los no videntes. — En base a este breve resumen de los aspectos perceptivos del material museológico que nos interesa, estamos en condiciones de plantear las posibles adaptaciones de un museo antropológico de manera tal que su visita a una de estas instituciones se convierta en algo que sea lo más parecido posible a una visita explicada para el resto del público.

En primer lugar es necesario prescindir por completo de giras por los diferentes ambientes del edificio. El material, oportunamente seleccionado y ordenado en conjuntos significativos, será extraído de las vitrinas o de los depósitos y dispuesto adecuadamente. Ambientes que se prestan óptimamente para esta clase de enseñanza, son las pequeñas aulas para seminario o mesas redondas, provistas, generalmente, de una amplia mesa, alrededor de la cual puede ubicarse una docena de personas; difícilmente un ambiente de esta naturaleza ha de faltar en un museo bien organizado. Eventualmente podrá hacerse una excepción en cuanto al recorrido del museo en el caso de hallarse en alguna sala del mismo pequeños paneles sin vitrina constituidos por objetos de tamaños reducidos y cuya disposición espacial revista par-

ticular interés (por ejemplo, la cronología relativa de diferentes complejos culturales líticos).

En cuanto al *personal del museo* que participe de la "visita explicada", para un grupo de doce personas, no deberá ser inferior a cuatro. Cada uno de ellos estará a cargo de un sub-grupo; uno, el técnico especializado en la materia brindará las explicaciones y atenderá uno de los sub-grupos; los demás, seguirán la explicación alcanzando a los integrantes de su sub-grupo los materiales, y guiándolos oportunamente en la percepción táctil de los detalles que se vayan mencionando.

La selección del material deberá realizarse con criterios diferentes pero análogos a la que se realiza para los visitantes comunes. Con este propósito las buenas normas museológicas aconsejan siempre que las piezas exhibidas, además de representativas, revistan siempre caracteres estéticos que ayuden a la atención y la memoria del visitante. Por ello, en el caso especial de los no videntes, se aconseja elegir materiales cuyos rasgos más salientes sean los que puedan percibirse mediante el tacto (relieves, textura de la superficie, modelados, etc.). Análogamente a lo que es oportuno para visitas ordinarias, será necesario no excederse en el número de piezas que se muestren, cuidando de elegir las que unan lo típico y representativo de un patrimonio cultural con la facilidad de percepción táctil.

Como norma general para toda visita explicada, y más especialmente para el caso que nos ocupa, es oportuno introducir al auditorio en los aspectos generales y teóricos mediante una breve y sencilla *clase preliminar*. En ésta, el expositor cuidará de no superar el nivel de comprensión del auditorio, tanto desde el punto de vista de su cultura general como del más específico de su carencia visual. Por ello hará hincapié en aquellos aspectos que puedan ser captados teniendo en cuenta el patrimonio conceptual de los no videntes.

Tanto en la clase preliminar como en la visita explicada, será necesario entrar en los aspectos que trasciendan la percepción directa de los objetos: es decir, los *objetos como conjunto; su ubicación en el espacio y en el tiempo*. El primero de ellos no ofrece dificultades de importancia

pues es conocida la extraordinaria memoria asociativa de los no videntes.

En lo que respecta al segundo y al tercero, será imprescindible recurrir a los materiales didácticos. De gran utilidad para este fin son los mapas en relieve.

En cuanto a los elementos dibujados o pintados, sin relieve, podrá, en algunos casos, hacerse una descripción sintética utilizando trazos suaves mediante la punta de un lápiz sobre la palma o el dorso de la mano de los videntes. Es aconsejable no abusar de este método ya que puede fatigar la atención y, en el fondo, no proporciona la idea exacta del dibujo, sobre todo cuando éste es de cierta complejidad.

Un Ejemplo Práctico.— La idea de realizar una visita explicada de no videntes al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, nació de la profesora María Esther Álvarez de Hermitte, ayudante de Investigaciones en el Instituto de Antropología de la misma Facultad; la idea surgió en ella en base a una visita análoga que viera realizar años atrás en el Museo de Pensylvania; de la misma hizo partícipes al profesor Pedro Krapovickas, del Instituto de Arqueología de la Facultad mencionada, y a la que suscribe, técnica para el servicio de museos. Entre los tres fué concretado un proyecto base.

Primera tarea fué ponernos en contacto con el señor Angé, Director de la Biblioteca Argentina para Ciegos, y el mismo no vidente, al que entrevistamos personalmente con el fin de exponerle el proyecto y asesorarnos sobre la posibilidad de su realización. En esta oportunidad se estableció que el profesor Krapovickas daría una conferencia previa en la Biblioteca, con el fin de introducir a los no videntes en el mundo de las culturas prehistóricas de América y de Argentina en particular. Esta conferencia introductiva, hábilmente preparada por el profesor Krapovickas, dejó un saldo muy favorable e inmediatamente se establecieron las bases para la visita explicada. Con este fin, en la Biblioteca de Ciegos se abrió una inscripción con el objeto de reunir el primer grupo de interesados; para facilitar las tareas, por tratarse de una experiencia del todo desusada para el personal técnico y docente, el grupo fué reducido a diez

personas seleccionadas en cuanto a su nivel cultural, pues entre ellos se hallaban algunos estudiantes universitarios de Derecho y de Filosofía y Letras. Dichas personas ya habían asistido en su totalidad a la conferencia del profesor Krapovickas.

A los quince días de la conferencia, previo consentimiento del Director del Instituto de Arqueología, doctor Ciro René Lafón y del Director del Museo Etnográfico, que era en ese momento el profesor Salvador Canals Frau, se procedió a la visita explicada. De la misma participaron el profesor Krapovickas, la profesora señora de Hermitte, la profesora Carmen Badiali y la que suscribe. El local utilizado fué el gabinete de Antropología del Museo, en el que se realizan habitualmente los trabajos prácticos de la materia. La selección del material fué realizada dando una preferencia casi exclusiva al material arqueológico. La procedencia de las piezas fué limitada en particular a la región andina, aunque para ejemplificar determinadas técnicas se recurrió también a materiales de otra procedencia. En la calidad de las piezas se tuvo cuidado de elegir las más representativas y al mismo tiempo aquellas que fueran susceptibles de comparación; por ejemplo, para cerámica arqueológica piezas de factura tosca del N. O. argentino y cerámica de la costa del Perú, de superficie pulida, que permitieron al mismo tiempo establecer paralelos de carácter cultural.

En cuanto a la distribución de las piezas, las mismas fueron colocadas en grupos homólogos frente a cada grupo de tres no videntes y aquellas de las cuales no se poseía más que un ejemplar, se hicieron rotar alrededor de la mesa con las acotaciones necesarias de cada encargado de grupo (por ejemplo, una estólida de la Puna). Entre estos materiales destacaremos objetos de madera: tabletas de ofrenda, escarificadores, instrumentos agrícolas, tales como cuchillones, etc.; de piedra: hachas pulidas; rompecabezas de metal y buriles y punzones de metal o hueso, y también una ojota para complementar los aspectos relativos a vestido. La explicación estuvo a cargo del profesor Krapovickas que se refirió en particular al patrimonio de estas culturas; no es mi intención entrar aquí en detalles sobre los pormenores de la misma, pues es muy posible que todos sus aspectos didácti-

cos sean tratados en el futuro por el profesor Krapovickas, así como las experiencias inmediatas. Cada ayudante estuvo por su parte encargado de alcanzar las piezas a los integrantes del grupo a su cargo y de ampliar los conceptos cuando las interrogaciones de los no videntes lo hacían necesario. En muchas oportunidades tuvimos que guiar las manos de los visitantes para la mejor captación de un detalle o de un objeto; como el nivel cultural no era parejo, cada ayudante debió adaptar algunas explicaciones a los integrantes de su grupo y en otros casos ampliarlas.

En lo que se refiere a mi experiencia personal con el grupo a mi cargo, debo decir que fué realmente extraordinaria, ya que si bien me encontraba familiarizada con el tema en el aspecto teórico, el práctico distaba mucho del de las clases que dicto normalmente como ayudante de la materia, pues el factor visual que tanto influye en mis alumnos, aquí desde luego quedaba de lado. Desde el comienzo pude apreciar una extraordinaria captación de los conceptos y un marcado interés en el tema, que iba aumentando a medida que se desarrollaba la clase; mucho influyó en ésto el tono ameno y natural de las explicaciones del profesor Krapovickas. Inmediatamente me encontré abordada por una serie de preguntas, tanto de carácter conceptual como sobre la técnica de fabricación de los materiales, que me obligaron en muchas oportunidades a arriergarme en detalles que pensé no podían ser de interés, como, por ejemplo, las diferencias morfológicas entre objetos paleolíticos y neolíticos. Era tan grande la atención prestada, que uno de los integrantes del grupo me hizo notar detalles en el modelo de una tableta de ofrenda, realizada en madera, en los cuales yo misma, después de verla durante casi cinco años, no había reparado. Prácticamente no encontré dificultades; aún más, puedo decir que pocas veces encontré tanta colaboración en alumnos corrientes. Otro tanto puedo decir de la captación funcional de los objetos; al enseñarles una estólida comprendieron inmediatamente su utilización y me pidieron que se la colocara en la mano y les mostrara prácticamente su uso. En esa forma, a través del peso de la pieza y de su manejo, pudieron inferir perfectamente la eficacia de esta arma tan antigua. Experiencia similar ocurrió con

un arco y una flecha; con las manoplas de defensa —de metal y madera— de los diaguitas y con las llamadas tabletas de ofrenda. Esto me hizo pensar que quizá en una próxima visita pueda ampliarse la variedad de materiales cuya captación funcional sea simple, tal como instrumentos para producir el fuego, útiles de pesca, etc.

Otro aspecto, en el que sería necesario insistir es en completar, mediante algún sistema de mapas especializados, los conocimientos que poseen los no videntes acerca de la ubicación geográfica de algunos lugares, aspecto que creo no ofrece mayores inconvenientes.

De todas maneras, esta experiencia nos dejó la seguridad de que quedan aún muchos aspectos por perfeccionar, tanto en el aspecto didáctico como museológico. Esta es la opinión de todos los que colaboramos en ella. Pero nos dejó también la convicción de que el material humano con que contamos, es excelente y ávido de conocimientos de esta índole.

Si bien esta visita explicada de los no videntes a un museo de antropología puede revestir un carácter algo especial por la índole de la materia, puede ser el comienzo de una nueva faz dentro de la función social y educativa de los museos argentinos.

El trabajo que presento a la consideración del lector fué en la práctica un trabajo de equipo y puede servir como ejemplo de la forma en que los museos argentinos, con una adecuada coordinación, pueden llegar a realizar una obra extraordinaria dentro, claro está, de las posibilidades con que cuentan.

AMALIA C. SANGUINETTI DE BORMIDA.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

LA PALABRA Y EL DIVINO ULISES

I. ¿Qué es la palabra? "La palabra es un gran soberano que con un cuerpo muy pequeño y totalmente invisible realiza la más divina de todas las obras. Pues ella puede apaciguar el temor y quitar la pena y engendrar la alegría y acrecentar la piedad". Estas palabras —se las ha reconocido bien— son de Gorgias. (*Elogio de Helena*, 8). Pero ¿expresan el pensamiento de Gorgias? Helena, dice, es inocente si se la ha engañado mediante un discurso semejante para persuadirla a subir a la nave que la transportó hasta Troya. De ese discurso engañador, dice: "¡Cuántos hombres han persuadido y persuaden a tantos otros hombres mediante discursos engañadores, y en cuántas cosas!" (Ibid., II). No sostiene que todo discurso sea engañador, que la esencia de los discursos sea persuadir para engañar.

En ese aspecto, Platón hace que Sócrates abuse de la vanidad de Gorgias, en el gran diálogo que lleva su nombre. Gorgias se ha jactado de persuadir a los enfermos mejor que su hermano, que es médico; en general, ha dicho que el orador persuade al que sea, mejor que los especialistas de cada arte. En esto, Sócrates ha concluido, contra Gorgias, que la persuasión que deriva de su arte es "sin el saber".

Gorgias no protesta contra las palabras de Sócrates: "¿De esta manera la retórica sería, pues, la obrera de una persuasión de creencia, no de enseñanza, sobre lo justo y lo injusto?" (*Gorgias*, 454 e-455 a). Cuando Gorgias admite complacientemente las palabras de Sócrates, le permite, como lo observan Polos y Calicles, lanzarse a ese desarrollo famoso según el cual, si el orador persuade a la multitud de lo que él no sabe, adopta, para

persuadirla, las opiniones y los sentimientos de las gentes que adula. Es, pues, el seductor de los hombres a quienes dirige su discurso, y el arte del cual se glorifica es empírico. Si el orador obtiene que el culpable escape al castigo que merece y que lo purificaría de su crimen, la retórica torna más desgraciado al que pretende hacer libre, puesto que lo deja tan perverso como lo encuentra y le impide llegar a ser mejor, es decir, más honesto y más feliz a la vez.

El hombre más fuerte es el hombre justo, aun cuando su justicia le atraiga la oposición, las calumnias y las acusaciones de los perversos. El hombre más débil es el hombre injusto, sobre todo si se cree libre para ejercer su violencia contra los que están indefensos; vive en el terror de los peligros a los cuales sus crímenes lo exponen. Aquel que expía su crimen es menos débil que el hombre injusto impune.

II. En esta tabla de valores que el *Gorgias* ha impreso profundamente en nuestra conciencia moral, ¿cuál es el lugar de aquél que, incapaz de reflexión, dice a cada instante lo que piensa, pero piensa a cada instante lo que la impresión y la pasión del momento le hacen pensar?

Sabemos que el lugar supremo es para el que hace lo que es justo, porque conoce la justicia. ¿Quién se aleja más de este *optimum*; el que reflexiona y encuentra así lo que debe hacer o decir, y lo hace o lo dice en el momento justo, sabiendo callar su intención hasta ese momento, o bien aquél que, incapaz de reflexión, no sabe tomar una resolución meditada, y dice a cada instante lo que piensa, pero piensa a cada instante lo que cree bajo el imperio de su pasión repentina?

Naturalmente, un hombre es verdaderamente justo solamente cuando su intención meditada es justa, pues la reflexión torna más odioso al hombre que pone su inteligencia al servicio de una resolución injusta. Pero, cuando la buena fe y la rectitud de la intención están al abrigo de toda discusión, el que tiene una conciencia clara y segura de lo que quiere, sabe decirlo cuando conviene decirlo, y sabe callarlo hasta el momento en que conviene decirlo, es superior a aquél que, inseguro de su pensamiento y de su voluntad, siempre dice lo que piensa, pero jamás piensa algo maduramente reflexio-

nado ni decididamente deseado. Si, entre estos dos hombres, la voluntad de justicia es igualmente sincera, el que reflexiona y sabe callarse es, no solamente superior, sino también mejor que aquél que no sabe callarse, por débil que sea su conciencia de lo que piensa y de lo que quiere.

III. Tal es el substratum de los conceptos en los que reposa la ingeniosa discusión del *Hippias menor*, si integramos en ella lo que el diálogo, en su capciosa sutileza, no quiere declarar, es decir que la intención debe ser justa sin ninguna ambigüedad, para que el hombre que reflexiona y sabe callarse sea mejor que aquél que dice en todo instante su débil pensamiento del momento. Pero ese célebre diálogo se abre con un trozo bastante largo de crítica homérica, y solamente en la segunda parte del diálogo se llega a debatir los conceptos despojados de su ropaje mítico; pero no puede decir que los héroes de Homero hayan salido verdaderamente de la escena cuando entran en ella los conceptos: éstos son los mismos héroes con otros ropajes.

Según Hippias, ninguno duda que Homero haya hecho a Ulises peor que a Aquiles. Este es "el más simple y el más verídico". Según Hippias, la simplicidad de espíritu es la condición de la veracidad: no concibe esa otra veracidad, más profunda, que sabe callarse cuando la hora de decir toda la verdad aún no ha llegado.

Hippias cita la célebre respuesta de Aquiles al discurso de Ulises que en la *Presbeia* ha tratado de persuadirlo de volver a la batalla: "¡Laertiada del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidese! Preciso es que os manifeste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme unos por un lado y otros por el opuesto. Me es tan odioso como las puertas del Hades quien piensa una cosa y manifiesta otra. Diré, pues, lo que me parece mejor". (*Ilíada*, IX, vv. 308, 313).

Hippias no duda que Aquiles no haya querido oponer su simplicidad de hombre que dice lo que hará, a la duplicidad de Ulises que, en su discurso, no ha dicho lo que pensaba verdaderamente. A los ojos de Homero o por lo menos de Hippias, Aquiles ha sido "verídico y simple... Ulises manejable y engañoso" (*Hippias menor* 365, b). Pero ¿ha mentido Ulises en el discurso que pronunció a Aquiles?, ¿le ha dicho algo que no pensaba

sinceramente? Y por su parte, ¿Aquiles ha dicho verdaderamente lo que hará?

Sócrates demuestra que ni Ulises ha mentido, ni Aquiles hizo lo que ha dicho. Quizá quería hacerlo en el momento en que respondió a Ulises; pero le ha bastado escuchar el discurso de Ajax para cambiar su proyecto y manifestar una voluntad diferente de la que ha manifestado a Ulises. ¿Cuál es, pues, entre los dos, el *Polytropos*? Esta palabra bien puede significar la volubilidad, pero no siempre el arte de disfrazarse bajo aspectos diferentes. Por consiguiente, Aquiles ha sido culpable de volubilidad: no ha hecho lo que ha dicho a Ulises. ¿Ulises ha cometido el engaño? En el discurso que ha dirigido a Aquiles para persuadirlo, "no parece haber mentido de ninguna manera". No se puede llamar a Ulises "mentiroso" por su discurso, y en este famoso episodio, el *polytropos* ha sido Aquiles, no Ulises.

IV. La prueba de que Ulises no ha mentido en el discurso dirigido a Aquiles para persuadirlo, Sócrates no la da en el *Hippias menor*; allí se contenta con observar que, en resumidas cuentas, Ulises que no dice lo que hará, y Aquiles que no hace lo que ha dicho, son, respecto a la verdad y a toda otra virtud, casi iguales. Pero bien podemos colocar esta prueba donde falla en el diálogo.

En el discurso, Ulises ha recordado a Aquiles las promesas hechas por Agamenón: los dones, la restitución de Briseida, que está pronto a jurar no haber tocado jamás. Los embajadores debían recordar bien lo que el Atrida había dicho: de lo contrario, ¿para qué la embajada? Ajax podrá hablar con desdén de esos dones de Agamenón, y Fénix podrá presentar a Aquiles un ejemplo de virtud muy bello; pero podrán privarse de recordar las palabras de Agamenón, pues Ulises ha hablado primero y se ha encargado de hacer el relato.

¿Ulises ha aprobado las promesas de Agamenón y, en general, su conducta? Ha dicho que los dones son "dignos", pero bien sabe que Aquiles podrá juzgar a Agamenón aun más odioso en su sumisión de hoy que en su violenta injusticia de antaño. Sin embargo, Aquiles debe tener piedad del ejército griego, atormentado por los enemigos; sus camaradas lo admirarán como a un dios, tendrá una gran gloria. Por lo demás, su padre

mismo le había recomendado contener su cólera: "Pues la benevolencia es más fuerte".

Nadie dirá que él no es honesto al ser impulsado por tales sentimientos: la piedad hacia camaradas, el respeto por las recomendaciones de un padre, el amor por una gloria legítima, he ahí sentimientos totalmente sinceros tanto en Ulises como en Aquiles. Y, que Agamenón se haya vuelto aún más odioso, el y sus dones, Ulises lo ha reconocido francamente. "Y si el Atreida y sus regalos te son odiosos, apládate de los aqueos todos, que, atribulados como están en el ejército, te venerarán como a un dios y conseguirás entre ellos inmensa gloria". (*Ilíada*, IX, vv. 300-304).

No solamente en la *Ilíada*, y en la *Presbeia* en particular, Ulises es "maneable y engañoso" como dice Hipplias. Aquiles lo ha llamado fértil en recursos, no lleno de engaños.

V. En cambio, en la *Odisea* Ulises disfraza su verdadero ser ocultándose tras un personaje de fantasía: el Cretense que ha huido de su país, que ha conocido al héroe y que sabe que volverá pronto. Ese personaje se parece mucho a Ulises, quien lo imagina en su discurso para poner a prueba a Eumeo, Telémaco y Penélope.

Ulises se entrega a todas estas simulaciones para obedecer a la diosa que le ha explicado la necesidad de disfrazarse si no quiere sufrir el fin de Agamenón: ser matado por los pretendientes a su retorno al palacio real de Ítaca.

Pero en su naturaleza se encuentra el dar libre curso a su imaginación, complacerse con los cuentos llenos de artificio, inventar ardidés, aun cuando no sirvieran para nada.

Ha desembarcado en Ítaca, pero, despertándose, no ha reconocido su patria. Atenea, disfrazada a su vez con las formas de un joven pastor, le revela que está por fin en su isla. Y Ulises se pone a inventar en respuesta la larga historia ficticia del cretense.

Entonces Atenea: "Astuto y falaz habría de ser quien te aventajara en cualquier clase de engaños, aunque fuese un dios el que te saliera al encuentro. ¡Temerario, artero, incansable en el dolo! ¿Ni aun en tu patria habías de renunciar a los fraudes y a las palabras engañosas, que siempre fueron de tu gusto? Mas, ea, no se

hable más de ello, que somos peritos en astucias; pues si tú sobresales mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias". (*Odisea*, XIII, 291-299).

Ulises no debía contar historias a su diosa; pero deberá contarlas a todos a fin de no ser reconocido demasiado pronto. Además, no es el único en fingir: Penélope con su tela no ha hecho otra cosa; Telémaco, desde que reconozca a su padre, también estará obligado a disimular la verdad. Obedecen todos a una misma finalidad: esperar la hora justa para librar de pretendientes a la reina y al reino.

La *Odisea* describe un momento de la vida griega en que las tierras y los mares están llenos de corredores de aventuras que, cada uno a su manera, inventan mentiras para obtener ventajas. No se puede creer en nadie; y Homero, con el arte que será el de los grandes trágicos áticos, muestra que, cuando Ulises cuenta la historia del cretense que ha conocido al héroe y sabe que volverá pronto, creen lo que él inventa, pero no creen en el anuncio, verídico sin embargo, del próximo retorno del héroe.

La fama de tantos ardidés se ha extendido: Ulises sabe muy bien lo que todo el mundo piensa y dice de él. Acepta su reputación, se jacta de ella: "Soy Odiseo Laertiada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo". (*Odisea*, IX, 19-20), dice en los grandes versos wagnerianos mediante los cuales se revela y anuncia a Alcino.

Y cuando, mucho más tarde, propone a los pretendientes la gran prueba del arco, el poeta lo alaba en el verso, que no traiciona ningún malestar, sino, por el contrario, manifiesta una gran admiración por tanta sutileza: "... el ingenioso Odiseo, meditando engaños, les habló de este modo". (*Odisea*, XXI, 274).

Y así, a los ojos de los griegos, la *Odisea* quedó como el poema de la inteligencia jónica de los mil recursos, y los griegos de las otras razas la juzgaron menos elevada que la *Ilíada*.

VI. Los siglos acumularon los rencores y las críticas contra este jónico sin escrúpulos. Había sido prudente, se lo hizo un cobarde. Había tomado con maña esa orgullosa Troya que la fuerza no había podido conquistar

durante diez largos años, la comedia hizo de él un hombre que rechazaba las empresas peligrosas y que, mientras tanto, se jactaba de haberlas realizado. "Partido para ir lejos, aquí estaré sentado y hablaré de modo que estas cosas parezcan ser dignas de te son para los más hábiles", dice el *Odiseo autómolo* de Epicarmo.

Ulises ha recibido las armas de Aquiles negadas a Ajax: se toma la defensa de Ajax contra Ulises. En dos de sus *Nemeas* (VII y VIII), Píndaro aborda este tema candente, y en su *Ajax*, Sófocles ha tenido dificultad para presentar un Ulises que no odia a su rival y que sin reservas reconoce el coraje, la fuerza y el valor.

Además, Ulises ha obedecido las órdenes de Agamenón cuando ha dejado al infecto Filoctetes en la isla abandonada; pero se toma la defensa de Filoctetes contra Ulises, y Sófocles se satisface con lo que todo el mundo decía contra Ulises, antes de mostrar que él había obedecido y obedecía la voluntad de los dioses: una voluntad a la cual deberán ceder por último tanto la colera de Filoctetes como la sinceridad de Neoptólemo.

Ulises debe montar "toda una estratagema", para apoderarse de Filoctetes y volverlo a conducir, con su arco, a la batalla, pues el héroe herido no debe conocer su llegada a la isla y solamente debe hablar con Neoptólemo, el generoso hijo del leal Aquiles. Neoptólemo, para tenerlo como amigo, dirá a Filoctetes las últimas injurias contra Ulises; el mismo Ulises lo autoriza a hablar así: "Yo bien sé, hijo, que por tu indole no eres a propósito para decir mentiras ni cometer villanías; pero ya que dulce cosa es alcanzar la victoria, atrévete a ello; que en adelante ya procuraremos ser sinceros. Pero ahora déjate llevar de mí, arrinconando la vergüenza durante una pequeña parte del día, y luego, en adelante, procura que te llamen el más virtuoso de todos los hombres" (*Filoctetes*, vv. 64-66).

Pero Neoptólemo no ha nacido para actuar mediante un pérfido ardid; prefiere fracasar actuando bien, que triunfar accionando mal. Por el contrario, Ulises ve que el lenguaje, y no la acción, conduce todo en la vida de los hombres.

La esticomitía que sigue (vv. 100-121), desarrolla esta oposición entre sinceridad y astucia, que Hipias creía encontrar ya en Homero, y que, al contrario, es el tema

de una época mucha más hábil. El contraste es neto. Ulises no es ya el hijo de Laertes, su verdadero padre es Sisifo, el que ha engañado aun a la muerte. Por el contrario, Neoptólemo dice que es cosa vergonzosa proferir mentiras. "No —le responde Ulises—, si la mentira nos lleva la salvación". Neoptólemo: "¿Cómo un hombre sensato se atreverá a decir esto?". Ulises: "Siempre que obres en provecho propio, no debes vacilar".

El joven obedece: engaña a Filoctetes, se apodera de su arco; pero los escríptulos lo acosan nuevamente. Una nueva esticomitía (vv. 1224-1246) opone entre sí a los dos personajes. Neoptólemo siente vergüenza por los engaños y ardidés mediante los cuales se ha apoderado de Filoctetes y quiere devolverle su arco. Ulises encuentra que ni lo que dice ni lo que va a hacer es prudente. Neoptólemo le responde que si son cosas justas valen más que si son prudentes.

Llega de pronto Heracles, que anuncia la voluntad de los dioses: Filoctetes volverá a Troya, allí será curado; él y Neoptólemo, como dos leones, conquistarán Troya, ante los ojos de los espectadores, los dos caracteres permanecen en su más neta oposición. Por una parte, he aquí al hijo de Aquiles listo para devolver a Filoctetes su arco, sin preocuparse de si la restitución de este arco torna imposible la vuelta de Filoctetes a la batalla. Por otra parte, he ahí a Ulises: sólo admite las acciones que conducen a un fin, cualesquiera sean los medios: debe vencer, no importa cómo. "... Soy de indole tal, que necesito triunfar en todas partes..." (*Filoctetes*, v. 1953).

He ahí la oposición que hacía Hipias entre un carácter simple y generoso y un carácter lleno de recursos y de ardidés. Sócrates, volviendo a los textos de Homero y sobre todo a la *Iliada*, no ha reconocido tal oposición entre Aquiles y Ulises: ha dicho que respecto a la verdad, el que no hace lo que dice, y el que no dice lo que va a hacer, son casi iguales.

VII. Esta defensa de Ulises, este retorno al Ulises de Homero, contra el retrato que Píndaro, la comedia y, sobre sus huellas, la tragedia, aunque ética, hacían de él, según mi opinión no es un episodio despreciable en la vida espiritual de Platón. La rehabilitación de Ulises es decisiva, quizá, para algunos de los ideales más queridos de Platón. Mencionaré dos de ellos.

En los primeros diálogos de Platón hay una definición del valor que se explica mejor si se piensa en Ulises. Valeroso es el hombre que conoce el peligro, y sabe vencerlo o evitarlo. No lo es Ajax, no lo es Diomedes, ni lo es Aquiles (en la luz de su sacrificio consciente, pues sabe que su gloria está ligada a su destino de muerte): lo es Ulises el hombre valeroso que comprende el peligro y sabe dominarlo con la valentía de su brazo, con la paciencia de su corazón, y, si esto no basta, con los recursos de su espíritu que sabe encontrar los remedios.

Pero también, el ideal del hombre prudente que, conociendo claramente lo verdadero, sabe callarlo cuando lo necesita, y sabe, en ello, variar la expresión cuando es necesario, es un ideal que se comprende mejor si se piensa en Ulises, en ese diálogo desconcertante que es el *Hippias menor*. Sócrates muestra cómo el hombre que, no conociendo claramente la verdad, unas veces dice lo verdadero, otras, lo falso, sin saber jamás precisamente lo que dice, es inferior al que conociendo lo verdadero, puede ocultarlo cuando lo juzga conveniente.

Es una conclusión que no aceptan ni Hippias ni el mismo Sócrates, pues el que falsea involuntariamente es menos culpable, evidentemente, que aquél que, sabiendo la verdad, la altera voluntariamente y engaña a los otros, tanto más puesto que no se engaña a sí mismo. Pero, la conclusión repugnante a que ha llegado el diálogo se torna inocente si se distinguen los tres niveles que nosotros distinguimos, y no solamente los dos que el *Hippias menor* presenta a sus lectores. El hombre mejor es el que, conociendo lo verdadero, y pudiendo callarlo o alterarlo en provecho suyo, se abstiene de hacerlo; y, si la prudencia o la piedad quieren que lo calle por el momento, no lo altera, y su deseo es poder decirlo completo en cuanto sea posible. El más débil, el más impotente de los hombres es el que, no sabiendo lo verdadero, no puede callarlo o alterarlo ni en provecho suyo. Entre los dos, menos débil que éste, pero también menos noble que el hombre franco y veraz, se sitúa el que, conociendo lo verdadero, puede callarlo o alterarlo, cuando le conviene hacerlo. ¿En cuál de los tres niveles, supremo, medio e ínfimo, Sócrates coloca a Ulises, en el *Hippias menor*? En la *Presbela*, ha sido prudente, pero no ha mentado; es, pues, más vecino del nivel supremo que del medio.

En la *Odisea*, Ulises ha contado historias, pero debía evitar ser reconocido demasiado pronto. Ciertamente, su finalidad era salvarse, pero no se salvaba con miras a un destino de goce ocioso. Tiresias le había dicho que no se quedaría en Ítaca, con su mujer y su hijo: dejaría su patria para ser

del mondó esperto
e degli umami vizi e del valore.

(*Infierno*, XXVI-98-99).

En esos versos famosos, Dante ha subrayado el destino por el cual Ulises se salvaba, gracias a los recursos infinitos de su inteligencia. Por lo demás, obedecía a la diosa: cuando mentía, era por orden de Atena.

No era, pues, ni cobarde ni odioso, como le decían los defensores de Ajax, de Filoctetes, de Palamedes: era, en su interior, el hombre que cumplía los deberes más penosos, que nadie habría sabido ni comprender, ni cumplir. Para los otros, la admiración y el amor de la multitud; para él, las últimas de las injurias, pero él marchaba hacia la finalidad que los dioses habían fijado.

VIII. La conclusión del *Hippias menor* —el que conoce claramente lo verdadero, es el único que está en posición de alterarlo— se halla en el *Fedro*: Sócrates no cambia nada allí. Tampoco cambia nada a la tesis del *Gorgias*: la retórica no es un arte, sí, conociendo mucho los medios de excitar o de apaciguar los sentimientos de los oyentes, el orador no sabe cuándo conviene emplear tales medios o tales otros. En la confluencia del *Gorgias* y del *Hippias menor*, el *Fedro* dice que la retórica se convierte en un arte verdadero, cuando, mediante la dialéctica, el orador conoce los diferentes géneros de hombres —coléricos, flemáticos, etc.—, y los diferentes géneros de discursos excitantes, tranquilizantes, etc., y sabe a qué género de hombre conviene tal género de discurso.

Platón recomienda, pues, una retórica científica —ordenada directamente por la dialéctica y formando un todo con ella—. Ahora bien; la dialéctica dice la verdad. Jamás necesita ni callarla ni variar la expresión. El dialéctico no debe acordar nada a las exigencias del momento: no se parece a Ulises.

Pero Platón no es solamente el filósofo de la dialéctica y de su expresión rigurosamente científica. Es también

el filósofo del retorno a la caverna, de la piedad hacia los hombres que no han soportado la luz, el filósofo que prefiere la enseñanza oral, el diálogo, a los escritos, exigiendo una comprensión viviente de los caracteres, y de los discursos que deben hacerse a los hombres según sus caracteres. Cuando se está en presencia de un hombre vivo, ¿debe decirsele bruscamente lo que lo espantaría? ¿No se le debe callar, provisionalmente, lo que podrá serle dicho en la hora justa? Y, entre los aspectos diferentes de la verdad, ¿es mentir presentar, en primer lugar, el aspecto que puede ser comprendido y aceptado mejor por un hombre según su carácter? Los otros aspectos, más severos, serán aceptados, a su vez, cuando el primero haya sido comprendido y admitido.

Este Platón humano, lleno de piedad para los hombres que han permanecido en la caverna y esperan ser persuadidos, ¿está en oposición con el Platón de la dialéctica pura, que, en todo instante, dice toda la verdad? Si se los cree en oposición, se olvida que, según la *República*, los dialécticos puros son elegidos entre los guerreros, y que sólo pueden entregarse al ejercicio de la dialéctica pura antes de la hora en que deben aceptar el gobierno de un Estado. Por consiguiente, según Platón, gobernar el Estado no es mentir, no es halagar a los hombres, encontrándolos apacibles y transformándolos en fieras, como lo han hecho los más famosos políticos de Atenas; por el contrario, es decir la verdad a los ciudadanos, sembrarla en sus almas, de modo que se conviertan en sus testigos espontáneos y en sus defensores convencidos. Y puesto que son guerreros, se debe conducirlos a ser duros con los enemigos, pero suaves con los amigos; es decir, debe iluminarse su inteligencia y hacer de su valor, un valor razonable, que conozca el peligro y sepa dominarlo a la manera, parece, del Ulises viril y prudente de la *Ilíada* y del castigo de los pretendientes en la *Odisea*.

Atenea, la diosa de la inteligencia y de la victoria, inspiraba a Ulises, no a Ayax, ni a Diomedes, mientras que Tetis empujaba a su hijo Aquiles hacia otra virtud, más espléndida, más cargada de gloria, pero tal que, sin el complemento de la reflexión y de la meditación de Ulises, la vida no habría sido plenamente humana.

Ni Ayax, ni Aquiles habrían comprendido tampoco a Atenas. Por eso no les habla. Se elige al hombre capaz

de comprenderla. En él cultiva esa concentración llena de resoluciones decisivas, que se expresa por un logos, en que él dice lo que debe decir, y calla lo que debe callar.

La reflexión de Ulises, pues, y ese arte de hablar tan diferente del arte de Néstor y del arte del Palamedes eleático, Zenón, están entre las virtudes heroicas que forman al hombre: el ateniense, ante todo, y el género humano entero, sobre su modelo.

AUGUSTO GUZZO.

*Los Estudios Filológicos,
Publicaciones Universitarias de Francia.
Nº 2, abril-junio, 1954.*

Traducción de Nélida C. Marchi.

EL PETRÓLEO

El petróleo, esa "mezcla compleja de hidrocarburos", al decir de la química moderna, se conoce sobre la tierra desde hace siglos; 450 años a.J.C., Herodoto y otros historiadores hablan de él y del alquitrán, con otras palabras y nombres; hace 4.000 años los egipcios lo utilizaban para embalsamar sus momias; 5.000 años atrás era empleado en las construcciones y en los últimos siglos era utilizado para iluminación solamente.

En la actualidad el petróleo se emplea para la elaboración de combustibles, lubricantes y asfaltos; además los elementos que lo constituyen dan lugar a una fuente inagotable de productos químicos que sirven para elaborar sustancias de extraordinaria aplicación industrial y medicinal; se supone en más de dos mil el número de productos que se pueden derivar.

Varias son las versiones acerca de cuál fué el origen del petróleo, siendo la más exacta y aceptada por el hombre de ciencia la siguiente: Desde el punto de vista geográfico, la superficie de la tierra cambia constantemente; es lógico pensar que en su periodo de vida, el hombre normal no alcance a ver grandes modificaciones; pero las praderas que conocemos no siempre fueron llanas, ni tampoco estuvieron a su lado las montañas, mientras que el mar muchas veces cubrió lo que

hoy es tierra firme. Dentro de esos mares, pequeños organismos vivían y morían, depositándose en el fondo de las aguas junto al fango y otros materiales, formando lo que hoy llamamos sedimentos marinos. Con el correr de los siglos, al acumularse grandes cantidades de estos restos orgánicos, fueron aplastados por las enormes presiones que soportaban, las que lógicamente generaron calor. La acción combinada del calor, la presión y el tiempo convirtieron esos organismos en petróleo, palabra que significa "aceite de piedra".

Dentro de la división de las rocas que forman la corteza terrestre, de origen ígneo, sedimentario o metamórfico, podemos decir que el petróleo se encuentra en las sedimentarias permeables, ya que son las que por el tamaño de sus granos tienen cavidades que permiten almacenar fluidos. Estas rocas sedimentarias se acumulan en forma de estratos horizontales, pero las presiones y las fuerzas de cualquier índole que actúan sobre ellas modifican las posiciones de esos estratos, produciéndose verdaderos pliegues y rajaduras, todo lo cual constituye lo que se conoce como estructuras favorables. Dentro de estas estructuras, los fluidos se ubican de acuerdo a sus densidades: arriba el gas; en el medio el petróleo y debajo el agua salada.

La ubicación exacta de estas estructuras favorables y por ende, la posibilidad de encontrar petróleo en ellas, se realiza por medio de las comisiones de geólogos de campo. Los métodos que se emplean para la exploración son variados, pero los dos principales son: el directo o geológico y el indirecto o geofísico; en el primero el geólogo estudia las condiciones del subsuelo mediante las observaciones que aparecen a la vista y que se llaman afloramientos. Cuando en las rocas sedimentarias se producen esos afloramientos ocurre que las partes más levantadas sufren fácilmente los fenómenos de la erosión, que tienden a planificar los terrenos, quedando así a la vista partes de la estructura que pueden dar las primeras posibilidades de la existencia de yacimientos.

El estudio de las rocas se realiza por el análisis de sus principales características, como ser: textura, color, dureza y caracteres físico-químicos. Además es muy importante el reconocimiento de la presencia de restos fósiles.

Cuando los terrenos sedimentarios y las estructuras favorables se encuentran a profundidades, se debe recurrir a métodos indirectos, siendo los más usuales, el sismográfico y el gravimétrico. El sismográfico consiste en la deducción de rocas en existencia a profundidad por las diferentes maneras en que las vibraciones se transmiten a través de los distintos tipos de rocas. Así como el sonido se refleja produciendo el eco, una onda sísmica puede reflejarse en un determinado manto y tardar diferente tiempo en ser percibida por los aparatos creados al efecto. El método consiste en hacer explotar en un pozo una carga de dinamita y recoger en los sismógrafos, convenientemente ubicados, la vibración que ha atravesado y se ha reflejado en el subsuelo.

El método gravimétrico es aquel por el cual, mediante una balanza de torsión, se puede determinar la existencia de rocas muy pesadas o muy livianas, basándose en la ley de atracción de las masas, y consiste en la medición de las variaciones que sufre la aceleración de la gravedad.

Perforación.— Una vez ubicado el sitio donde convergen todos los estudios, comienza lo que denominamos explotación petrolífera y que consiste en resolver los problemas de perforación de los pozos y la explotación racional del yacimiento.

Las perforaciones se realizaron en un principio por el sistema de percusión, que consistía en herramientas especiales que unidas a las barras correspondientes horadaban el terreno por medio de golpes; periódicamente se cambiaban las herramientas de percusión por las cucharas que servían para extraer el material disgregado. De este modo se perforó el pozo en que se descubrió el petróleo en Comodoro Rivadavia el 13 de diciembre de 1907. Actualmente se emplea el método rotativo, que consiste en una mesa especial que hace girar la barra de sondeo en cuyo extremo está enroscado el trépano. Los trépanos están contruidos en diferentes formas y con materiales de acuerdo con la calidad del terreno que deban atravesar; actualmente se emplean materiales de dureza extraordinaria, conocidos con el nombre genérico de "metales duros".

Con el sistema rotativo se consigue aumentar la velocidad de perforación, alcanzando valores de 30 a 50 me-

tros por día, habiéndose llegado hasta 6.000 metros de profundidad. Tengamos en cuenta que por el sistema a percusión nunca se llegó a profundidades mayores a los 700 metros. Otra de las ventajas del método rotativo es que prescinde del entubamiento, ya que únicamente está entubada la cabeza del pozo, para formar el extremo superior del mismo.

Un líquido fangoso llamado inyección, desempeña un papel importante en el sistema rotativo. Esta inyección se hace entrar al pozo por la misma barra de sondeo, que a ese fin es hueca, y vuelve a la superficie del terreno al costado del trépano; la inyección tiene por finalidad ir consolidando las paredes del pozo excepto cuando se atraviesan napas de agua o terrenos muy desmoronables en cuyo caso se hace la cementación, que consiste en la introducción de cemento que al fraguarse forma una verdadera roca obturadora que luego es perforada por el mismo sistema.

El control de la inyección es continuo y muy delicado y de los caracteres físico-químicos de este fango y de su comportamiento frente a los terrenos que deban perforarse depende el éxito de la perforación. Si ésta no se efectúa adecuadamente surgen factores imprevistos, como la rotura del trépano o de la barra de sondeo, lo que significa que debe procederse a la laboriosa tarea de "pesca" de lo que ha quedado en el interior del pozo. Los equipos modernos tienen reguladores y controles del esfuerzo que en todo momento soporta la instalación, con el fin de evitar estos percances.

Un equipo perforador está formado por las siguientes partes: la torre, el equipo motriz, el cuadro de maniobras, el vástago, la cabeza de inyección, las barras, los trépanos y los elementos para preparar la inyección: bateas, bombas, mangueras, etc.

En un principio se emplearon torres de madera que fueron reemplazadas luego por las de hierro; las torres de madera ofrecen mucha superficie contra la fuerza del viento y son además fácilmente deteriorables en las tareas de montaje y desarme; con las torres de hierro se han superado esos inconvenientes y además ha sido posible hacer frente a los mayores esfuerzos requeridos por las perforaciones cada día más profundas. Las torres

deben resistir no sólo la acción del viento sino también los esfuerzos de la perforación, producidos por el peso de las barras y los "tirones" del aparejo, esfuerzos que pueden superar las 50 toneladas. Además la torre debe resistir el empuje lateral de las barras que se acomodan en su interior antes de ser usadas, siendo la altura de las barras de sondeo, generalmente de 30 metros.

La torre debe ser armada bien vertical y contraventeada convenientemente. Un equipo motriz es el encargado de suministrar la energía necesaria a la mesa rotativa y de accionar el tambor donde se enrolla el cable del aparejo. En los comienzos de la explotación, se utilizaban calderas a vapor pero fueron reemplazadas por motores de combustión interna o motores eléctricos. La dificultad de conseguir agua para las calderas, fué el mayor inconveniente para el uso de las mismas, agravada por la insuficiencia en suministrar la energía en creciente demanda.

La extracción del petróleo debe hacerse en forma regular y controlada; a esto se llama explotación racional del yacimiento.

Como ya se ha visto, el petróleo, el agua y el gas en un yacimiento están en un estado de equilibrio desde la formación petrolífera; la perforación de un pozo en esa zona, modifica ese estado de equilibrio, y si la extracción no se hace en forma adecuada y controlada puede ocurrir que el pozo rinda mucho menos de lo que puede producir el yacimiento. Esto se debe a que el gas modifica la viscosidad del petróleo y si ésta varía, cambia la facilidad de su fluidez a través de las arenas en su marcha hacia el pie del pozo. También puede ocurrir que el agua inunde el pozo dejando atrás el petróleo.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta es la distancia entre los pozos, ya que si se los ubica muy cercanos unos de otros, es seguro que se perfora de más y si en cambio se disponen muy alejados, existe el peligro de que en las zonas intermedias quede petróleo sin extraer.

Una vez extraído se envía a una batería colectora donde se almacena y de allí a las destilerías por ferrocarril, barcos o en la forma más moderna y económica, el oleoducto.

Destilación. — Los procesos descritos a continuación son los instalados y utilizados en las modernas plantas de destilación por las principales empresas petroleras.

La complejidad de la mezcla de hidrocarburos que forman el petróleo es lo que nos permite separarlos por medio de una simple destilación fraccionada, similar a la que se realiza en el laboratorio con el balón y el mechero de Bunsen, sólo que el mechero es reemplazado por el horno tubular y el balón por la torre de fraccionamiento.

El petróleo crudo que llega a las destilerías es almacenado en grandes tanques ubicados en un área especial que recibe el nombre de "área de tanques" o "zona de crudos". El petróleo crudo allí almacenado posee un porcentaje de agua y sales que debe ser eliminado antes de someterlo al proceso de destilación. Las sales están frecuentemente combinadas o agregadas en el petróleo crudo en forma de gotillas en suspensión o emulsión. Sales inorgánicas, principalmente cloruros y sulfuros reaccionan durante el proceso causando serias corrosiones y obstrucciones en los equipos, ocasionando una disminución en el rendimiento de la carga y otros efectos perniciosos para las unidades de refinación. Quitar esas sales es esencial para el mantenimiento correcto y para realizar un ciclo operativo económico. Un porcentaje de sal del 2 al 3 por ciento es lo máximo que puede ser tolerado en un crudo, pero una operación de desalado señala una disminución acentuada de esas cifras.

Tres son los métodos utilizados en la industria petrolera para eliminar las sales de los crudos: mecánicos, químicos y eléctricos; la elección del método a emplear depende de la viscosidad del crudo, del tipo de dispersión salina y de la capacidad energética de la planta.

El sistema utilizado en la Argentina, en las unidades de topping, es el patentado por una empresa norteamericana y consiste en un procedimiento continuo para eliminar sales orgánicas y otras impurezas de los petróleos crudos, cargas de las destilerías, por medio de descargas eléctricas. Del 2 al 15 por ciento de agua es inyectada en el crudo sin tratar, con el fin de conseguir una perfecta emulsión de "agua-en-petróleo". Por medio de un intercambio, el crudo emulsionado es calentado a 85° - 115° C (180° - 240° F); luego la emulsión es

dispersada dentro de una esfera de alto potencial eléctrico. Las sales y otras impurezas, al haber aumentado el porcentaje de agua están más diluidas; luego se las somete a la acción de una descarga eléctrica del orden de los 15.000 voltios, que tiene por misión romper la tensión superficial de la molécula de agua, la que arrastra al decantar, todas las sales; el crudo queda desalado y deshidratado lo que permite que siga el proceso de destilación.

Topping o "Skimming" de petróleo. — La operación de "topping" a que se somete el petróleo es una destilación primaria, que tiene como principal finalidad dividirlo en distintos grupos de hidrocarburos de acuerdo con sus puntos de ebullición. Esta destilación es un proceso esencialmente físico, que consiste en fraccionar el petróleo por vaporización y condensación, sin alterar las cualidades naturales de sus componentes.

Estos derivados, o bien son productos terminados, o bien constituyen materia prima para subsiguientes procesos de elaboración de combustibles o lubricantes. En los comienzos de la industria, se utilizaba para la destilación primaria (única en esa época) un simple alambique en el que se cargaba el petróleo y se calentaba gradualmente, destilando fracciones más pesadas a medida que aumentaba la temperatura. Era ésta una operación discontinua.

Con el tiempo se evolucionó y se conectaron varios alambiques en serie y a distintas temperaturas, escalonadas de tal manera que cada uno destilaba un producto más pesado que el anterior.

En la actualidad los alambiques fueron reemplazados por hornos tubulares. Estas modernas instalaciones constan de un horno y una torre de fraccionamiento, que puede destilar simultáneamente tantos o más productos que la antigua batería de alambiques. El horno tubular es una estructura completamente cerrada, recubierta interiormente de ladrillos refractarios, dentro de la cual van ubicados los tubos por los que circula el producto. Este producto llega al horno impulsado por una bomba que en todos los casos recibe el nombre de "bomba de carga".

La misión del horno es la de calentar el producto a fin de que sea fraccionado por la torre de burbujeo o de "fraccionamiento", a la que pasa por medio de la línea de transferencia que los une.

El horno puede considerarse como la parte más peligrosa de todo el proceso de elaboración, ya que se usa el fuego directo para otorgar al producto la temperatura necesaria para su gasificación. La parte de vital importancia dentro del horno la constituyen los tubos; éstos se encuentran colocados en una disposición tal que permite la libre circulación del producto dentro de ellos; estos tubos están colocados en forma de serpiente, unidos por cabezales, y una vez que el petróleo llegó al primer cabezal, desde la línea de carga, la única salida es la línea de transferencia. Si bien es cierto que la temperatura media en la cámara de combustión de un horno, es alrededor de los 900°C, el tubo nunca puede adquirir esa temperatura, debido a que el producto que circula por su interior, le "roba" el calor que necesita para sí, y actúa a la vez como refrigerante del tubo mismo. Puede ocurrir, sin embargo, que debido a factores imprevistos, como una "patinada" de la bomba de carga, el tubo quede momentáneamente sin producto, corriendo el riesgo de enrojecerse y de modificarse la textura del acero de que está constituido, acortándose en esta forma su tiempo de trabajo. Un tubo sometido a la acción del fuego sufre, al cabo de cierto tiempo, una disminución en su capacidad de trabajo ya que aunque no aparezcan pinchaduras ni rajaduras debe ser cambiado al cumplir las 100.000 horas de trabajo, debido a lo que mecánicamente denominamos "fatiga del material".

Una vez que el producto circulante por los tubos adquirió la temperatura necesaria para su gasificación, esa mezcla heterogénea líquido-gaseosa sale del horno a través de la línea de transferencia y desemboca en la zona correspondiente de la torre de burbujeo llamada "zona de flash".

La finalidad de la torre es separar los cortes constituyentes del producto, basándose en sus diferentes puntos de ebullición. La torre está formada por un envolvente cilíndrico, dentro del cual se encuentran los elementos separadores: platos, separadores y "Baffles". En

la torre se establece, mediante el aporte de productos líquidos, una diferencia de temperatura desde el fondo a la parte superior; estos aportes líquidos reciben el nombre de reflujo y tienen por misión regular en la torre las calorías necesarias para establecer el diferencial de temperatura (balance térmico).

Los tipos de reflujo que pueden mencionarse son tres: 1º *Reflujo de cabeza o tope de torre*: Formado generalmente por el corte que destila y que después de condensado y enfriado vuelve al último plato (plato de tope) en forma líquida. 2º *Reflujo interno*: Es el que se realiza de plato a plato, dentro de la misma torre, por el producto líquido que rebasa de los platos superiores. 3º *Reflujo lateral*: Es un corte lateral de la torre que como líquido se extrae de la misma, volviendo a ella frío después de intercambiar con otros productos.

Los platos evaporadores, donde se establece el intercambio térmico y material de los componentes, sirven para poner en contacto el líquido con los vapores ascendentes, provenientes de la carga del horno y suelen estar formados por los llamados platos o copas de burbujeo o por pelines y chapas perforadas, provistas de sus vertederos y colectores adecuados.

Tomando como referencia la entrada de productos o zona de flash, en la torre de fraccionamiento pueden distinguirse dos zonas netas: la parte inferior o de agotamiento, y la parte superior o de fraccionamiento propiamente dicha, donde se encuentran los platos, y que está provista además de los elementos separadores llamados "Baffles". Además de los mencionados, existen colectores desde donde se toma la carga seleccionada (cortes líquidos) de determinadas características. Toda la operación de la torre se controla y regula mediante dispositivos especiales (instrumentos) que automáticamente provocan los efectos necesarios para tal control, reemplazando en esta forma regulaciones manuales.

El enfriamiento de los cortes obtenidos en la torre, ya sea para enviarlos a tanques o para utilizarlos como reflujo, se realiza en equipos denominados "intercambiadores de calor". Estos equipos llenan una alta finalidad en varios aspectos de la destilación, siendo uno de los principales la economía que se consigue al utili-

zarios como calentadores del producto de alimentación de la planta.

El intercambiador consiste en un blindaje cilíndrico que contiene un cierto número de tubos paralelos, unidos en un haz que recibe el nombre de "mazo"; uno de los flúidos, el más liviano, fluye dentro de los tubos, se llama "fluido del tubo"; el otro fluye fuera de los tubos y se denomina "fluido de blindaje" o exterior. Si ninguno de los dos flúidos condensa o evapora, el equipo se denomina "intercambiador térmico". Si uno de los flúidos se condensa, el equipo se conoce con el nombre de *condensador* o *calefactor*, ya que el propósito es condensar uno de los flúidos o calentar el otro. En la misma forma, si uno de los flúidos se evapora, el equipo se denomina *evaporador* o *refrigerador*, ya sea que el fin principal sea evaporar uno de los flúidos o enfriar el otro.

Se hace intercambiar casi todos los cortes provenientes de la torre con la carga, así cuando ésta llega al horno, el mismo le entrega menor cantidad de calor para llegar a evaporarlo que la que necesitaría sin el precalentamiento, lo que reduce notablemente en el consumo de combustible del horno.

Estas son las fases que sufre el petróleo a través del proceso de topping; los productos obtenidos: nafta, querosene, gas oil diesel, gas oil virgen y crudo reducido, son en todos los casos sometidos a procesos secundarios que reciben el nombre de "cracking", "reforming" o "redestilación", según cual fuere la planta que lo realice.

RUBENS MAC ADDEN.

UNA OBRA EN SU TIEMPO

No es cosa de leer un texto del siglo XVI con los ojos de un hombre del XX y proferir gritos de espanto declarando que ese texto es escandaloso, siendo así que lo único escandaloso es el olvido del hecho simple de que la misma proposición, articulada por un hombre de 1538 y después por otro de 1938, no suena igual. Y que debe llevarse a cabo todo un trabajo, un trabajo considerable

y de los más delicados, si se desea restituir a las afirmaciones que creemos comprender sin más averiguaciones, el sentido especialísimo que tenían para quienes las sostuvieron hace cuatro siglos. Es que mucha agua ha pasado, entre 1530 y 1930, ó 40, ó 50, bajo los altos puentes que Descartes, y luego Leibniz, y más tarde Kant y todos los filósofos de los siglos XIX y XX, a continuación de las revoluciones técnicas y científicas de que fueron testigos, se dedicaron a tender, de una orilla a otra, sobre el ancho río de nuestras ignorancias.

En el fondo y en este sentido, podría decirse que Rabelais, cuando se lo inculpa sumariamente de libre-pensamiento (o cuando se lo felicita, lo que es lo mismo, por haber pensado libremente), no es más que una víctima (o un beneficiario) de la teología. La conocía demasiado bien. Estaba demasiado al tanto, por ejemplo, de las dificultades que suscita la inmortalidad del alma. Sabía demasiado bien cómo se la planteaba en las escuelas y cómo se la discutía entre los hombres doctos de su tiempo. Si fuera lo que nosotros somos casi todos, hoy, demostraría disponer de mucho mayor latitud; quieró decir: si fuera un perfecto, un total ignorante en materia de teología. La cuestión de la inmortalidad le parecería simple, en vez de dividirse y subdividirse en una buena decena de problemas distintos, cada uno de ellos susceptible de soluciones contradictorias. Lo que hace que el número de actitudes posibles no se reduzca para él a dos: creer o no creer en la inmortalidad del alma. El asunto es mucho más considerable y lo es con otro carácter.

Pero es que nosotros no somos teólogos y los hombres del siglo XVI lo eran. Y esto aun cuando no hubieran pasado años en un convento, como Rabelais que, inteligente y fervoroso en el trabajo, como era, debió verse imponer por sus superiores intensos estudios de teología. Y luego debió nutrirlos, desarrollarlos, humanizarlos, en contacto con los filósofos antiguos, griegos o latinos, aquellos mismos que nutrieron al cristianismo con una sustancia tan rica y tan abundante. Estos hombres eran, sí, teólogos. Con un celo, un cuidado por los antecedentes, un respeto por las tradiciones, un ardor de curiosidad verdaderamente inauditos para nosotros. ¿De dónde proviene el alma cuando entra en el cuerpo; cómo y cuándo

se introduce en él; cómo, cuándo y bajo qué forma se evade del cuerpo; de qué manera se une a él; mediante qué intermediarios obra sobre los órganos y cómo recibe su influencia? Heredero de una larga tradición, cada nuevo doctor la enriquecía sutilizando sobre estos problemas, para él apasionantes, y que se subdividían en decenas, luego en centenares de problemas secundarios.

Al mismo tiempo, y por añadidura, estos hombres eran aristotélicos. ¿Se dirá que no todos, y que, cuando lo eran realmente, frecuentaban muchas capillas muy distantes unas de otras? Sin duda. Pero incluso aquellos que se oponían más vigorosamente a las soluciones del aristotelismo, aceptaban de él, por lo menos, el enunciado de los problemas tal como Aristoteles los planteaba. Comprimitos entre el dogma cristiano y, si se quiere, el dogma aristotélico, lo menos que se puede decir es que no tenían libertad de movimientos. Escasa ciencia del dogma, ignorancia de las tradiciones, falta de curiosidad por mil problemas rechazados como pueriles o insolubles, independencia frente a toda metafísica de Escuela: he aquí lo que permite a los espiritualistas contemporáneos desplegar, mucho más libremente que sus antecesores, sus pensamientos, sus sueños y sus esperanzas. Los problemas se han simplificado. Hablamos del alma y la consideramos como el principio inmaterial de la vida; nos conformamos con esta fórmula tan vaga, o con alguna otra equivalente. Para nosotros, esta alma es simple. Ignoramos sus partes. La creemos, íntegramente, mortal o inmortal. No buscamos su asiento ni en la sangre, ni en el cerebro, ni en la glándula pineal. Y, análogamente, profesamos, con el mismo simplismo desprecupado, que después de la muerte no hay nada, o, al contrario, que no todo se extingue con la muerte. Pero siempre con la impresión de que nos hallamos en el terreno libre e ilimitado de las esperanzas y de las creencias, y de que sólo hay que esperar estorbo y molestias de los razonamientos en forma, de las distinciones, de todo el arsenal de lógica deductiva cara a nuestros predecesores.

De ahí nacen exigencias como las que Abel Lefranc manifiesta respecto a Rabalais. Ese Pantagruel, con su alma intelectual, que se conforma con salvar, en el mejor de los casos, lo que se puede llamar la inmortalidad

metafísica del alma, ese Gargantúa, que está seguro simplemente de que una sustancia, de que el ser de su alma intelectual no será aniquilado cuando su cuerpo se disuelva: ¿no se contentan, en verdad, con poca cosa? ¿Y no se llevan un buen chasco con su sustancia inmortal, si es cierto que de una sustancia no nos hacemos ni podemos hacernos ninguna idea; que los sentidos y la conciencia llegan sólo a los atributos, a las propiedades de las cosas, y, por ende, la sustancia es lo que, en cada cosa, está más allá de esas propiedades, de esos atributos, más allá de lo que cae bajo la experiencia, más allá de lo que se puede conocer: algo, pero nunca se dirá qué, algo, pero que es indiferente llamar algo o nada: el vacío, una quimera *bombinans in vacuo*...? Un buen chasco, ciertamente... A no ser que sea a nosotros a quienes quieren endilgarnoslo; porque, ¿cómo no veían lo que a nosotros nos rompe los ojos? En todo caso, a nosotros, que somos hombres como ellos, ¿qué nos importa esa ilusión con la que nos arrullan, la supervivencia de una sustancia impersonal, unida con el cuerpo por una unión casi fortuita y que en nada afecta a nuestra verdadera personalidad? Y además, ¿son realmente ortodoxos cuando hablan de ese modo?

Estos reproches no dejan de impresionar. Pero no es a Rabalais, sino a todo su siglo que corresponde instaurarle un proceso semejante. Es todo el siglo el que, planteándose con pasión el problema de la inmortalidad, agitando sin cesar en todos sentidos, no lo plantea nunca si no es con la ayuda de Aristóteles. De un Aristóteles entendido, según los casos, al modo de Santo Tomás, Averroes o Alejandro de Afrodisia; pero, si las respuestas no son las mismas para todos esos intérpretes, los problemas son planteados, en cambio, de la misma manera. ¡Y hasta qué punto obstruyen el libre vuelo de las especulaciones y de las esperanzas! El espíritu filosófico tal vez más audaz de este tiempo, Pomponazzi, ¿quién ignora en qué medida su pensamiento está atado por los lazos de una árida escolástica, y cuánto carece de elegancia y de brillo? Rabalais, es cierto, no razona en lengua escolástica; pero los problemas que trata los ha recibido, ya planteados, de la tradición. ¿Acaso podía desprenderse enteramente de ella? Se lo acusa. Se lo encuentra tímido, insuficiente, incompleto, a tal punto,

que se le suponen mil segundas intenciones que, sin duda, nunca alimentó. Hablamos de Rabelais, pero, ¿qué decir de Fernel? Y Fernel no es un hombre solo: son millares de hombres, cultos y sabios, que lo siguieron dócilmente, que abreviaron durante un siglo y medio, por lo menos, sus ideas y sus doctrinas en los cinco libros de la *Fisiología* y en su tratado *De abditis rerum causis*. ¿Y la doctrina de Fernel difiere, en tantos puntos litigiosos, de la de Rabelais? Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido tratarlo de incrédulo a pretexto de que su teoría era, de hecho, ruinosa.

El peor de los errores sería, por otra parte, creer que no les parecía así a sus contemporáneos. Tengamos en cuenta que su espíritu era infinitamente más sutil y estaba más adiestrado en las discusiones filosóficas que el nuestro. Ni las contradicciones de Fernel, que olvida a veces su propia teoría y abandona entonces su doctrina oficial de un alma idéntica al principio vital, para admitir (o hacer como si admitiera) la distinción vitalista del alma y la vida; ni el fracaso visible de sus esfuerzos para reducir a la unidad el dualismo del pensamiento y la vida; ni el silencio prudente que guarda acerca del destino real, después de la muerte, de esas almas inferiores convertidas en facultades del ama intelectual mediante un bautismo hábil pero arbitrario: nada de todo esto se les escapaba. Pero creían —¡como lo hacemos nosotros mismos!— lo que querían creer; y esto es lo decisivo. Bayle lo subraya, con una sonrisa maliciosa: "*La Reine de Navarre*, dice aprobando a Margarita, se conducía en sus dudas del modo más sabio. Imponía silencio a su razón y a su curiosidad, y se sometía humildemente a las luces reveladas..."

Aunque la doctrina que podemos legítimamente atribuir a Rabelais se preste a la crítica con sobrada facilidad, no nos apresuremos a concluir: "Rabelais no creía, no podía creer en lo que profesa por boca de esos gigantes, o por la suya propia, con tanta aparente convicción. No es más que lucianismo e ironía, trampa para inocentes..." ¿Qué sabemos? Tenemos que sentar nuestra posición: los filósofos de ese tiempo se debatían penosamente en una inextricable red de dificultades, nacidas, en su mayoría, del deseo de armonizar con las enseñanzas de la Iglesia las doctrinas del aristotelismo. No salían

indemnes de campos tan espinosos. Reemplazándolos con nuestras ideas (que parecerán extrañas dentro de tres siglos), sin hacer un esfuerzo por reencontrar las suyas, ¿hemos de castigarlos por haber ignorado el *Cogito, ergo sum*? ¿Y estamos habilitados para excluirlos de la comunión cristiana, contra su voluntad expresa, a pretexto de que sus composiciones en metafísica son tan flojas que es absolutamente necesario que "lo hayan hecho a propósito"? Podemos hacerlo, ciertamente, con éste o aquél, pero argumentando del modo siguiente: "Este hombre era un incrédulo. De ello tenemos, no la prueba, sino la convicción. Por consiguiente, no creía en la inmortalidad". Si la memoria no me es infiel, esto es precisamente lo que se llama una petición de principio.

LUCIEN FEBVRE.

*Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle.
La religion de Rabelais.
Éditions Albin Michel.*

Traducción de Enrique Puchet.

EDUCACIÓN Y SOCIOLOGÍA TOLSTOIANA

Al considerar en Tolstói al pedagogo se ha estudiado siempre, o casi siempre, a aquél que apareció en Yasnáia Poliana con su modesto ensayo para establecer nuevas directrices educacionales en la vida de los niños. Y digo modesto ensayo, no porque su ideal pedagógico de esta época fuera menos justo y sincero que el de su madurez, sino porque se encontraba entonces pasando por un estado de ánimo a raíz del cual pronto se hallaría incapaz para llevar adelante su experiencia educativa; precisamente se debió a este decaimiento espiritual que renunciara a sus propósitos de educador de la niñez al cabo de un año de emprenderlos. Por esta razón decimos que su intento educacional fué sólo un modesto ensayo, más aún comparado con la quijotesca inspiración educativa de su último período.

Así, pues, además de este Tolstói que llamaremos maestro propiamente dicho, encontramos en él un segundo aspecto de su capacidad pedagógica cuando, ya entrado

en el invierno de su vida, la voz surge de sus labios para repetir dulcemente la humildad y el amor de la palabra de Cristo, y para lanzar al mundo su tremenda anatema contra la falsificación de todos los ideales humanos que corrompían la sociedad.

Su primer intento pedagógico se ubica en Yasnaya Poliana; allí fundó su primera escuela, con nuevos métodos de enseñanza, con la alta finalidad de procurar al niño su más libre esparcimiento. Pero, este efímero maestro de un año (1861-62), no tenía aún una experiencia pedagógica firmemente consolidada y él mismo dice acerca de este período en *Mi Confesión*: "Mi actividad en las escuelas me resultaba tan dudosa, mi labor periodística se me hizo tan repugnante, consistiendo como consistía en hablar siempre de lo mismo, en el deseo de enseñar al pueblo ocultando el hecho de que ignoraba lo que enseñaba..." El maestro de la madurez, en cambio, obtiene su diploma en los propios dolores de su vida. Cuando alboreaba ya la vejez, encuentra Tolstói esa verdad que fuera el objetivo de sus luchas y entonces la da a conocer a los demás hombres por medio de sus libros y escritos sociales. En este aspecto el pensador social está allende las fronteras del pedagogo.

El maestro de la juventud es fruto de una aspiración de bien, común a todo hombre joven que siente necesidad de encauzar sus ideas hacia determinada senda con el fin de materializarlas; el maestro de la vejez es el resultado de las dudas y sufrimientos que torturan al hombre y, por consiguiente, dan a su magisterio la sublime grandeza que sólo alcanzan el dolor y el sufrimiento humanos. El uno es el educador de los niños; el otro, el de los hombres. El primero actúa en Yasnaya Poliana; el segundo tiene por escenario el mundo entero. En fin, si uno habla con palabra de *magister*, el otro tiene la palabra del profeta.

El maestro de la primera época: a) *Influencias recibidas, crítica de los sistemas anteriores y exposición de su doctrina pedagógica*. En la vida de Tolstói surge, en primer término, Yasnaya Poliana, cuyo significado es "la clara claridad", pequeña aldea del centro de Rusia que será muchas veces refugio del maestro y el más frecuente escenario de todos los acontecimientos de su vida.

Después de estar en Kazán, donde realiza escasos estudios, viaja Tolstói a San Petersburgo; tiene en esta época los primeros conocimientos de las obras de Voltaire y Rousseau, especialmente de este último; las *Confesiones* y el *Emilio* contribuyen a despertar en él inquietudes filosóficas. Pero aún no estaba preparado el maestro; veremos antes su huida al Cáucaso, donde se alista en el ejército, su participación en la guerra contra Turquía, que servirá de riquísima fuente para la elaboración de *La Guerra y la Paz*; posteriormente realiza dos viajes al extranjero (1857 y 1860), los que motivan el despertar de su interés hacia una nueva educación del pueblo. Efectivamente, conoce entonces a Auebach, Froebel, Herzen y Proudhon; empieza a estudiar todos los sistemas educacionales anteriores y a rechazarlos, implacablemente. Ridiculiza la "escuela oficial", la "escuela obligatoria", frente a la cual coloca la por él denominada "escuela espontánea" que tiene por principio la libertad. A su regreso a Yasnaya Poliana establece su escuela para niños campesinos.

Tolstói protesta contra la corriente seguida por los discípulos de Pestalozzi, que guiándose por un espíritu analítico, desvirtúan esa corriente de libertad que había presidido el movimiento pedagógico de la llamada Escuela Nueva. Sin embargo "... Tolstói es más froebeliano y pestalozziano de lo que quiere confesarse, pero menos de lo que pudiera creerse", dice uno de sus críticos. Tolstói no queda en Pestalozzi; se remonta hasta el primer peñaño, hasta el punto de partida y llega así a Rousseau, ya conocido suyo a través del *Emilio* y las *Confesiones*; el pensador ginebrino había sido el primero en colocar al niño frente a la naturaleza para mejor desenvolvimiento y expansión de las manifestaciones infantiles, por eso la obra roussoniana constituye el primer rayo de luz que Tolstói recibiera sobre pedagogía. No obstante, el maestro ruso reniega de sus predecesores; en sus *Artículos Pedagógicos*, dice: "Surgieron millares de teorías, las más diversas, las más extrañas, basadas sobre la nada, como las de Rousseau, Pestalozzi y Froebel". Pero no nos dejemos engañar; como dijimos anteriormente, él reconocía el paso dado hacia adelante por esos pedagogos; lo que no admitía era el dogmatismo de al-

gunos métodos y la rigidez de ciertas normas que comenzaban a deformar la primitiva doctrina.

Podríamos sintetizar así la posición tolstoiana con respecto a sus predecesores: Rousseau es el teorizador; Pestalozzi el primero en llevar al terreno experimental las ideas roussonianas; Froebel el que da sentido científico a los nuevos métodos. Tolstói, en cambio, con igual punto de partida, toma un nuevo rumbo; no le interesa el valor científico de su teoría sino el sentido práctico y humanista que ella encierra. Extrae de Rousseau los elementos más puros de sus ideas; *individualismo, naturaleza, libertad*, intensificando el sentimiento de *amor al prójimo* y con ellos forma el basamento de su ideal educativo sin preocuparse por la sistematización de sus ideas, ni por el valor científico de sus métodos. Es maestro por intuición.

"Para Rousseau el hombre nace bueno. Para Tolstói el hombre nace sano", vale decir con la potencialidad espiritual necesaria para alcanzar el máximo de energía vital, libre esparcimiento, amor al prójimo y amplio sentido de comunidad y solidaridad. Siente necesidad de cristalizar sus convicciones pedagógicas en una escuela que se proyecte directamente sobre el pueblo, que comprenda sus deseos y manifestaciones: he ahí el origen de Yasnáia Poliana.

b) Su ideal educativo a través del artículo "sobre la instrucción pública". Todo lo que se refiere al sistema de enseñanza que empleaba, como también a la acción realizada por él en la escuela, lo dió a conocer por medio de la publicación de la Revista "Yasnáia Poliana", donde veían luz pública sus *Artículos Pedagógicos*.

El nuevo ensayo quiere mostrar, en primer término, los cimientos falsos sobre los que se asienta la escuela obligatoria; para ello publica su artículo "sobre la instrucción pública", en el que trata de establecer los motivos que hacen que el pueblo sea quien deba decidir por sí mismo con respecto a los métodos educativos a ponerse en práctica. Sólo cuando la experiencia constituya el cimiento de la escuela convirtiendo a ésta en un verdadero laboratorio pedagógico, podrá ir ésta adelante aportando progresos a la ciencia de la educación. Por lo demás, una escuela que sea agradable y beneficiosa para un ruso de las estepas, por ejemplo, no puede satisfacer

las necesidades de un ciudadano de París, lo que prueba qué condición necesaria es que prevea aspiraciones de idiosincrasias diferentes. El artículo se completa con diversos ejemplos extraídos por el maestro de sus viajes por diferentes ciudades europeas.

Vuelve luego sus ojos hacia la instrucción en Rusia y observa que en su país no existe todavía una historia de la instrucción pública, lo cual demuestra que aún está a tiempo de salvarse la enseñanza del pueblo, separando a dicha nación de la influencia de los métodos pedagógicos empleados en el resto de Europa y Estados Unidos de Norteamérica. La escuela no debe establecerse para servir a un objetivo político, gubernamental o religioso, sino apartarse del círculo vicioso en que están sumidas las escuelas europeas. Por otra parte, la instrucción del pueblo ruso debe hacerse efectiva teniendo presente la época histórica que vive. Su artículo termina con dos afirmaciones capitales: "El único método de la instrucción es la experiencia y su único criterio la libertad".

c) Tres conceptos de la pedagogía tolstoiana: 1) *instrucción*; 2) *métodos*; 3) *libertad*. En primer término veamos qué entiende el maestro ruso por instrucción. En el artículo citado, desprecia y niega toda importancia a las eternas preguntas que se formulan a los alumnos sobre problemas que carecen de interés hacia lo humano. Se plantean controversias metafísicas, se hacen estudios minuciosos sobre la vida de reyes pasados, se investiga sobre cuestiones matemáticas, "pero no se sabe nada de la vida, trabajo y sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas, de los que están a nuestro mismo lado..." La instrucción tiene, pues, un sentido vitalista, dinámico, esencialmente humano. "No intelectualicemos al niño porque intelectualizar es limitar". Debemos guiar al educando por el sendero del amor al prójimo y hacerle comprender, al mismo tiempo, los problemas y sufrimientos de sus semejantes; que no permanezca insensible frente a las preocupaciones de los demás. La vida está antes que todo, y la instrucción debe ser también de naturaleza dinámica para ponerse en última instancia al servicio de un ideal humano.

Cuando dice: "el único método es la experiencia...", quiere significar que no reconoce reglas o normas fijas

que determinen el método a seguir; éste no debe ser riguroso y estático sino una simple herramienta diferentemente esgrimida en manos de los educadores. Cualquier método es bueno cuando tiene como base el amor y la libertad; además, debe variar según la naturaleza y temperamento del niño, motivo por el cual debe aplicarse según la experiencia que tiene el maestro con respecto a cada uno de sus alumnos.

El tercer concepto tolstolano sobre educación es el relativo a la libertad. ¿Qué entiende este maestro por libertad? Indudablemente esta palabra ha sido siempre invocada con motivo de nuevas concepciones en todos los campos del desenvolvimiento humano, o simplemente como escudo de defensa de políticos y pedagogos. De libertad se habla siempre que hay reformas o transformaciones aunque, a decir verdad, haya diferentes criterios con respecto a su significación. Todo el movimiento de la denominada Escuela Nueva llevaba como premisa mayor la libertad, restaurada con nueva fundamentación.

Con respecto a la posición de Tolstói, podemos señalar que su separación de los continuadores de Rousseau se debe al diferente criterio con que concebía esta magnífica y un tanto resbaladiza palabra. La concepción tolstolana, más amplia que la de sus predecesores, no admitía absolutamente ninguna clase de limitación, nada que pudiera oponer siquiera una pequeña resistencia al desenvolvimiento del alma infantil. La libertad entraña para él no sólo ausencia de toda coacción en materia educativa, sino también "la ausencia de todo interés intrínseco, extraño al objeto mismo de la instrucción", tales como recompensas, privilegios, etc., ofrecidos para incitar al alumno al cumplimiento del deber. De ahí que suprimiera el sistema de interrogaciones y de exámenes individuales que inhiben las espontáneas manifestaciones del educando y estimula la timidez.

Quizás podría creerse que esta total libertad provoca en el sistema una desorganización; sin embargo, él mismo nos dice: "...mi libertad no es desorden. Se impone una organización", que está dada por un orden interior que se establece espontáneamente gracias a los deseos que tienen los alumnos de aprender. El maestro, de esta manera valora y respeta la personalidad incipiente del niño que puede trabajar, estudiar y actuar según su

libre determinación. La vida evoluciona constantemente y por eso no podemos instigar al alma infantil a que imite a los adultos; por el contrario, la frescura, espontaneidad e inocencia de la niñez sirven de modelo y ejemplo para el hombre, que debe velar sobre todo porque no se deforme ese espíritu. En este punto es, precisamente, donde Tolstói comienza a dudar de la eficacia de su pedagogía y a considerarla desprovista de valor, pues el niño que se educa siguiendo virtuosos preceptos de amor y libertad va a chocar irremisiblemente, a medida que se haga mayor, con todo el régimen de contención y convencionalismos que impera en el sistema social.

He aquí el punto de partida del segundo educador que hay en Tolstói. A partir de ese momento, pero muchos años después, el maestro de los niños pasa a transformarse en el maestro de los hombres. En uno y otro caso, es luchador de clara conciencia y grandes ideales.

El maestro de la segunda época. a) Su conversión. Tolstói había abandonado su experiencia de Yasnáia Poliana. Cansado y abatido, sin haber logrado el verdadero discernimiento de su finalidad pedagógica, deja su escuela para niños y, tal como nos dice en *Mi Confesión*, parte hacia la estepa "para respirar aire fresco, beber "kummis" y vivir una vida animal". Su alma se había diluido en trabajos educativos sin haber alcanzado la luz de la verdad aspirada; para volver a alcanzar la vitalidad perdida nada mejor que la vida al aire libre, al lado de la naturaleza, como aconsejara su primer maestro Rousseau.

Se inicia también por esta época un nuevo período en la vida de Tolstói. Su matrimonio y la feliz vida en familia, por una parte, y sus más altas expresiones literarias, por otra, constituyen los rasgos fundamentales. *Ana Karenina* y *La Guerra y la Paz* son dos de sus creaciones artísticas más significativas. Nada parecía enturbiar su tranquilidad espiritual, y la crisis que tuviera al fracasar su pequeña escuela de Yasnáia Poliana, muchos años atrás, parecía curada definitivamente. No obstante, el impacto se produce.

En efecto, a los 60 años de edad surge en la vida de Tolstói una nueva problemática. Con los primeros anuncios de la vejez, algunas dudas empiezan a enturbiar

su existencia hasta entonces cómoda y tranquila. Y el planteo del problema que cambiará fundamentalmente su vida aparece de pronto, inesperadamente. En su *Diario* —que había abandonado durante trece años y que en adelante acompañará hasta su postrer momento—, se leen estas palabras profundas e inquietantes: "La vida se paró y se volvió lúgubre". Habíase esfumado el sentido de la existencia y los años pasados le parecieron vividos en vano. ¿Qué pasaba en el alma de Tolstói? "Lo había acometido —como si fuera una enfermedad— la conciencia de la humanidad", dice S. Zweig en la biografía que hace del maestro.

Escribe Tolstói entonces, las preguntas que atormentan su espíritu: "¿Para qué vivir?", con un contenido profundamente nihilista; luego, "¿Cómo debo vivir?", que ya encierra un sentido ético; por último en la misma hoja de papel, "¿Cómo puedo salvarme?", que implica una finalidad, una preocupación por alcanzar la luz de la verdad. Pero Tolstói no compromete sólo su vida en el problema; inconscientemente, ya desmenuzando la complicada organización social, y sus preguntas, al principio con valor exclusivo para su conciencia, se transforman en la pregunta de valor universal: "¿Cómo debemos vivir?"

Su primer paso es de retorno a Dios y a la religión. Frecuenta nuevamente la Iglesia Ortodoxa y cumple con fervor las ceremonias del culto. Pero queda con las manos vacías. No encuentra en la Iglesia Oficial la verdad tan anhelada. Reniega entonces de la Iglesia porque ella ha falsificado la prédica de Jesús. Para el apóstol ruso, Jesús constituye la manifestación más sublime del amor y la bondad; Jesús hombre, Jesús mártir que se sacrifica en aras de su doctrina y da así esplendor maravilloso a su existencia.

Y esto que ocurría en el terreno religioso se manifiesta también en el orden social. Comienza por ver en el Estado una nefasta organización que hace que los hombres olviden sus deberes de verdaderos cristianos. La guerra que siempre se hace invocando falsos ideales humanos; el servicio militar, preparación de los individuos para un mejor adiestramiento con el objeto de matar a sus hermanos en Dios y en el amor; el derecho de propiedad, que proporciona lujo y comodidades a unos pocos a expensas de la miseria de los demás; la esclavitud del pro-

letariado, etc., son males que provienen del régimen estatal y de la mala estructuración social basada en la injusticia y la mentira. Por encima de todo interés local o partidista coloca un sentimiento de comunidad que no entiende de otras diferencias entre los hombres, que aquellas basadas en el mayor o menor acercamiento a Dios, al amor...

Como consecuencia del cambio radical operado en su espíritu, Tolstói se aleja de la literatura, que tanta fama le diera. Se dedica, en cambio, a escritos sociales y teológicos. El gran admirador de la música que se emociona vivamente al escuchar obras de los grandes maestros, decide romper definitivamente con ella, y Beethoven —el genio imponderable—, deja de ser valorado. Lo mismo ocurre en el campo de las letras y otro de sus mayores enemigos en este sentido es Shakespeare. El conde se ha convertido en campesino; el hacendado, en proletario; el artista, en "hombre-pueblo". Lo vemos, también, tanto en un taller de zapatero como arando sus tierras. La fuerza de su convicción y la grandeza de su voluntad provocaron el trascendental cambio. El Santo Sinodo lo excomulgó pero él sigue firmemente convencido en su nuevo cristianismo; vuelve también al Evangelio y hace una propia interpretación de los textos originales.

¿Cómo podemos explicarnos este salto abismal a una nueva forma de vida? Etiephan Zweig dice al respecto: "...no hay que ver más que el proceso del inevitable acomodamiento físico-espiritual a la vejez que se aproxima: la aclimatación del artista". Pero, ¿es sólo eso? Si consideramos que ya Tolstói en su juventud había demostrado inclinación hacia los problemas pedagógicos, podemos pensar entonces que su genio de reformador social no es hecho fortuito, ni menos aún resultado de condiciones circunstanciales o psicossomáticas. Hay en él un verdadero maestro; lo hubo siempre, desde el primer roce con la aridez de una sociedad injustamente estructurada.

b) *La lucha por la doctrina.* Pero la razón más poderosa para que se vea en Tolstói la expresión más acabada del heroísmo, su verdadera grandeza, está en la lucha que él sostuvo dentro de su ser, en la intimidad de su conciencia, para aplicar sus ideales al aspecto práctico de su vida. La dolorosa incomprensión de su familia con-

tifuyó una de las más fuertes vallas que debió soportar el maestro.

En efecto, su esposa e hijos no podían explicarse este desdoblamiento de su personalidad y lo herían conscientemente o inconscientemente preocupándose por dinero, comodidades materiales y toda suerte de vanidades mundanas. El Destino parecía oponerse a la determinación de quien quería vivir en la humildad y el amor... ¿Qué debía hacer frente a esta situación? Los hombres que habían escuchado sus palabras o leído sus escritos, impregnados de fe, imaginaban en él al verdadero asceta que se desprende de toda vinculación que niegue la doctrina; se sorprendían al encontrarse frente a un individuo todavía arraigado, a su pesar, a bienes materiales. Pero en eso está, precisamente, su valor imperecedero.

He ahí el valor esencialmente humano de Tolstói. He ahí su sufrimiento, su desesperación. Él, que quería ser el más miserable, tenía siempre cama, comida, lo necesario; él, que deseaba ser golpeado, ultrajado, era no obstante respetado por las autoridades estatales, tal vez porque no convenía hacer daño a un hombre que era ya mirado como un nuevo redentor de los humildes. ¡Cuánto sufría Tolstói por esa burla irónica! Era como si se respetaran las filantropías de un viejo o las excentricidades de un demente.

Pero los campesinos de toda Rusia, habían llevado sus ojos a Yásnaia Polnana, a la "clara claridad" de ese maestro en cierto sentido ampliamente revolucionario. Porque Tolstói, aún sin proponérselo, había despertado las conciencias y estaba provocando una verdadera revolución social. Sus palabras eran escuchadas como una esperanza. Toda su vida dejó de ser auténticamente "suya" para convertirse en una vida para ejemplo de los demás. A Yásnaia Polnana acudían los peregrinos de todo el mundo, todos los que tenían un problema que resolver, allí estaban, ávidos de publicidad, reporteros y fotógrafos. Allí estaban, también, trabajadores y estudiantes.

Tolstói había permanecido en su hogar hasta la edad de 82 años, arrastrando por ello una verdadera cadena. Ese hermoso pensamiento suyo: "Amar a los hombres a quienes no se conoce es bien fácil, no impone ningún sacrificio... No. Es necesario amar al prójimo, aquel a quien vemos y que nos molesta", había sido la esencia

de su comportamiento en la familia. Había vivido, pues, en desacuerdo con su doctrina; quería morir de acuerdo con ella. La madrugada del 10 de noviembre de 1910 parte secretamente de su casa en compañía de su médico; va a visitar a una hermana suya que había tomado los hábitos de religiosa; a la comitiva se une una de sus hijas. El mismo día de la partida el maestro se siente enfermo y se refugia en la pequeña estación de Astapovo, donde en una pieza humilde y oscura —lugar al que más tarde concurrirán en peregrinación sus admiradores— terminan los días de este nuevo educador del pueblo, cuyo mayor valor fue ser un hombre, "el más humano de todos los hombres".

SARA J. ALÍ JAFELLÁ

LA SABIDURÍA EN CUESTIÓN

De la sabiduría en general: sus tres categorías fundamentales, totalidad, necesidad, belleza. — Personaje de utopía, figura ejemplar, pero inaccesible, u hombre entre los hombres, el sabio ha resuelto el problema del mal, y sabe que lo ha resuelto. Preguntarse si el sabio es posible o imposible, ideal o real, es abordar el problema del mal, esta vez por un camino verdaderamente filosófico, pues la filosofía es aspiración a la sabiduría y la sabiduría sería el cumplimiento supremo de la filosofía, si la posesión de una verdad que diese sentido a la existencia universal permitiera, ya eludir el mal como un encuentro insignificante, ya superarlo como un obstáculo vencido, ya disolverlo como una apariencia. ¿Qué hay en eso de la sabiduría? La cuestión, debe, pues, dirigirse al centro de este ensayo, y es necesario preguntarnos si hasta aquí, no hemos atrasado, obstinadamente, a fuerza de diversión psicológica o de divertimento estético, el momento de la reflexión proliamente filosófica.

La noción misma de filosofía encierra la esperanza de una victoria sobre el mal, como lo muestra el análisis del lenguaje más común. "Tomar las cosas con filosofía", "ser filósofo", estas expresiones se oyen corrientemente ante una actitud de dignidad resignada o de

humor resuelto frente a la mala suerte, a la necesidad o a la desdicha. Pero, aquí, la sabiduría parece encubrir una secreta derrota, y es necesario ir hasta la fuente de estos reflejos debilitados, con una luz más pura. La sabiduría, en el pleno sentido de la palabra, es lo contrario de un propósito de repliegue, simbolizado por el retorno a la estrecha Itaca después del periplo de las grandes aventuras. La sabiduría coincide con la más extrema ambición del hombre que es la de abarcar todo y resolver todo mediante los recursos del espíritu, y aun la opacidad en apariencia irreductible del mal. La aspiración a la sabiduría, como todo pensamiento, tiene su origen en la angustia del mal, pero es un esfuerzo del espíritu para liberarse de esta pasión que lo ofusca y lo oprime. Desligar el pensamiento de la pasión, filosofar contra la angustia, tales son los itinerarios de la sabiduría.

Sabemos, pues, de antemano, en qué condición una sabiduría es posible: que lo absoluto de la desgracia y del mal no sea más que una ilusión de la pasión, que la pasión pueda ser vencida y con ella dispersados los fantasmas que engendra. Abandonar el sufrimiento y la falta a la prueba existencial y subjetiva, sería entregar uno y otro al no-sentido y traicionar la sabiduría, siguiendo a algún Protágoras trágico. Pero Protágoras debe ser refutado por Sócrates si la sabiduría es verdaderamente el oriente de la filosofía. El combate es de pensamiento; la angustia ante el mal no es sólo un tumulto afectivo, es espanto delante de la sinrazón; las cosas no son lo que debieran ser; recordémonos las figuras mayores del mal: la desdicha del inocente, la repartición de los valores que condena a una ceguera parcial, toda luzidez política, moral, quizá religiosa, la muerte de un espíritu tan incontestablemente hecho para conocer lo universal y abarcar el todo, tantas derrotas de la razón; de donde, más grave que el pánico del corazón, el vértigo del espíritu contra el cual la filosofía recurre a la sabiduría. La razón debe tener razón y lo irracional estará convencido de ser un irracional sin substancia. Este imperativo categórico define una necesaria condición de posibilidad de la filosofía como camino, y de la sabiduría como término.

Por la sabiduría sería roto el círculo vicioso de la angustia y del mito. La mitología obra astutamente con la angustia del mal y no cesa en todas las civilizaciones, de despedir a la sabiduría y de sucumbir a la angustia, ocultando y compensando su derrota por los símbolos gloriosos del arte. De allí la alternativa de la filosofía y de la mitología. La busca de la sabiduría contradice el abandono a los mitos, como la vigilia condena e interrumpe las imágenes turbias de los sueños. La sabiduría existirá si, una vez separadas las imágenes fantásticas y patéticas, lo absoluto del mal no resiste "a la firmeza calma y profunda de los ojos", a la mirada del espíritu, a una mira metafísica, que se haría de ella misma, una vida espiritual. La sabiduría no se encuentra por azar y según vías secretas. El viaje es de luz. Queda por tentar un rápido bosquejo.

Si el propósito de sabiduría es un esfuerzo para hacer desaparecer la nada del no-sentido, en la claridad de un sentido universalmente envolvente, las sabidurías que los hombres han creído alcanzar en diferentes momentos de la historia del espíritu son múltiples, y se muestran a veces bajo las formas más imprevisibles, pero estas especies no son nunca más que variedades de un género inmutable. La misma sabiduría está en todas las sabidurías, preocupada por abolir los enigmas y los escándalos de la existencia en una palabra inteligible, en una razón real y viviente que será a la vez explicación y abolición. El ser tiende a confundirse con un discurso coherente y armonioso. Como realidad material, la sabiduría puede hacer cuestión, pero no como forma, y esta forma goza de una constancia que va hasta la identidad. Hay una esencia de la sabiduría. Pero ¿esta esencia es capaz de pasar a la existencia? En este enunciado falsamente abstracto, está toda la esperanza de una solución racional del problema del mal. Semillante a Atena que surge armada y encaquetada de la cabeza de Zeus, la sabiduría alcanza, desde el primer instante, su figura perfecta; sitúa al hombre en una bella totalidad que no puede ser otra sino ella, y cuyo conocimiento tiene la virtud de quitar el mal del mal, es decir, de excluir lo que parecía tener de injustificable. La angustia del mal no tiene, pues, más que un alma, yana, de ignorancia; no sabe todo, hace de una desgracia par-

ticular, de una iniquidad singular, una totalidad absoluta; no conoce la necesidad, opone a lo incontestable un posible imaginario, y se apasadumbra al no ver en un mal, más que arbitrariedad y maldición; no conoce la belleza y su poder de aplacamiento; se encierra en el falso sublime de la rebelión. El mundo de la angustia es un mundo roto, en el que el lazo inteligible está quebrantado y esta diáspora del ser impone la falsa evidencia del no-sentido. Para entrar en la sabiduría, basta con pasar de la ignorancia al saber.

Saber, en primer lugar, de la totalidad: el axioma fundador de la sabiduría afirma la identidad del Todo y del Bien. El ser es uno, de un solo mantenedor y al no tener otro fin que él mismo, es el valor supremo; es la misma absurdidad que suponer un ser fuera del ser o un ser mejor que el ser, puesto que el ser es el todo. Esta inteligencia de la totalidad se transforma luego en una gracia, pero racional; al pensar el Todo, el hombre (pero no el hombre en tanto que hombre, el hombre en tanto que espíritu) es capaz de situar en su lugar, en una vasta y tranquilizadora arquitectura, el sufrimiento y la falta, aun aquellos que, alcanzándolo en pleno corazón, lo invitaran a replegarse sobre sí mismo y le dieran la ilusión de una ruptura con la totalidad. Piensa en todo, piensa el todo y tu mal será sin importancia, máxima mayor de la sabiduría. Si el hombre singular fuera el todo, su mal sería absoluto y haría en el mismo acto el enigma y el escándalo que decíamos. El mal, llámese guerra, peste o hambre, no daña jamás más que la parte; es relativo y pasajero, y no puede jamás hacer de él el atributo del Todo, quien no sepa combatir a sí mismo, soportar enfermedad o ser desprovisto de algún bien. Por la gracia del Todo, desaparece así, el falso absoluto del infortunio, la mentira del misterio de iniquidad.

Saber, en segundo lugar, de la necesidad: la unión de las causas y de los efectos, la continuación de los tiempos, el determinismo de las situaciones, muestran claramente, cuán inevitables son el mal y la mezcla del bien y del mal y las catástrofes y la muerte; un furor colectivo de crimen y de fanatismo considerado *sub specie necessitatis*, no es diferente de una tempestad y de una avalancha; así el desorden es conducido al orden; un

infierno que tiene sus leyes deja de ser un infierno; la razón triunfa en el corazón mismo de la anarquía; la necesidad establece la soberanía de lo real; los limbo de un posible, utópico o torturante, que no es, pero que habría podido ser, se transforman en mitología; lo posible, exactamente, es lo imposible. Comprender según la necesidad —¿y qué otra inteligencia más perfecta podríamos desearnos?— adherir a la necesidad, y así abolir el mal, otra máxima mayor de la sabiduría. El mal es así tomado en los lazos que lo unen al ser y al bien. Lo absoluto del mal generador de angustia no es más que un espejismo extinguido.

Saber, en fin, de la belleza: las comparaciones estéticas son familiares a la sabiduría; las sombras que realzan los colores, la disonancia colocada donde es necesario que dé relieve a la armonía, las teodiceas, desde los estoicos a Leibniz, han multiplicado esta suerte de lugar común que no es sin significación profunda. Pues la belleza, limpia para el espíritu, propiedad fundamental del ser, es la única solución del problema del mal, que sea, al mismo tiempo, una absolución. Contemplar la belleza que para su propia gloria utiliza tan sablamente, tan inocentemente, fealdades y deformidades, he aquí la tercera máxima mayor también de la sabiduría, y ella propone una redención inteligible del mal. Un maestro de sabiduría, encontraba en esta decadencia del helenismo, que revela su esencia, una admirable imagen para expresar esta religión dichosa y ciega ante el mal: "El mal, escribe Plotino, no existe aisladamente... se muestra necesariamente tomado en los lazos de la belleza, como un cautivo cubierto con cadenas de oro; estos lazos lo ocultan a fin de que su realidad sea invisible a los dioses, a fin de que no esté siempre delante de la mirada de los hombres, y para que éstos, aun viéndolo, puedan, gracias a las imágenes que lo cubren, acordarse de la belleza y unirse a ella".

Este triple saber, totalidad, necesidad, belleza, es fundamentalmente uno; las tres categorías de la sabiduría se suponen mutuamente y se corresponden la una a la otra. La totalidad es necesidad; pues más profundo que el determinismo de los fenómenos es el lazo que une el todo a sí mismo, le impide deshacerse y dispersarse, le da una soberana realidad. Y la necesidad no puede ser más que total para desechar toda sospecha de contin-

gencia y establecer la coherencia universal del ser. Por la belleza, la totalidad y la necesidad pasan de lo abstracto a lo concreto, lo inteligible se hace sensible; una totalidad armoniosa por la virtud misma de su necesidad immanente, de su finalidad interna, es una cosa de belleza, y esta belleza es manifestación de un sentido, derrota del no-sentido; el mal cargado de las cadenas de oro de la belleza es el cautivo que se agrega a la gloria del triunfo. El Todo es fiesta y ceremonia. ¿Cómo no sentir esta grandiosa ordenanza?

Si el mal es obstáculo y objeción para la reconciliación del hombre y del mundo, la sabiduría es una impecable técnica de aplastamiento del obstáculo y de refutación de la objeción. Allí donde el sentido se escapa y huye, el recurrir a la totalidad, a la necesidad, a la belleza, lo restablece enseguida con una fuerza que se estima insuperable. Por ejemplo, la angustia del mal, esta pasión, hacia de la muerte una desgracia absoluta; la sabiduría será más fuerte que la pasión probando que la desaparición del ser finito y particular es el sacrificio razonable y necesario que consiente la parte a la realidad más divina del Todo, y que la renovación de los individuos, subrayando la permanencia de las grandes estructuras, la constancia de los tipos y de las leyes, hace más viva la Belleza universal, capaz así de moverse dentro de su inmovilidad.

ETIENNE BORNE.

Le problème du mal.

Presses Universitaires de France.

Paris, 1958.

Traducción de Hilda R. Scacchi.

ENTRADA DE LOS FANTASMAS

Quisiéramos en esta nota recordar algunas semejanzas sorprendentes entre la experiencia metapsíquica y algunas formas muy particulares de la experiencia literaria, sin buscar, no obstante, sacar de eso consecuencias demasiado rigurosas. Seríamos felices si esas aproximaciones pudiesen, aunque en una muy débil medida, ayudar a la búsqueda metapsíquica tanto como al estudio de las obras literarias.

Uno o dos ejemplos bastarán para abrir la vía. Tomemos el "caso Trianon" puesto que se ha hablado de él en estos últimos tiempos. Se sabe que el 10 de agosto de 1901 (aniversario de la caída de la monarquía) dos inglesas, Miss Moberly y Miss Jourdain, visitaron el castillo y el parque de Versailles. Asistieron, en particular en los jardines de Trianon, a una serie de escenas extremadamente raras, y volviendo luego sobre estas impresiones, haciendo comparaciones y estudios, se vieron obligadas a concluir que habían encontrado a Maria Antonieta y vivido algunos instantes en pleno siglo XVIII, más precisamente en 1774. Estudios recientes han aportado complementos muy turbadores en el examen de este caso, pero no conciernen a nuestro tema.

Por otra parte, en una obra clásica de la literatura fantástica, las *Ghost Stories of an Antiquary*, de Montague Rhodes James, se puede leer un relato, *The Silver Case*, que nos muestra dos ingleses que se pasean una tarde por Aix. Se les ha asegurado que no volverían a encontrar compatriotas interesantes: no obstante, he aquí dos encantadoras mujeres. Las siguen, ellas los invitan a ir un momento a su casa, y pasan una encantadora velada conversando juntos. Al día siguiente, llevan a un amigo: pero al principio no pueden encontrar ni la calle ni la casa. Cuando llegan por fin, allí, es para penetrar en una casa en venta o en alquiler, deshabitada desde largo tiempo, llena de polvo y de telas de araña. No obstante, podrán dar una prueba de su buena fe: en lo que fué el salón, sobre el rincón de una mesa polvorienta a la que visiblemente nadie se había acercado hacia mucho tiempo, brilla la cigarrera de plata que uno de ellos ha olvidado la víspera. Si esta historia permite una aproximación fácil con el caso Trianon, es necesario, por otra parte, agregar que es una historia tipo de la que la literatura fantástica podría proporcionar numerosas variantes.

Lo que venimos haciendo para un caso de retrocognición, podría, bien entendido, hacerse mucho más fácilmente aun para la precognición. No recurramos ni siquiera a los poderes del sueño, estudiados por Dunne, pero atengámonos a lo que se podría llamar el "sueño despierto". En los testimonios que figuran en el número de "La Table Ronde" consagrado al ocultismo (agosto-septiembre, 1950), Julien Green ha relatado cómo en diciem-

bres de 1914, en Vesinet, una de sus hermanas vió hombres que subían por una escalera y tendían telas negras en las rejas de la villa habitada por la familia Green. Algunos días más tarde, la señora Green moría súbitamente y la joven comprendía a posteriori la escena de las colgaduras, viéndola realizarse. Así en un sketch del film *En el corazón de la Noche*, un personaje no toma un autobús que va a la catástrofe porque, sin comprender, ha visto al conductor como cochero de coche fúnebre en una experiencia anterior.

En el mismo número, François Mauriac relata la historia del devocionario de Colette. Colette pidió un día, almorzando con Mauriac, que le regalara un devocionario no nuevo, sino un viejo devocionario de familia, encuadernado en negro con el monograma de Cristo. Mauriac no pudo procurarse rápidamente tal devocionario. Pero, a pocos días de eso, Colette, con gran sorpresa de su parte, recibía uno, exactamente el devocionario deseado, enviado por una princesa rusa, "que no había jamás encontrado, pero que la admiraba, la amaba y le escribía desde hacía largo tiempo". Mauriac examinó el devocionario que era aquel mismo descrito antes por Colette, pero que llevaba también en la página de guarda, un versículo de San Juan raramente citado y que según nos dice Mauriac ha representado un papel particular en su vida. Hay allí más que una coincidencia, una suerte de reencuentro intemporal. Más característico aún es el misterioso encuentro en la torre de Saint-Jacques del cual André Breton nos ha dado el relato, puesto que se ve allí una especie de cita dictada a dos seres por una superrealidad.

Ahora bien: en la excelente antología de historias de detectives, de misterio y de terror de Dorothy L. Sayers se encuentra un pequeño relato bastante poco conocido, publicado en 1910 por un autor oscuro y titulado *August Heat*. El pintor que relata la historia (en cuatro o cinco páginas) obedeciendo a una inspiración súbita ha pasado la jornada haciendo de imaginación el retrato de un individuo de cara más o menos palibularia, que parece encerrado en una celda semejante a la de los acusados de un tribunal. Sale, marcha al azar por las calles... Termina por encontrarse en el patio de un empresario de monumentos funerarios. Un hombre está ocupado en grabar una inscripción sobre una piedra sepulcral.

Este hombre es aquel de quien el pintor ha hecho el retrato. Y la inscripción de la cual el hombre no puede explicar el origen, y que ha sido dictada por una inspiración a él mismo, es la inscripción funeraria del pintor, con su nombre, su fecha de nacimiento y la de esta jornada calurosa de agosto como fecha del deceso... Los dos hombres deciden aguardar la medianoche juntos; y las últimas líneas están escritas por el pintor sobre una mesa oscilante, en tanto que el marmolista afila una gran sierra para repararla...

El mecanismo de esta historia se ve que es exactamente el mismo que el del encuentro en la torre de Saint-Jacques, y no carece de relación con el del devocionario de Colette, igual que el mecanismo de la historia de James era exactamente semejante al del caso Trianon. En su legítimo deseo de constituirse como una ciencia, la metapsíquica se ha aplicado a no retener sino casos controlados tan objetivamente como sea posible, y ha rechazado con desconfianza todas las "historias extraordinarias". No obstante, puede ser posible corregir esta actitud y estudiar científicamente las historias extraordinarias mismas.

Para explicar las relaciones que venimos haciendo, dos explicaciones podrían ser consideradas, en efecto. O bien nos imaginaremos que Miss Moberly y Miss Jourdain conocían la historia inventada por James, o una historia del mismo tipo, y que de buena fe o no han calcado su "pseudoperiencia" en el cuento, nos imaginaremos que Mauriac y Breton conocían la historia recogida en la antología de la señora Sayers o una historia del mismo tipo y que ellos han calcado, de buena fe o no, su pseudoperiencia sobre esta historia. En su límite, los "casos" de la metapsíquica se encontrarían así reducidos a la fábula.

O bien, al contrario, nos imaginaremos que James ha tenido conocimiento del caso Trianon o de una experiencia metapsíquica análoga y que ha calcado su historia sobre ese caso o sobre una experiencia personal del mismo orden; nos imaginaremos que el autor de *Chaleur d'août* ha tenido conocimiento de experiencias análogas a las vividas por Mauriac o Green o Breton y que ha calcado su relato sobre sus experiencias. Rápidas verificaciones cronológicas y biográficas podrían ser divertidas pero no esclarecerían sino mediocrementemente el fondo del problema. Se sabe bien, en efecto, que las dos solu-

ciones son igualmente dudosas. La buena fe de los narradores, ya se trate de las dos inglesas del caso Triannon o de los grandes escritores contemporáneos de quienes hemos recordado los testimonios, no pueden casi ser puestos seriamente en cuestión: e inversamente la búsqueda de las fuentes vividas de los "weir tales" parece deber ser una empresa sin esperanza. Es necesario, pues, admitir en todo caso una coincidencia.

Pero entonces la repetición misma de esta coincidencia de la cual pensamos que un buen conocimiento de los archivos de metapsíquica, por una parte y de los tesoros de las literaturas fantásticas, por otra, podrían multiplicar los ejemplos, aparece como singularmente reveladora. Somos llevados a considerar, en efecto, las experiencias metapsíquicas en cuestión como fábulas vividas, o los relatos literarios, como experiencias imaginadas: son dos fases de una misma medalla. En los dos casos el método del examen crítico es el mismo y casi no puede apuntar más que a un mismo objetivo: la coherencia interna del relato. No hay un aficionado a las historias de fantasmas que no sepa hacer la diferencia entre las buenas y las malas: diferencia que no es de orden literario sino lógico. La buena historia se sujeta perfectamente a ella misma, sin fisuras ni hiatos, enteramente sometida a su ley interna: es verdadera.

La verdad de lo que nuestras dos inglesas hayan vivido en espíritu el 10 de agosto de 1901 paseándose por las arboledas de Versailles ¿es de otra naturaleza? Pero entonces se debería admitir que si ellas llenan las condiciones que acabamos de indicar, todas las historias de fantasmas son verdaderas, y la literatura comparada ofrece entonces a la curiosidad científica del metapsíquico un inmenso campo de experiencia. El folklore, la novela negra de la época prerromántica y romántica, las historias extraordinarias de Poe, de Le Fanu, de Henry James, de M. R. James, de Oliver Onions, de H. P. Lovecraft y de tantos otros, las obras maestras de la ciencia-ficción, como los relatos de Ray Bradbury son otras tantas formas de esta experiencia, marcadas literalmente por la evolución de los gustos de la época, pero identificadas en cuanto a su significación psicológica y parapsicológica.

Lo hemos dicho: no queremos sacar aquí, de esas aproximaciones consecuencias demasiado sistemáticas. Note-

mos simplemente que el estudio cuyo incentivo proponemos vendría a aportar una confirmación preciosa a todos los estudios de psicología, de historia de las religiones, de etnografía, etc., que buscan esclarecer la dimensión mítica del espíritu humano, mucho tiempo descuidada o negada por la civilización científicista. Y por vía de consecuencia inmediata, esta restitución al espíritu humano normal de su poder simbólico y poético resquebrajará el cuadro especio-temporal demasiado estrecho de la razón racionante, aportará a su manera, progresiva y modesta, pero más segura que muchas predicciones y divagaciones pseudo religiosas, ese suplemento de alma del que se repite a menudo que tenemos necesidad, y que no tenemos que adquirir sino que develar.

ROBERT KANTNER.
Revue Métaphysique,
Nº 27, París.

Traducción de Martha Georgina Lapalma.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

LA PEDAGOGÍA CORRECTIVA

La Pedagogía correctiva y los adultos. — Quienes infringen las costumbres y las leyes de la Sociedad merecieron en el transcurso de los siglos, diverso tratamiento por parte de sus contemporáneos. Las variaciones conceptuales en cuanto a la estimación del acto y su autor estaban condicionadas por distintos factores, tanto externos como internos. Esto involucra en última instancia la apreciación que el hombre hacía de sí mismo. Las instituciones revelan siempre la estructura psíquica de sus creadores, de tal manera que nunca perdió vigencia la ecuación psicosocial: *las instituciones hacen al hombre y el hombre hace a las instituciones*. La conducta humana reprochable ha motivado, a través del devenir histórico, la creación de instituciones que han tratado de evitar, reprimir o anular su repetición. Lógicamente la valoración de las causales que podrían haber provocado la conducta reñida con los principios reputados como inviolables por una sociedad, era dictada por un complejo de elementos judicativos externos, internos y tradicionales, que en suma

evaluaban el acto humano. Pero en esa ulterioridad íntima que encierra toda valoración, a guisa de batuta directriz, es necesario ver al hombre detrás de la institución, y en él, fundamentalmente, el concepto subjetivo que él mismo merecía.

Una de las primeras necesidades del hombre cuando se estableció en rudimentaria sociedad, fué la de crear una institución que sancionara a los miembros de la hubieran lesionado. El crimen fué uno de los primeros actos que el hombre cometió contra el núcleo social, y por ende contra sí mismo. De la forma en que en las diferentes etapas de la humanidad trataron de reprimirlo, nos habla la historia del Derecho Penal, y de los medios que los distintos estados emplearon para tratar a los delincuentes, nos habla la Penología. Resulta de interés consignar que pese a la variedad de medios que se han empleado en el tratamiento de la delincuencia, desde los orígenes de la humanidad, el aumento de ella bajo formas similares o nuevas, es innegable. Creemos que uno de los factores que más han contribuido al aumento de la Criminalidad, y esto tiene validez a través de muchos siglos, es la equivocada planificación de la Policía Criminal de los Estados. Para el dictado de ella se enlazaba la idea de eliminación con la de utilidad del hombre delincuente. La idea de la corregibilidad del ser humano, salvo contados o intrascendentes atisbos anteriores, sólo comenzó a esbozarse, generalizándose, a partir de la segunda mitad del siglo pasado. La muerte de quien delinquiró, medida notablemente eliminatória, soluciona ese caso; pero poco servía para evitar los similares que podían presentarse en el futuro. Las distintas medidas penales creadas y que no importaban la muerte, resultaron netamente utilitarias y a la larga también eliminatorias; no solucionaban el problema en forma general y además agravaban el individual. El amplio sistema de castigos que creó la humanidad (fueron penas corporales, privativas de la libertad, privativas de derechos, etc.), no lograron detener el avance constante de la criminalidad. Las sanciones privativas de libertad, cuya utilización más intensa la tenemos en las que obligaban a los condenados a trabajar en las Pirámides del antiguo Egipto, en las minas de hierro y cobre del dilatado Imperio Romano, en las galeras de las Armadas de España, Francia, Sicilia y Génova, en las

colonias de deportación americanas y australianas de Inglaterra y siberianas de Rusia, no lograron ser efectivas para el tratamiento de la criminalidad. Mas no podemos negar lo ventajosas que resultaron para los intereses de los Estados. La historia del tratamiento de los asociales, desde el siglo XVI en adelante, bien puede llenar uno de los capítulos más densos de la historia económica de la humanidad aunque en ella veríamos al hombre desintegrado, aplastado, eliminado, por la usura del Estado. Citamos las breves, pero no por eso menos ilustrativas líneas de Rafael Salillas:

"¿Qué fué el galeote? Un motor. Los progresos de la Marina anulan la galera; las dotaciones desembarcan en el arsenal; dejan el remo y se aplican a la bomba; deseslabonase la cadena humana cuando el vapor llega a ser una fuerza sometida, y la misma fuerza de sangre abre galerías a las minas, canales en la tierra, sana marismas, levanta diques, construye puertos, erige edificios y emplaza fortificaciones. Ésta es la historia penitenciaria desde el siglo XVI hasta la fecha. Durante ese tiempo el forzado ha sido remero, bombero, minero, bracero, albañil, y bestia de carga y arrastre. Del remo lo liberó la vela, de la bomba el vapor, de la mina tal vez la desconfianza, de las obras públicas la concurrencia. Parece un problema económico.

¿Qué fué el galeote? Un hombre sometido al banco y al remo como el mulo a la noria. Así como en la cuesta o en el bache el carretero acude al palo para despertar energía, en la maniobra forzada, el cómitre, esgrimía con desenvoltura el rebenque, azuzaba maldiciendo y sacaba verdugones en la espalda, y del dolor, velocidad. En estos casos era requisito indispensable llevar la espalda descubierta; fuera ropas, la voz de mando. Repartidos en bancos, sujetos con correas, cuerdas y cadenas, cada galeote fué el elemento de una máquina a la que el cómitre daba combustible, fuego y presión. Era un delincuente; iba a sufrir una pena, pena de galeras, que luego fué de bombas, de minas, de trabajos forzados. Infracción al derecho: pena; pena aplicada a las necesidades de la marina militar: galeote; pena aplicada a las bombas, a las minas, a las obras públicas: presidiario: galeote. Es decir que la vida penal en su aplicación corresponde a las necesidades predominantes de cada siglo. La tacañería del Estado no

necesita demostración. Quiso tener justicia, seguridad y marina, gratis o por poco dinero.

Quien cumpla la pena, si hacía falta, no obtenía la libertad; con el inútil era generoso. Diez años de servicios equivalían a inutilidad, y por esto suponen la pena máxima. El hombre estaba desatendido, la máquina cuidada, "Que los cómitres y demás oficiales de pito no castiguen la chusma fuera de faena sin causa legítima y con ella no les den en la cabeza ni lastimen brazo o pierna". En las cárceles para mantener al pobre, la limosna: un cepillo a la reja y el demandadero de calle en calle. La pena del demandero debía imponerse a quien se pudiera mantener por su cuenta. Cuando las limosnas eran insignificantes, suplían las penas de cámara. ¿No es esto económico? Galeote: presidiario. En la galera no está el hombre, está la máquina; en el presidio no está el hombre, está el hacinamiento. Desaparece la galera y surge el presidio; el presidio es la embarcación encallada; hasta se fijó en la costa". (Rafael Salillas, *La vida penal en España*. Madrid, 1888).

A principios del siglo actual comienzan a concretarse las ideas sobre la corrección de los delinquentes cuya gestión arrancaba desde varias décadas antes. Difícil tarea resultó, y aun en muchos casos resultó, modificar métodos y sistemas mantenidos desde hace varios siglos, suplantándolos por otros que por lo complejos parecerían inalcanzables. La reforma de los antiguos métodos, que como los descriptos por Salillas alcanzaban fines determinados, impuso una lucha ardua que aún no ha finalizado. La eliminación del delincuente y la utilidad de su energía en favor del Estado, no sirvió para detener el aumento de la delincuencia o por lo menos estacionar determinadas manifestaciones. Sirva como ejemplo que una condena a diez años a galeras —cifra máxima que permitían las legislaciones— equivalía a muerte civil e inutilidad permanente; diez años de permanencia en las Casas Centrales de Francia (Presidios), equivalían a cinco séptimos de una sentencia de muerte, según Charles Lucas; y finalmente, según Villarmé, la prisión, tal como se organizaba hasta el siglo pasado, acortaba la vida de 17 a 35 años.

Fue a partir de los albores del siglo XIX cuando comenzó a citarse el correccionalismo como fin de la pena.

Las primeras manifestaciones en este sentido fueron publicadas por el filósofo Carlos Cristián Federico Krause quien en sus *Principios de filosofía del Derecho*, afirmaba que el criminal, en el ámbito de su criminalidad es incapaz e impotente para el derecho, de lo cual resulta "el procedimiento a que ha de sujetarse para volver al sentido de la justicia". Este procedimiento —continúa— es para el culpable "un derecho suyo, en cuanto es medio para volverlo al estado de condicionalidad recíproca con sus semejantes". Pero quien más se ocupó del correccionalismo, y que mayor eco tuvo en los pensadores hispanos —entre ellos Omar de los Ríos—, fue Carlos David A. Roeder quien, en 1849 dio a luz *Fundamento jurídico de la pena correccional*. El objeto íntimo jurídico de la sanción, para este pensador alemán, es la destrucción, por medios justos y apropiados, de la injusticia e inmoral disposición de un hombre, manifestada con toda claridad en un hecho (delito). Para él, la absoluta incorregibilidad del ser humano no existe: "negarle la capacidad de perfeccionarse, es dar un impio mentis a la obra del Creador, que le hizo el hombre. Así pues, mientras no se aduzca la prueba imposible de esta suposición no debe abandonarse al criminal, como el médico no debe abandonar al enfermo ante la perspectiva de la muerte inminente. Muy al contrario, debe ser tratado como hombre capaz de corrección, sin que precio alguno pueda eximir al Estado de esta deuda". El tratamiento de los delinquentes, según Roeder, y de acuerdo con sus palabras, requiere, ante todo, educación de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad, mediante instrucción y estímulo del sentimiento del honor, con un tratamiento humano y generoso, que obligue a la gratitud; mediante auxilio interior y exterior, reconocimiento, de palabra y de hecho, de todo progreso que se note en la corrección; acostumbrar a los criminales al orden, al aseo y al trabajo apropiado (no simplemente mecánico), de cuyo producto debe destinarse, también, alguna parte al penado y a los suyos. Las teorías de Roeder basamentan, más tarde, los trabajos de Pedro Dorado Montero¹, quien en *El Derecho Protector de los Crimi-*

1. Sobre esta dotación penalista española véase si discurre pronunciado por el profesor Luis Jiménez de Asúa con motivo de su ingreso en la Academia Mexicana de Ciencias Penales (1942). Bajo el título *Estado original: El desuso atroz de una idea sobre: Peder Dorado Montero*, la publicó en el volumen III de *El Criminólogo*. Buenos Aires, 1944.

les y Derecho Penal Preventivo sostiene que el delincuente debe ser protegido, porque al protegerlo se protege también a la sociedad. Estas palabras deben ser analizadas e interpretadas profundamente, no considerándose por ellas que el maestro español estructuró una teoría de "patrocinar al criminal", sino una peculiar basada en varios supuestos: el "a priori" de la corregibilidad del delincuente, la incertidumbre sobre la efectividad de las penas a término fijo, y la fabilidad de la justicia.

En Italia, la escuela penal humanista, en boca a principios del siglo actual, en palabras de su más caracterizado vocero, el penalista Vincenzo Lanza, afirmaba que no existían pruebas sobre la incorregibilidad del criminal y proclamaba el principio de la inutilidad de la sanción penal, si no educa, considerando que la educación del delincuente estaría en la esencia misma de la pena. Para esta escuela la "pedagogía penal" —términos equivalentes a nuestra pedagogía correctiva—, debía denominarse "penagogia", contraponiéndola a la pedagogía común. La corregibilidad de los delincuentes apareció también desde un principio en las concepciones freudianas aplicadas a la criminología: la pena-catigo debe abolirse y ser sustituida por un tratamiento especial que será, según los casos, terapéutico, pedagógico, o psicoanalítico.

No obstante no compartirse enteramente las teorías estructuradas por los autores citados, de las proposiciones de ellas se desprende que aunque con distintos argumentos, la reforma del delincuente, llámese corrección, enmienda, readaptación o reeducación, es el fin ulterior de la penalidad, objetivo buscado desde hace más de un siglo. Las teorías sobre la corrección de los delincuentes, un tanto dispersas, sustentadas hasta ese entonces por filósofos, penalistas y educadores, merecieron estado público con amplia vigencia geográfica en 1870, en acto trascendental de fundamental importancia, como fué *El Congreso Nacional sobre la disciplina de las penitenciarías y establecimientos de reforma*, reunido en Cincinnati, Ohio (EE. UU.).² La influencia de esta Asamblea resultó decisiva ya que a partir de entonces se convocaron periódicamente

congresos internacionales en materia penitenciaria, prolongados hasta nuestros días en el último *Congreso Internacional en materia de prevención del delito y tratamiento de los delincuentes* que, auspiciado por las Naciones Unidas, se reunió en Ginebra en 1955. Como corolario de las actuaciones del Congreso de Cincinnati se redactó, en ese entonces, una "Declaración de Principios", verdadera carta magna de la Penología³, en la que varios de sus artículos cobran singular importancia para la pedagogía correctiva, pues en ellos se cristalizan los valores pedagógicos y educacionales que debe llevar implícito el tratamiento de los delincuentes. Transcribamos algunos de ellos:

II. El trato de los criminales por la sociedad tiene por motivo la seguridad social. Mas, como el objeto de él es el criminal y no el crimen, su fin primordial debe ser la regeneración moral de aquél. Por esta razón, la mira suprema de las prisiones debe ser la reforma de los criminales y no la imposición del dolor, o sea la venganza.

IV. Puesto que la esperanza es un agente más poderoso que el temor, ella debe mantenerse continuamente delante de los presos, por medio de un sistema hábilmente concebido y justamente aplicado, de premios por buena conducta, trabajo y aplicación. Un buen sistema de prisiones debe apoyarse más en las recompensas que en los castigos.

IX. La educación es una fuerza vital en la reforma de los delincuentes. Ella aviva la inteligencia, inspira dignidad personal, estimula la elevación de miras y reemplaza con ocupaciones saludables los gozos del vicio. Por tanto la educación es un asunto de primera importancia en las prisiones, y debe promoverse hasta donde sea compatible con los otros objetos de tales establecimientos.

XI. Para que la disciplina sea verdaderamente reformadora debe principiar por ganar la voluntad del preso. Se tratará de reformarlo; más cómo lograrlo, si su espíritu se mantiene en situación hostil? Sin la armonía de voluntades no hay sistema que pueda ser efectivo; el espíritu del preso debe justificar el trato que recibe del

2. Eusebio Curcio, *La cuestión penal*, New York, 1871.

3. Juan José Dichio, *Itinerario de la Penología*. En: "Gobierno de Estudios Penitenciarios", publicación oficial de la Dirección de Establecimientos Penales de la Provincia de Buenos Aires, Nº 2, La Plata, 1958.

empleado. El empleado debe obrar por el bien del preso en mira, y el preso debe estar sujeto, hasta que la virtud de la obediencia se convierta en el hábito de su elección. — XXVI. Este Congreso no pretende escudar al criminal contra la justa responsabilidad de sus delitos; pero si acusa a la sociedad como responsable, en no pequeño grado, por el daño que a sus intereses causan los criminales. La sociedad no hace lo que debiera para cambiar, o a lo menos mejorar, las circunstancias sociales que alimentan los delitos; y una vez cometido el crimen, ella no hace lo que debiera para curar la tendencia maléfica que aquellas circunstancias han engendrado. Que la sociedad interroge fríamente sus conciencias y que ponga en ambos casos el remedio.

XXXII. Por regla general, toda prisión, excepto las cárceles de arresto, deben atender a sus gastos, sin causar erogaciones al tesoro; sin embargo la prueba de su mérito debe buscarse, no en esta circunstancia, sino en la rapidez y certidumbre con que ejecutan la reforma de sus reos.

XXXV. En nuestra opinión uno de los más eficaces agentes en la represión de los crímenes sería la educación obligatoria de los niños. Es preferible obligar a los hombres a educarse, que obligarlos a penar por delitos cuya comisión se debe, inmediata o remotamente, a la ignorancia.

Paulatinamente comenzaron a organizarse sistemas de reclusión cuyos distintos aspectos eran enfocados con interés netamente pedagógico. En cuanto al tratamiento en general de la criminalidad, lo recorrido hasta el presente resulta promisorio en relación con el panorama que el mismo ofrecía hasta el siglo anterior: separación de los menores y de las mujeres en los establecimientos para adultos, legislación propia para los delinquentes menores, creación de establecimientos típicos para delinquentes alienados, institutos especiales para enfermos crónicos y bacilosos, diversas legislaciones que contemplan nuevas instituciones, tales como sentencia indeterminada, libertad vigilada, libertad bajo palabra, medidas de seguridad para delinquentes habituales, y reducción de las penas por reeducación social. En los planos generales de la reclusión se han concretado mejores niveles de higiene, laborales, culturales y concepciones arquitectónicas de

acuerdo con el sistema penitenciario que se aplique. Es de destacar finalmente el reconocimiento mundial de los derechos subjetivos del condenado, enumerados en el texto de las *Reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos* que adoptó el último Congreso de las Naciones Unidas reunido en Ginebra⁴.

Tócanos por último realizar un somero examen de los elementos con que cuenta actualmente la Pedagogía Correccional dentro del ámbito de los adultos. Daremos rápida vista al tratamiento que merece la criminalidad reclusa, desde el punto de vista pedagógico.

No nos cabe duda de que para hallar la readaptación social es menester planificar previamente una estructura o régimen que permita al penado avanzar por distintas etapas; cada etapa superada nos hablaría de una mejor integración personalística para el ámbito social. Estos periodos deben poseer elementos propios que los caractericen y definan, pero en general en todos ellos deben existir tres factores que en continuidad progresiva se asemejen a rieles sobre los que se realizará el obligado deslizamiento del penado. Ellos son: la instrucción, el trabajo y la disciplina, y de estos tres fundamentales aspectos vamos a acotar breves líneas con los conceptos modernos que existen.

Instrucción: La apreciación de los elementos educativos de un régimen correccional moderno ha sobrepasado el concepto limitativo que la palabra *instrucción* pudiera comprender a primera vista. Los actuales métodos reeducativos llevan en su esencia valores culturales que desbordan lo que la mera instrucción pueda encerrar. Esta instrucción ha sido —y aún es— comprendida como una alfabetización que poco coadyuva, aunque parezca increíble, para la resocialización del delincuente. La reeducación de los penados necesita frugarse, no solamente en los progresos que puedan experimentarse en la escritura, la aritmética y el lenguaje, sino en una verdadera estruc-

4. El texto completo de las *Reglas...* en versión castellana, se encuentra en el trabajo de J. Carlos García Basallo: *Las reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos*, en "Cuadernos de Estudios Penitenciarios" órgano oficial de la Dirección de Establecimientos Penales de la Provincia de Buenos Aires, N° 1, La Plata, 1957.

tura armónica cultural. Veamos un plan educacional integral en un establecimiento penal moderno:

1º *Cultura*. — a) Instrucción primaria obligatoria, para los internos que no posean ese ciclo completo; b) Conferencias educativas periódicas y voluntarias; c) Espectáculos culturales periódicos: teatrales, corales y cinematográficos, a cargo de conjuntos artísticos foráneos o de internados; d) Orquesta formada por los internados; e) Cursos de extensión cultural voluntarios: pintura, modelado y tallado, dibujo artístico e industrial, mecanografía, becas por correspondencia para el estudio teórico de oficios, etc.; f) Biblioteca y periódico, organizado y publicado por los internos.

2º *Cultura física*. — a) Educación física: gimnasia periódica y obligatoria para los internos comprendidos entre determinadas edades; b) Juegos deportivos en equipos, torneos, no tan sólo entre internos, sino también entre reclusos y asociaciones deportivas foráneas.

3º *Culto*. — a) Prácticas religiosas voluntarias; b) Conferencias periódicas a cargo de los ministros de distintos cultos, según la libre determinación de los internos; c) Activa participación del Capellán del Establecimiento en la vida cotidiana de los penados, no tan sólo en ejercicio de su ministerio, sino también en otros aspectos de la reclusión.

Todos los elementos que se logren poner en juego en el aspecto cultural reeducativo deben hallarse orientados hacia una integración ética del individuo. El *sentido social*, elemento fundamentalísimo en la estructura correcta de la personalidad, como ya bien lo demostró Adler, se halla en los delinquentes no integrado o sofocado por el peso de una serie de valores negativos. Merced a ellos el delincuente se ha logrado convencer a sí mismo de que es víctima de una injusticia cósmica, lo que a la larga lo lleva a afirmarse en un plan de vida en que demuestra una lógica propia. Todos los mecanismos reeducativos deben tender a despertar o fortificar el sentido social.

Trabajo: Este otro fundamental aspecto de la metodología correctiva, lleva implícito algo más que el aprendizaje de un oficio, como defensa económica del individuo en la vida. Significa la construcción de un sistema vital que permite reconocerse asimismo dotado de poder para

resolver problemas que sólo son superados por la confianza en sí mismo. Esto lleva en su esencia el robustecimiento de la voluntad y su dominio. El trabajo debe ser un medio para la consecución de una plataforma social y no solamente de una plataforma económica. Todo tipo de trabajo debe responder a las inclinaciones psicológicas y estéticas del recluso. Por ello la orientación profesional resulta cuestión de primera magnitud. La remuneración correcta y los premios por mayores esfuerzos o perfeccionamiento en determinadas profesiones u oficios, deben coronar todo buen programa laborativo correccional.

Disciplina: En lo posible, la persuasión debe orientar la disciplina. Las órdenes deben ser instructivas y ejemplificadoras. Todo lo que atente contra la integridad física o psíquica del individuo hace retroceder el programa reeducativo. Órdenes arbitrarias o castigos injustos o excesivos no sirven más que para agudizar los valores psicológicos negativos del delincuente. Un sistema de premios o beneficios debe ser el régimen ideal disciplinario. La estructura mental del recluso presenta, además de los elementos típicos que lo llevan a ese destino, otros que nacen por la misma vida especializada que le toca vivir. De ahí que resulta sumamente delicada la cuestión disciplinaria.

A la fecha contamos con extensos tratados para educar a los niños y a los adultos. Pedagogías especiales para enseñar a los ciegos, a los mudos, a los lisados. Pero aún no existe nada escrito, extenso ni pequeño, que sea una guía pedagógica para reeducar a los delinquentes. He aquí la razón que abona este limitado trabajo sobre la Pedagogía Correctiva.

JUAN JOSÉ DICHIO.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL. — (Partes I y II, publicadas en *Revista de Educación*, año III, números 5 y 6). Ruiz Funes, Mariano. *El delincuente y la justicia*. Ensayos, Buenos Aires, 1944. Adler, Alfredo. *El sentido de la vida*, 3ª edición. Barcelona, 1951. Nations Unies, *Revue Internationale de Politique Criminelle*, N° 1, New York, 1952 (edición francesa). Naciones Unidas, *Revista Internacional de Política Criminal*. Números 7 y 8, 1955; 9, 1956 (ediciones trilingües). Di Tullio, Benigno. *Medicina Pedagógica Correctiva*. Buenos Aires, 1950.

(Parte III). Gómez, Eusebio. *La influencia del correctio-nalismo*. En "Boletín de la Biblioteca Nacional de Crimi-nología y Ciencias Afines". Año I, N° 3, enero de 1927, Bue-nos Aires. Patini, Ettore. *Pedagogia penale*. En: "Diziona-rio di Criminologia", dirigido por Florian, Nicoforo y Pen-de, Milano, 1943. Tome, Amancio. *Estudio del delincuente*. En: "Revista de la Escuela de Estudios Penitenciarios", año XII, marzo - abril, 1956, N° 121, Madrid.

LA GEOMETRÍA, MATERIA DE LENTA EMERGENCIA
DESDE QUE EL ESCOLAR PERCIPE LAS FORMAS

Pertenece la Geometría a las ciencias matemáticas y sus orígenes se remontan a momentos históricos de gran pragmatidad. Innombrados aplicadores en Egipto, Tha-les, Pitágoras, Platón, Euclides, Arquímedes, Apolonio de Pérgamo, son los grandes paladines de la Geometría en las primeras épocas. Descartes, Desargues y Spinoza emi-ten su nombre en las interpretaciones de la Geometría o en la proyección del sistema geométrico a la Filosofía. Lobatchewski y Riemann como magníficos defensores de la Geometría no euclídeana producen un magnífico re-bote de la interpretación geométrica. Poincaré destaca el principio de comodidad como el justificador de la Geo-metría euclídeana junto a su simplicidad. Claramente, la Geometría euclídeana, conforme se ha demostrado en estudios psicológicos es la que más se acerca al pensa-miento natural, a la visión homogénea y tridimensional. Las geometrías hiperplánicas no surgen con espontaneidad, ya que requieren un penoso esfuerzo de generaliza-ción por parte del estudioso o del que sobre ellas quiere pensar y, por otra parte, no son representables más que mediante artificios racionales pero no visibles de modo unitario.

Conforme nos dice Gœblot: "Las matemáticas podrían ser denominadas las ciencias de la medida cuya expre-sión es el número. Todas sus proposiciones significan que estando supuestamente dadas ciertas medidas, cer-tas otras medidas resultan de ellas por vía de la conse-cuencia racional..." y así, sin hacer conocer lo real, son inmediatamente aplicables a lo real. Consideran primero

la cantidad pura, es decir, la medida general, indepen-dientemente de toda cosa mensurable... La única ciencia que puede ocupar el segundo lugar es la Geometría, porque el espacio es la *única cosa directamente mensurable*". Pa-ra él el espacio no es más que la posibilidad indefinida de las figuras, dimensiones y situaciones. Distingue dos clases de propiedades geométricas: unas *descriptivas* que se refieren a las figuras, otras *métricas* que se refieren a las dimensiones.

Se acerca así a la postura kantiana: El espacio no es un concepto empírico sacado de experiencias externas; el espacio es una representación necesaria *a priori*, que está a la base de todas las intuiciones externas; el es-pacio no es un concepto *discursivo* o, según se dice, universal, de las relaciones de las clases en general sino una intuición pura; el espacio es representado como una magnitud infinita *dada*... Así, pues, la originaria repre-sentación del espacio es intuición *a priori* y no concepto.

Un matemático actual tan unido a la axiomática como Gœnseth nos dirá de la Geometría: "Yo no sabría de-finir mejor la Geometría que diciendo: Es un *esquema mental* cuya significación exterior está enramada en el espacio físico o en el espacio sensible. En cuanto a la Geometría lógico-matemática, lo que le interesa espe-cialmente es la estructura".

Con sentido de realidad nos dirá Foulquié: "Con la Geometría a la idea de cantidad se añade la noción de extensión: su objeto es la cantidad extendida".

Luego vemos que en cuanto a la posibilidad de apren-dizaje de la Geometría hay que tener en cuenta: Apti-tudes de intuición experiencial, aptitudes especiales, des-envolvimiento del proceso natural y superación por el racional, aptitudes descriptivas y métricas...

Estas aptitudes se precisan de un modo más simple en algunos de los tests elaborados para determinar el ren-dimiento geométrico. Así Minnick en los primeros tiempos señaló las cuatro aptitudes fundamentales para uno de los procesos geométricos de mayor atractivo: la demo-stración formal, y propuso las siguientes: Aptitud para dibujar una figura para el teorema; aptitud para expo-ner correcta y exactamente la hipótesis y la conclusión del teorema; aptitud para recordar datos adicionales acer-ca de una figura cuando son dados uno o más datos, y

aptitud para seleccionar entre los datos útiles aquellos que son necesarios para una prueba y ordenarlos hasta llegar a la deseada conclusión.

Otros autores recogen con mayor amplitud y atonismo un cúmulo mayor de aptitudes para resolver adecuadamente las pruebas geométricas más en uso: Aptitud para visualizar o pensar en términos de imagen visual; aptitud para leer con sentido geométrico materia, teoremas y problemas; aptitud para usar el proceso básico requerido (a veces aritmético); aptitud para aplicar el procedimiento algebraico cuando lo requiera; aptitud para saber lo que va a ser probado; aptitud para empuñar lo dado en el teorema; aptitud para proceder lógicamente; aptitud para recordar y seleccionar hechos útiles para la prueba; aptitud para descubrir errores en el razonamiento geométrico; aptitud para descubrir errores en el razonamiento calculador; aptitud para dibujar la figura requerida; aptitud para descubrir errores en las figuras geométricas; aptitud para hacer construcciones; aptitud para advertir errores constructivos y aptitud para aplicar los principios.

En realidad, podemos afirmar que no se han concretado bien los objetivos didácticos de la Geometría, y por ello cabe hablar de distintas interpretaciones de la emergencia discente. Por esta razón nos parece oportuno recoger los tipos generales de actividad propuestos por Kinney para la Geometría:

1. Geometría intuitiva, empleada cuando el alumno contempla una figura y descubre lo evidente, por ejemplo, la igualdad de los ángulos rectos.
 2. Geometría experimental: Hacer coincidir los ángulos de un triángulo de papel para descubrir su suma.
 3. Geometría de observación: que sensibiliza al alumno para las relaciones geométricas de su ambiente.
 4. Construcciones geométricas, con regla y compás y con instrumentos de dibujo.
 5. Demostraciones sencillas por medio de la prueba informal de hechos simples, deducir la suma de los ángulos de un cuadrilátero cuando se ha establecido la suma de los ángulos de un triángulo.
- Y lo más extraordinario de estas clasificaciones de actividades es que corresponden a tendencias didácticas de un país en el que la Geometría no aparece dentro del marco ordinario de la primera enseñanza. La Geometría

está vista no como la mera captación de formas geométricas, sino como situación mental que requiere la intervención de aptitudes significativas.

Por ello, cuando no confundimos la Geometría con la percepción de formas y con la determinación de semejanzas y diferencias formales el problema se complica. Nosotros ahora estamos de acuerdo con Puig Adam cuando dice: "Pero la simple percepción de formas materiales estáticas no parece suficiente para la generación de nociones. No consisten éstas precisamente en remanentes residuales estratificados en nuestra memoria como resultado de una contemplación pasiva de tales realizaciones, sino que se originan sustancialmente por un proceso activo, por todo un dinamismo operacional (movimientos, proyecciones, coordinaciones, comparaciones, asociaciones, etcétera), efectuado simultáneamente a su génesis".

Y aún seríamos más diferenciadores si dentro de la percepción de las formas geométricas, incluso en su estatismo, distinguiésemos entre la retención de dichas formas como imagen grabada en nuestra mente a través de numerosos ejercicios y la comprensión de la forma geométrica llena de interés cuando su postura es distinta o cuando se presenta incluida en un conjunto de varias formas. Nosotros no podemos olvidar que si respecto del factor espacial de la inteligencia existen diferencias notables entre niños y niñas, en favor de los primeros, también hay distinto grado de captación y por ello se posibilita la existencia de emergencias diversas. (En niños se aprecia a los siete años y en niñas no).

Reconocimientos de formas geométricas concretas.— Por, formas geométricas concretas entendemos aquellos objetos de juego parvular e infantil cuyas formas son puramente geométricas. No nos importa ahora si el niño es capaz de percibir relaciones entre sus elementos o si puede captar sus propiedades métricas o su simetría. Estos últimos elementos son precisiones científicas que nos serán de fundamental interés pero que no deben confundirse con los objetos contruidos geoméricamente.

La emergencia para la percepción de estas formas aparece ya antes de los cuatro años. El niño es capaz de distinguir entre un disco en forma de circunferencia, entre un triángulo y un cuadrado. El niño diferencia entre un prisma recto bien alargado, un cubo y un cilindro. No confunde éstos con la esfera y el cono. Las di-

ferencias son muy radicales y han dado lugar a los famosos "dones" de Froebel para juegos en el parvulario.

El pequeño juega con los objetos, los clasifica, los ordena por tamaño, formas, figuras geométricas, sin saberlo, y produce de modo creador construcciones verticales u horizontales. Incluso de su modo de formación; combinación de formas y colores se pueden obtener datos de orientación clínica.

Sólidos y formas geométricas constituyen el fundamento del sistema de Montessori que tanta difusión ha tenido, a pesar de la carestía material, por todo el mundo. Y nadie discute la posibilidad de que el niño diferencie entre las formas incluidas en dichos materiales e incluso que pueda llegar a denominar con precisión algunas de ellas.

Regletas prismáticas en colores constituyen la base del nuevo "sistema Cuisenaire" para la enseñanza de la aritmética desde los primeros años hasta el Bachillerato. En ellos se combinan formas y colores procurando mantener una relación entre las regletas representativas de tres tipos fundamentales de series con los dígitos a través de colores próximos.

Luego, con simple denominación o innominadas, el niño es capaz de percibir formas geométricas como diferentes. Por otra parte, dada su inicial indiferenciación del sentido de las figuras las capta globalmente en cualquiera de las posturas en que se le presente. Este resultado experiencial ha hecho innecesarios estudios para averiguar si dicha aptitud desaparecía o tenía un momento de debilitación al sobrepasar el momento de las diferenciaciones de sentido.

Mas nosotros renunciemos a admitir como captación geométrica los hechos que hemos citado para el parvulario. Su descripción corresponde más bien a la observación de formas y colores, de la cual no hablamos ahora. El niño es capaz de reconocer la forma de un cuadrado y de dibujarlo y no obstante no haber percibido la relación existente entre los lados del cuadrado. Estudios psicológicos sobre la percepción de las formas hacen ver cómo se mantiene la tendencia general de los sujetos hacia las formas simétricas.

Por otra parte, y desde lo didáctico, parece más útil pensar en la Geometría no como manejo de objetos concretos, sino como utilización de figuras de la misma clase. Esta utilización, conforme veremos, es posterior a la sim-

ple diferenciación y reorientación de tarugos, rombos, etcétera.

Geometría espontánea en el niño.— Los estudios de Piaget y sus colaboradores respecto de la Geometría, continuación de los hechos con la cantidad y el número, han demostrado cierto sentido de equivalencia activa en los hallazgos. "La intuición geométrica es esencialmente activa: consiste ante todo en acciones virtuales, esquemas abreviados de acciones anteriores afectivas o esquemas anticipadores de acciones ulteriores, y cuando la acción está en defecto la intuición se vuelve corta. Desde las razones elementales de orden (objetos a alinear en los dos sentidos), de envolturas (nudos) o las razones proyectivas (perspectivas a reconstituir, sombras a proyectar, haces a seccionar, superficies a rebatir, etc.), afines (rectángulos alargables), hasta las semejanzas y conjuntos a coordinar en planos, todas las formas de la intuición espacial que hemos estudiado, reposan sobre acciones".

En la misma obra nos dirán: "El niño percibe de la misma manera que nosotros un cono y un cilindro independientemente de la acción de desarrollar las superficies; los ve como nosotros en tres dimensiones, conoce la base circular y el "vértice" circular o puntiagudo, percibe como nosotros las superficies laterales curvadas. Lo que no apprehende cuando se le pide el desarrollo, no son las formas de las superficies como tales, sino únicamente sus desplazamientos respectivos y su ordenación sobre un solo plano: son acciones que no imagina hasta el nivel III B".

En la segunda parte de la obra: La Geometría espontánea del niño recogen numerosos análisis clínicos sobre: Representación de los desplazamientos, medida espontánea, construcción de relaciones de distancia, conservación de longitudes con desplazamiento de objetos y relación entre longitudes y distancias, conservación de longitudes fuera de la deformación de líneas a comparar, medida de longitudes, determinación de un segmento sobre una recta, determinación de un punto sobre un plano o en un espacio, medida de ángulos, medida de triángulos, suma de ángulos de un triángulo, lugares rectilíneos y el círculo, curvas mecánicas y representación de movimientos compuestos, sustracción de superficies parcia-

les congruentes a dos superficies totales iguales, conservación y medida de superficies, partición de superficies, duplicación de superficies y volúmenes, conservación y medida de volúmenes. En todos los estudios mantiene Piaget su postura conocida en la matemática desde la construcción activa de lo matemático y la noción de conservación como discriminativa.

Aunque no podamos afirmar que en cada uno de los casos la madurez emergente es la misma si podemos encontrar una especie de tendencia general, anticipo de los tres estadios o mesetas de la construcción euclidiana. Esta tendencia general de los estudios es la no aparición decisiva de los momentos de emergencia geométrica antes del III estadio de Piaget — recordemos que el primero es el preescolar (de uno a cuatro años), el segundo de cuatro a siete y el tercero se inicia a partir de los siete años cumplidos, más cerca de los ocho—. Luego desde una perspectiva simplista podríamos aceptar las sugerencias del prólogo: "El estudio del desenvolvimiento de la medida es tan complejo que se logra solamente entre los ocho y los once años".

Nociones fundamentales de formas geométricas. — En un estudio, casi simultáneo al de Piaget, hecho por Mortier con técnicas experimentales de índole masiva, aunque aplicadas a no muchos sujetos, se han logrado resultados en cierto modo coincidentes con los de Piaget, pero de mayor interés por centrarse en situaciones más próximas a las puramente escolares.

Estudia Mortier el problema con gran sentido de independencia. No le preocupan las relaciones con otras ramas y ni siquiera trata de captar todo el problema geométrico, ya que se reduce a la Geometría plana. Sus conclusiones estarán más llenas de sugerencia que de carácter definitivo, ya que emplea pruebas sin determinar su validez ni su confianza, pero en nuestro criterio integrador cabe como la expresión plena de un resultado actual. Por otra parte, por circunscribirse al armazón de las nociones geométricas, sus resultados son de mayor interés técnico. Su estudio es intencionalmente madurativo: busca averiguar cuál es el dominio escolar en cada edad para cada pregunta; determinar el momento de emergencia comprensiva y el tránsito entre lo que bajo nuestra denominación hemos clasificado como emergencia

madurativa y crisis madurativa. (Ahora digamos que esto se referirá a un pequeño grupo de cuestiones fundamentales de reconocimiento de figuras y de trazo de alguna línea geométrica con presentación bien tradicional, bien variada. Y esto no es toda la Geometría, aunque constituya su mínimo esencial). Pero nosotros más bien admitiríamos una mayor adecuación de términos a la madurez predispositiva y madurez emergente.

En cuadros detallados nos muestra Mortier el umbral experimental de adquisición de ciertas nociones desde la comprensión. En estos umbrales podemos advertir su irregularidad. Los primeramente adquiribles se centran sobre el ángulo, seguido por el círculo.

Pero ahora nos interesan sus conclusiones: "La mayor parte de las nociones de formas geométricas son enseñadas prematuramente. Es inútil fatigar la memoria confiándole datos que la inteligencia no puede utilizar".

Y cuando se pregunta sobre las demostraciones infantiles obtiene tres grupos generales: interpretación subjetiva de los datos, materialidad de los hechos y objetividad en el razonamiento. En el primer estadio impone su modo de concebir y resolver el problema. En el segundo apoya su razonar en el "control" métrico. En el tercero se advierte el principio de demostración teorematizada. Mas estas demostraciones indican que los desenvolvimientos racionales no están al alcance de los niños de doce a catorce años. Coincide así con la observación de Diesterweg, al afirmar que el niño de diez a doce años no está preparado para tales sutilezas.

No es preciso exigir razonamiento en la escuela primaria. No dirá poco después. Lo que en otros términos equivale a afirmar que el razonamiento geométrico no aparece con claridad dentro de los límites de la escolaridad obligatoria.

Los ejercicios deben iniciarse, por tanto, con la presentación material de formas y más tarde con la representación gráfica. Progresivamente el alumno será llevado a establecer juicios de relación simple y precisa.

En realidad existe un amplio intervalo entre el momento en que los escolares pueden adquirir una noción geométrica y el momento de su utilización. Intervalo que nosotros hacemos equivalente a tres años.

Normas provisionales. — 1ª En la enseñanza de la Geometría hemos de distinguir entre adquisición de formas geométricas, relaciones métricas y demostraciones formales; 2ª La adquisición de formas geométricas concretas puede iniciarse en el parvulario; 3ª El dominio de lo geométrico exige en sus primeros estadios una coordinación de la agilidad del escolar por la intuición de imágenes; 4ª Toda demostración geométrica debe presentarse didácticamente acompañada de la figura y proceso lógico correspondiente; 5ª La demostración geométrica debe ser objeto de consideración detenida con niños de doce años de edad mental, si es demostración a partir de figuras; 6ª Las demostraciones activas y experienciales pueden empezarse antes que la intuitiva.

JOSE FERNÁNDEZ HUERTA.

"Revista Española de Pedagogía", Nº 59

LA FINALIDAD Y EL CONCEPTO DE LIBERACIÓN EN EL ACTIVISMO "PURO"

La finalidad. — En la problemática pedagógica contemporánea, aun en las diversas líneas que entrecruzan y a veces complican el desarrollo de ella, se puede reconocer, no obstante, el común y originario centro del que parten las corrientes y tendencias de dicha problemática.

Quiero decir que el fundamento de la pedagogía contemporánea reposa sobre el postulado de que la potencia única generativa de la educación se encuentra toda en el sujeto educando. Y, por lo tanto, dicho de otro modo, la componente pedagógica común a las más diferentes soluciones está representada por una desvalorización del sujeto educador.

Esta "ley" renueva, desde el fondo, el significado de la finalidad de la educación. En efecto, se ha dicho que la educación es tal con la condición de que no establezca a priori objetivos ni finalidad. Sin embargo, un objetivo debe haber; es decir, el mismo del niño. Educarse, se dice, significa hacerse, construirse a sí mismo; pero la generación de sí mismo debe ser lo más pura y autónoma posible. En efecto, insinuando una finalidad cualquiera en la educación se encadenaría la pura posibilidad ope-

rativa del niño. Y, en verdad, los sostenedores de la llamada "educación nueva" eliminan el problema de la finalidad (en su significado tradicional) porque afirman que la finalidad está constituida por un contenido externo, no originario e inherente a la libre virtud de obrar del niño: nunca lo externo debe condicionar un objetivo sea el que fuere, porque en tal caso sería siempre un objetivo abstracto (en cuanto supuesto como propio del niño).

Por lo tanto el fin del proceso educativo viene ya dictado desde la intimidad del sujeto educando, el cual expresa, él mismo, la finalidad de la educación. Y por ello se deberá hablar de innumerables objetivos, de imprevisibles finalidades, según sea la expresión misma del niño.

A la luz de esta teoría (que podríamos definir "pura" para distinguirla de un activismo más moderado o "equivocado") ni aun el embanderado del activismo pedagógico podría ser redimido de la acusación de tradicionalismo finalista. En efecto, en *Democracia y Educación*, Dewey reconoce abiertamente que el objetivo de la educación es no tener objetivo; pero subrepticamente vuelve a admitir un objetivo por medio del concepto transformista del mundo, ya que la transformación y la reconstrucción progresista están grávidas de significaciones establecidas previamente, de direcciones prescriptas en virtud de una teleología, la propia del filósofo.

Aparece aquí con evidencia que se torna a evocar a Rousseau y a pensar en él hasta las extremas consecuencias lógicas de su descubrimiento. El descubrimiento rousseauniano del genio individual del niño está desvinculado del fin que genialmente, o sea espontáneamente, hubiera debido empero realizar el niño, y no sería desacertado decir que el fin de la educación rousseauniana ha de encontrarse en la misma profesión del Vicario saboyano.

De ahí resulta, pues, que la misma posibilidad de la educación debe residir en la libre actividad del niño, el cual debe dar origen a la individual teleología interna. Una teoría coherente del activismo debería por lo tanto fundar la actividad educativa sobre el postulado del puro hacerse del niño, sobre su derecho inviolable a determinarse según las leyes formales de su propia esencia, sobre su original expresarse que, en consecuencia, no es orien-

tado sino aceptado como la expresión única, irrepetible y legítima de la pura libertad.

Pero tratemos de descubrir el nuevo sentido de la finalidad. La educación se confía al niño, a las posibilidades que ofrecen sus aptitudes, a su "vocación". El maestro estrictamente toma de allí acta y nota. El maestro, pues, verifica; pero no podría intervenir para determinar de modo diverso la naturaleza del niño, cosa que, por otra parte, no compete ni siquiera a Dios. El maestro elegirá la vía metodológica más propicia, ante las diversas vías metodológicas convenientes a las diversas naturalezas que constituyen la comunidad de los educandos. Se adelanta en este punto el intermediario que encamina el proceso educativo: el programa.

El programa prevé y obliga a conocer ciertos datos culturales; pero no presupone conocimiento, o sea ciencia. Esta, así se lo advierte, para ser conocimiento real, debe ser poseída por el educando mediante una operación propia y no por ingurgitación. El saber debe ser sabido personalmente; es decir, debe ser experimentado antes y sistematizado después por el mismo discípulo. Pero el hecho de que el aprendizaje del saber ya poseído por el maestro lo realice el discípulo de modo espontáneo y personalmente, no permite proclamar propiamente la "revolución copernicana". El verdadero sentido del programa y de su finalidad interna es éste: el saber no es un fin en sí mismo; el saber es, en cambio, la ocasión real que permitirá al educando organizarse para la investigación libre, para la iniciativa personal, para la capacidad creadora.

La validez que la pedagogía contemporánea querría reivindicar, se fundaría en el hecho de que ha descubierto la verdadera finalidad de la educación. En definitiva, podemos decir que la finalidad de la educación consiste en la propia determinación del niño a través de una individualización personal de sí mismo y en la organización de una personalidad libre capaz de desarrollos internos sobre el plano de la originalidad activa.

El momento inicial del proceso está condicionado por el reconocimiento de la originalidad activa del educando, es decir, de su libertad formal, la cual para realizarse concretamente se ejerce y define al contacto de los contenidos históricos: el programa. La individualización de

la propia "originalidad" representa el momento finalista de la educación del propio valor. Y por eso justamente el programa tiene una función instrumental y de iter educativo. El programa en sí no tiene una función educativa sino con la condición de ofrecerse como sostén, aunque también como verificación histórica de la pura capacidad de expresión del niño. El programa tiene para el educando función verificatoria, de medio para el ejercicio de su libertad formal. Pero, repitámoslo, no tiene ningún aporte heterónomo de educación, pues ésta es posibilidad exclusiva del niño y de su personal realización.

El concepto de liberación.— La profundización histórica del descubrimiento rousseauniano constituye para nosotros el motivo teórico del activismo, el cual funda la reconstrucción pedagógica sobre la "originalidad" del educando, sobre su capacidad creadora, sobre la posibilidad immanente en él de liberar el propio genio o sea la propia naturaleza.

La legitimación del principio activista se hace valiéndose del concepto de expresión, o sea de liberación. Podemos anticipar que la pedagogía contemporánea reivindica su propio fundamento en el hecho de haber subvertido el concepto de liberación tal como era éste poseído por los antiguos y especialmente por Platón y por los humanistas.

Las teorías del activismo "puro" ponen como objetivo (el que sin embargo se presenta también como posibilidad del proceso y por lo tanto como su principio) la liberación del hombre en el sentido de que el hombre debe liberar, es decir, expresar la propia capacidad, la propia inconfundible genialidad tomada en el sentido mismo en que la ha tomado Rousseau. La liberación consistirá, pues, en el expresarse de la propia naturaleza, y para que tal naturaleza pueda individualizarse y por ello definirse, el educador deberá promover la actividad, por la cual solamente podrá el niño representar sus instintos, sus inclinaciones y, finalmente, sus intereses. Ciertamente, la pedagogía contemporánea tiene muy en cuenta la primigenia estructura natural del niño, mejor dicho funda en ella la acción educativa.

También habla de liberación la pedagogía tradicional; pero se ha querido objetar que la pretendida liberación

de la teoría tradicional consistía en la liberación de la propia naturaleza, de las tendencias y estructuras primigenias, para más bien inhibirlas, para esconderlas en lo profundo de lo inconsciente y permanecer luego siempre atento a fin de que ellas no intentaran escapar por tentadoras puertas falsas. En otros términos, la liberación tradicional presuponia la extirpación de la naturaleza del individuo para sustituirla por una segunda naturaleza adquirida con arte; tanto es así que los instrumentos de liberación y al mismo tiempo de sustitución eran las artes liberales, pues ellas liberan de la primitiva natural condición instintiva.

La pedagogía activista presenta un concepto totalmente contrario de liberación, el cual considera como medio del hacer la representación de las internas posibilidades y por lo tanto de las facultades instintivas. Favorece, dicho en otros términos, la expresión de la naturalidad, la cual no está por lo tanto inhibida, como habría teorizado la escuela antigua, sino que se educa en el sentido de que cada niño permanece siendo él mismo, con las propias tendencias, no expuestas en el plano del instinto, sino en el de la conciencia.

Pensamos nosotros que justamente en esta contradicción de tesis acerca del concepto de liberación debe verse el punto de desvío y de polémica entre "educación tradicional" y "educación progresiva". Y que el concepto de liberación constituya la antítesis entre vieja y nueva educación parece ser verdad también para Dewey que en el primer capítulo de *Experiencia y Educación* caracteriza del siguiente modo la problemática histórica de la investigación educativa: "La historia de la teoría de la educación se caracteriza por la oposición entre la idea según la cual la educación es desenvolvimiento desde dentro y la idea según la cual ella es formación desde fuera; entre la tesis de que ella se basa en las dotes naturales y la tesis de que la educación es un proceso de sojuzgamiento de las inclinaciones naturales para sustituirlas por hábitos adquiridos mediante la presión exterior". (La consideración del pedagogo americano no es adecuada porque el proceso histórico de la pedagogía, en sus momentos más sobresalientes y necesarios, revela la conciliación y no la oposición de las dos tesis, tanto más cuanto teórica-

mente la separación es un momento que no revela el sentido más auténtico del desarrollo histórico).

Subvertido el concepto de liberación sostenido por los antiguos, la pedagogía contemporánea cree que la posibilidad y el valor de la educación son exclusivamente inherentes a la individualidad que se ha de educar. El valor de la educación se instaura con la reivindicación del hombre total, mientras que la manifestación de la forma constitucional del educando decide la posibilidad misma del proceso educativo.

Pero la aceptación de tal tesis no es inmediatamente eficaz. Ella se torna tal con la condición de que las originarias posibilidades operativas del niño encuentren concreta actuación en la sociedad —entiéndase bien— no en cualquier sociedad sino en aquella históricamente válida que permita la introducción integrante de aquella posibilidad.

En resumen, la individual operatividad de cada uno debe salir de una mera posibilidad para mostrarse en cambio eficiente e integrante de la "facticidad" social. Y esto ¿por qué? Para no volver a caer en una manifestación de sentido ideal y metahistórico, pues de otro modo se volvería a reconocer la provisoriedad del singular concreto natural y se lo afirmaría en cambio partícipe de toda historia y de toda sociedad, más aún de toda la historia y de toda la sociedad, resultando así una afirmación decididamente humahística e intemporal del hombre.

Y por esto se rechaza una interpretación puramente pedagógica del sujeto originario que se ha de educar, el cual en tal caso habría de realizarse de modo individualista y desarraigado, y se podría decir existencialista. Por ello la verificación de sí mismo por parte del niño no debe ser una verificación ideal, por así decirlo; más bien el reconocimiento debe ser un reconocerse como fuerza en acción, pero no como virtud operativa ideal sino histórica.

El concepto de liberación se entiende como expresión de la totalidad del niño. La expresión o manifestación es el aparecer del niño desligado del cautiverio, o sea de la inhibición. Frente a la presencia de la forma o genio de cada individualidad, la educación interviene en forma plural y se podría decir trascendentalmente: la educación, en efecto, deberá modelarse según las naturalezas singulares y no serán las naturalezas las que deberán confor-

marse a un esquema educativo. En esto reside la condición del proceso educativo. Pero el acto del niño de expresarse, será también una verificación de sí mismo que no puede ser menospreciado en su pobreza o insignificancia.

El comienzo mismo del acto de manifestarse deberá ser concreto, para que el reconocerse sea real e histórico, y no ideal. La "originalidad" que se expresa podrá definirse al contacto con la experiencia y ella (la "originalidad") desde un principio irá manifestándose en el manejo de los contenidos y en definitiva reaccionando históricamente. La posibilidad de la educación es immanente al educando; pero la pureza de la posibilidad no fundamenta el proceso educativo en concreto: la condición de este último consiste en su descenso a la acción, en individualizar la posibilidad efectiva, histórica. Por lo tanto, la liberación está condicionada por la experiencia. La experiencia es experiencia de una situación histórica, es la historia. Para el activismo la historia es correlativa a la liberación si esta última quiere tener un sentido preciso y productivo.

La educabilidad está pues condicionada por el acto de expresarse del niño, por la expresión de su genio individual. Se ha dicho que el representarse a sí mismo es un acto de expresarse concreto en cuanto el verificarse idealmente es inconsistente, no productivo.

Por lo tanto la realización de la originaria posibilidad del educando está condicionada por el término antitético al idealmente representable; este término, como se ha visto, es la historia. De ese modo el educando verifica sus posibilidades en la historia, la que coordinando las experiencias singulares, orienta la acción ulterior de ellas.

La liberación entendida en sentido humanístico tiende, al contrario, según los pedagogos del activismo, a la instauración del hombre nuevo sobre las cenizas del viejo, o, mejor dicho, sobre el hombre de las tendencias naturales pone al hombre ideal, al hombre de la libertad y, para decirlo de modo kantiano, sobre el fenómeno pone el noumeno, sobre el hombre de la necesidad natural el hombre de la libertad ideal.

La finalidad y el concepto de liberación se presentan para los activistas de modo totalmente diverso: lo ideal no es simplemente lo no natural; lo ideal, antes que lo

natural, es más bien solamente una posibilidad. Lo natural mismo, descubriéndose, se abre a lo ideal. Lo ideal que está para la liberación (objetivo de la educación) no es la libertad con respecto a lo natural sino la libertad de lo natural. Con ello el activismo niega a lo natural el carácter de fuerza que determine necesariamente, pues, según su opinión, la fatalidad de lo natural existiría solamente cuando no se le da libertad de acción. Por el contrario, lo natural en acción —justamente porque deviene—, es lo ideal. Este no se encuentra, pues, en un inmotivado esquema trascendente, sino en el proceso mismo de lo natural. El proceso de lo natural es lo ideal; la actividad de lo natural es ella misma la idealidad. Al contrario, lo ideal inmóvil, lo ideal anterior a lo natural, es justamente lo natural en el sentido de algo que no sale de su necesidad, es decir de su paz.

Se afirma empero que lo natural en acción no puede perder su "originalidad". ¿Qué sentido tiene entonces su movimiento, su proceso? Se responde que la "originalidad" natural es una fuerza que no se conforma con su posición inicial. Se presenta como presión desde lo interno en cuanto sus tendencias, carentes de manifestaciones, son virtuales. Y estas tendencias o se inhiben o se promueven.

Si se inhiben, se trata de un problema de substitución, o sea de introducción de nuevas fuerzas desde lo exterior, fuerzas que deberían actuar separadas del genio individual y por lo tanto actuarían sin el sujeto. La acción en este caso sería necesaria y desconocida para el sujeto. En consecuencia no existe educación.

Si se promueven, el problema es de desarrollo: las fuerzas en acción procederían ascendentemente, desde uno hacia sí mismo y no hacia el otro, el distinto. El proceso es entonces interno y siempre natural. Lo ideal estaría en el acto de constituirse las formas con mayor capacidad y potencia. El concepto de liberación y, por lo tanto, el fin de la educación es un concepto de mejoramiento y no de transformación.

Resumiendo: la naturalidad es condición de lo ideal; la idealidad es la misma naturalidad en movimiento; la finalidad es, por lo demás, interna a la misma naturalidad; no es otra cosa sino la naturalidad que quiere afirmarse en un estado de fuerza desplegada en acción por

la cual, sin desconocer nunca la propia "originalidad", expresa, por decirlo así, la propia íntima posibilidad al máximo grado de eficacia. La finalidad del proceso es, por lo tanto, el mejoramiento de lo natural para sí, consigo y por sí.

La libertad que reivindica este principio es la libertad de lo natural. El mejoramiento puede advenir solamente mediante las fuerzas naturales y el mejoramiento no lo es *por medio* de la "originalidad" sino de la "originalidad". Ésta, pues, no podrá contrariarse una vez puesta en actividad.

La promoción del desarrollo de lo natural suscitada en lo íntimo de lo natural mismo y por medio de lo natural, lo llevará desde su estado inicial y originario a la situación de natural mejorado y eficaz. Pero el proceso de lo natural, teniendo lugar en el encierro de lo natural mismo, permanece cualitativamente idéntico. "Por lo demás (el niño) no podría volverse otra cosa", afirma claramente Louis Meylan al presentar el funcionalismo de Claparède en la introducción a *La escuela a la medida*.

Conclusión. — Giovanni Papini en *El Diablo* trae a colación una singular (aunque no tanto) teoría de Paul Valéry que ilumina de modo extraordinario y resume la actitud propia de una educación que se mueve entre los términos fuerza-eficacia. El poeta francés escribe: "En pocas palabras pienso —he ahí toda mi metafísica y mi moral— que Dios existe y el Diablo también, pero en nosotros. El culto que debemos a esta divinidad latente no es otra cosa que el respeto que nos debemos a nosotros mismos y lo entiendo así: Búsqueda de un Mejor para nuestro Espíritu en el sentido de sus aptitudes innatas. He aquí mi fórmula: Dios es nuestro ideal particular, Satán todo lo que tiende a desviarnos de aquél". Pero Papini, haciendo la crítica del pensamiento de Valéry dice: "La palabra *mejor*, sin embargo, no tiene sentido si no se refiere a un modelo superior que se ha de imitar, a una escala de valores que se ha de alcanzar". Y además: "La búsqueda de este *mejor*, de este *ideal* se entiende en el sentido de las "aptitudes innatas" y aquí la confusión mental es completamente escandalosa. Desarrollar en sí mismo las aptitudes innatas significa aceptar la propia naturaleza, cualquiera sea ella..." Papini debe concluir

que, según la teoría de Valéry, un hombre que tuviese en sumo grado la "aptitud innata" de suprimir las vidas ajenas, debería, para obedecer a la regla, desarrollar lo "mejor" posible su vocación de homicida".

Esta consideración trae a la memoria un concepto expresado, en el *Enrique IV* de Shakespeare, por Falstaff que se apresta a cometer ratonías: "Pues bien, Hal, es mi vocación, Hal; y en verdad no es pecado para un hombre trabajar según su propia vocación".

El proceso educativo debería ser, pues, un proceso endógeno fundado sobre los términos fuerza-eficacia. Debemos, luego, preguntarnos qué valor tiene la manifestación mejoradora de la "originalidad". O más bien: ¿manifestándose, el educando se manifiesta ya idealmente?, o en cambio ¿manifestándose está fuera de lo ideal?, ¿su manifestación, en sí, no es ideal?

Según lo que se ha dicho un poco antes se debe responder que la expresión de la propia "originalidad" no es de por sí lo ideal, y por ello el proceso educativo que se constituye sobre los términos fuerza-eficacia, dentro mismo de la originaria forma natural, no determina condiciones de idealidad, o sea no es condición verdadera de efectos educativos.

Es peligroso afirmar, como lo hace Meylan, que la hétéro-educación (en la concepción funcional) "está absolutamente subordinada a la autoeducación que es el momento esencial de la educación misma" y tanto más si se agrega, como dicho autor lo hace, que el niño "sólo acepta el comportamiento que le interesa aceptar". Y, ciertamente, en esta línea de investigación no hay lugar para la hétéro-educación; pero si, por acaso, el proceso educativo debiera desenvolverse entre términos diferentes a los de fuerza-eficacia (como nos parece a nosotros, dado lo que hemos dicho), entonces la inhibición, la orientación, etc., constituirían la hétéro-educación como un "momento esencial de la educación misma".

AUGUSTO ESCOBEDERA.
"Nueva Revista Pedagógica",
año VII, n.º 2-3, octubre de 1937.

Traducción de Manuel R. Trías.

ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS

Todo el planteo educacional es un planteo de transformaciones básicas en los pueblos de América Latina. Todo lo que a educación se refiere está conectado con las realizaciones profundas de sus necesidades vitales, y con el desarrollo totalizando de su vida productora y creadora. Esta es una verdad que la historia nos dice y que la realidad nos confirma diariamente.

Pero los acontecimientos tienen su experiencia propia, y los maestros o los hombres de gobierno deben aprender el peso de cada paso dado por la humanidad. Estamos en presencia de una civilización que ha sido capaz de abrir una nueva era en su vida cotidiana, y la escuela no puede mantenerse ajena a esta transformación. Todo ha sido posible gracias a la claridad que muestra la investigación y el asomo a los grandes secretos de la ciencia. De la ciencia por sí misma, sin especulaciones materiales o con especulaciones materiales, pero mirando muy profundamente en ese mundo intrépido de su verdad oculta y difícil de poner sobre la luz del día.

Nace un mensaje a los maestros desde cada una de las señales que emiten hoy los satélites creados por el hombre. Es un mensaje que indica la necesidad de acentuar la enseñanza de la ciencia, materializándola en experiencias diarias, acordes con la mentalidad del educando y tendiendo a despertar en cada inquietud una esperanza frente a la verdad anhelada.

Los que hemos enseñado alguna vez frente a la realidad de un microscopio, o frente a la experiencia de la vida misma en un vaso arterial o en el estímulo eléctrico sobre los músculos de ratas o ranas, sabemos cuánta curiosidad y entusiasmo despiertan en los adolescentes los secretos de la vida misma. Frente a una clase de treinta y dos alumnos, que marchó durante todo el año con un promedio de asistencia del 87 %, esta asistencia se elevó al 96,7 % durante la quinceña dedicada a la experiencia microbiana y a 87,8 % cuando las clases se dedicaron a virulencias y experiencias físicas biológicas con animales de laboratorio. Además los tests proyectivos utilizados para demostrar el grado de dedicación a tales procedimientos mostró un casi 100 % de aprendizaje y de interés por tales demostraciones pedagógicas.

Todo esto muestra una verdad, que depende de nosotros, los hombres que podemos enseñar la claridad de los fenómenos vitales, o de los acontecimientos técnicos, la posibilidad de que nuestra juventud se incline a esos aprendizajes y desembogue su vocación en el estudio de las ciencias.

Claro es que resulta evidente la necesidad de romper con la llamada "educación recubierta de azúcar" y depositar sobre nuestras aulas la escuela de la preocupación y de la responsabilidad, para maestros y alumnos, pero también resulta cierto que por este camino estaremos más cerca de hacer comprender la realidad de nuestro mundo y de las posibilidades que su descubrimiento puede darle al hombre que lo habita.

El hombre ha despertado por la técnica y la ciencia a una nueva era. Por el camino de la etapa atómica ha llegado a la era del espacio sideral. Y en esta América, y sobre todo en esta América Latina de tantos dolores y de tantos trastornos, se impone una orientación distinta, por la que claman pedagogos, sociólogos, científicos, técnicos y hombres de gobierno. Esta enseñanza debe llevar hacia una búsqueda apasionada de la verdad científica, inclinando a nuestros educandos, con el trabajo manual, realizado por ellos, medido y acompasado con la realidad práctica en la que viven, hacia el campo de la ciencia o de la técnica que cada inquietud mostrará rápidamente apenas les enseñemos a asomarse al mundo maravilloso de la investigación.

También se nos ha lanzado a un espacio nuevo, y el alfabetismo, los problemas de conducta y de aprendizaje, nos obligan a una sinceridad profunda en los planteajes. Por eso tratamos de mostrar el abismo de la ciencia de la educación actual y uno de sus caminos, la educación por la ciencia.

FLOREAL A. FERRARA.

COLEGIOS SECUNDARIOS DE UN FUTURO FABULOSO

Al valorar las tareas que desempeña el colegio secundario para hacer frente al mundo actual, es primordial que los detalles de nuestra empresa educativa sean contemplados en relación con los fines principales de nues-

tra sociedad. Si se fracasara al examinar los problemas de este modo, ello podría llevarnos a confeccionar programas fragmentados en términos de funciones específicas y de carencia del foco unificador que se torna más importante aún en estos tiempos complicados, que lo que fuera en los días en que los problemas eran más sencillos y fáciles de solucionar.

La comisión a cargo de la confección del anuario, conocedora de estos riesgos, ha afirmado que los objetivos legítimos y sumamente importantes de nuestros colegios secundarios son: 1º El máximo desarrollo de todas las facultades mentales, morales, emocionales y físicas del individuo a fin de que pueda disfrutar de una existencia provechosa, por medio de la realización de objetivos dignos y deseables. 2º El máximo desarrollo de la capacidad y anhelo de cada individuo de aportar la mayor contribución posible a toda la humanidad, mediante una participación responsable y gozar de los beneficios que le otorga la ciudadanía americana, con sus grandes privilegios.

En seguida resulta evidente a cualquiera que conozca los fines tradicionales de los colegios americanos, que esta afirmación no contiene nada nuevo. Esto es un resumen de sus finalidades. Los defectos de nuestros colegios apenas se advierten en la anterior afirmación. Es probable que la imperfección de nuestra tarea se deba, en el fondo, a nuestra confianza en estos fines y en la efectividad con que se logran.

La difícil tarea del colegio secundario consiste, en la actualidad, a la luz de sus objetivos, en proporcionar la oportunidad para que un mayor número de jóvenes obtenga una educación sana y más variada, con un alcance más completo de los propósitos educacionales, en un mundo de una complejidad increíble y en medio de un aumento, sin precedentes, de los conocimientos.

Puesto que no estamos educándonos para el totalitarismo, sino para la libertad, no podemos recurrir a la técnica de instrucción en masa, sino que, en vez de ella, debemos idear procedimientos que acrecienten y nutran la fortaleza individual de cada persona. El hecho de que no hayamos dominado completamente la forma de hacerlo todo, apenas se nota, porque lo mismo sucede en todas partes.

Podríamos conseguir un estímulo considerable de nuestras primeras realizaciones, puesto que si insistiéramos en nuestras necesidades insatisfechas, tendríamos también en cuenta nuestras ventajas. La verdad es que el poderío actual de los Estados Unidos, así como nuestra fortaleza física, intelectual y espiritual se deben, en gran parte, a la calidad y extensión de los programas de nuestras escuelas públicas secundarias, en el transcurso de las pasadas décadas.

La inclinación habitual a culpar de nuestros fracasos a las escuelas, sin otorgarles el debido reconocimiento por sus aportes a nuestros éxitos, es más que injusto, es peligroso. A menos que comprendamos cómo nuestros esfuerzos educativos nos han preparado para enfrentar los primeros desafíos, no estaremos en condiciones de apreciar cuán seriamente habremos de depender de nuestros colegios para prepararnos a resistir los desafíos del futuro.

Programas que satisfagan múltiples necesidades.—Muchas de nuestras escuelas actuales son excelentes y casi todas ellas presentan alguna peculiaridad de gran valor. Por suerte, lo que se necesita no es la creación de un sistema nuevo, sino perfeccionar un establecimiento escolar que esté reforzado por una rica y sólida experiencia y que progrese por el ímpetu de sus realizaciones. Por ejemplo, existe la opinión unánime de que debería hacerse más para acostumbrar a chicos y muchachos a realizar actividades rigurosamente intelectuales, a fin de que ingresen, en su mayor parte, en las universidades. Pero los alumnos graduados de nuestras escuelas públicas ya han empezado a abrumar todos los años a los encargados de la inscripción en las universidades más exigentes, con aspirantes mejor calificados que en épocas anteriores.

No constituye un secreto la manera de organizar colegios secundarios que preparen eficazmente tales alumnos, pero muy pocos están capacitados para impartir estudios de tan alta calidad. Los colegios cuyos programas no son tan estimulantes como deberían serlo; los que permiten que sus estudiantes trabajen por debajo de sus aptitudes o los colegios que no están estructurados para preparar a los alumnos para el mundo actual, pueden beneficiarse de las experiencias de los otros, así como

de las suyas propias, mientras reorganizan sus programas para perfeccionarse.

En muchos colegios se requieren mejores actividades orientadoras, porque la esencia de un plan educacional que tienda a formar a los alumnos como individuos y no como integrantes de una masa, debe ser un medio adecuado de relacionar todos los recursos del colegio, con las necesidades e intereses del estudiante. Los mejores planes orientadores demuestran lo que puede hacerse al respecto. La cuidadosa selección de eficaces prácticas habituales para que la utilice un mayor número de colegios, satisfará muchas de las necesidades existentes.

Una mejor organización de los colegios y de los distritos escolares y el suministro de un adecuado servicio profesional y auxiliar, son problemas secundarios que tienen que resolverse. En este aspecto del trabajo, es necesario que exista una considerable variación de un lugar a otro. Cualquier escuela puede aprender mucho de las demás; pero cada institución debe copiar su plan de organización y de trabajo, adaptándolo a su propia situación y recursos.

La calidad de la administración local y la rapidez con que la comunidad le responda, resultará de fundamental importancia para la determinación del plan a seguir y el logro inmediato de un buen éxito.

Es posible efectuar otra contribución importante al perfeccionamiento de la educación secundaria, por medio de un plan creador y de la utilización de la capacidad física. En muchos lugares se contempla la construcción de un nuevo edificio escolar como respuesta a la necesidad de mayor espacio o como reemplazo de una arquitectura anticuada, mientras se descuidan las posibilidades de facilitar verdaderamente la enseñanza y el aprendizaje. Mediante la unión ideal de los maestros capacitados y de su acercamiento creador con los arquitectos, muchas comunidades construyen escuelas en las que es factible que la instrucción individual y un programa más extenso se tornen realidad.

El grave problema de la construcción de edificios escolares puede convertirse en una ventaja inapreciable, si aprovechamos la oportunidad de proyectar nuestras escuelas a la par de las mejores que existen, con la capacidad de satisfacer las cambiantes exigencias de la educación.

La investigación educacional. — El hecho de que muchas escuelas pueden perfeccionarse sustancialmente por medio del simple uso de recursos conocidos, no debe eclipsar la apremiante necesidad de una investigación complementaria. Los maestros y administradores prudentes están bien enterados de una larga lista de interrogantes que reclaman urgentes respuestas. El anuario de la Asociación Americana de Administradores Escolares formula las siguientes preguntas: 1º ¿Cuál es la cantidad de alumnos más económica para determinadas áreas de materias o propósitos educativos? 2º ¿Se lograrían mejores resultados en educación si se organizaran las escuelas alrededor de equipos de enseñanza, en vez de maestros individuales? 3º ¿Puede fijarse una cantidad máxima de alumnos para una escuela secundaria? 4º ¿Qué tipo y qué cantidad de preparación vocacional especializada contribuye más al éxito en el trabajo de los graduados en las escuelas secundarias? 5º ¿Cómo podría estimularse el desarrollo intelectual de los estudiantes de escasos conocimientos? 6º ¿Cómo podría estimularse a la juventud capaz y orientar su aprendizaje en una forma más eficaz? 7º ¿Cuáles son las virtudes especiales de la televisión, de las películas cinematográficas, de los discos monográficos y otros aparatos semejantes como ayuda para la enseñanza?

El hallazgo de las respuestas a éstas y otras preguntas importantes determinará la confección de vastos y emprendedores programas de investigación en la que tomarán parte los sistemas escolares locales, la acción estatal, las facultades y las universidades, las organizaciones profesionales y la Secretaría de Educación de los Estados Unidos.

Es primordial en cualquier época, la investigación educacional para el progreso sano de las escuelas; pero la agitación actual creada alrededor de los defectos que se achacan a las escuelas americanas, otorga un valor especial a los medulosos datos y teorías que se basan en una investigación responsable y cuidadosamente planeada.

Los recursos del progreso. — Si se convirtiese en realidad la escuela perfecta del porvenir, es evidente que los recursos deben estar de acuerdo con las necesidades que exija el proceso de evolución. Necesitaremos personas, ideas y dinero que nos trasladen de donde nos en-

contramos actualmente a las posiciones que debemos alcanzar. Por supuesto, las más poderosas serán las ideas, las que se originarán y se aplicarán cuando combinemos, de manera creadora, las experiencias, la investigación, la imaginación y la prudencia. Pueden hacerse y deben fomentarse las contribuciones, no sólo entre maestros sino también entre grupos de ciudadanos y estudiantes. A causa de que las universidades desempeñan un papel de especial importancia en este aspecto, son estimuladas y valoradas las recientes medidas destinadas a crear una cooperación entre los colegios secundarios y gente de las universidades. En ningún aspecto del esfuerzo común se necesita con tanta urgencia, como en estas circunstancias, una conducción de categoría superior y la participación responsable de todos.

Ni las personas ni las ideas podrían tener una eficacia total, si no tuvieran a su disposición los recursos materiales necesarios. El dinero es el factor principal del esfuerzo masivo que la educación secundaria americana exige actualmente. Deberá terminar el prolongado debate sobre la ayuda federal y resolverse la cuestión con completo conocimiento del hecho de que la educación de los Estados Unidos es un problema que abarca tanto los ámbitos de la nación como las esferas locales y estatales.

Se ignora la realidad cuando se supone que la igualdad de las oportunidades o de las realizaciones de la educación americana es imposible de alcanzar sin la ayuda estatal, puesto que, en el estado de Mississippi, el promedio anual de ingreso por niño fué de 3.364 dólares en 1955 y de 12.256 dólares en el de Delaware. Es cerrar los ojos a la versatilidad de nuestra población, sugerir que la educación de un estado no concierne al otro o a la nación entera.

Aún cuando nos despreocupemos del principio de la igualdad de oportunidades para todos los americanos, la amenazadora escasez actual de profesionales competentes, justifica la ayuda financiera estatal a las escuelas. Hay pruebas claras y abundantes de que se desperdiciará una amplia reserva de energía y de capacidad, hasta que se tomen medidas que aseguren la educación de los niños en las regiones económicamente infradesarrolladas del continente americano. Es imposible cualquier mejoramiento importante de los colegios secundarios de esos

países, si no se les suministra una poderosa y constante ayuda financiera.

La Dirección y el Administrador.—En todas partes resultará fácil de ver que los propósitos de nuestros colegios y de nuestra sociedad guardan armonía y que el bienestar y el mejor desarrollo de cada alumno son el centro de la actividad del colegio; que se reconoce y se reverencia la importancia del maestro y que se ordenan y se aplican los medios materiales, subordinándolos siempre a los fines morales y espirituales.

Estas tareas jamás son fáciles y la única perspectiva para el porvenir, es que se tornarán más y más penosas. No obstante, son las tareas directivas y administrativas las que constituyen la misión asignada al director y al superintendente escolar.

La dirección de un buen colegio secundario no es, de ningún modo, de competencia exclusiva del director o del superintendente, sino una función en la que toman parte numerosas personas. Los maestros, los alumnos, los padres de familia y otros ciudadanos, participan en el procedimiento de identificar y elegir los fines y planear la forma de alcanzarlos. Sin embargo, es ineludible el hecho de que la persona a cargo de la autoridad y de la responsabilidad, es la figura clave del progreso del colegio.

Ninguna de las cargas que soportan las personas destinadas a ser conductores de la educación americana de hoy, es más penosa que la necesidad de mantener el equilibrio y las esperanzas.

JOHN H. FISHER.
N. E. A. Journal, marzo 1958.

Traducción de Emilio J. Ithier.

LECTURAS

EREVE ANTOLOGÍA DEL "ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE FRUENCIA"

I. *Tratar con quién se pueda aprender.* Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación enseñanza culta, un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar. Aliter-

nase la fruición con los entendidos, logrando lo que se dice en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye en el amaestramiento². Ordinariamente nos lleva a otro la propia conveniencia, aquí, realizada. Frecuenta el atento³ las casas de aquellos héroes⁴ cortesanos que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos⁵ que, a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana académica de toda buena y galante discreción.

II. *Aplicación y Minerva*. No hay eminencia sin entrambas, y si concurren, exceso¹. Más consigue una medianía con aplicación que una superioridad² sin ella³. Cómprese la reputación a precio de trabajo; poco vale lo que poco cuesta⁴. Aun para los primeros empleos se deseó en algunos la aplicación; raras veces desmiente⁵ al genio. No ser eminente en empleo vulgar, por querer ser mediano en el sublime, excusa tiene de generosidad, pero contentarse con ser mediano en el último, pudiendo ser excelente en el primero, no la tiene. Requiere, pues, naturaleza y arte, y sella⁶ la aplicación.

III. *Hombre en su siglo*¹. Los sujetos eminentemente raros² dependen de los tiempos³. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque lo tuvieron, no acertaron a lograrle. Fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre; tienen las cosas su vez⁴, hasta las eminencias son al uso. Pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán.

IV. *Buen entendedor*. Arte era de artes saber discurrir; ya no basta, menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido el que no fuere buen entendedor. Hay zahories del corazón y lince de las intenciones. Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir; recíbanse del atento a todo entender; en lo favorable, tirante la rienda a la credulidad; en lo odioso, picarla¹.

V. *Pagarse más de intensiones¹ que de extensiones*. No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fué siempre poco y raro; es des crédito lo mucho. Aun entre los hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos enanos. Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejer-

citar antes los brazos que los ingenios. La extensión sola nunca pudo exceder de medianía, y es plaga de hombres universales, por querer estar en todo, estar en nada. La intensión da eminencia, y heroica si en materia sublime.

VI. *Nunca exagerar¹*. Gran asunto de la atención², no hablar por superlativos, ya por no exponerse a ofender la verdad, ya por no desdorar su cordura. Son las exageraciones prodigalidades de la estimación, y dan indicio de la cortedad del conocimiento y del gusto. Despierta vivamente a la curiosidad la alabanza, pica el deseo, y después, si no corresponde el valor al aprecio, como de ordinario acontece, revuelve³ la expectación contra el engaño y despícase⁴ en el menosprecio de lo celebrado y del que celebró. Anda, pues, el cuerdo muy detenido, y quiere más pecar de corto que de largo. Son raras las eminencias: témpese la estimación. El encarecer es ramo de mentir, y piérdese en ello el crédito de buen gusto, que es grande, y el de entendido, que es mayor.

VII. *Corregir su antipatía*. Solemos aborrecer de grado¹, y aun antes de las previstas prendas². Y tal vez se atreve esta innata vulgarizante³ aversión a los varones eminentes⁴. Corrijala la cordura, que no hay peor des crédito que aborrecer a los mejores; lo que es de ventaja⁵ la simpatía con héroes, es de desdoro la antipatía.

VIII. *No ser desigual, de proceder anómalo*: ni por natural, ni por afectación. El varón cuerdo siempre fué el mismo en todo lo perfecto, que es crédito de entendido; dependa en su mudanza de la de las causas y méritos. En materia de cordura, la variedad es fea. Hay algunos que cada día son otros de sí; hasta el entendimiento tienen desigual, cuanto más la voluntad y aun la ventura. El que ayer fué el blanco de su sí, hoy es el negro de su no, desmintiendo¹ siempre su propio crédito y deslumbrando² el ajeno concepto.

IX. *No estar siempre de burlas*. Conócese la prudencia en lo serio, que está más acreditado que lo ingenioso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de veras. Igualámostos a éstos con los mentirosos en no daries crédito: a los unos por recelo de mentira, a los otros, de su fisga¹. Nunca se sabe cuándo hablan en juicio, que es tanto como no tenerle. No hay mayor desaire que el con-

XII. — 1. *Enunciados breves*, vi que habla siempre de un mismo asunto. 2. *Feche*, imo, 3. *Más enojoso*, de mejor logro. 4. *Disposición*, tallo, escritura: compresión. Creciente. "Habla sólo de vuestro hermano y de disposición gullarda". 5. *Formal*, espiritual.

Estas Notas están tomadas, he mismo que el texto, de la edición de Miguel Bannua - Navarro, del *Ortodoxo Mensal* y *Arte de Profundizar*, Madrid, 1954.

BALTASAR GRACIÁN

Moralista, filósofo, preceptor sutil, Gracián trabaja su expresión depurándola, tallándola, elaborando el concepto en frases breves, sabias, ya interiormente maduras, confrontadas con la experiencia, con los libros que él prefiere y estudia, autores griegos, latinos, italianos, españoles; quizá examinadas en la conversación con egregios amigos, fué tocando la parte no segura; desdeña el fárrago, "más obran quintas esencias", escribe. Su vocabulario, elegante, pesado, conformado y aun creado, representa un esfuerzo de considerable y laboriosa inteligencia; atento a la circunstancia, a la doctrina, enseña, narra la aventura humana en el escenario alegórico de la naturaleza y del mundo; difícil de ser entendido si no se le lee y se le estudia, da la impresión de que escribió para ser ilustremente pensado y gustado; pesimista, se supera en su concepción universal, en una simpatía por todo destello de entendimiento y de medida; aun sus defectos son reales.

ARTURO MARASSO.

LIBROS Y LECTORES

Una biblioteca pública es lugar de paz y recogimiento. Tiene la atmósfera del silencio. Ocupa un lugar interior o se defiende celosamente de la calle. Una sala de lectura nos impone, como los templos, el paso quedo y la voz baja. El aislamiento personal y la absorción del espíritu asemejan al lector y al devoto. Los innumerables volúmenes, inmóviles en sus estantes, como las piezas de

LECTURAS

un museo, asisten al acto y permanecen extraños a la circulación; trasuntan el reposo lejano de la eternidad.

Una librería comercial tiene el movimiento y la animación de otro comercio cualquiera. Vive. La calle ruidosa penetra su ámbito. El transeúnte le lleva el paso, la voz, la vibración comunicativa del inmediato raudal. Los libros — aves de paso — parecen agitar las alas y ensayar el vuelo, concededores de su destino migratorio. Unos se van, otros llegan; los que no salen ni entran miran la constante renovación y esperan confiadamente su hora. Todos, hasta los cubiertos de polvo y olvido en el rincón más oculto, saben que la dispersión es ley en su promiscuidad: "¿quién me llevará? ¿y a dónde?". Los libros de una biblioteca pública nos dicen: "Quédate conmigo"; los de una librería, "llévame contigo".

He oído ambas voces mientras leía en sus respectivos ambientes. La lectura en una biblioteca pública es tranquila, lenta, paciente; el lector se sabe dueño de su libro durante horas y todo y todos respetan esa posesión. El propio libro suele pedirme que no lo abandone, que lo retenga un poco más, pues sólo vive cuando se lo lee y estima. Pero la lectura en una librería tiene siempre carácter furtivo, aun cuando se cuente con la tolerancia del librero. "¿Me llevarás?", suspira el ejemplar anhelante y como estremecido en cada hoja. Tengo la presunción de suponer que en la biblioteca pública y en la librería comercial me prefieren esos pobres esclavos que reciben de mí el trato de un amigo leal, de un amante apasionado o de un parroquiano respetuoso. E imagino la repulsa inexpresiva, la desesperación callada, el terror oculto de esas mismas páginas manoseadas por la suciedad, la torpeza y el desprecio...

Los libros de una biblioteca pública o privada tienen estabilidad doméstica: están en su casa. Los de una librería se hospedan en albergues del camino: su voluntad es partir. El lector siente a su lado la atracción de la aventura...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.
La ciudad y los libros.

LA PROFESIÓN DE ARTISTA

Un hombre no debe abrazar la profesión de artista sino después de haber reconocido en él una viva pasión por la naturaleza y una disposición para proseguirla, con una perseverancia que nada podría abatir. No tener sed de aprobación ni de beneficio de dinero. No desanimarse por el vituperio que se podría hacer caer sobre sus obras; le es necesario estar acorazado con una convicción fuerte, que lo haga marchar derecho ante él, no temiendo ningún obstáculo. Un trabajo incesante, sea ejecutando, sea observando. Una conciencia invulnerable. Lleno de esta conciencia hará obras donde un defecto saliente se dejará percibir; es necesario proseguir, no se es artista en un día. Que persevere, la conciencia lo salvará. ¿Ve negro? Concienciado, pondrá todo en relación, y, con el tiempo, se acercará a la naturaleza de día en día. Lo importante es no hacer nada sino lo que él ve y como él ve. El único sostén que puede tomar de tiempo en tiempo para refirmar su marcha, es dar un vistazo a las obras de los maestros, y de los mejores: Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, Holbeim, Correggio, Tiziano, Poussin, Lesueur, Claudio Lorrain, Hobbema, Terburg, Metz, Canaletto. Estas inspiraciones no son más que para facilitar el desenvolvimiento de sus medios.

Las dos primeras cosas a estudiar son la forma, después los valores. Estas dos cosas son para mí los puntos de apoyo serios en el arte. El color y la ejecución ponen el encanto en la obra.

JUAN BAUTISTA COROT.

Caricel.

LENGUAJE Y ESTILO

NOTAS SOBRE ESTILÍSTICA

En el consenso general y aun en el universitario la sola mención de la materia Estilística es asociada a los problemas de "forma". Pero el sentido que se le asigna a esta palabra es el de exterioridad, cuando no el de "co-

LENGUAJE Y ESTILO

rección"; y peor aún de facilidad de palabra, desenvoltura verbal, habilidad retórica, etc.

Conviene aclarar el significado actual que tiene esta mención y sus posibilidades de supervivencia como materia o, mejor aún, ya veremos, como manera de ser.

El problema del estilo ha llegado a suscitar entre los escritores un conflicto tan candente que muchas veces se revela necesaria la ayuda del filólogo como única salida a las crisis que nos plantea la expresión en el mundo contemporáneo.

La "confusión de las lenguas" es a tal punto actual que el mundo contemporáneo busca una nueva lectura de la realidad, que le permita ponerse en claro ante sí mismo y ante los demás.

Expliquémonos más y mejor. Forma es ante todo una manera de estar situado ante el espectáculo del mundo. La expresión, que indica movimiento hacia algo o alguien, supone la modificación de un sistema de relaciones. En tal sentido, violenta o acata esa red, mantiene o modifica un orden colectivo. Así, dirigirse a alguien para comunicarle una novedad, es modificar su condición y modificarnos a nosotros mismos ante él. Su situación y la nuestra varían al tender el puente mediador de las palabras. No interesa aquí su forma exterior, interesa lograr un objetivo que es conmover de igual manera al interlocutor. Como se ve, aquí la palabra "forma" es necesaria, pero depende esencialmente de una "circunstancia interior". Esa circunstancia interior sería la situación actual en que nos hallamos en el momento de recurrir a la expresión.

Por tanto, entender por Estilística "corrección exterior de la forma" es, ante todo, falso. Y aquí está el nudo del problema. La salida que queda abierta a esta materia no es sólo la de una preceptiva móvil y atenta a las "nuevas gramáticas" que los autores crean sino, primordialmente, la indagación y, más aún, la asunción de una "conducta expresiva". Al decir "conducta expresiva" queremos decir también "moral expresiva", y en ese sentido captamos la hondura de la definición clásica de Buffon: "El estilo es el hombre". Modificar, hacer más adecuada la forma a la expresión es modificarnos a nosotros mismos. La corrección no es ya exterior sino interior y supone la correspondencia exacta entre nuestro "ser" y nuestro "obrar

expresivo". En síntesis, forma exterior y forma interior se unen: su apariencia de dualidad se desvanece y no queda más que una unidad iluminante. En ese sentido la forma es un imperativo ineludible y sólo así adquiere las características de la acción espiritual.

II. ¿Qué pueda ser la Estilística? Huyamos de las definiciones sin vida. Digamos, más bien, en qué condiciones debemos ponernos para entender lo que puede ser. Hay una manera de definir desde afuera que en cierto modo violencia y esteriliza el contenido que se quiere colmar. Otra consiste en dejar que simpáticamente aquí se vaya plenificando en el sentido de ver hasta qué grado y cómo nos concierne y compromete a través de distintas intuiciones, vivencias y razonamientos. Ha sido designada como materia imprecisa y equivoca, en cuanto a sus propósitos y fines.

Sin embargo no es una definición sino una actitud la que importa. Interrogar hondamente en un texto es interrogarse hondamente a uno mismo. Los libros son simples guías de viaje en el viaje hacia nosotros mismos. Por tanto, ¿cómo puede ser enseñada una materia tan subjetiva e imprecisa?

Gourmont decía que la estilística es la "especialización de la sensibilidad". Pero ¿se puede enseñar "la sensibilidad"? ¿no es más bien un concepto acabado que puede definirse sólo por la movilidad del acto de ponernos en condiciones para acoger la sensibilidad, la calidad sensitiva de tal o cual autor?

¿Existe un camino para llegar a esa especialización de la sensibilidad? Quizá uno solo: no preguntarse cuál puede ser el camino; dejar que se proponga naturalmente en cada uno de los lectores, dosificar, administrar las lecturas después de un estudio psicológico muy fino de sus simpatías y antipatías. Pero, ¿cómo puede hacerse ese estudio? Anticipando a la lectura la redacción. Una redacción libre puede dar la medida de la circunstancia sensible en que se halla el discípulo. La palabra escrita exige un compromiso mayor o menor, pero lo exige de todos modos. Quien escribe, lee de otra manera. Pero en las primeras experiencias de redacción enseñémosle a no agregar nada "que no sea cierto", a educarse en la sinceridad. Ante esta primera trucción del discípulo en nosotros, lo tenemos comprometido como para comenzar

a enseñarle. Pero no debemos intimidarlo: ser benignos en la crítica, apreciar no la "forma" sino las intenciones y trabajar desde ellas.

De ese modo al empeñar la mano que escribe —que es sólo la mía y no la del otro— en esa tarea, que es más que tarea del profesor vigilancia del desarrollo sensible del alumno, nos constituimos en el ámbito —desapareciendo nosotros mismos—, en que el joven puede apreciar finalmente las resistencias y observaciones, las dudas e incertidumbres en que oscila y se constituye su sentido crítico. Poder criticar sin herir la sensibilidad de nadie es el secreto de esta primera etapa de manifestación del alumno. El alumno percibe, cuando el profesor se anula y crea un ámbito de silencio interior, las mínimas variaciones de sus preferencias, y las correcciones se hacen insensiblemente hasta llegar a ser casi auto-correcciones.

Para esto el profesor debe evitar toda clase de las llamadas tradicionalmente "brillantes". Sólo tiene derecho a hacerlo para lograr un "estado" particular del alumno. Pero en general debe acercarse a las obras, al fragmento elegido, y titubear, pesar, dar una experiencia viva de la manifestación de los distintos planos en la lectura, y si es posible interrogar tras cada etapa de penetración.

La primera condición requerida para comprender un texto es *circundarlo de un ámbito de silencio interior*. Suprimir luego la prisa y la inquietud: evitar luego los juicios prematuros. Tomar como base, eso sí, la riqueza de la impresión personal: sólo se puede construir desde ese núcleo.

Lograr el silencio interior supone fraternizar hondamente con un texto; Lavelle y Max Picard han escrito maravillosas páginas sobre ese tema, que constituyen una verdadera preparación espiritual para comprender el milagro de la palabra y su función iluminante.

Logrado ese silencio será más fácil iniciar humildemente el estudio de la expresión: ésta no será un obstáculo sino un alma sutil que llenará de gozo nuestra vida. La excesiva polarización de lenguaje hablado y lenguaje escrito, la subestimación del lenguaje hablado y la sobreestimación del escrito y el fenómeno inverso traen como consecuencia una separación de la literatura y la vida. El alumno debe observar el lenguaje hablado de los de-

más: esmerarse en lo posible en callar cuando no encuentre la palabra justa, evitar la exageración; se dice en la Argentina: bárbaro, tarado, grande, fabuloso, monstruoso; esos desmedidos avances del lenguaje hacen que ya ningún término logre decir, en un lenguaje que merezca el nombre de tal, lo que se pretende decir; se crea un *desajuste* ya que aún la gente de cultura media usa esos interfectivos. Así cuando quiere el hablante expresarse en un lenguaje corriente y adecuado se siente afectado, o artificial, o impotente; no sabe narrar y va de inmediato a esas síntesis convencionales que estragan el "sitio", los "planos" del idioma, y le quitan gracia y colorido.

La práctica inteligente de la redacción puede esclarecer y aún crear una "conducta" distinta del lenguaje hablado, una conciencia expresiva más significativa y densa. Se ha demostrado que el niño y el hombre primitivo primero dibujan y luego confrontan ese dibujo con la realidad (un animal, por ejemplo), de tal modo que la realidad viene a integrar y a enriquecer nuestro esquema, nuestro modelo, podríamos decir interior o arquitectónico. Así, de igual modo, la redacción sincera: sobre su núcleo se va construyendo la observación: queremos ver si estamos o no equivocados en lo que "anticipamos" de nuestra realidad interior o exterior —ambas, en verdad—, una sola.

En el fondo de estas ideas está la creencia de que el hombre puede reconstruir desde sí mismo el universo entero, que no es un ser aislado sino esencialmente implicado en la sintaxis universal. La historia de la humanidad se manifiesta hasta en las inflexiones de su voz, en sus gestos, que denotan que en la composición de su personalidad pesan siglos de historia, usos y costumbres, y mecanismos primitivos invencibles.

III. Tomar como base la riqueza de la impresión personal: sólo se puede construir sobre ese núcleo. El silencio frente a un texto consiste esencialmente en crearse un estado de receptividad, si es necesario, una segunda naturaleza receptiva que siga las modulaciones íntimas de un texto y que al par que desarrolla el sentido de un texto escrito revele las de un "texto no escrito".

Es así una ciencia musical y geométrica de las ideas expresadas que tiende a restituir la arquitectura ideal

LENGUAJE Y ESTILO

173

de ideas no expresadas en las que se hallan profundamente comprometidos el lector y el artista integrados, vieutas unidad emocional o intelectual.

IV. Se puede actuar en el análisis estilístico por *construcciones conjeturales suecitas* (sin omitir ninguna). Después de cada construcción viene una voluntaria destrucción de los elementos probatorios. Al cabo de un número *n* de ensayos sucesivos hay un *elemento común insustituible* alrededor del cual el resto son variaciones que circundan el "tema" central.

Después de cada prueba se reinicia la labor con una nueva lectura: así hay primeros indicios; indicios de la primera lectura, indicios de la segunda lectura, indicios de la *n* lectura.

Por una parte se erigen así *sistemas de indicios* que van de lo más simple a lo más complejo, o bien de lo más evidente a lo más oculto y que pueden complementarse o ser contradictorios. De este modo podemos revelar hasta una *contradicción* básica y creadora de la que surge la creación desde un centro creador.

De allí una lectura creadora que exige cada vez ser más *simpatía* y pone en juego elementos de observación cada vez más finos.

Por otra parte la concordancia o no de las "lecturas" obliga a "romper los hábitos de pensamiento" y a obtener una educación casi tangible de la subjetividad.

Podemos intentar una síntesis con los elementos que quedan fuera de todas las síntesis. Así pueden coexistir varios "sistemas" y esa coexistencia revelar la plurivalencia e irradiación de cada palabra, frase, estructura en el plano creador.

V. *El verso inicial, la primera frase de la prosa, hacen a veces como un insensible manantial en la roca; no quieren destacarse del fluir de la existencia sino incorporarse como un hábito suave a las fuerzas permanentes de ella y ser de ese modo un movimiento más. El verso o la frase son confidencialmente entregados a esas fuerzas para que se confundan con ellas y sigan su mismo movimiento creador. Queremos el árbol del canto, un árbol que sin ser notado, una su presencia a los demás árboles, pero que a la vez si todos aquellos faltaran, éste fuera la cifra de la vida vegetal y hasta de la presencia perenne de la vida humana. Esa manera de iniciar en sordina*

se confunde con la vida biológica, con su lento y maravilloso laborar; el poeta no quiere ser más que una de esas fuerzas aparentemente impersonales que cumplen su ciclo.

Otro modo de iniciar la frase es irrumpir exaltados por el descubrimiento: la enunciación toma entonces la magnitud de la proclamación. El curso de los acontecimientos puede ser cambiado por esta enumeración; ya no es igual la vida después de estas palabras que le entregamos. Su movimiento creador puede crear formas distintas a las acostumbradas, desencadenar fuerzas insospechadas.

VI. La metáfora establece un plano de nuevas significaciones. El objeto aludido desaparece y queda más bien el contorno de su vacío, su presencia ausente. La metáfora juega con el no ser: sus relaciones radiantes son entre no seres, si así podemos decir. Establece un diálogo de ausencias; quedan latentes en estado activo las radiaciones de los objetos aludidos. La verdadera metáfora es por esencia dinámica: su perennidad se cumple en el movimiento; y no por relación con el objeto aludido sino por *desaparición significativa* de éste. Es la metáfora un paradigma de infinito que logra la armonía entre la quietud y la movilidad.

HÉCTOR E. CIOCCINI.

ORACIONES IMPERSONALES

En los verbos que expresan fenómenos naturales, como *llover, nevar, tronar, relampaguear, granizar, amanecer, anochecer*, etc., es muy difícil personificar un sujeto agente distinto de la acción misma. Son los verbos *unipersonales* naturales, que sólo se conjugan en tercera persona de singular.

En la representación mental de estas acciones, el sujeto está incluido en la acción misma, la *lluvia*, la *nieve*, el *trueno*, etc., de modo que llevan un sujeto interno inseparable de ella, de igual manera que los verbos de estado pueden extraer un acusativo interno de su propia significación. Las oraciones *Vivíamos una vida feliz* y *Llovía una lluvia helada*, son ejemplos de representación

psicológica en que el complemento directo y el sujeto, respectivamente, han sido diferenciados gramaticalmente del verbo que los lleva en sí. No es necesario ni frecuente este pleonismo, y por ello se enuncian los fenómenos naturales mencionados sin desgajar de ellos el sujeto que contienen. Cuando quiere atribuirse la acción a otro sujeto, como causante o productor del fenómeno, hay que designarlo expresamente: *Amanecerá Dios y medraremos; Júpiter tronaba en el espacio*. Aun en estos casos el sujeto está en tercera persona, puesto que tales acciones no pueden atribuirse a la primera o segunda más que muy excepcionalmente.

Cuando están empleados en acepción figurada, pierden estos verbos su sentido impersonal: *Su boca llovía injurias; Amanecei feliz y aiardecí desdichado; Anochecimos cerca del pueblo*.

Aparte de estas oraciones impersonales naturales, todos los verbos, transitivos o intransitivos, pueden usarse impersonalmente, bien por desconocerse el sujeto, bien por callarse intencionadamente, o bien por carecer de todo interés para los interlocutores: *Llaman a la puerta* (sujeto desconocido); *Me han regalado un reloj* (sujeto callado intencionadamente); *No me han dejado pasar* (sujeto sin interés). El verbo va en tercera persona del plural, aunque el que habla sepa que el sujeto es una sola persona: *Le han dado un palo en la cabeza*. El carácter indeterminado del sujeto se ve bien en oraciones como las siguientes: *Cuentan pormenores alarmantes de lo ocurrido; Lo tienen por tonto; Este año recogerán mucho*.

Forman grupo especial las oraciones impersonales con se, emparentadas histórica y psicológicamente con las de pasiva refleja. En toda oración segunda de pasiva, de cualquier clase que sea, se calla el agente o productor de la acción cuando pierde su interés para el que habla. *La paz fué aceptada por los plenipotenciarios* o *La paz se aceptó por los plenipotenciarios*, se convierten en *La paz fué aceptada* o *La Paz se aceptó* (segundas) en cuanto no importa el ablativo agente. *En La Paz se aceptó* (pasiva refleja), si el sujeto pasivo estuviese en plural diríamos *Las paces se aceptaron*. La oración es impersonal en el sentido de que no hay determinación del sujeto

agente; pero seguimos sintiéndola como pasiva, equivalente a *Las paces fueron aceptadas*.

Cuando el sujeto era persona nacía ambigüedad: *Se ayudan los estudiantes* lo mismo podía significar acción recíproca, que pasiva (*los estudiantes son ayudados*). Desde el siglo XV comienza a fijarse en este caso la práctica de poner el verbo en singular acompañando al sujeto pasivo con la preposición *a* (*se ayuda a los estudiantes*), con lo cual se distingue netamente de la recíproca. Pero entonces, inmovilizó el verbo en singular y acompañando los *estudiantes* con la preposición *a*, quedaron convertidas en oraciones activas de sujeto indeterminado (*se*) con el verbo en tercera persona de singular (*ayuda*) y un complemento acusativo de persona con la preposición *a* (*a los estudiantes*). Esta construcción, consolidada ya en el idioma con sujetos personales, tiende a propagarse con toda clase de sujetos. Claro está que sin preposición cuando se trata de cosas. La vacilación presente entre *se venden botellas* y *se vende botellas*, *se alquilan habitaciones* y *se alquila habitaciones*, tan discutidas por los gramáticos, depende de que prevalezca la idea de que *las botellas son vendidas* (impersonal pasiva) concertando el verbo con su sujeto pasivo, o de que un sujeto indeterminado (impersonal activa) *vende botellas*. La construcción pasiva es la tradicional, y predomina en la lengua literaria; la impersonal activa se abre camino principalmente en el lenguaje corriente, sin que esto quiera decir que falten ejemplos de uno y otro uso en ambos dominios del idioma. Hay además preferencias locales en favor de una u otra construcción en diferentes zonas geográficas de la lengua española¹.

En singular no hay signo gramatical que exprese cuál es la representación o intención dominante; pero es evidente que en *se ha divulgado la noticia* cabe pensar que

1. CROMBIE, JOSE LUIS, que hay que rechazar la hipótesis de la Act. déica, y de otras. Granaditas, de que se trata de un galicismo en que intervienen los testamentos de un. El hecho tiene documentadas raíces en la historia del español para lo poner que es una evolución espontánea de un mismo, la cual no quiere decir que no se cometan fallos en la interpretación y traducción del un francés; para ellos no han podido desarrollar un fenómeno tan extraño.

alguien la ha divulgado (impersonal activa), o que ha sido divulgada (impersonal pasiva). Parece que la anteposición del elemento intencionalmente dominante contribuye a sugerir el pensamiento que informa la oración. Compárese el efecto estilístico de *se ha divulgado la noticia* con el de *la noticia se ha divulgado*. Otras palabras del contexto pueden fijarlo con seguridad, por ejemplo: *con mala intención* insiste en el divulgador (impersonal activa); *con gran rapidez* hace pensar en una cualidad de la noticia (pasiva). Se trata, pues, de un fenómeno lingüístico que está actualmente en evolución, invisible en singular; pero en plural, la concordancia o no concordancia con el verbo nos dice si se ha sentido como sujeto pasivo o como complemento directo, respectivamente.

De esta manera el pronombre se, partiendo de su valor reflexivo originario, ha llegado a ser representante de un sujeto impersonal equivalente al antiguo castellano *on*, que se perdió muy pronto (francés *on*, alemán *man*). En este cambio de función y significado ha pasado por la etapa de signo de pasiva, y desde ella hasta se dice, se supone, se canta, se trata de, etc.

Con los verbos reflexivos no puede usarse el *se* impersonal ni el pasivo. Se sustituye entonces por el indefinido *uno*, *una*, solución análoga a la del empleo de *one*, que adopta el inglés en casos parecidos: *Se acostumbra uno a todo; uno se atrevería a hacer lo mismo; se despeina una con ese viento*. Obsérvese que la variación del género del indefinido *uno*, *una*, depende del sexo de la persona que habla, lo cual indica cierta participación en el sujeto impersonal y, por consiguiente, una ligera determinación. No es obligatoria, sin embargo, la forma femenina. Una mujer puede decir *se conmueve uno con esas escenas*.

Los verbos *haber*, *hacer* y *ser*, en su uso impersonal, adoptan construcciones de tipo impersonal, como las de los verbos que expresan fenómenos de la naturaleza. Ejemplos: *hubo fiestas*, *hace calor*, *es temprano*, donde las palabras *fiestas*, *calor*, *temprano*, son complemento directo o atributo de los verbos respectivos. El sujeto queda indeterminado, algo como *la gente tuvo fiestas*, *la estación o el tiempo hace calor*, *el momento a que me refiero es temprano*. El empleo de la forma *ha* del verbo *haber* para indicar transcurso de tiempo es exclusivamente literario: *mucho tiempo ha*. La forma corriente

del presente del indicativo impersonal es *hay*, p. ej. *hay buenas noticias*.

Haber y *hacer* tienen entre sus varias acepciones la de indicar vagamente existencia o presencia, análoga a la que corresponde a los verbos *ser* y *estar*: *No hay nadie*; *Hace mucho frío*. Esta significación indeterminada explica que en buena parte de las provincias de Levante y en algunos países hispanoamericanos (Chile), se interpreten como verbos substantivos, y se diga *hubieron fiestas*, *habían muchos soldados*, *hicieron grandes heladas*, concertando el verbo con su complemento plural, porque no es sentido como complemento sino como sujeto. Este uso no pasa de ser local, como ya hemos dicho, y no tiene cabida en la lengua literaria.

SAMUEL GILI Y GAYA
Cursos Superiores de Sintaxis Española.
SPES, S. A., Barcelona.

LOS DIMINUTIVOS

Los folkloristas, gramáticos y dialectólogos aficionados de cada una de nuestras regiones (Andalucía, Salamanca, Aragón, Chile, Antillas, Argentina, Centro América, México, etc.) suelen escribir más o menos: "El diminutivo es una de las más decisivas características del habla de nuestro pueblo". Al oír a los folkloristas de todas las regiones, es claro que se desvanece su intento de interpretar la abundancia del diminutivo como un particularismo de cada una. Cada uno, en ignorancia de las demás regiones, no hace más que oponer la lengua local a la lengua general. Pero de su error podemos aprender algo más aproximado a la verdad: la abundancia del diminutivo es un rasgo de lo regional, del habla de las regiones en cuanto que se opone a la general. Y como esta oposición es mayor en los campos que en las ciudades, es el diminutivo, sobre todo, un rasgo del habla rural. Ahora bien, en el llamado abuso del diminutivo, los valores más frecuentes son los activos de afecto y cortesía

(y el efusivo)¹. La profusión de estas formas, pues, denuncia un especial carácter cultural, una forma socialmente plasmada de comportamiento en las relaciones coloquiales, que consiste en la reiterada manifestación del tono amistoso en el hablante y su petición de reciprocidad.

Los ambientes rurales y dialectales que han creado y que cultivan estas maneras sociales suelen ser reacios a los modos de las relaciones interpersonales más disciplinadas de las ciudades o de las clases cultas, porque los juzgan más convencionales y más insinceros e inexpressivos que los suyos.

Pero, aunque los medios rurales son los más propicios para la creación y propagación de estas formas, no es admisible invertir los términos y decir que la abundancia de diminutivos sea un signo de populismo, regionalismo o ruralismo. Basta acordarse de la literatura latina, y, sobre todo, de la refinada y alejandrina poesía de Catulo, con sus *sotiololum misellus*, *turgidullu ocelli*, *labella*, *integellus*, *flosculus*, *amiculus*, *lectulus*, etc.

AMADO ALONSO

1. Véanse en los *tantito*, *todito*, *todito*, *luequito*, *ahorita*, *alguita*, *minuto*, *enseguida*, *adiocito*, *ajustito*, *cerquita*, *lejitto*, *madita*, *nañita*, *peñita*, *añi*, *nomacito*, *ollito*, *más acocito*, *allacito*, *apacito*, *prondito*, *de-trasito*, *riencacito*, *nunguito*, en cuanto pueda, *apenitas*, etc., usados por unas y otras regiones de América y de España. Recuérdense ejemplos en situaciones concretas, y se verá cómo las más veces no hay una variante en la posición conceptual o afectiva del hablante respecto del objeto nombrado, sino corteja y afecto hacia el oyente. Naturalmente, hay especializaciones conceptuales: en Chile, *agüita*, es "agua valiente"; en la Argentina, *de mañanita*, "por la mañana temprano"; en la República Dominicana, *ahorita*, "hacer poco", o "pronto" (mientras *ahora* significa "ahora"); *siñidita*.

LA PROPIEDAD LINGÜÍSTICA

Impropiedad, *barbarismo* y *solecismo*. Según el Diccionario oficial, la propiedad es "el significado o sentido peculiar y exacto de las voces o frases" (sólo el sentido y no la forma), e impropiedad es "la falta de propiedad

gramatical". Si la Academia lo permitiese, yo aplicaría también la noción de propiedad e impropiedad, no sólo al sentido, sino también a la forma. En este caso, serían impropios *andó* en vez de *anduro* y *méndigo* en vez de *méndigo*. Si la Academia lo permitiese, yo retiraría de la nomenclatura escolar los dos términos *barbarismo* y *solecismo*, que el habla viva ha retirado ya de la circulación. Los gramáticos llaman barbarismo a cualquier vicio de la palabra, ya sea formal, ya de sentido. Pero esta denominación tradicional no es de envidiable propiedad, pues barbarismo significó propiamente el extranjerismo del lenguaje, y se aplicó a los extranjeros, que destruyen la pronunciación, sin pensar que los extranjeros destruyen también la sintaxis y todos los elementos del idioma aprendido. Yo condenaría esta palabra gramatical, porque el verdadero barbarismo debía llamarse, y no se llama, la palabra extraña, como *gol* en vez de *tanfo*, o *cock-fel*, y porque el barbarismo normal, que es la viciosa deformación de las voces, se debe generalmente a los nacionales y apenas a los peregrinos. Los gramáticos llaman solecismo a la falta de sintaxis, dicho así, como se sabe, del pueblo de Soli de Cilicia, que destruía el griego; algo así como si en España hubiésemos querido llamar vizcainismo al vapuleo de la sintaxis: que no hemos querido llamar porque la llamada concordancia vizcaina vale menos para nuestros gramáticos que la prestancia de la nomenclatura griega. En espera de la presunta tolerancia de la Academia, yo extendiendo, pues, aquí mi partida de decésion al barbarismo y al solecismo y llamaré propiedad a la corrección y llamaré propio a todo lo que es correcto, tanto en la forma como en el sentido.

Incertidumbre de la propiedad. La propiedad o impropiedad de una palabra nueva es un tema que se plantea no sólo a los técnicos sino a todo individuo de cualquier nación. Todos, alguna vez, somos jueces en esta causa. Desde el labriego a los académicos, todos los hablantes sienten el celo de la rectitud de la lengua. Esta propensión a creernos todos jueces capacitados hace pensar que el litigio de la propiedad es sencillo. Pero, por otro lado, el ver que hasta entre los técnicos hay discrepancias radicales hace pensar que el pleito es oscuro. Subjetivamente, en la propiedad hay una indulgencia usual o un celo riguroso que a veces es excesivo, una ultra correc-

dión o hiperurbanismo de los gramáticos. Nos parecía incorrecto el término *ceo* de consejos, que en la buena forma del latín *ceus*, y hemos admitido un absurdo *cedo* (aunque seguimos burlándonos de *bucalado*).

Propiedad relativa. Objetivamente, no hay más que palabras de propiedad suficiente. Como en la virtud de los hombres, no hay en las palabras una que sea del todo buena, ni tampoco una que sea del todo mala. Quiero desde el principio que hagamos aquí esta confesión pública de nuestros pecados lingüísticos, no para escandalizarnos, sino para no engreirnos. Luego buscaremos consuelo y disculpa de nuestras faltas. Con distintos grados de virtud lingüística, llamamos buena o propia a la que con sus imperfecciones consideramos admisible en la comunicación del idioma. Las demás no entran en el círculo oficial por una condición cualquiera que desdice de las normas comunes. Un sueldo *bárbaro* y una fortuna de *medo* los repudiamos porque tienen razones en contra, no porque estas voces no tengan razones a su favor. El que dice *restringir* comete una falta, pero esta falta la funda en una ley, en la analogía con *restringir*; como el latino que inventó malamente *pintor* en vez de *pictor* lo fundó en la analogía con *pingere*.

V. GARCÍA DE DIEGO.
Lecturas de Lingüística española.
Ed. Gredos, Madrid.

CORRECCIONES DE GRACIÁN

(N. de la R. Obras acerca del trabajo del estilo, según la corrección de los manuscritos, son raras en nuestra lengua. Notable importancia estilística tiene el libro de Miguel Romera - Navarro, *Estudio del Autógrafo de "El Héroe" Graciano*. Como él dice, tan acertadamente, en el comienzo del Prefacio de este ensayo: "Curioso y grato será siempre sorprender en su estudio a un autor que admiramos, verle trabajar en la intimidad, puliendo y revisando su manuscrito, cómo corre y cómo vuela su noble pluma, buscando en las enmiendas las cualidades más de su gusto, propiedad, elegancia o vigor, sencillez o distinción, viveza o concisión. Ahí, en los toques de la

pluma, están sus preferencias ideológicas y estilísticas —materia y forma unidas indisolublemente— y el proceso entero de su pensamiento. Ahí, también, los recursos de su arte, los medios y combinaciones que se vale, la clave toda de su estilo.

Tomamos las correcciones de una parte del "Primor XVII" de *El Héroe* de Gracián, según el texto del manuscrito que estudia Romera - Navarro, pero antes reproducimos el fragmento de ese Primor para que el lector lo tenga presente en la lectura de las correcciones.

"Primor XVII". *Toda prenda sin afectación*. — Toda prenda, todo realce, toda afectación, ha de engastar en sí un héroe; pero afectar, ninguna.

Es la afectación el lastre de la grandeza

Consiste en una alabanza de sí, muda, y el alabarse uno es el más cierto vituperarse.

La perfección ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en el olvido los demás.

Es muy libre la estimación, no se sujeta a artificio, mucho menos a violencia. Ríndese más presto a una elocuencia tácita de prendas, que a la desvanecida ostentación.

Impide poca estimación propia, mucho aplauso ajeno. Juzgan los entendidos toda afectada prenda, antes por violenta que por natural, antes por aparente que por verdadera; y así da gran baja en la estimación.

Todos son necios los Narcisos, pero los de ánimo, con incurable necesidad, porque está el achaque en el remedio.

Pero si el afectar prendas es necesidad de a ocho, no le quedará grado al afectar imperfecciones".

1. *Toda prenda, todo quilate, toda perfección*, cuyo quilate, por su sentido figurado ("grado de perfección") hace redundante la expresión que sigue, fué corregido con realce.

2. *Un varón cabal, cambiado en el ímpetu por un héroe*, sin otro objeto aparente que el de repetir de vez en cuando un sustantivo que sirve de título a la obra.

3. *Es la afectación lastre de la grandeza*, ligado después a la oración que antecede con la conjunción causal porque, la cual suprimió en el ímpetu, creyendo digna de destacarse por sí sola esta sentencia; revisó lastre con

el lastre, cuyo artículo con su determinación excluida, acentúa la gravedad de la afectación.

4. *El alabarse uno es el más propio vituperarse*, alterado en el ímpetu propio, ambiguo, con cierto.

5. *Es discreto castigo que al que se acuerda de sí le pongan en olvido los demás*, sustituido discreto con merecido, como consecuencia de otra corrección, al que neciamente se acuerda de sí discretamente le pongan en olvido, etc., que acertadamente explica y vigoriza el concepto. En el ímpetu agregó un artículo, en el olvido, aunque no lo llevaba regularmente, entonces como hoy, tal modismo, pareciéndole acaso al autor idea más eficaz la de poner a uno en el lugar o región del olvido que la de ponerlo en olvido u olvidarlo sencillamente.

6. *Es muy libre, y aun anómala la estimación humana, y no gusta de diligencias, mucho menos de violencias*. Modificó estimación humana con nuestra estimación, eligiendo la expresión menos abstracta; diligencias, aquí vago e inexpresivo, con artificios; tachó la segunda conjunción y para que la oración que encabeza quedase desligada de la anterior, con mayor relieve. En el ímpetu condensó la primera proposición, poniendo sólo *Es muy libre la estimación*, y reforzó la segunda, *no se sujeta a artificio, mucho menos a violencia*, donde ese *no se sujeta* es más intenso y decisivo que el *no gusta* de antes, aunque el cambio de los dos sustantivos del plural al singular sin ponerles artículo muestra su intencionado cultismo.

7. *Ríndese más presto a una elocuencia callada de méritos y prendas que a la desvanecida ostentación*, tachado y prendas para escribir el mismo sustantivo al fin, ya que se holgaba en el primer miembro, y ahora en el segundo, precedido de la preposición *de*, sirve de afortunado paralelismo (*elocuencia de méritos ostentación de prendas*); en vez de un sujeto tácito (*la estimación*) de *ríndese*, puso otro expreso, *el juez único*, con signo de interrogación encima, dudosos al parecer entre conservar el vocablo o tacharlo sin soborno. En el ímpetu eliminó el nuevo sujeto expreso de la corrección, que no encaja del todo bien en el concepto, quedando sobreentendida otra vez la estimación como sujeto; mudó *elocuencia callada de méritos en elocuencia tácita de prendas*, con adjetivo más propio, más significativo, y con sustantivo más concreto y eficaz, y esto le obligó a corregir el plau-

sible paralelismo arriba señalado suprimiendo de *prendas* *tras ostentación*; quedó, pues, la frase así: *Rindese más presto a una elocuencia lúbrica de prendas, que a la desparecida ostentación, más ceñida y puntual que las redacciones anteriores.*

8. *Impide muchas veces una pequeña estimación propia un grande aplauso en los otros.* Substituyó las últimas palabras con *aplauso ajeno* para mayor correspondencia verbal con *estimación propia*. En el impreso desechó muchas veces para hacer la afirmación más general y absoluta, y los indeterminados *una* y *un* por puro cultismo; enmendó el adjetivo *pequeña* con *poca*, preferible dentro de la sinonimia para la cantidad, como aquél para el tamaño, y consiguientemente reemplazó *grande* con *mucho* para guardar correspondencia entre los términos, dejando la frase, antes muy llana y natural, recortada ahora y culterana: *Impide poca estimación propia mucho aplauso ajeno.*

9. *Júzgase la prenda afectada antes por violencia que por natural y así da gran baja en el crédito.* Substituyó *crédito* con *valor*, deseando señalar el efecto en una cualidad intrínseca más bien que en otra contingente o accidental. En el impreso amplió la frase: *Juzgan los entendidos toda afectada prenda antes por violencia que por natural, antes por aparente que por verdadera, y así da gran baja en la estimación, donde se puntualiza el sujeto (los entendidos) para mayor exactitud del concepto, se antepone el adjetivo (afectada prenda) suponiéndolo giro más elegante, se reitera un pensamiento con expresión afortunada (antes por aparente que por verdadera) para marcar más aún la censura de la afectación, y se substituye valor con estimación, considerando ahora que si aquella prenda es más aparente que verdadera (según la nueva redacción) no procede rebajar su valor, inexistente, sino su estimación.*

10. *Todos son necios los narcisos [.] pero en superlativo grado los de entendimiento [.] irremediable necesidad ser narciso de [entendimiento, tachado antes de continuar] ánimo. Si es necio el narciso de lo exterior, será más el de lo interior [.] y más irremediable el achaque.* Estas frases con pesada repetición de vocablos y conceptos indican que el autor las escribió para luego aprovecharlas refundidas en nueva redacción. Con otras tachaduras y adiciones, quedaron como sigue en el manuscrito: *Todos*

*son necios los narcisos pero [serlo, tachado] los de entendimiento con [incurable achaque, tachado] irremediable necesidad [como si la tal, seguido de dos vocablos ilegibles, en el margen]. Si es necio el narciso de lo exterior, serlo el de lo interior [.] y más incurable el achaque porque está el mal en [quien habrá de curarle, tachado] y puesto rematar, luego tachado] de ser el médico mismo, que así quedó sin sentido, no molestándose en revisarlo aquí tal vez por ir pasando a otro manuscrito, a medida que corregía, la redacción definitiva: Todas estas frases fueron refundidas en una sola, rápida, elíptica y conceptuosa, en el impreso: *Todos son necios los narcisos, pero los de ánimo con incurable necesidad, porque está el achaque en el remedio, significando con esto último que está la enfermedad en lo que es el remedio de la necesidad, es decir, en la inteligencia misma.**

11. *Pero si el afectar prendas [es la, sigue una tachadura ilegible y luego del aborrecimiento, no queda grado, tachado antes de continuar] es necesidad de a ocho, no queda grado al afectar vicios, errada del todo la necesidad.* Cambió no queda por *no le queda*, restituyendo con el dativo la debida relación sintáctica; tachó *errada del todo la necesidad* al notar la monótona repetición del mismo sustantivo por tres veces en sólo tres renglones. En el impreso modificó *queda* con *quedará*, cuya posterioridad da mayor viveza que la coexistencia a la apodósif o consecuencia de la condición; *vicios*, demasiado fuerte e improbable para que haya quien los afecte, con *imperfecciones*, más adecuado y admisible.

MIGUEL ROMERA-NAYARRO.

LIBROS Y REVISTAS

JEAN LUCCIONI, *La pensée politique de Platon* (El pensamiento político de Platón). Presses Universitaires de France. Paris, 1958.

El autor se propone desarrollar, sobre la base de un conocimiento acabado del texto, todos los elementos que integran la teoría política platónica. Platón —dice L.—

que vivió en un siglo colmado de acontecimientos políticos, se propuso comprenderlos y medir sus consecuencias. El autor señala la importancia que tiene en la reconstrucción del pensamiento platónico la cronología de los diálogos, por cuanto el filósofo ha incorporado progresivamente una mayor experiencia de la realidad histórica y una capacidad especulativa cada vez más sorprendente.

El libro está dividido en cuatro capítulos. El primero, titulado "El aspecto histórico", sitúa el problema a partir de la *Caría VII* y de los elementos autobiográficos que ella contiene. Asimismo subraya la necesidad de observar el panorama político de Atenas, que constituye el trasfondo de la experiencia personal de Platón. Ese panorama adquiere además, como consecuencia de la muerte de Sócrates, una significación particular en el ánimo de su gran discípulo. Sucesivamente el autor examina las consecuencias de la oligarquía y de la democracia atenienses, para explicarse la peculiar actitud de Platón frente a estos dos regímenes. Su juicio francamente desfavorable arranca, naturalmente, de una toma de posición donde se advierte con nitidez el temperamento interiorizador del maestro. El gran tema platónico, el tema de la justicia, encuentra pues en esta experiencia ateniense un punto de partida significativo y fecundo. Analiza posteriormente L. el vínculo de Platón con Sicilia, lo que en términos de concepciones políticas se manifiesta en el juicio de Platón sobre la tiranía, y finalmente extiende el autor sus investigaciones al problema del conocimiento que pudo tener Platón de las instituciones y del régimen político de Esparta. Si en Atenas y en Sicilia, respectivamente, Platón había obtenido una visión personal de oligarquía, democracia y tiranía, es en Esparta donde el filósofo encuentra los elementos históricos, del cuarto régimen imperfecto, analizado en la *República*, el de la *timocracia*. Luccioni se propone examinar cuáles son las fuentes de información y hasta qué punto Platón partía, también en este caso, de un contacto directo con la realidad política de Esparta. Este primer capítulo posee el valor de trazarnos, en forma sobria y precisa, un cuadro histórico que tiene por objeto vincular la teoría política platónica con una experiencia del mundo griego. En las exigencias inque-

brantables de la concepción de la ciudad, ve L. un efecto de aquella experiencia, en un período, como el del siglo IV, cargado de tormentas políticas.

El capítulo segundo, titulado "El aspecto filosófico", constituye una exposición minuciosa de la teoría política. Tomando como base el texto de la *República* y de las *Leyes*, L. nos muestra la interdependencia entre la concepción del hombre y de la sociedad; investiga asimismo en qué sentido el tema de la justicia es efectivamente el centro de la meditación platónica. Este capítulo resulta de una claridad verdaderamente magistral; denota además un respeto escrupuloso al texto mismo, cuyos elementos se prestan a veces a interpretaciones insuficientes, en la medida que no contemplan la totalidad de las circunstancias y factores que impulsaron la meditación del filósofo.

El tercer capítulo, "El aspecto religioso", considera a su vez el problema de Dios en la ciudad platónica, y en forma más general el de la religión de Platón. Y finalmente en el capítulo cuarto, titulado "El aspecto práctico", indaga L. si las características de la sistematización política en Platón obedecen a una solución puramente teórica, o si el filósofo entrevió las dificultades de su sistema y procuró ceñirlo a las exigencias de la realidad.

En las teorías políticas de Platón se percibe la personalidad más profunda del filósofo y del metafísico. Al mismo tiempo, ellas son un resultado de las preocupaciones morales y religiosas, en cuyo marco Platón tiende, por un lado, a eliminar factores tradicionales perniciosos, y por otro, en una especie de curva del sentido común, a no caer en un utopismo desvinculado de la tradición. En general, la preocupación por entender la realidad confluía a la teoría platónica de la ciudad una significación metafísica mucho más destacada que la de un simple cuadro de reformas sociales, aunque se supongan basadas en un sabio y estricto concepto de la justicia. Pues la justicia es en el filósofo un ámbito metafísico que en el nivel moral o religioso, en el orden especulativo o social, en el terreno de la exposición dialéctica como en el de la fábula o mito, señala inequívocamente un tema fundamental en la arquitectura de su pensamiento.

El libro se caracteriza por una medida poco común en obras dedicadas a exponer la naturaleza y la orientación del pensamiento político en Platón. El método del libro por otra parte y la claridad con está dispuesta la materia a desarrollar le confieren un indudable valor. Por otro lado, esa medida y ese método se aplican a desentrañar con máxima objetividad el sentido de la reflexión platónica, sin olvidar el contexto, la estructura concreta o la significación de ciertos elementos de la vida griega, que deben tenerse en cuenta para no caer en exageraciones. La creación ideal de Platón, en el orden político, no implica una suerte de alejamiento desdeñoso de la realidad, ni un intento de forzar lo que en ella sea más fuerte que el propio pensamiento. Las soluciones platónicas no son por eso mismo de una rigidez racionalista; tienen todo el aspecto de una obra inspirada, atenta a recoger los menores indicios de las cosas mismas, pero resuelta también a destacar el valor de la mente en la organización del mundo.

El libro se cierra con una amplia bibliografía y diversos índices que pueden facilitar su manejo.

CARLOS A. DISANDRO.

GUSTAV BALLY. El juego como expresión de libertad. Fondo de Cultura económica. México, 1958.

El tema del juego estudiado en esta obra, aporta nuevo material para el análisis del importante problema de la conducta del hombre. El investigador procede a trazar un planteo de orden espiritual humano en el que se introducirá por la observación de la conducta instintiva de los animales, indicando semejanzas y diferencias con relación a los actos humanos. Como denominador común a ambos modos de conducta, señalará el juego.

La cita del estudio de F. Fraser Darling sobre la conducta de los venados libres, publicado en 1937, hace conocer sus observaciones sobre los juegos variados de animales, al distinguir ciertos motivos instintivos parecidos a los que probablemente existen también en el fondo de la conducta social humana.

Su objetiva exposición psicológica del juego en los animales y del juego en general conduce hacia el apasionante tema de la libertad. Desde el comienzo, al referirse a los primeros actos instintivos, dependientes, sin ningún sentido de la libertad, sus investigaciones nos enfrentan inmediatamente con este problema. En el capítulo dedicado a "Concepto de juego", las citas y tesis de estudiosos investigadores, particularmente de Lorenz, que distingue en sus fundamentos mismos la conducta de apatencia de la conducta instintiva, esclarece su propio concepto, y rechaza la opinión de que el juego ejercita los instintos. Así, llama *juego* a "aquella conducta animal que se refiere a determinados objetos dentro del ámbito de la apatencia, relación que se repite una y otra vez, "hasta el cansancio" en el ir y venir, comenzar e interrumpir, que se da bajo las formas más variadas". El juego, afirmará, se hace posible por el relajamiento de las coacciones instintivas, relajamiento que se le garantiza al animal joven por el cuidado de la cría, y al hombre por la seguridad social, siendo ésta la que proporciona el margen en el que tiene su sede la libertad. La vivacidad juguetona en los animales, ha sido observada durante el período de la juventud —perdiéndose con el tiempo—, como pudo comprobarse con los viejos chimpancés del laboratorio de Yerkes, notables por su "seriedad animal". Constituye la segunda parte de la obra, el tema de "el hombre y el juego". De una manera precisa se sitúa al hombre, a través de sus capítulos, dentro del medio biológico-psicológico en que vive. La ubicación de Bolh y de Freud y su exposición sobre la "discrepancia temporal de desarrollo entre dos principios, el individual y el genérico" permite un balance de las investigaciones obtenidas, que subrayan la actividad del juego en la conducta humana: "El cuidado y la protección que los padres dispensan durante tanto tiempo al niño que se encuentra en desarrollo y la disposición tan polifacética con que nace el hombre, hacen que el juego se convierta en un agente importante —si no el más importante— de la vida del niño".

A partir de los capítulos que siguen, penetrará más hondamente la cuestión espiritual humana. Sus observaciones sobre la conducta del hombre social demuestran cómo, en la base de su existencia en común, surge

para el hombre la posibilidad de comportarse siempre en comunidad, de esta o de aquella manera, haciendo residir la fundamental diferencia entre la sociedad humana y todas las sociedades de animales en su afirmación: "Los hombres no podemos vivir sin conducir esta vida".

El concepto de orden social es analizado como necesario al desenvolvimiento libre del hombre, quien, a los fines de no caer vencido, ha de conservar la libertad basada en el aseguramiento y en la protección del enemigo, asimismo, para su adultez.

El análisis del concepto: "El hombre libre se pone voluntariamente cadenas cuando se encuentra con seducciones", conduce al planteo de un problema por demás humano: la tentación y la virtud. Desarrolla los conceptos de "mismidad" en relación con la exigencia de un mundo humano que deberá mantenerse para siempre, de "la individualidad como unidad imperdible" y el de "proximidad" para llegar con otras disquisiciones a la problemática del hombre moral. Sostiene con Schiller que "mientras el hombre natural, el hombre físico es real, el hombre moral en cambio es sólo problemático", pero afirma que la estructura social del mundo moral arraiga en la naturaleza, de la que nunca podrá el hombre evadirse, aunque se ve forzado a la libertad, a causa de aquella, que lo amenaza, que lo deshumaniza en cuanto adquiere poder sobre él. Por un raciocinio gradual llega a demostrar que sólo el hombre "pósee la posibilidad de tener conciencia y no es sino en la conciencia donde el objeto se convierte propiamente en espejo de la naturaleza humana, en punto de partida del conocimiento del mundo y de sí mismo". La imagen del hombre que juega se muestra a la altura de la libertad, que trata de mantener eternamente para sí y para la humanidad entera. En el límite en que se abre el abismo, tiene su fin el juego y el mundo abierto del hombre. Más allá, en la oscuridad que limita el margen de la libertad —lo eterno, lo trascendente, lo que no puede penetrar el hombre con su saber—, es descubierta la misión divina del género humano, misión que sólo consiste en alcanzar por la fe, el mundo divino que le es dado presentir. Apoyado en este fundamento, la imagen del hombre es completa. En la triple actitud del "sacerdote", el "gu-

rrero" y el "campesino" está oculta la última verdad que realmente interesa al hombre: "lo bello y lo noble". No lo bello que puede confundirse con el placer pues esto no es conocer la belleza; lo bello de las obras arrancadas desde el abismo de las tragedias humanas y guardadas como documentos eternos de épocas, de pueblos y de hombres.

Dentro de la investigación actual, con examinada documentación, presenta Bally el juego como elemento vital del desarrollo del espíritu: "La vida bella de que han surgido las venerables obras de la humanidad, nos dice, requiere el margen de la libertad. Es un juego alegremente atrevido frente a la insondable seriedad de lo eterno e inescrutable".

ELVIRA B. ZINGONI.

MARCOS SASTRE, JUAN BAUTISTA ALBERDI, JUAN MARIA GUTIÉRREZ, ESTEBAN ECHEVERRÍA, El Salón Literario. Hachete. Buenos Aires, 1958.

Las inquietudes de una generación que orientó el camino hacia la vigencia de la libertad y el orden en nuestro país recoge este libro, editado por Hachette en su colección "El Pasado Argentino". El Salón Literario de Marcos Sastre conformó no sólo un oasis intelectual en medio de la dictadura, sino el lugar donde se plasmaron ideas y soluciones que se proyectaron a las generaciones posteriores. En un extenso estudio preliminar, Félix Weinberg refiere las circunstancias de su formación y las características de la época. "El Salón Literario se instaló en dos amplias habitaciones en la trastienda de la librería de Sastre. Imaginemos acercarnos allí. Atravesamos el negocio —ornamentado con mapas desplegados, pinturas y retratos— con su mostrador y estantes pleróticos de volúmenes a la rústica o encuadernados sobre las más disímiles materias y en varios idiomas. Casi en un extremo del local enfrentamos una puerta entreabierta. Separamos con las manos un cortinado que cierra el paso y entonces sí, ahí está el Salón. Lo que primero admira nuestra curiosidad —anota Wein-

berg— son dos severos armarios de caoba, abiertos, mostrando en su generoso interior anaqueles con libros. Y aplicados a la pared varios estantes con más libros; unos cuantos cientos, acaso un millar, cuidadosamente alineados en doble fila". Cita Weinberg algunos de los nombres que aparecían en los estantes: "Sainte-Beuve, Lermulier, Montaigne, Shakespeare, Delavigne, Hugo, Villamaín, Destutt de Tracy, Byron, Dumas, Lamennais, Herder, Lamarine, Robertson, Constant, Béranger... y un poco más arriba, con Jovellanos, Cervantes, Ulloa, Fray Luis de León, Feijoo, Larra, Salvadora Pajardo, Calderón, Quintana, Espronceda... En otro estante, consagrado a clásicos: Tácito, Plinio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Juvenal, Lucrecio, Séneca... Y más autores, Cabanis, Simon-Di, Bentham, Cuvier, Locke, Vico, Rousseau, Linneo, Adam Smith, La Harpe, Franklin... De pronto tropezamos con Andrés Bello y casi a su lado la *Historia Civil* del Dr. Funes, *Vida y memorias de Mariano Moreno*, *La Campaña de la Sierra*, de Arenales, *La Lira Argentina*, la *Memoria sobre pesos y medidas*, de Senillosa, obras de derecho de autores nacionales, como Antonio Sáenz, Pedro Somellera, Manuel Antonio Castro, los cursos de ideología de Juan Crisóstomo Lafinur y de Fernández de Agüero; y periódicos ya viejos como la *Gaceta*, *El Argos* y *La Abeja*..."

La librería de Sastre ofició de albergue conciliador de las más dispares interpretaciones de los hombres que vivían los problemas del país. Sirvió para aunar designios y voluntades heterogéneas que, sin embargo, mostraban concomitancias sobre cuestiones que hacían a la organización y a la marcha del país. "La nueva generación —recuerda Weinberg— era mirada con desconfianza y ojeriza por la facción rosista, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su libre de vasallaje; la veían ojear libros y vestir frac. Y los unitarios aislados en Montevideo, por su parte, la observaban con lástima y menosprecio porque la creían federalizada y ocupada solamente de frivolidades. Esa generación nueva, empero, que unitarizaban los federales y federalizaban los unitarios y era rechazada a un tiempo por el gremio de ambas facciones, no podía pertenecerles. La situación moral de esa juventud se tornaba así poco menos que desesperante. Los federales, satisfechos con el poder,

habían llegado al colmo de sus ambiciones. Los unitarios en el destierro, fraguando intrigas, se alimentaban con esperanzas de una restauración imposible. La juventud, aislada, desconocida en su país, débil, sin vínculo alguno que la uniese y le diera fuerza, se consumía en impotentes votos y nada podía para sí, ni para la patria. Así ha sintetizado Echeverría la situación, convicciones y sentimientos de la juventud porteña".

En la sesión inaugural del Salón se leyeron tres trabajos. El primero de ellos estuvo a cargo de Marcos Sastre y llevaba el ambicioso título de *Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina*. En su disculda posición, Sastre redundaba en elogios de la figura de Rosas, pero creía, como lo sintetiza Weinberg, que "La paz y el orden debían ser las grandes columnas en que se habría de apoyar la nueva arquitectura institucional y moral". Alberdi fué el segundo disertante, con un trabajo titulado *Doble armonía entre el objeto de esta institución con una exigencia de nuestro desarrollo social y de esta exigencia con otra general del espíritu humano*, donde refería la ausencia de un paralelismo entre la obra material e intelectual de la Revolución de Mayo. "Es, pues, del pensamiento y no de la acción material que debemos esperar lo que nos falta. La fuerza material, decía Alberdi, rompió las cadenas que nos tenía estacionarios, y nos dió movimiento; que la filosofía nos designe ahora la ruta en que deba operarse este movimiento". Posteriormente habló Gutiérrez sobre *Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros*, donde arguye la posibilidad de una cultura nacional que surgiera de la asimilación del movimiento cultural europeo adecuada a la situación singular de nuestras condiciones de vida. "Esta importación del pensamiento y de la literatura europea no debe hacerse ciegamente, ni dejándose engañar del brillante oropel con que algunas veces se revisten las innovaciones inútiles o perjudiciales. Debemos fijarnos antes en nuestras necesidades y exigencias en el estado de nuestra sociedad y su índole... Tratemos de darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza..." Weinberg sintetiza estas conclu-

siones de los tres discursos: 1º, estructuración de una cultura nacional; 2º, difusión democrática y popular de los bienes intelectuales; 3º, conocimiento y estudio de la realidad social y material del país; 4º, integración realista con el movimiento de ideas y tendencias renovadoras vigentes en el mundo; 5º, enfrentamiento activo de las tradiciones retrógradas. Weinberg alude también a las críticas que originaron los trabajos inaugurales. Capítulos como *La obra del Salón Literario, Echeverría, una presencia decisiva, La Moda, singular empresa de Alberdi, Una generación decide su destino*, además de aquellos primeros que refieren la formación del Salón, las tentativas precursoras, dan una idea del informado trabajo que comentamos.

Extinguido el Salón Literario, Echeverría trató de formar una nueva institución, más ambiciosa. "La noche del 23 de junio de 1838 —anota Weinberg— se congregaron en un vasto local unos treinta y cinco jóvenes, entre ellos Alberdi, de regreso de su aventura por *La Moda*. No estaban todos los que fueron socios del extinguido Salón pero sí "lo más notable y mejor dispuesto de la juventud". Refulgía allí el metal purísimo liberado de las pusilánimes gangas que se desecharon en el camino. Cada rostro reflejaba curiosidad inquieta y regocijo entrañable. Habló Echeverría, bosquejando la situación moral de la juventud argentina que ellos representaban. Manifestó la necesidad de crear una asociación para fortalecerse y fraternizar en pensamiento y acción. Leyó después las "palabras simbólicas" del nuevo credo: Asociación; Progreso; Fraternidad; Igualdad; Libertad; Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa; el cristianismo, su ley; el honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social; Adopción de todas las glorias tanto individuales como colectivas de la Revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima; Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo; Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen; Emancipación del espíritu americano; Organización de la patria sobre la base democrática; Confirmitad de principios; Fusión de todas las doctrinas en un centro progresivo; Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado

el poderío durante la Revolución". Inspirada por Echeverría nacia una nueva entidad, cuya gravitación en el desenvolvimiento político y cultural del país fué aún más importante que la del extinto Salón.

Incluye el volumen los trabajos leídos en la sesión inaugural y las lecturas pronunciadas en el Salón por Echeverría; además un apéndice que comprende dos cartas de Florencio Varela y Florencio G. Balcarce dirigidas a Juan María Gutiérrez y Félix Frías, respectivamente.

JUAN OCTAVIO PRENZ.

RAYMOND DE CRAWCKER, *Los niños intelectualmente superdotados*. Buenos Aires, Editorial Kapelusz (1958).

Este trabajo se propone compendiar todo cuanto se ha hecho, en Europa y en los Estados Unidos de Norte América, por la comprensión, tratamiento y dirección pedagógica de los niños intelectualmente superdotados.

Henri Pieron ha redactado el prefacio de esta obra. Recuerda que, en su calidad de miembro de la asociación *Compañeros de la Universidad Nueva*, ha tenido oportunidad de luchar por la implantación de métodos pedagógicos que contemplan la orientación del niño superdotado. Destaca tópicos relativos al tema y logra, con ello, familiarizar al lector con el léxico y ubicarlo en el problema. No escapa a su consideración el papel preponderante que desempeña la organización social en el destino de aquellos niños y enfrenta, a este respecto, regímenes totalitarios y democráticos, para concluir afirmando que ninguna manifestación de aptitudes esenciales es posible sin estudios. Estima un deber de las democracias el asegurar el pleno desarrollo de todas las formas del talento.

La obra consta de dos partes: un *Resumen histórico* y un *Ensayo de actualización*. En forma sucinta se destaca, en la primera, el interés que, en todas las épocas, han despertado los niños precoces y se trae a colación algunos esfuerzos realizados en favor de su educación. En sendos capítulos se reseñan las ideas predominantes en la que el autor llama *época precientífica* y en la era

de la investigación científica. En aquella han estado en boga teorías como la relación entre genio y locura, la influencia de la herencia y del medio y las que representan, en Alemania, Ostwald y Lemke. La era de la investigación científica se inicia con los trabajos del psicólogo norteamericano L. M. Terman, quien lleva a cabo la encuesta que describe en los cuatro volúmenes de sus *Genetic Studies of Genius* (1925 a 1947). Según De Craecker, es ésta la más importante contribución para el estudio del niño intelectualmente bien dotado. Suscitó la aparición de numerosos trabajos que clasifican de acuerdo con la orientación de su autor.

Bajo el epígrafe de *Las relaciones*, se enumeran las medidas especialmente adoptadas en los Estados Unidos de Norte América, en Bélgica y en Alemania, y se hace referencia a instituciones creadas para facilitar la educación de aquellos niños.

Este *Resumen histórico* se cierra con un análisis crítico de la condición de los intelectualmente precoces en la política hitlerista, "verdadera movilización de los bien dotados, realizada por los nacionalsocialistas, al servicio de sus fines", y una apreciación de la "utilizabilidad por el partido como criterio de selección", de las medidas que afectaron la organización escolar y de las escuelas de nuevo tipo que entonces surgieron.

Componen el *Ensayo de actualización* diversos capítulos destinados a divulgar los resultados de las investigaciones que, mediante tests, realizaron Terman y sus continuadores. El estudio de superdotados en grupo permite determinar el papel que desempeñan los factores étnicos y sociales en la precocidad intelectual y comparar características físicas, intelectuales y morales de niños superdotados y de niños de inteligencia media.

De los resultados de aquellos tests el autor concluye "en qué terminan los niños superdotados", describiendo la salud física y mental, la inteligencia, el éxito profesional, el comportamiento social y los intereses de aquellos niños al llegar a la condición de adultos.

Pero no solo se considera aquí al superdotado en grupo sino también en su calidad de individuo. Con datos estadísticos, provenientes de las mismas fuentes, se prueba la "variabilidad de la precocidad", debido a la cual la

definición del superdotado debe hacerse teniendo en cuenta el talento especial que éste revela.

Los últimos capítulos nos hacen conocer métodos de selección llevados a la práctica en Alemania y Bélgica. Las diferencias entre superdotados y alumnos de inteligencia media imponen la adopción de medidas educativas especiales, tanto en la enseñanza primaria como en los ciclos inferiores de la enseñanza media. La aceleración de los estudios, el enriquecimiento de programas, la agrupación de niños en determinadas clases son las medidas más salientes. En la enseñanza superior, la variedad de los estudios, de la investigación y de la creación —que brindan al alumno la oportunidad de desarrollar sus posibilidades— hacen innecesaria la adopción de tales medidas.

En Europa, a juicio del autor, la consideración del aspecto social del problema que crean estos niños ha relegado a segundo plano los aspectos psicológico y pedagógico. La acción en favor de los superdotados se ha planteado allí como una reivindicación social: la conquista de la igualdad de acceso a la enseñanza secundaria. Los Estados Unidos de Norte América, por el contrario, al no tener que afrontar esta cuestión, pudieron dedicarse de inmediato a la consideración de los aspectos psicológico y pedagógico del problema. A mediados del siglo pasado ya se intentaba allí adaptar los programas y los métodos a sus necesidades particulares. Actualmente los psicólogos norteamericanos, cualquiera sea su dirección, sostienen la conveniencia de: agrupar a los niños intelectualmente superdotados en clases especiales; acelerar moderadamente sus estudios; reducir el horario del estudio sistemático de los conocimientos básicos; dedicar a las actividades del programa enriquecido el tiempo ganado; proporcionar al niño ocasión frecuente de trabajo y juego en común con otros niños. Por último, el autor afirma que la educación de los bien dotados no debe tampoco basarse exclusivamente en su estudio psicológico, sino que es indispensable tener asimismo en cuenta el papel que la sociedad les asigna.

Al término del trabajo se inserta una copiosa bibliografía referente al tema.

La edición original de esta obra estuvo a cargo de Presses Universitaires de France. La Editorial Kapelusz

confió su traducción a Lola Carmona Zinny. La ilustración de la cubierta reproduce el cuadro de Helbling que muestra a Mozart niño, sentado al piano.

A. COSTA ÁLVAREZ DE SAPIX.

MAURICE ROSE, Les caractères des organismes vivants. (Los caracteres de los organismos vivientes). Presses Universitaires de France, 1957.

Este estudio se torna extenso porque el autor elige como modelo más interesante al hombre y sigue minuciosamente las etapas de su ciclo evolutivo: nacimiento, infancia, adolescencia, adultez, vejez. Su fisiología es la que le permite conocer mejor sus defectos por mal funcionamiento de órganos y la posibilidad de tratarlos: el conocimiento de sus glándulas de secreción interna ha permitido obtener *hormonas* que luego de conocerse bien, ha llevado a su obtención por síntesis química poniendo al alcance de todos, su aplicación correcta en casos normales o patológicos.

El ciclo evolutivo del hombre es progresivo, aunque aumenta a veces bruscamente como en las crisis de la pubertad y de la adolescencia. "La evolución del individuo es progresiva y continua, de tipo lamarckiano en cierto modo". Otras veces hay cambios totales, rápidos y violentos, como en las larvas, separados violentamente de la crisálida por esa crisis, cosa que también ocurre en insectos holometábolos, crustáceos, vermes, moluscos, batracios anuros, etc. Esta evolución brusca, a saltos, es de tipo *mutacionista* (*Drosophila* y sus larvas), cosa que también ocurre con los cromosomas. En los batracios urodeos, las mudas muestran cambios poco apreciables. Se conocen de algunos de ellos, las *hormonas* productoras de mudas y metamorfosis; esto también ocurre con *hormonas* vegetales (fitohormonas) que provocan la formación de ciertos órganos, raíces, flores, brotes.

"Las investigaciones de embriología experimental han mostrado que el crecimiento y diferenciación de tejidos son el resultado de la intervención de sustancias difusibles, emanadas de centros organizadores, que confi-

guran glándulas endocrinas. Los fenómenos se encadenan debido a la intervención de sustancias morfógenas".

Hace notar el autor, que las *glándulas endocrinas*, las más eficaces para el adulto, están formadas por partes de origen distinto y son muy intrincadas y hasta una de ellas tiene origen nervioso: la *hipófisis* es un bosquejo cerebral asociado a otro bucal; las *suprarrenales* son nerviosas y glándulares. Estos orígenes complejos dan que pensar en un metabolismo especial, con productos de secreción particular, con las propiedades de las *hormonas*. Debe tenerse presente que, observando los caracteres de las bacterias de fermentaciones en cultivos dobles, hechos conjuntamente, con buen desarrollo puede notarse que los desechos de uno pueden actuar como *hormonas* o *vitaminas*, *activadores* o *inhibidores*.

Cuando el huevo va diferenciando sus células aparecen sustancias difusibles, *morfógenas*, que se revelan en injertos sobre embriones de erizos de mar o ranas (*Hörstadius*) o en batracios (*Holfreter, Weber*); tales sustancias difusibles son las *hormonas morfógenas*, que cumplen todo su papel desde el huevo al adulto, del protozoario a los animales superiores.

Sobre los caracteres secundarios hay variaciones según las condiciones fisicoquímicas internas o externas. Y cuando las condiciones son normales, el desarrollo es implacable: todos los embriones lo seguirán, ajustados a un mecanismo autorregulador de una potencia y seguridad extraordinarias (equilibrios reversibles, activadores, inhibidores, enzimas, vitaminas, etc.). Estudiadas con este enfoque las poblaciones, muestran que algunos de sus componentes son *monoespecíficos* y se mantienen tales, pero a la vez viven simultáneamente varios componentes (*poliespecíficos*) actuando sobre todos ellos, el medio, alimentación, etc.; a la vez, hay relaciones entre las varias especies. La naturaleza da miles de ejemplos: *hormigas*, *termitas*, *abejas*, forman sociedades y también se conocen casos de *parasitismo*, *predatismo*, *inquilinismo*, *simbiosis*, *ginandromorfismo* e *intersexualidad* *parasitaria* o formación de castas, como en las abejas, donde las obreras aunque de sexo femenino, son infértiles y se nutren de miel y polen, mientras que las larvas que son futuras reinas, reciben la *papilla real*, constituida por una secreción de las glándulas salivales: "La endocrino-

logía y sus leyes desempeñan un papel primordial en la aparición, desarrollo y evolución de los caracteres morfológicos".

Hay una embriología y teratología experimental que da a voluntad organismos aberrantes con caracteres nuevos. Embriones jóvenes, sin aparato circulatorio diferenciado, aún, difunden sus hormonas desde los centros de origen y éstos serían como glándulas no individualizadas que irradian productos de secreción: se forma así un *gradiente fisiológico* o un *campo morfológico* y las células se modelan en un sentido dado. La intensidad y naturaleza de la diferenciación dependen a su vez de la glándula (centro inductor, de sus productos difundidos, de su concentración y del tejido reaccionante (efector). En este estadio, las células aún no diferenciadas, muy jóvenes, conservan su *potencial reaccionante*. Muchos tejidos vivos y algunos muertos, al igual que sustancias químicas pueden desencadenar respuestas del mismo orden; se trata de la *evocación* de los embríólogos; la *individuación* o diferenciación en un sentido determinado, vendrá después; es específica y fácil de realizar.

En fenómenos de *regeneración* ocurre que los caracteres destruidos pueden reaparecer pero los procesos no se conocen bien todavía; por ello pueden aparecer *anomalías* de la regeneración, dando caracteres más o menos modificados.

Las variaciones cualitativas alimentarias del medio, condicionan el metabolismo. Para las poblaciones polis específicas los problemas son los mismos, además de otros de las especies que la forman, ya mencionados (predatismo, simbiosis, etc.): hay conflictos tales como huésped versus parásito. A menudo hay transformaciones de caracteres sexuales secundarios con inversión morfológica o bien *ginandromorfismo*, debidos siempre a acciones hormonales.

El conjunto de observaciones acumuladas parece mostrar que la evolución biológica producida en el mundo, pudiese ser provocada y dirigida por el Hombre.

El autor, trata lo relativo a *herencia* en capítulo especial; de sus responsables, los genes, no se conoce una definición universal, sino varias, con estas equivalencias: gránulo material independiente; condición interna; sustancia particular, equilibrio de sustancias químicas espe-

cíficas, diastasa, hormona, gránulo cromosómico colorable, cromómero, soporte incoloro molecular del cromómero, eucromatina, nucleoproteína autocatalítica; gene localizado en el núcleo, gene alojado en el citoplasma; palabra cómoda, sin definición exacta, concepción arbitraria como la de la especie pero sin interés práctico.

Tocante a los genes se observa una tendencia general a relacionar las concepciones de la genética con la bioquímica, biofísica, inmunología, enzimología y endocrinología. "Se avanza con rapidez hacia una síntesis grandiosa de hechos esenciales de la biología celular, hacia un determinismo unitario de ellos. Cada vez se ve más el gene como una nucleoproteína compleja, una macromolécula más o menos polimerizada, grande y rica en aminoácidos que por su composición y estructura puede dar infinito número de isómeros, con detalles variados pero que conservan la personalidad esencial de la molécula". Los genes de una misma especie tendrían idéntico esqueleto fundamental, pero el variar de las relaciones de su parte nuclear les daría una especificada, a veces muy estricta. Resultado de esto: el número de cromosomas en un mismo individuo varía con los diferentes órganos, lo que origina el fenómeno de la *miroplodia*, que tal vez no sea otra cosa que la producción de cromosomas politeros y gigantes de los dípteros. Las propiedades fisiológicas de los genes según sus acciones fisicoquímicas, van desde su estado, modo de actuar unas sobre otras, por intermedio de una serie de reacciones desarrolladas y orientadas por sustancias difusibles, más o menos aislables. Los genes serían fabricantes de enzimas específicas que ponen en movimiento la cadena de reacciones e interverrían uno tras otro a medida que se desarrollan: en el hongo *Neurospora* habría 7 genes sucesivos en las reacciones en cascada, 4 condicionarían la síntesis de la ornitina, 2 la transformación en citrulina, que bajo los efectos del séptimo pasaría a arginina.

Todos los hechos fundamentales surgidos del estudio de los genes se asemejan a los que se presentan en las hormonas; también la *fenogenética* mostraría sus relaciones con la endocrinología.

El capítulo sobre herencia de los caracteres adquiridos estudia la aparición de formas nuevas causadas por un cambio brusco de medio, por una especie de "choque".

Esta creación se puede explicar con la hipótesis mendeliana de los genes; habría varias "explicaciones" lógicas; creación de genes nuevos, modificación de los antiguos (mutación), cambio de equilibrio entre los genes, modificación simultánea de genes y efectores o modificaciones en las cadenas reaccionales, uniendo el gene al carácter que él gobierna.

En otro capítulo, rico en observaciones, se considera el comportamiento de los genes en las células completas y las modificaciones de caracteres morfológicos regidas por los genes en juego. Lo mismo para las sustancias difusibles y las reacciones intermedias producidas. Estos estudios muestran que cuando una especie se adapta experimentalmente a un medio nuevo, y se reproduce, toma caracteres nuevos más o menos visibles, y que los descendientes, vueltos a su medio primitivo, pierden los caracteres adquiridos, aunque demoran unas diez generaciones para ello. Empero, en algunos casos, las modificaciones persisten y quedan anotadas definitivamente en el patrimonio hereditario.

Los recientes descubrimientos en la evolución de las formas bacterianas, aportan datos insospechados en favor de las concepciones lamarckianas.

DALMIRO CORTI.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

La Educación. N° 6, abril-junio de 1957. Unión Panamericana. Washington. Tomás Navarro Tomás, publica un artículo titulado "La pronunciación en las escuelas", que transcribimos íntegramente por ser de gran interés:

"Para la enseñanza de la gramática, el maestro dispone de abundantes tratados especiales. Las dudas relativas a la ortografía se resuelven fácilmente con el diccionario. En cuestiones de pronunciación es demasiado escaso el material adecuado a las necesidades de la enseñanza.

LIBROS Y REVISTAS

La pronunciación es el aspecto de la lengua más vago y movetizo. Es el campo en que antes prenden las desviaciones dialectales. No se puede reducir la enseñanza de la pronunciación a normas definidas y concretas. Está lejos la escritura de reflejar la realidad exacta de los sonidos, no obstante la idea vulgar de que el español se pronuncia como se escribe.

Son de varias especies las dificultades que esta materia ofrece en la labor escolar. En algunos casos se trata de defectos orgánicos para cuya corrección se necesita la cooperación del médico. La gangosidad, por ejemplo, obedece en general a obstrucciones de las fosas nasales que requieren intervención quirúrgica; las dislalías del tartajoso que tropieza en ciertas articulaciones y trastruca unos sonidos con otros, proceden de ordinario de imperfecciones auditivas que se enmiendan con ejercicios apropiados. Determinadas formas de tartamudez se curan a base de la reeducación metódica del régimen respiratorio.

Forman grupo aparte otros hábitos de expresión adquiridos por influencia imitativa o desarrollados por falta de disciplina personal. Corresponden a esta sección el habla farfulesca y confusa que masculia y oscurece las palabras, la pronunciación rasgada de tono agudo e imitaciones desabridas, la entonación buca y presuntuosa y otras formas de lenguaje impulsivo disconformes con las maneras y decoro del buen trato social.

Pueden considerarse en tercer lugar las deformaciones ineultas que consisten en cambios, transposiciones, adiciones u omisiones de sonidos: *trigedín, sospresa, probe, satisfacción, tiguere, mancho, calunia, deo, soldao, tamien*, etc. Algunos ejemplos de esta especie fueron de uso corriente en la lengua antigua, lo cual no las redime de su actual carácter vulgar: *mesmo, agora, escuro, doiar, comprastes, trufo*, etc.

Entre este género de vulgarismos, unos se dan sólo en los medios rurales y otros se extienden hasta los centros urbanos.

El terreno se hace resbaladizo al referirse a fonemas que presentan diferencias de pronunciación entre los países de lengua española. Es natural que un idioma extendido por territorios tan diversos no se ajuste en todos los casos a una fonética enteramente uniforme.

La máxima aspiración, cuyo logro depende en gran parte de las escuelas, tiene que limitarse a atenuar en lo posible tales diferencias o, a lo menos, a reafirmarlas de manera que no lleguen a ser obstáculo para la comunicación y comprensión entre unos países y otros.

A través de su historia, el idioma español se ha guiado por un firme sentimiento de claridad y sonoridad prosódicas. Se funda en esta tradición la existencia de un arquetipo ortológico que, aunque no se formule concretamente ni se practique con uniformidad, se halla presente en la conciencia de toda persona que habla español como lengua nativa. Por encima de las discrepancias regionales de la pronunciación práctica, el común ideal ortológico sirve de base a la unidad esencial. Por otra parte la estimación del bien hablar que responde a tal sentimiento es inseparable del concepto de la educación correcta.

Contra la línea de equilibrio de esa norma teórica ejercen presión distintas corrientes, entre las cuales aparecen como principalmente perturbadoras las que provienen en opuesto sentido del habla descuidada y de la afectación culta. A algunos efectos de estas influencias se refieren las indicaciones siguientes.

Son de poco relieve las discrepancias que entre los pueblos de lengua española afectan a la pronunciación de las vocales. La sencillez y firmeza del sistema vocálico español son la más sólida defensa de la tradición prosódica del idioma. Dos puntos requieren especial atención. Uno consiste en la alteración de la *e* y la *o* que da lugar a que en el habla descuidada de muchos lugares se oiga *pastar*, *aplastar*, *plor*, *almohada*, *pueta*, *cuete*, etc. Otro resulta del desplazamiento del acento que lleva a decir impropriamente *páis*, *máiz*, *bául*, *láud*, *reír*, *fréir*, *cóer*, *máestro*, etc.

Las consonantes más expuestas a deterioro son *l*, *r*, *rr* y *s*. De la confusión entre *l* y *r* existen aislados ejemplos antiguos; el daño alcanza hoy a extensos círculos lltrados. En unas comarcas se da preferencia a la *l*: *cuelda*, *cuelpo*, *comel*; en otras predomina la *r*: *parma*, *esparda*, *carvo*, *sarto*. Otra grave deformación de la *r* es la que suele sufrir al lado de la *t* en zonas en que ambas consonantes, en palabras como *trigo*, *tres*, *tropa*, *entrar*, se funden en un sonido rechinante, con algo de *ch*, semejante

al del inglés *trec*, *trip*. El claro timbre de la *rr* vibrante, rasgo que contribuye a la sonoridad de la lengua, tal como se oye normalmente en *rosa*, *torre*, requiere ser mantenido frente a la fricación tensa y áspera con que se le sustituye en algunas regiones.

En cuanto a la *s*, sabido es hasta qué punto sufre alteraciones en el habla de varios países, sobre todo en posición final de sílaba: *pasta*, *bosque*, *cúne*, *isla*, *tres*. En unos casos se convierte en una simple aspiración sorda; en otros se identifica con la articulación y timbre del sonido *si* siguiente; en ocasiones adopta formas de sonidos mixtos y vacilantes, y a veces desaparece. Se puede decir que el tratamiento de esta consonante constituye actualmente el más serio factor deformativo en el área de la pronunciación del español.

Una manifestación de la influencia cultista se advierte en el esfuerzo de dar a la *r* el valor de *ss* ante otra consonante: *extenso*, *explicar*. El sonido de la *r* en tal posición ha sido siempre en la lengua normal el mismo de la *s*. Los autores clásicos escribían *estenso*, *explicar*. No hallan aceptación en la naturaleza del español los grupos recargados de consonantes, *kst*, *kspl*. La equivalencia de *r* y *ss* es un cambio general entre vocales: examen, exageración.

Con análogo celo purista suele tratarse de dar a la *v* el sonido labiodental que tiene en otras lenguas. Importa saber que la ausencia de ese sonido en nuestra pronunciación se relaciona con los orígenes más remotos del español y constituye uno de los rasgos más significativos de su historia lingüística. Cuando se dice *vino*, *vida*, *envía*, con el mismo valor de la *b* de *bueno*, *bien*, *cambiar*, se cumple justamente con la legítima tradición fonética española. El ejemplo del pueblo que ignora la *v* labiodental es más acertado en este punto que el de las personas que se preocupan de imitar tal sonido.

El empeño que se ha venido poniendo en favor de la *r* y la *v* hubiera estado mejor empleado si se hubiera dirigido a corregir la confusión de la *r* con la *s* y de la *ll* con la *y*. El seseo es un hecho consumado en los países hispanoamericanos y el yeísmo lleva al parecer el mismo camino, no obstante la resistencia de ciertas zonas de América del Sur y las recomendaciones de autorizados maestros de estos países. Con el seseo y el yeísmo el es-

pañol de América se pierde dos fonemas de auténtico valor expresivo e histórico.

Aparte de los hechos indicados, la fonética de la lengua continúa indefectiblemente su marcha evolutiva. Muchos otros efectos que a primera vista pasan desapercibidos intervienen activamente en la delicada operación de elaborar los sonidos y de articularlos entre sí. El objeto de la enseñanza escolar no es en modo alguno impedir el natural proceso de este movimiento ni oponerse a la espontánea manifestación del ritmo y acento que constituyen el sello más íntimo de cada pueblo. La tarea del maestro en la enseñanza de la pronunciación tiene materia más que suficiente con la corrección del defecto individual, del hábito mal adquirido, de la deformación rústica, de la tendencia al relajamiento, de la confusión debida a incuria o ignorancia, y asimismo de la afectación redicha y presumida".

L'Etnographie, Revista de la Sociedad de Etnografía de París, Nueva Serie Nº 52, 1958.

Del artículo firmado por A. L. Mercier "Los vegetales en el folklore y la etnografía" (*Les végétaux dans le folklore et l'ethnographie*), dedicado a las especias, traducimos el siguiente fragmento: "Las especias son sustancias aromáticas que provienen generalmente de órganos (botones florales, frutos y granos, cortezas, rizomas) de vegetales leñosos exóticos que fueron y son todavía designados a veces con la apelación genérica: árboles de especiería.

Aunque ciertos autores pretenden que, en nuestros días, se estiman menos las especias que fueron el acompañamiento del pan negro o gris de antes, se puede decir —sin considerar su uso, como se lo ha hecho por un signo de alta civilización— que encuentran todavía, actualmente, empleos numerosos y variados. Son consideradas como excitantes y aún como alimentos complementarios. Se recurre a ellas para aumentar el gusto de las preparaciones culinarias, de los licores, de las diversas bebidas, y ocupan un lugar importante en la farmacopea popular y aun

oficial. La homeopatía, sobre todo, las utiliza, bajo forma de tinturas apropiadas: según el doctor Henri Leclerc, que fué el maestro incontestable de la fitoterapia moderna, hay una treintena de plantas clasificadas entre las especias cuyas propiedades terapéuticas son vivamente apreciadas.

Se pueden dividir estas plantas en dos categorías: 1º, las clásicas especias originarias de la India, que continuamos importando; nuestro clima no es conveniente para su desarrollo (pimienta, cardamomo, malagueta, clavo, canela o cinamomo, jengibre, nuez moscada, azafrán, vainilla, etc.); 2º, los vegetales generalmente llamados condimentos, espontáneos o cultivados en algunas provincias de nuestro país o en naciones mediterráneas vecinas (tomillo, laurel, ajedrea, anís, capuchina, perifollo, perejil, estragón, mostaza, rabanillo, carvi, eneldo y comino, hinojo, alcaparra, pimienta).

A esta lista se le podían agregar otros "entremeses" reputados en Francia, tales como cebolleta, cebollana o cebollino, ajo, cebolla, chalote.

Los aromáticos originarios de las Indias y de los archipiélagos vecinos que desde los tiempos de Plutarco, de Galeno y de Teofrasto fueron a veces traídos por la vía del Mar Caspio y del Mar Negro a los "pueblos históricos"; a los griegos, romanos y egipcios. Pero es sobre todo a partir de la Edad Media que el comercio de especias se desarrolló no sin dificultad por intermedio del Egipto: venecianos y genoveses iban a buscarlas a Alejandría para esparcirlas por Europa a precios muy elevados.

La historia nos relata que la intención de Cristóbal Colón, navegando hacia el Nuevo Mundo, era encontrar un camino más corto para llegar al país de las especias. Su ejemplo, fué seguido por otros navegantes españoles y portugueses y, en 1498, Vasco de Gama descubrió la ruta de las Indias. Las especias que habían provocado estos grandes viajes y orientado a la humanidad hacia nuevos progresos, obraron, entonces, de una manera singular sobre el comportamiento de los individuos: el tráfico de los aceites vegetales provocó numerosos incidentes que presentan grandes analogías con lo que el mundo moderno conoce en su busca del petróleo.

Después del derrumbe del comercio de Italia, proveedora de Europa durante toda la Edad Media de los productos

del Extremo Oriente, Holanda no tardó en arrebatarse a Portugal la conquista de la ruta de las Indias. Bougainville escribe, a este respecto, en su *Viaje alrededor del mundo*: "Los holandeses, o más bien la Compañía de Indias, teniendo interés de hacer solos el comercio de especiería, alejan a los europeos de las Molucas y hacen guardar escrupulosamente las costas, a fin de impedir el contrabando de los insulares con la China, las Filipinas, Macasar, etc. La Compañía temía que se llevaran plantas de estas sustancias preciosas para aclimatarlas en otras partes. Hizo pues destruir estos árboles útiles en todas las islas en que la extensión no permitía una guardia severa, y no los conservó más que en las pequeñas islas, en donde era fácil guardar estos depósitos preciosos. La Compañía fué obligada a indemnizar a los soberanos de estas islas, y el rey de Ternate tenía, él solo, una indemnización de veinte mil rixdalers por año. Cuando ella no podía hacer decidir a ciertos soberanos a quemar sus plantas, las quemaba por medio de la guerra, o, si no era la más fuerte, les compraba anualmente las hojas de los árboles, todavía verdes, sabiendo bien que después de tres años de este despojo, los árboles perecerían, lo que ignoraban sin duda los indios".

En esta misma época, muchos príncipes se indignaron por la introducción de las especias, que eran muy caras: ellos consideraban, con Lutero, que "la especiería" era uno de los "grandes navios" en los cuales el dinero de Alemania se iba al extranjero.

Después de estos conflictos, recordemos los esfuerzos generosos y pacíficos, en el siglo XVIII, de dos franceses, Ceré y Pierre Poivre (la etimología de este nombre no tiene ninguna relación con el *Capsicum*), para introducir las especias en los territorios de la isla Mauricio o Isla de Francia, y crear así una nueva e importante rama de comercio en el interés de la metrópoli. Como lo ha señalado el abate Migne, estos dos botánicos cultivadores tuvieron que desplegar, para el éxito de su patriótica empresa, una actividad, una paciencia, que están sobre todo elogio, y debieron poner ampliamente su patrimonio en contribución.

Es todavía por ellos, que las islas de Mascareñas, las Antillas, Cayena y la Guayana, les son deudas de las plantaciones de especias que poseen".

LA REDACCIÓN.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

VALOR POSITIVO DE LA UTOPIA

Hemos sido conducidos a distinguir la utopía como producción literaria y el modo utópico como tipo general de pensamiento, como modo de ejercicio intelectual y espiritual. Pues, lo "utópico" tiene un valor positivo incontestable, puesto que está estrechamente ligado a la conciencia, a la inteligencia, a la invención. Como toda utopía encierra necesariamente el ejercicio utópico, sería inverosímil que no encuentre así un cierto valor. El modo utópico está igualmente ligado a la actividad finalista en general, a la actividad según un plan. Otra razón para que la utopía no esté enteramente sin alcance teórico y práctico. Una utopía social es casi siempre una síntesis apresurada y frágil, pero que encubre un esfuerzo elemental de análisis interesante y fecundo. La utopía, producción literaria, traiciona, de parte del especulativo a menudo tímido que la escribe, del teórico aparentemente desprovisto de experiencia práctica, que ahí se exploya, un deseo de poder, bastante poco sano, y una ambición estética mal dirigida, y mal sostenida por débiles medios. Pero purguemos la utopía de este complejo "adleriano" (el complejo de inferioridad), y de sus ambiciones literarias, queda el ejercicio elemental de la conciencia y de la inteligencia, que puede estar lleno de interés desde el punto de vista teórico, práctico, y sobre todo pedagógico...

Es imposible enumerar las nociones que la sociología debe a la utopía. Las utopías han ejercitado el espíritu sobre una multitud de nociones de economía política, de mercantilismo, sobre la teoría de los fisiócratas, sobre la organización estatista de la producción y del consumo, sobre las influencias mutuas de la vida económica y de la vida política, sobre el valor del lujo, sobre el papel de los jefes de empresas, sobre la cooperación, sobre el papel y el valor del maquinismo, sobre los seguros y la legislación del trabajo, etc...

El valor práctico de las utopías sociales es también incontestable. Son como las enjutas de bruma, bajo las cuales avanzan las ideas nuevas y realizables. Había algunas ideas justas y practicables, bajo las extravagancias de Fourier¹, muchas ideas sensatas detrás de los esquemas frágiles del socialismo de Bellamy². El despotismo ilustrado, las legislaciones socialistas, eugenistas, feministas, las ciudades jardines, la organización de cooperativas de producción y de consumo, la jornada de ocho horas (cf. Thomas Morus³, y Veirasse⁴ que divide la jornada según la fórmula de los "tres ochos"), la Sociedad de las Naciones, las grandes empresas como la excavación del Canal de Suez, la educación popular, una multitud de reformas pedagógicas, etc., deben mucho a la utopía.

RAYMOND BUYER.
La utopía y las utopías.
P.U.F. París.

1. Charles Fourier (1772-1837), el teórico del falansterio.
2. Edward Bellamy (1850-1898), publicista americano, autor de la novela utópica *Looking backward* (1888), que describe la vida de Boston en el año 2000.
3. Canciller de Inglaterra (1460-1535), autor de *La Utopía* (1518).
4. Autor de la *Histoire des Sévarambes* (1677), obra que fué escrita en el siglo XVIII.

ARQUEOLOGÍA HOMÉRICA

El descubrimiento en el sitio presunto de Pilos, la capital del viejo Néstor, de importantes archivos (puramente administrativos, ¡ay!), y luego su descifre ya bastante avanzado para dar una idea de su contenido, y también el de otras tabillas del mismo género encontradas antes en Cnosos y recientemente en Micenas, nos muestran que existían monarquías organizadas en el Peloponeso y en la Creta de los aqueos. Ellas tenían sus escribas, y por tanto, ellas también, su burocracia. La división del trabajo estaba allí bastante avanzada. La lengua, en lo que puede juzgarse, no presentaba diferencias muy considerables con respecto a la de Homero. Se ha podido

reconocer los nombres de las más importantes divinidades griegas: Zeus, Hera, Poseidón, Atena, y sin duda al mismo Diómisos, con el asombro de muchos que lo creían más reciente. Entre los nombres de personas descubiertas, cincuenta y ocho se encuentran en la epopeya. Falta hasta aquí el de Néstor (chancea del azar); los de Aquiles y Héctor están atribuidos a individuos oscuros.

He aquí un suplemento de luz considerable sobre el mundo aqueo y, en cierta medida, la epopeya aprovecha de ello. Pero he aquí el reverso de sombra. Es suficiente haber leído la *Ilíada* como aficionado diligente para saber que los reyes aqueos, y Agamenón el primero, no tienen el aporte de los monarcas cuyo poder reposa sobre estados organizados. ¿Dónde están sus escribas? ¿Dónde sus archivos? La *Ilíada* no menciona más que una vez la escritura, bajo la forma imprecisa de un conjunto de "signos", y es en la leyenda de Belerofón, que hace la digresión. Todo sucede como si los héroes de Troya y de Itaca la ignorasen absolutamente, así como el uso de sellos. Todo sucede como si la gran expedición hubiera estado conducida sin plan preconcebido; quizá solamente el abastecimiento está organizado, a menos que el mérito no se vuelva en ella al sentido comercial de los pueblos vecinos. Si bien en el momento mismo en que, para la tradición lingüística y religiosa, sentimos apretarse los lazos entre Homero y los tiempos micénicos, paralelamente apreciaremos mejor hasta qué punto él es extraño a ciertos caracteres esenciales de esta sociedad.

No solamente a este ejemplo tocante se podrían agregar otras grandes divergencias de usos que han sido reveladas desde hace tiempo: el maestro de la *Ilíada* se representa Troya como una ciudad que posee verdaderos templos (no capillas en las grandes mansiones) y en esos templos verdaderas estatuas; por el contrario ignora el uso característico de las pinturas murales en los palacios, y hace practicar la cremación a un pueblo que enterraba a sus muertos. Pero todavía puede preguntarse si ciertos hechos que se consideran claramente como una herencia micénica no provienen de fuentes más próximas. Es necesario contar por una parte con las supervivencias locales. Así Lesbos ha guardado hasta el siglo VII, con los Pentilidas que pretendían descender de Agamenón por Orestes, una monarquía de tipo ho-

mérico. Los carros han sido todavía empleados en Eubea por los combatientes de la guerra Lelantina en este mismo siglo VII. Los griegos de Asia los veían en acción en sus vecinos los Lidios y los colonos de Cirenaica irían a encontrarlos en los africanos. Es necesario pensar igualmente que los usos de corte son casi en todas partes análogos: el trono y el cetro no son más míticas que orientales, y, hasta el presente, es el Oriente antiguo el que nos ofrece las equivalencias de los títulos de respeto, que se dan los personajes homéricos. En ausencia de documentos literarios anteriores a Homero del lado griego, ¿quién decidirá, en muchos casos de detalle, si el poeta aprovecha una tradición propia de su raza o si imagina las realidades del pasado de acuerdo con lo que ve en torno suyo?

GABRIEL GERMAIN.
Homère.
Éditions du Seuil, 1958.

LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA

En el templo de Delos en la antigua Grecia había un altar de oro de forma cúbica muy precisa. Hubo una vez una peste y los hombres de Delos, al consultar los oráculos, recibieron la respuesta de que para satisfacer a su dios tenían que duplicar exactamente el volumen del altar de oro, conservando la forma cúbica. Los sacerdotes preguntaron a los matemáticos qué era lo que había que hacer para calcular la longitud del lado de un cubo de volumen doble de el del cubo dado; pero los matemáticos no pudieron encontrar una solución estricta al problema. Yo siempre he pensado que el dios tal vez se habría considerado satisfecho con un cubo de un volumen aproximadamente doble; un orfebre griego seguramente habría logrado un alto grado de aproximación. Pero los matemáticos griegos no hubieran aceptado una solución tan provisional; ellos querían la verdad, y nada más que la verdad. Se necesitaron dos mil años para encontrar la respuesta verdadera; y la respuesta es negativa; es imposible duplicar exactamente el volumen de un cubo por métodos geométricos en el sentido ordinario.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

¿Se habrían rehusado a aceptar los matemáticos griegos esta respuesta porque es negativa? Quien quiera la verdad no debe desilusionarse cuando la verdad sea negativa. Es mejor conocer una verdad negativa que perseguir lo inalcanzable.

Es imposible lograr un conocimiento del mundo que tenga la certeza de la verdad matemática; es imposible establecer directrices morales con la objetividad de la verdad matemática, o aun de la verdad empírica. Ésta es una de las verdades que la filosofía científica ha descubierto. La solución del problema de la certeza absoluta, así como la del problema de la construcción de una ética por analogía con el conocimiento, es negativa; ésta es la respuesta moderna a una antigua búsqueda. Si alguien nos dice que se siente desilusionado porque la filosofía científica no brinda certeza o no suministra directrices morales, le repetiremos la historia del cubo de Delos.

La comparación entre la vieja y la nueva filosofía es asunto de la incumbencia del historiador y será de interés para todos aquellos que se formaron dentro de la vieja filosofía y deseen comprender la nueva. Quienes trabajan en la nueva filosofía no miran hacia atrás; su trabajo no sacaría ningún provecho de las consideraciones históricas. Ellos son tan antihistóricos como Platón, o como Kant, porque, como esos maestros de los pasados tiempos de la filosofía, sólo se interesan en los problemas con que trabajan, no en sus relaciones con los tiempos anteriores. No quiero subestimar la historia de la filosofía; pero es menester recordar siempre que es historia y no filosofía. Como toda investigación histórica, debe realizarse con métodos científicos y con explicaciones psicológicas y sociológicas, pero no debe presentarse como un conjunto de verdades.

Hay más error que verdad en la filosofía tradicional; por lo tanto, sólo quienes juzguen con sentido crítico pueden ser historiadores competentes. La glorificación de la filosofía del pasado, la presentación de los diferentes sistemas como otras tantas versiones de la sabiduría, cada una por propio derecho, ha minado la potencia filosófica de la presente generación. Ha inducido al estudiante a adoptar un relativismo filosófico, a creer que sólo hay opiniones filosóficas, pero no una verdad filosófica.



La filosofía científica trata de salvarse del historicismo y de llegar por medio del análisis lógico a conclusiones tan precisas, tan elaboradas y tan seguras como los resultados de la ciencia de nuestro tiempo. Insiste en que el problema de la verdad debe presentarse dentro de la filosofía en el mismo sentido que en las ciencias. No pretende poseer una verdad absoluta, cuya existencia niega para el conocimiento empírico. Por cuanto se refiere al estado existente del conocimiento y desarrolla la teoría de este conocimiento, la nueva filosofía es en sí empírica y se satisface con la verdad empírica. Como el científico, el filósofo científico no puede hacer nada más que buscar sus mejores hipótesis. Pero eso es lo que puede hacer; y está dispuesto a hacerlo tanto con perseverancia como con sentido de autocritica, y se halla pronto a emprender nuevos intentos, indispensables para la labor científica. Si el error es corregido cada vez que se descubre, el camino del error es el camino de la verdad.

HANS REICHENBACH.
La Filosofía Científica.
Fondo de Cultura Económica.

FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

Desde hace más de un siglo, después de cada gran conmoción, la literatura y la filosofía se han encontrado en una situación ambigua: escritores y pensadores, en cada una de ellas, han tentado tomar conciencia, al mismo tiempo, de su presencia efectiva en el mundo, y también de evadirse por una diversión radical fuera de este mundo "humano, demasiado humano", en el cual se sentían incómodos, practicando este *abductio mentis a sensibus* (desasimiento del espíritu fuera de los sentidos), caro al Descartes de las *Meditaciones*.

Este fué el caso del Romanticismo europeo, después de la Revolución Francesa. Era también la posición del Simbolismo después de la guerra de 1870. Es también el estilo del Surrealismo después de la "Gran guerra"; ha sido igualmente lo propio del Existencialismo, después de 1939-1945. Dicho de otra manera, la realidad histó-

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

rica, por lo que ella tiene de penoso para los contemporáneos, fuerza al testigo de su tiempo, por la toma de conciencia de su insatisfacción, a refugiarse en una especie de "mal del siglo", que se manifiesta cada vez, inevitablemente, por una suerte de abceso de fijación.

La filosofía pierde así su firmeza hierática de pura especulación: sale de su intemporalidad para caer en un curioso sistema de actualidad, donde lo cotidiano adquiere para ella una importancia desmesurada. Es quizá esta la idea capital que se desprende de una historia de la filosofía que va precisamente de 1850 a 1956. "La mitad del siglo", dice Émile Bréhier en el último fascículo de su *Historia de la Filosofía (El siglo XIX después de 1850)* ha visto el fin de todas las esperanzas más o menos sinceras, que uno ponía en la gran construcción filosófica y social... Parece haberse perdido la intuición de esta unidad profunda; el pensamiento, más sobrio, se plantea alternativas en las cuales se trata más simplemente de unir los términos entre los cuales el entendimiento está obligado a elegir".

De allí esta impresión de "rotura" que Émile Bréhier ha descripto tan fuertemente en su *Transformación de la filosofía francesa*: "Hacia 1920 se produce en el espíritu esta especie de falla que se traduce por un constante llamado a la trascendencia. La teoría de los valores en su desarrollo brusco y fulminante (en países anglo-sajones y alemán, primero, después en Francia) expresa la necesidad de buscar un guía fuera de la realidad que nosotros somos; la existencia humana, lejos de seguir un desenvolvimiento preestablecido, tiene por ley superarse, trascenderse".

Entre estos dos polos la filosofía europea debía orientarse. *Existencia humana y trascendencia*, tal es el título de una de las obras más penetrantes que el mejor historiador de la filosofía actual, Jean Wahl, ha publicado para ilustrar el pensamiento de nuestro tiempo.

No es una coincidencia si dos de las tesis más importantes que hayan sido sostenidas en estos últimos seis años, han sido consagradas, una a *El pensamiento negativo* (por M. Morot-Sir), la otra a *El pensamiento interrogativo* (Juana Delhomme). La filosofía de hoy queda suspendida, en cierta manera, entre la negación total y la interrogación.

Hesita, se mueve bajo la incertidumbre de un futuro contingente, se hace lentamente sin saber a dónde va. Si la epistemología actual es ante todo la *filosofía del no*, no hay que olvidar, sin embargo, la gran lección del bergsonismo.

DENIS HUISMAN
en *Telèau de la philosophie contemporaine*,
de A. Weber y D. Huisman.
Fischbacher, París.

CRÓNICA

LA FOTOGRAFÍA

Tal como la imprenta, la fotografía no eliminó por completo las posibilidades de elección humana; pero para justificar sus producciones como arte, una vez superadas las dificultades técnicas del proceso, los primeros fotógrafos acusaron una tendencia a tratar de imitar, mediante la cámara, las formas y símbolos especiales manejados tradicionalmente por la pintura. En consecuencia, en la última década del siglo pasado los fotógrafos estadounidense se mostraron suaves y nebulosos e impresionistas, precisamente cuando el impresionismo trataba de disolver la forma en atmósfera y luz. Pero los triunfos reales de la fotografía dependen del respeto del fotógrafo por su medio, de su interés por el objeto situado ante él y de su capacidad para seleccionar entre los millares de imágenes que pasan ante su vista, influidas por la hora, la calidad de la luz, el movimiento, la sensibilidad de sus placas o películas, los contornos de su lente, precisamente ese momento en el cual estos factores se hallan en conjunción con su propia finalidad. En ese momento final de elección —que a veces se produce al tomar una foto, otras veces sólo después de tomar y revelar un centenar de negativos indiferentes— la persona vuelve a gobernar la operación y en ese momento, mas sólo en él, el producto de la máquina se convierte en una verdadera obra de arte, pues refleja el espíritu humano.

LEWIS MUMFORD.
Arte y Técnica.
Nueva Visión, Bs. As., 1967.

CRÓNICA

EL SILENCIO DEL NIÑO

Es un instante mágico. Podrá refutárenos el concepto con infinitud de argumentos lógicos; pero, aquellos que tengan un hijo pequeño o simplemente un chiquillo que les sea querido, sabrán de nuestra verdad, pues habrán vivido el deslumbramiento de estar próximos a los mundos encantados del niño.

Es un instante suspendido en el tiempo, en la luz, en la virginidad espiritual. Cuando el niño calla, escuchamos el alma de las cosas, descubrimos perfiles de milagro en lo que nos rodea; no hay mundo más poblado de transparencias, ni universo más pródigo en constelaciones que el encuentro desnudo del niño con su propia imaginación. De cómo se propicien, se guíen o se hieran estos éxtasis fugaces, depende buena parte de la vida interior de los hombres. Hemos visto dañar, sin advertirlo siquiera, esa preciosa intimidad; hemos visto, también, circundarla con delicadeza entrañable; luego, comparando las criaturas, viéndolas desenvolverse en otras manifestaciones de su existencia, creemos poder afirmar que es fácil diferenciar las unas de las otras, ya que a pesar de que los niños son arellia —todavía iluminada por la divinidad— la mayoría recibe el trato de animalitos de lujo o, lo que es peor, de adultos prematuros.

El silencio, límite de profundidades conscientes, es más allá en la inocencia. El niño calla y su abstracción visionaria comienza a agrandar los círculos del candor, como cuando arrojamos un guijarro a las aguas dormidas; luego, cesa el poder de las definiciones, de los análisis, y nos asalta aquello que comenzamos por enunciar: lo mágico. Pero, como apenas a medias compartimos la veracidad de la aventura, como sólo partidas poseemos las alas del ángel, debemos disfrutar, desde afuera, cuanto él abraza y transfigura. Nosotros sabemos que ese trance es muy bello. Él, felizmente, no alcanza a comprenderlo, ni falta que le hace: vive su irrealidad.

Lo curioso del caso, es observar de qué manera arquitectura la evasión, hasta convertirla en estadia dichosa; cómo destroza los moldes en una armonía perfecta donde todas las leyes se tambalean sin que ninguna llegue a

ser rozada; cómo es, a un tiempo, oriente y occidente de un horizonte invisible, en la más compleja paradoja que la naturaleza humana pueda plantearnos.

Así las cosas, deviene el hecho en sí. El niño ha callado y ya no podrá asistírnos nada que no sea libertad absoluta. La casa entera parece quedar en suspenso; una especie de alivio invade el lugar de los gritos, de los arrebatos y caídas, de los alborozos y sobresaltos: no por eso desaparece la alegría, no; pero algo sutil cambia, fundamentalmente. Y ese algo es nada menos que su proximidad. Hasta hace unos momentos, nos pertenecía por entero; lo teníamos allí, al alcance de la voz, de la mirada, de la caricia. De pronto, empezamos a perderlo. El niño acaba de encontrarse a sí mismo, a solas con el silencio... Dentro de algunos años, si algún día murmura "converso con el hombre que siempre va conmigo", habrá madurado la simiente de eternidad que acaba de nacerle.

La primera vez que calla el niño, para recogerse hacia su alma —jugando, en apariencia— sentimos un dulcísimo desgarramiento, semejante al que experimentamos cuando descubre su sombra: él juega, juega con ella; le asombra el monigote que remeda sus movimientos, lo toca sin temores, trata de arrancarlo de los muros y ríe, gozoso por tener un nuevo amigo, un aliado, un esclavo. Nosotros, ay, sentimos que la raíz oscura ha sido hallada.

Pero el instante mágico es invulnerable, justamente por su fugacidad, por el valor inefable de su significado y revelación: el niño es la afirmación, el desafío, la victoria, la fe.

Porque él ha callado, acabamos de reencontrar el senderito que llevaba al bosque. ¿En qué niñez no ha habido un bosque prodigioso, millonario de pájaros y fieras, de arroyos y cavernas, de trastos y corceles, de tormentas atroces y claros donde el cielo bajaba a las manos? ¿Quién no lleva consigo la nostalgia de aquellas deliciosas aventuras, tan osadas y heroicas que sólo pueden florecer su gracia allí, junto a la pata de la silla? Porque el niño ha callado y en su expresión se ovilla lentamente el ensueño, nos atrevemos a creer de nuevo en la leyenda de las mariposas.

Porque el niño ha callado, en su misterio tiemblan los espejos; y, por los aires, llegan imágenes antiguas de

otros niños, con rostros semejantes al suyo; con los mismos que en su sangre multiplicaron la vida y en su sombra la muerte, pero ahí están todos, absortos, junto al fuego.

Y no tenemos derecho a afirmar que acuden los padres, los abuelos, a pesar de que una ráfaga extraña sujeta tendernos la ilusión de no estar lejos. No debemos olvidar que únicamente pertenece al niño la brisa que acaricia su país de silencio. ¿Acaso él no teme nuestra vigilancia, no lo turba la mera sospecha de que nos divierta su creación? Cuando súbitamente el niño es "despertado" de su abstracción, una viva contrariedad —que oscila entre el llanto rebelde y el retraimiento pudoroso— procura guarecer su alma de la temible sonrisa suficiente de los mayores. Es necesario convencerlo de que nada ha pasado y el secreto le pertenece por entero.

Podrá aducirse que es ésta una concepción arbitraria, un enfoque exagerado de los primeros silencios; que la veracidad de la inocencia no escapa a los límites comunes. Hay quienes afirman que la rosa no es más que una flor, quienes se atreven a definir el cielo en una ecuación... Nosotros nos decimos que, porque el niño ha callado, el pan que se desliza de sus manos se nos antoja diferente, purísimo, casi alimento sacro, símbolo imprevisto de toda simplicidad, de todo amor. Y también son distintas las ropas, los retratos, las plantas, los juguetes, los muebles, las paredes, las nubes enmarcadas en la ventana azul. En el silencio mágico, todo cambia y se esfuma, sin dolor, sin adiós; todo desaparece menos el niño, el niño, que resplandece, canta y nos dice de Dios.

ANA EMILIA LAHITTE.

QUE ES EL C.I.E.R.

Es la sigla con que se denomina al Centro Interamericano de Educación Rural, con sede en Rubio, Venezuela, establecido por el Consejo Interamericano Económico y Social de la OEA, de acuerdo con el Proyecto N° 23 del Programa de Cooperación Técnica que auspicia dicho

Consejo; funciona con la Cooperación de la UNESCO (Proyecto Principal Nº 1) y del Gobierno de Venezuela.

Nobles fines persigue la Institución al preocuparse por el perfeccionamiento de directores y profesores de Escuelas Normales Rurales y del personal directivo, administrativo y de supervisión de los Servicios de Educación Rural de los Países Latinoamericanos; incluye investigaciones de los problemas relacionados con la Educación Rural, ensayos y medios para resolver esos problemas y preparar material didáctico que pueda ser usado de inmediato, en los respectivos países. El curso actual está integrado por dieciséis delegaciones de los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay y Venezuela, confraternizan en un clima de paz; los intercambios de experiencia, las disertaciones, debates de mesa redonda y seminarios se matizan con actividades estéticas y de recreación.

El Centro está además integrado por la Escuela Normal Experimental "Gervasio Rubio", la Escuela Primaria de Demostración, y Escuelas Primarias de Aplicación; cuenta con un prestigioso cuerpo de Profesores especializados en las siguientes asignaturas: Administración y Supervisión Educativa; Programas y Métodos de Enseñanza; Sociología Rural y Educación de la Comunidad; Fundamentos de la Educación; Artes Manuales; Auxilios Audiovisuales; Educación para la Salud; Inglés; Educación para el Hogar; Técnicas de Investigación y Educación Agrícola.

El Plan de Estudios comprende materias comunes obligatorias para todos los alumnos, materias de especialización y Seminario. Las primeras tienen por objeto revisar y ampliar los conocimientos que debe poseer todo profesional de la enseñanza, cualquiera sea su especialidad; las segundas dan oportunidades de perfeccionamiento en alguna de las asignaturas ya mencionadas.

El calendario de trabajo comprende dos períodos: el primero, desde el diecisiete de marzo a junio, con un intervalo de dos semanas para visitas de estudio; el segundo, se inicia a mediados de julio, hasta promediar el mes de diciembre.

CRÓNICA

Es un deseo vehemente del C.I.E.R. ayudar en la solución de las necesidades existentes en los sistemas escolares en nuestra América Latina, como en la preparación de material humano que sea capaz de realizar una labor más eficiente, más efectiva, más calificada en la dirección del proceso educativo y la conveniencia de estructurar planes de fomento en forma organizada, para extender la enseñanza primaria a los niños y adultos de toda América, alejándolos del flagelo de la ignorancia y ayudándolos a mejorar su situación económica y "enseñar a vivir dignamente".

NELIDA PÉREZ TACOMOTTI.

COSME ARGERICH

Cumplíronse al 26 de setiembre de 1958 doscientos años del nacimiento del primer médico criollo, Cosme Mariano Argerich (1758-1820), figura que en los anales de los viejos tiempos de la patria ocupa el lugar de los ilustres, cuyos desvelos primeros por la heredad común hicieron posible el desarrollo armónico de nuestra nacionalidad.

Saber y valor cívico, amor a la tierra propia e identificación con los valores permanentes de nuestro origen hispánico; espíritu probo y afirmación cabal de la existencia humana, pero, a la par, inquieto y moderno, amante de las nuevas direcciones filosóficas y de una más amplia y progresista misión de la ciencia. Todo ello lo define.

A este viejo don Cosme pudo Juan Antonio Fernández llamar con verdad "el Padre de la Medicina Filosófica de nuestro país", en su discurso de 1823 en la Academia fundada por el gran gobernador Martín Rodríguez y su visionario ministro Rivadavia. Todo esto sin desconocer la participación fundamental que corresponde a sus grandes compañeros, aunque mayores en edad, Gorman y Fabre, sobre los cuales se edifica, con Argerich, nuestra ciencia médica colonial y primera de nuestra vida propia, con sus instituciones básicas, el Protomedicato y el Instituto Médico Militar. Pero Argerich agrega a esos indiscutibles

dones el de ser el primero nacido en nuestro territorio, siendo muchos de sus antepasados oriundos también de nuestra tierra. Su figura abarca todo el ámbito de nuestra naciente hermandad nacional. Es, en ocasiones, su voz mesurada, su voz que se ha educado en la Facultad Médica de Cervera, donde se estableciera la Universidad, al decir de su fundador, "por no ser plaza de armas donde éstas suelen turbar la quietud de sus estudios". Esa voz se hace oír en el Cabildo Abierto del 22 de mayo, apoyando la presentación de Castelli. Y en su voto surge la responsabilidad que corresponde al pueblo en el nuevo orden jurídico que se termina de establecer.

Una y otra vez este ciudadano eminente interviene en la vida institucional y social, siempre dispuesto a hacer el bien y a impulsar con clarividencia el desenvolvimiento equilibrado del país, apoyando iniciativas progresistas. Practica y difunde la vacunación, antes y después de Jenner; atiende conventos, cárcel y hospitales y, cuando los británicos invaden nuestra tierra, medido y sacrificado siempre, en cuanto puede "despacha sus ayudantes para ahorrarle al Erario los sueldos que debían percibir..."

Una tras otra son las iniciativas de un esforzado batallar por la Nación que surge a la vida. Y el Instituto Médico Militar marca su visión más aguda de gobierno: antes que perezca la escuela de medicina en tiempos de guerra y dificultades de todo orden, cuando pocos gobernantes pueden dedicarle una atención adecuada, Argerich la hace transformar en una de las primeras creaciones de nuestro gobierno patrio, conservando lo antiguo con la nueva forma que conviene a los años que han de sucederse.

En sus palabras se advierte siempre la claridad con que avizora el futuro y su auténtico amor a la tierra de su nacimiento. Así al proyectar un hospital de sangre con capacidad para 12.000 defensores: "...las otras guerras son de esclavos que pelean por los caprichos de sus dueños: y la nuestra es guerra de hombres libres que se sacrifican por su patria y su libertad; y en guerra de esta naturaleza son muy pocos los heridos, pues el hombre libre prefiere la muerte a la esclavitud".

Este ciudadano que atendió a muchas figuras constructoras de nuestra nación, como al viejo Guillermo Brown, fué nuestro "Primer Médico y Cirujano Mayor de los Ejércitos de la Patria". Pero fué más. Arriesga paciente de nuestro destino, pudo, con su ejemplo constante, decir a sus compatriotas las palabras del filósofo oriental: "Cuida con esmero y vigilancia de mi pequeña posesión para que se haga grande, y no la tengas ociosa cuando grande para que no se haga pequeña".

JOSÉ M. MASSINI RECURRE.

DICIONARIO HISTÓRICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia Española anuncia un próximo acontecimiento: la aparición del primer fascículo del *Diccionario Histórico*. La imprenta ha comenzado a enviar galeradas a la corrección, y, dentro de poco, comenzará a circular la entrega inicial a cuenta de la gran obra. Este suceso bibliográfico, de orden lingüístico, es de tal magnitud y trascendencia en lo que respecta al conocimiento del idioma castellano, que el adjetivo monumental —esfuerzo y obra monumentales— no linda con el ditirambo ni mucho menos.

El empeño de la Academia en llevar a término el trabajo viene de muy atrás. Su preocupación fructificó en el año 1914 cuando proyectó la compilación de ese diccionario histórico castellano y decidió publicarlo. En 1933 apareció el primer tomo, correspondiente a la letra A; en 1936 el que comprendía la B y parte de la C; pero en ese año estalló en España la guerra civil, y un incendio destruyó los talleres donde se guardaba la edición que recientemente había comenzado a distribuirse. Una vez reanudadas sus actividades, la R. A. E. resolvió comenzar de nuevo; corregir deficiencias, "emprender una obra de nueva planta sobre bases más sólidas, con mayor amplitud de criterio y con materiales más abundantes y de mejor calidad". En 1950 el secretario perpetuo de la corporación, don Julio Casares, publicó su *Introducción a la Lexicografía*.

la Moderna en la que se relatan esos antecedentes, se habla de la fundación y el funcionamiento del Seminario de Lexicografía encargado de compilar el diccionario histórico, bajo la dependencia de la Academia; se examinan los problemas atinentes a un vocabulario de esa índole y se proponen soluciones. Dicho seminario se constituyó, como dice Wartburg, alrededor de la persona del autor del mencionado libro; la *Introducción a la Lexicografía Moderna* contiene las conferencias pronunciadas por Casares ante los colaboradores designados para realizar la difícil y larga tarea. Huelga decir que los demás miembros de la R. A. E. no permanecieron ociosos, y destacar, como lo hace frecuentemente Casares, la acción rectora del director de la institución, don Ramón Menéndez Pidal.

El Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en 1956, acrecentó a los países e instituciones representadas, la mayor colaboración posible; aplaudió la obra del Seminario, no sin expresar el deseo de que fueran imitadas en América las investigaciones que él realiza, y, descontando esa contribución, resolvió denominarlo "Instituto Internacional de Lexicografía Hispánica".

El diccionario histórico completará la obra lexicográfica de la Academia. Al vocabulario "oficial" (*Diccionario de la Lengua Española*), ceñido al lema "limpia, fija y de esplendor", y al "manual" (*Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española*) que señala vicios de expresión y contiene voces pendientes de aprobación académica, se agregará "el repertorio exhaustivo de la lengua española —de toda la lengua— que recogerá, desde los orígenes hasta hoy, la totalidad de las expresiones con que aquélla se ha enriquecido en cualquier lugar de la comunidad hispana en que tuvieron nacimiento o tienen uso". Dicho en otros términos, el nuevo lexicón contendrá las voces del pasado (a partir del siglo XII) y del presente, con la grafía antigua y moderna, con la acepción o acepciones que tuvieron en el andar del tiempo o con el significado que le adjudicaron algunos escritores. Estaremos en condiciones de seguir la transformación gráfica de las palabras y su evolución semántica, y de situar tanto la aparición de los vocablos de origen local o extraño que castellanizándose enriquecieron el idioma, como la creación de

locuciones, modismos, etc., que, a más de acrecentar los medios de expresión, plasmaron nuestra lengua, perfilan su idiosincrasia, su genio, su fuerza significativa, su agilidad, su prestancia, su gracia. Y no faltarán en ese repertorio los elementos del caló, de la germanía antigua y moderna, del tecnicismo, de la artesanía, de la ciencia, etc.; todo lo que el habla acumuló en el tiempo y el espacio. Se procurará que nada falte; pero también que nada sobre, es decir que no tenga cabida lo que repugne al decoro y el buen gusto.

Ya hay más de nueve millones de fichas listas. Con la información que ellas contienen se ha comenzado a redactar la obra para la que se ha presupuesto una extensión ideal de 15 tomos, con un total de 16,000 páginas. Será equiparable al famoso diccionario de Oxford y a los del mismo género publicados en Holanda, Suecia y Dinamarca. ¿Cuánto demorará la entrega total del nuestro? Casares, contando tres años de preparación, calculando que cada uno de los cinco primeros tomos aparecerán a razón de uno cada tres años, y los diez restantes cada dos años, predijo que se necesitarán 33 años; pero recordó cómo fallaron los cálculos relativos a los textos en circulación. Lo que se pensó realizar en plazos que van de 12 a 25 años tardó de 37 a 65. Sesenta y cinco años llevó el diccionario histórico holandés que se supuso que demandaría 12 años de trabajo. La R. A. E. indica ahora un plazo más corto que el indicado por Casares, y nos habla de diez a veinte años. Pero, claro está, lo más apremiante no es el tiempo. Lo que más interesa no es que la obra esté pronto al alcance de los estudiosos, sino que se trabaje plena, activamente, en su ejecución; que responda al plan trazado, y que, exenta en lo posible de defectos y errores, constituya la preciosa y pródiga fuente de información que todos esperan.

CLEMENTE ORLANDI.

SANTOS VEGA Y JUAN GODOY

El más viejo se llamaba Santos Vega el payador, gaucho el más concertador, que en ese tiempo privaba de escribirlo y de lector;

el cual iba pelo a pelo
 en un potrillo dragao,
 flete lindo como un dao
 que apenas pisaba el suelo
 de laviano y delgao.

La presentación del payador "mentado", en tan garbosos versos silvestres, es de Hilario Ascasubi, como se sabe, y pertenece a los comienzos de su libro "Santos Vega o Los Mellizos de la Flor". Sólo en tales comienzos contiene alusiones al famoso trovero, al cual atribuye despuntes de rústica poesía que se leen con agrado; pero que no convencen para patentizar al personaje, pues empieza por presentarlo en una inocultable decadencia, solitario y como perdido en la pampa, sin rasgos que lo enlacen siquiera al pasado esplendoroso que corresponde a su nombradía ni a algún amor de mujer, inolvidado, entre los amores que han de haber despertado sus tiernas endechas.

El libro de Ascasubi deja pronto de lado la primacía del payador, para tomar el vertiginoso rumbo del folletín narrativo de las felonías del mellizo malo. De aquel trecho quedó un no desdeñable saldo. El dato interesante de la oriundez de su Santos Vega: puntano, de San Luis.

De ahí que sea bueno traer de nuevo al tapete, como opinión respetable, la que asegura que el Santos Vega legendario, mítico, no se remonta a más lejos del payador de carne y hueso que copia fielmente: un Juan Godoy nacido en la montaña mendocina y afincado luego en la pampa sureña de Dolores y el Tuyú.

Al comentar los dos extraordinarios libros gauchescos, *Martin Fierro* y *Santos Vega*, críticos y analistas han mencionado continuamente los pagos del Tuyú. Mucho público ha sufrido por ello una confusión tan explicable entonces como acreedora hoy al esclarecimiento. El que es del sur es *Martin Fierro*. Aún más: como se ha dicho autorizadamente, él ha de ser la versión genial de un matrero del Tuyú. Pero, en cambio, Santos Vega no tendría de esos pagos más que la tumba. Y ello no es inverosímil si hacemos del mito un hombre, atendiendo a otra revelación de subido interés: la de Mitre, al asegurar que Santos Vega no había sido una ficción de la fantasía popular, sino un payador verdadero, y que sus restos se hallaban enterrados en el Tuyú. Por lo pronto, hemos

tenido un descubridor de esos restos en el historiador Bernárdez Jacques y fué a su iniciativa que se levantó en el Tuyú el monolito a la memoria del payador, inaugurado con el auspicio oficial el 28 de febrero de 1948.

Lo que liga sugestivamente el novelesco nombre de Santos Vega al Juan Godoy de la vida común, es que en el pago del Tuyú fué donde se radicó Godoy, el payador nacido en Mendoza y al que se ha atribuido nada menos que la paternidad de esa clase de poesía improvisada. Además, Ascasubi presenta a Santos Vega también como cuyano, lo que tiene mucha importancia, pues, de no haber tenido antecedentes firmes, le hubiera sido más fácil al poeta omitir ese dato del personaje o hacerlo pasar simplemente como natural del lugar sureño en que lo sitúa relatando los nutridos episodios de *Los Mellizos de la Flor*.

Esos pagos bonaerenses, cercanos a la costa atlántica, que bajan hacia el sur desde la Bahía de Samborombón hasta Juancho, a través de Mar de Ajó, ¿tendrán algo sugestivo para las plumas de la literatura gauchesca? También Estanislao del Campo ubicó por allí su delicioso relato del *Fausto*; y medio siglo después, Ricardo Güiraldes lleva a Segundo Sombra y su ahijado Fabio a los mismos sitios: "¿Y el mar?... De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo, más oscuro, que vino a asentarse en espuma blanca, a poca distancia de donde estábamos".

Pagos con "algo entrador" han de ser esos. El lírico precursor Juan Godoy se aguerenció allí. Nacido al pie de los Andes, viñador, soldado, periodista y poeta, andando y andando caminos desde donde el sol se pone a donde el sol sale, vino a esta campaña bonaerense rumorosa de océano, y pulsó la guitarra para dar salida a la vena espontánea de su ingenio.

De Dominguito Sarmiento es esta frase: "Don Juan Godoy fué el primero que ensayó en el país el metro de los payadores"; y claro... ante tamaña afirmación, es para suponer que si Godoy no es Vega, lo menos que habrá ocurrido es que se hayan desafiado los dos a pagar hasta que a uno de ellos se le acabaron "los argumentos" y quedó arrinconado, mientras el otro partía magníficamente invitado.

Romualdo Ardissoni	Un vistazo a la cronogeografía de la Argentina	1
Enrique de Gandia	Ayaz de La Madrid. El caballero del heroísmo y de la libertad	32
Ciro René Lafón	Sobre el estado actual de la arqueología de la Quebrada de Humahuaca	41
Paul-Henri Michel	Los números figurados en la arquitectura pitagórica	46
Lucilo Ortiz	Las tradiciones en la literatura costumbrista y las "Tradiciones Peruanas", de Ricardo Palma	57
Luis María Ravagnan	Acercas del esquema corporal	66

Amalia C. Sanguinetti de Bórmida	La visita explicada a Museos Antropológicos por parte de no videntes	71
Augusto Guzzo	La palabra y el divino Ulises	80
Rubens Mac Adden	El petróleo	91
Lucien Febvre	Una obra en su tiempo	100
Sara J. Ali Jafella	Educación y sociología tolstoiiana	105
Etienne Borne	La sabiduría en cuestión	115
Robert Kanter	Entrada de los fantasmas	120
Juan José Dichio	La pedagogía correctiva y los adultos	125
José Fernández Huerta	La geometría, materia de lenta emergencia desde que el escolar percibe las formas	136

Augusto Scochera	La finalidad y el concepto de liberación en el activismo "puro"	144
Floreál A. Ferrara	Enseñanza de las ciencias	154
John H. Fisher	Colegios secundarios de un futuro futuro	165

Baltasar Gracián	Breve antología del "Oráculo Manual y Arte de Prudencia"	161
Arturo Marasso	Baltasar Gracián	166
Rafael Alberto Arriola	Libros y lectores	168
Rafael Alberto Arriola	La profesión de artista	168
Juan Bautista Corot	Notas sobre estilistas	174
E. Clocchini	Oraciones impresionables	178
Ill y Gaya	Los diminutivos	179

Amé. Alonso	La propiedad lingüística	179
Vicente García de Diego	Correcciones de Gracián	181
Miguel Romero-Navarro	J. Loeblon, "El pensamiento político de Platón"	185
Carlos A. Disandro	G. Bally, "El juego como expresión de libertad"	188

Elvira B. Zingoni	M. Sastre, J. B. Guitiérrez, J. M. Gutiérrez, E. Echeverría, "El Salón Literario"	191
Juan Octavio Prenz	R. Cracker, "Los niños intelectuales"	195

Azul Costa A. de Sapin	Monte superdotados	198
Dalmiro Corti	M. Rose, "Los caracteres de los organismos vivos"	202
	Comentarios y extractos de revistas	209

La Redacción	Valor positivo de la homeopatía	210
Raymond Ruyer	Arqueología científica	212
Gabriel Germain	La filosofía contemporánea	216
Hans Reichenbach	Filosofía	217
Hans Reichenbach	La fotografía	217
Denis Mumford	El silencio del niño	219
Lewis Mumford	¿Qué es el CIER?	221

Ana Emilia Lahitte	Cosmo Argerich	221
Néilda Pérez Yacomotti	Diccionario Histórico de la Real Academia Española	223
José M. Massini Echeverría	Santos Vega y Juan Godoy	225
Clemente Oriandi		

Francisco García Jiménez

FRANCISCO GARCÍA JIMÉNEZ

La penosa del resumen de tan linda historia es que se tenga que dar por perdido un célebre diálogo en verso gauchesco, llamado "El Corro", conjeturable obra principal de Juan Godoy, donde el aventurero Francisco Corro hace un cautivante relato en medio del pajonal.

Sin embargo, ofreceremos al lector una pequeña muestra de que estas referencias son pertinentes. Se conservan algunos versos políticos de Juan Godoy en los que alude a dos listas electorales que circulaban hace exactamente un siglo, en 1858, y valen ellos como buenos ejemplos de la fácil manera payandoresca:

"Paisanos, dos caballitos / son la señal de mi lista; / el que quiera eche la vista / y los verá tan bonitos. / Ellos dicen a todos / los vecinos de Mendoza / que todo palseo goma / la libertad de votar, / sin que le pueda obligar / ninguno a hacer otra cosa".

"Así no podrán decir / qué yo los vengo a engañar / pa que vayan a votar / ni a quién deben elegir. / Por mi parte he de seguir / mi idea, y declararé / que yo me recomendaré / aunque me quede solito / a la que anda en caballito / y no a la que viene a pie".

"Pero que no anden como antes / se usaba en las elecciones, / mandando como patronos / los señores comandantes; / sepan, pues, que aunque inorantes / ya ta ciegos no estamos, / pa que nos manden como amos, / que a todos nos asusten: / ¡voten ellos por quien gusten! / ¡nosotros, por quien queramos!"

El quid de las copias está en que una de las listas electorales llevaba por distintivo dos caballitos impresos en papel rosado, trece caudillescas para que los gauchos analfabetos pudieran distinguir los votos de su bando.

En la ocasión el caudillo contaba con una ayuda muy superior a la vifeta ecuestre. Como se ve, el papelito rosado recibía el soplo imponderable de un cantor cuya fama se ha conjugado en paridad con la del Inmortal Santos Vega.

Cuando sobre un tallo y al mismo nivel se desarrollan dos grandes hojas, como por ejemplo, en la *Sparmania africana*, se apartan una de la otra tanto como es posible hasta formar un ángulo de 180° . Cuando se traza alrededor de dos hojas un círculo, se encuentra, haciendo una vuelta completa, dos veces una hoja, se escribe $\frac{1}{2}$ (El numerador indica el número de vueltas; el denominador, el número de hojas). Cuando una tercera hoja aparece, las tres hojas se reparten la circunferencia; la separación entre ellas es de 120° . Haciendo una vuelta completa, se encuentra tres veces una hoja, y se escribe $\frac{1}{3}$. Cuando otras hojas vienen a participar del reparto del "círculo de luz", éste se vuelve insuficiente. De cinco hojas, cada una no recibiría más de 72° . Como esto es insuficiente para el desarrollo de una hoja, se extienden sobre dos vueltas a lo largo de una hélice. Para pasar sobre las cinco hojas, es necesario hacer dos vueltas y se escribe $\frac{2}{5}$; $\frac{1}{2}$; $\frac{1}{3}$; $\frac{2}{5}$. La tercera fracción resulta, como se ve, de la adición de los términos de las dos primeras $\frac{1}{2} + \frac{1}{3} = \frac{2}{5}$. Sumemos los términos de las dos últimas fracciones y se obtiene $\frac{1}{3} + \frac{2}{5} = \frac{3}{8}$. Continuemos y se obtiene la serie: $\frac{1}{2} \frac{1}{3} \frac{2}{5} \frac{3}{8} \frac{5}{13} \frac{8}{21} \frac{13}{34} \frac{21}{55} \frac{34}{89} \frac{55}{144} \frac{89}{233} \frac{144}{377}$.

Conforme a esta serie matemática, los esbozos de las hojas están empaquetados en la yema foliar y tal es su disposición ulterior sobre el tallo. Cuando se deshoja una rosa, es necesario describir tres vueltas y se pasa por ocho pétalos hasta que en el noveno uno se encuentra exactamente sobre el primero. La fórmula de la rosa es $\frac{3}{8}$. Cuando se arrancan los pétalos de una margarita, uno se encuentra encima del primero después de cinco vueltas y trece pétalos. La fórmula de la margarita es $\frac{5}{13}$. El cono del pino, con veintiuna escamas dispuestas en 8 vueltas, tiene la fórmula $\frac{8}{21}$. Del capítulo del girasol, es necesario quitar 377 granos para encontrarse, después de 144 vueltas en espiral, sobre el radio del primer grano. ¿Qué puede impedirnos aquí pensar en la escala de Balmer, según la cual los electrones corren en el interior del átomo y en la ley de Titius-Bode según la cual los planetas se agrupan alrededor del Sol? Pitágoras decía que, en el mundo, todo está ordenado como los números o como los sonidos de los acordes.

F. KAHN

Le livre de la nature.
Flammarion. Paris, 1958.